SAGRADA BIBLIA

Génesis

Libro completo

«En el principio creó Dios el cielo y la tierra»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 7

Antes de empezar 9

Veinticuatro palabras hebreas 16

El Génesis en la liturgia 18

1 La creación 20

2 El séptimo día y el jardín del Edén 30

3 La caída 38

4 Caín y Abel 45

5 De Adán a Noé 50

6 La corrupción y el arca 57

7 El diluvio 64

8 El fin del diluvio 68

9 La alianza con Noé 74

10 Las naciones 83

11 La torre de Babel 88

12 La vocación de Abram 96

13 Abram y Lot se separan 102

14 Abram y Melquisedec 106

15 La alianza con Abram 113
16 Agar e Ismael 120
17 La alianza de la circuncisión 124
18 Los visitantes de Mambre 130
19 Sodoma y Gomorra 138
20 Abrahán y Abimelec 144
21 El nacimiento de Isaac 148
22 El sacrificio de Isaac 153
23 La muerte de Sara 160
24 Rebeca, esposa de Isaac 164
25 La muerte de Abrahán; Esaú y Jacob 176
26 Isaac en Gerara 183
27 La bendición robada 189
28 La escala de Jacob 198
29 Jacob en casa de Labán 202
30 Los hijos de Jacob 208
31 La huida de Harán 215
32 La lucha en el Jaboc 223
33 El abrazo de los hermanos 231
34 La violencia de Siquem 235

35 El regreso a Betel 242
36 Los descendientes de Esaú 248
37 José vendido por sus hermanos 253
38 Judá y Tamar 261
39 José y la mujer de Putifar 269
40 Los sueños de los presos 273
41 José, gobernador de Egipto 277
42 Los hermanos bajan a Egipto 285
43 Benjamín en Egipto 291
44 La copa de plata 297
45 «Yo soy José» 303
46 Israel baja a Egipto 311
47 Jacob ante el faraón 316
48 Jacob bendice a Efraín y Manasés 321
49 Las bendiciones de Jacob 326
50 La muerte de José 335

PARA PROFUNDIZAR

1 La creación y la ciencia 26
2 «Varón y mujer los creó» 35
3 El pecado original 41

6 Los hijos de Dios y los gigantes 60
9 El diluvio: Mesopotamia, ciencia y fe 79
11 Babel y Pentecostés 92
12 Los patriarcas y la historia 99
14 Melquisedec 109
15 La alianza 116
18 Los tres visitantes: hospitalidad y Trinidad 134
22 La Aquedá en la tradición judía y cristiana 156
24 El matrimonio en tiempo de los patriarcas 172
27 Elegidos sin mérito: Jacob, Esaú y la gracia 194
32 La oración como combate 227
34 Las páginas oscuras de la Biblia 238
37 La historia de José: una novela sapiencial 257
38 Las mujeres de la genealogía de Jesús 265
45 Perdonar como José 307
49 El Mesías en el Génesis 331
50 La providencia: Dios escribe derecho con renglones torcidos 340

CUADROS

1 Los días de la creación 24
1 El Enuma Elish y Génesis 1 25
1 Génesis 1,1 palabra por palabra 26

2 Los dos relatos de la creación 34
5 Las edades de los patriarcas 54
5 Las genealogías de Caín y de Set 55
8 El año del diluvio 72
9 El diluvio en Gilgamesh y en el Génesis 78
10 El mapa de los pueblos 86
11 Las vidas se acortan 92
15 Las alianzas de Dios 116
17 Las promesas a los patriarcas 128
24 La familia de Abrahán 172
25 El camino de Abrahán 180
25 Abrahán en el Nuevo Testamento 181
29 El engañador engañado 206
30 Los doce hijos de Jacob 213
35 El camino de Jacob 246
41 Egipto en la historia de José 283
45 La vida de José 307
49 Las bendiciones de Jacob 331
50 José, figura de Cristo 339
Repaso 343
Notas personales 347
Sobre esta edición 348

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · Gn 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como Génesis 1,1 palabra por palabra, el diluvio en Gilgamesh, la familia de Abrahán o la vida de José. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

El libro de los comienzos

El Génesis es el primer libro de la Biblia y del Pentateuco, los cinco libros que los judíos llaman *Torá*, «la Ley». En hebreo se titula *Bereshit*, «En el principio», por su primera palabra; el nombre «Génesis», que significa «origen», viene de la traducción griega.

Los capítulos 1 a 11 forman la llamada **historia de los orígenes**: la creación, el pecado, su expansión y la respuesta de Dios, hasta la torre de Babel. Desde el capítulo 12 comienza la historia de los patriarcas: Abrahán, Isaac, Jacob y José.

El propio libro marca sus partes con una fórmula que se repite: «Estas son las generaciones de...», en hebreo *toledot*, la historia de una familia. Aparece once veces y articula el Génesis en diez «generaciones» (la de Esaú se repite en 36,1 y 36,9). Cada una cuenta lo que salió de alguien: el libro avanza de la creación entera a una sola familia, y por ella a todos los pueblos.

Cita	Generaciones de...	Qué se cuenta
2,4	el cielo y la tierra	El Edén, la caída, Caín y Abel
5,1	Adán	De Adán a Noé
6,9	Noé	El diluvio y la alianza
10,1	los hijos de Noé	Los pueblos; Babel
11,10	Sem	De Sem a Taré
11,27	Taré	Abrahán
25,12	Ismael	Las tribus de Arabia
25,19	Isaac	Esaú y Jacob
36,1.9	Esaú	Edom y sus reyes
37,2	Jacob	José y sus hermanos

LOS ORÍGENES

1,1 – 2,3	La creación en siete días
2,4 – 25	El hombre y la mujer en el Edén
3	La caída y la primera promesa
4	Caín y Abel; la cultura y la violencia
5	Diez generaciones, de Adán a Noé
6 – 9	El diluvio y la alianza con Noé
10	La tabla de las naciones
11	Babel; de Sem a Abram

12 – 25	Abrahán, padre en la fe
26 – 28	Isaac; Jacob recibe la bendición y huye
29 – 31	Jacob en casa de Labán
32 – 36	Jacob se convierte en Israel; Esaú y Edom
37 – 45	José, vendido por sus hermanos y gobernador de Egipto
46 – 50	Israel en Egipto; la muerte de Jacob y de José

Quién lo escribió

La tradición atribuye el Pentateuco a Moisés. Los estudiosos reconocen que el texto que tenemos reunió tradiciones antiguas a lo largo de varios siglos y alcanzó su forma final hacia los siglos VI y V a. C. La Iglesia acoge estos estudios y confiesa a la vez que Dios es el autor de la Escritura, que se valió de autores humanos verdaderos (concilio Vaticano II, *Dei Verbum*, n. 11).

Durante el siglo XIX se propuso que el Pentateuco combina varias fuentes: una que llama a Dios «Yahvé» desde el principio (llamada yahvista), otra más atenta al culto, las genealogías y las fechas (sacerdotal), y otras dos más. Hoy los especialistas discuten mucho sobre el número, la extensión y la fecha de esas fuentes, pero casi todos admiten

que el libro creció por etapas. A comienzos del siglo XX la Pontificia Comisión Bíblica defendió con cautela la autoría sustancial de Moisés; en 1948, en una carta al cardenal Suhard, reconoció que ya nadie dudaba de la existencia de fuentes en el Pentateuco y pidió estudiar sin prejuicios el género literario de los capítulos 1 a 11. Un indicio sencillo, que señalan las notas, es que el texto usa a veces nombres y situaciones de siglos posteriores, como cuando habla de los reyes que reinaron en Edom «antes que los hijos de Israel tuviesen rey» (36,31).

Cómo leerlo

Para entender lo que Dios quiso decir, hay que atender a los géneros literarios (*Dei Verbum*, n. 12). Estos capítulos no responden a cuántos millones de años tiene el universo ni a cómo se formaron las especies; de eso se ocupan las ciencias. Responden a otras preguntas: quién está en el origen de todo y para qué existimos. Enseñan que hay un solo Dios que crea libremente, que todo lo creado es bueno, que el ser humano es imagen de Dios, que el mal entra por la libertad humana y que Dios no abandona a su criatura.

El Catecismo dice que la Escritura presenta la obra de la creación *simbólicamente* como una semana de trabajo (n. 337), y que el relato de la caída usa un lenguaje de imáge-

nes pero afirma un acontecimiento real ocurrido al comienzo de la historia humana (n. 390).

La tradición de la Iglesia distingue dos grandes sentidos de la Escritura (Catecismo, nn. 115-118). El **sentido literal** es lo que el autor quiso decir, y todo se apoya en él. El **sentido espiritual** descubre en los hechos y personajes signos de Cristo y de la vida cristiana: el arca de Noé y el bautismo, Melquisedec y la Eucaristía, el sacrificio de Isaac y la cruz, José vendido y exaltado. Un dístico medieval que cita el Catecismo lo resume: «la letra enseña los hechos; la alegoría, lo que has de creer; el sentido moral, lo que has de hacer; el anagógico, hacia dónde tiendes» (n. 118).

Para un cristiano, la clave última es Cristo. Jesús resucitado, «comenzando por Moisés», explicó a los discípulos de Emaús lo que las Escrituras decían de él (Lc 24,27). San Agustín lo formuló en una frase que recoge el Vaticano II: el Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, y el Antiguo se hace claro en el Nuevo (*Dei Verbum*, n. 16). Eso no borra el valor propio del Génesis, que fue Palabra de Dios para Israel mucho antes de Cristo, y que el pueblo judío sigue leyendo hoy como su Torá.

Israel vivía rodeado de pueblos con sus propios relatos de creación y de diluvio, como el *Enuma Elish*, el *Atrahasis* o la Epopeya de Gilgamesh. El Génesis toma algunas de sus imágenes, pero cambia su mensaje: no hay dioses pelean-

do entre sí, y el ser humano no es un esclavo de los dioses sino su imagen. Las notas señalan estos contrastes.

Los relatos de los patriarcas (capítulos 12 a 50) tienen otro carácter. No hay testimonios de Abrahán, Isaac o Jacob fuera de la Biblia, pero sus historias conservan recuerdos antiguos de familias de pastores seminómadas, contados y releídos durante siglos, a veces con nombres y costumbres de épocas posteriores que las notas señalan. La Biblia no idealiza a los patriarcas: muestra sus miedos, sus engaños y sus violencias, y cómo Dios cumple su promesa a pesar de ellos. La historia de José (capítulos 37 a 50) es una narración larga y unitaria, casi una novela, en la que Dios no se aparece a José ni le habla (solo habla una vez, a Jacob, en 46,2-4), pero lo guía todo desde dentro de los acontecimientos.

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones que plantea el Génesis: la creación y la ciencia, el pecado original, el diluvio y los relatos de Mesopotamia, la historia de los patriarcas, la Aquedá, las páginas oscuras de la Biblia, el Mesías o la providencia. Todos aparecen en el índice.

Sobre esta traducción

El texto es el de la Sagrada Biblia traducida por **Félix Torres Amat** (1772-1847), obispo de Astorga, publicada entre

1823 y 1825. Está hecha desde la Vulgata, la Biblia latina de san Jerónimo (hacia el año 400), cotejada con los textos hebreo y griego, y fue durante más de un siglo la Biblia católica más difundida en español.

Su español tiene doscientos años, y las notas explican las palabras que hoy suenan extrañas. Fíjate en una costumbre del traductor: cuando una palabra podía resultar oscura, añadía otra unida con «o», como en «firmamento o *una gran extensión*» o «reposó o *cesó*». Son aclaraciones suyas, no palabras del original. Donde la Vulgata se aparta del hebreo, las notas lo indican.

Veinticuatro palabras hebreas

Las palabras clave del Génesis en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

בְּרֵאשִׁית	**bereshit** · «en el principio»; título hebreo del libro 1,1
בָּרָא	**bará** · crear; en la Biblia solo Dios es su sujeto 1,1
תֹהוּ וָבֹהוּ	**tohu wa-bohu** · sin forma y vacía 1,2
רוּחַ	**ruaj** · viento, aliento, espíritu 1,2; 8,1
טוֹב	**tov** · bueno, bello 1,4-31
צֶלֶם	**tsélem** · imagen, estatua 1,26; 9,6
שָׁבַת	**shabat** · cesar, descansar; de aquí «sábado» 2,2
יהוה	**YHWH** · el nombre de Dios; se lee «el Señor», y la Iglesia pide no pronunciarlo en la liturgia (2008) 2,4
אָדָם · אֲדָמָה	**adam · adamá** · el ser humano · la tierra de cultivo 2,7
עֵזֶר	**ézer** · ayuda; también se dice de Dios 2,18
אִישׁ · אִשָּׁה	**ish · ishá** · varón · mujer 2,23
תּוֹלְדוֹת	**toledot** · generaciones, historia de una familia 2,4; 5,1; 10,1
חֵן	**jen** · gracia, favor 6,8
תֵּבָה	**tebá** · arca, caja 6,14
בְּרִית	**berit** · alianza 6,18; 9,9
קֶשֶׁת	**qéshet** · arco de guerra; arco iris 9,13

בְּכֹרָה · בְּרָכָה	**bekorá · berajá** · primogenitura · bendición 25,31; 27,36
סֻלָּם	**sulam** · escala, rampa 28,12
בֵּית־אֵל	**Bet-El** · «casa de Dios» 28,19
יִשְׂרָאֵל	**Yisrael** · probablemente «Dios lucha»; el nombre nuevo de Jacob 32,28
כְּתֹנֶת פַּסִּים	**kétonet passim** · la túnica de José, quizá «de mangas largas» 37,3
שְׁאוֹל	**sheol** · la morada de los muertos 37,35
רַחֲמִים	**rajamim** · entrañas; misericordia 43,30
שִׁילֹה	**Shiló** · palabra discutida, leída como título del Mesías 49,10

El Génesis en la liturgia

Dónde escucha la Iglesia estos capítulos en la misa, según el Leccionario romano.

Domingos y solemnidades

Celebración	Lectura
Vigilia pascual, primera y segunda lecturas	Gn 1,1 – 2,2 (la creación) y Gn 22,1-18 (el sacrificio de Isaac)
Inmaculada Concepción (8 de diciembre)	Gn 3,9-15.20 (el Protoevangelio)
1.er domingo de Cuaresma, ciclo A	Gn 2,7-9; 3,1-7 (la tentación)
1.er domingo de Cuaresma, ciclo B	Gn 9,8-15 (la alianza con Noé)
2.º domingo de Cuaresma, ciclos A, B y C	Gn 12,1-4a (la llamada de Abrahán); Gn 22 (Isaac); Gn 15,5-12.17-18 (la alianza)
Sagrada Familia, ciclo B (a elegir)	Gn 15,1-6; 21,1-3 (la promesa y el nacimiento de Isaac)
Corpus Christi, ciclo C	Gn 14,18-20 (Melquisedec)
Vigilia de Pentecostés (a elegir)	Gn 11,1-9 (Babel)
10.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	Gn 3,9-15
16.º y 17.º domingos, ciclo C	Gn 18,1-10a (los tres visitantes) y Gn 18,20-32 (la intercesión)
27.º domingo, ciclo B	Gn 2,18-24 («una sola carne»)

Otros momentos

Celebración	Lectura
Ferias del tiempo ordinario, año impar	Semanas 5.ª y 6.ª: Gn 1 – 11; semanas 12.ª a 14.ª: los patriarcas
17 de diciembre	Gn 49,2.8-10 (la bendición de Judá), con la genealogía de Jesús
Viernes de la 2.ª semana de Cuaresma	Gn 37 (José vendido), con la parábola de los viñadores
Jueves de la 5.ª semana de Cuaresma	Gn 17,3-9, con Jn 8,51-59 («Abrahán se alegró»)
Celebración del matrimonio (a elegir)	Gn 1,26-28.31a; Gn 2,18-24; Gn 24 (Rebeca)
Plegaria eucarística I	Menciona los sacrificios de Abel, de Abrahán y de Melquisedec
Bendición del agua bautismal en la Vigilia	Recuerda el Espíritu sobre las aguas (1,2) y el diluvio como figura del bautismo

Las referencias siguen el Leccionario romano vigente; algunas lecturas pueden variar ligeramente en las ediciones de cada país.

1

La creación

Un himno solemne, casi una liturgia, abre la Biblia. Está construido sobre una semana de siete días y con estribillos que se repiten («Dijo Dios…», «Y vio Dios que era bueno…», «de la tarde y de la mañana…»). En los tres primeros días Dios separa y da forma; en los tres siguientes llena y adorna esos espacios. El autor no explica cómo se formó físicamente el universo, sino quién lo hizo y para qué: un solo Dios, que crea con su palabra, que hace todo bueno y que pone al ser humano en el centro, como su imagen.

Los seis días de la creación

1 En el principio [1] creó Dios [2] el cielo y la tierra [3]. 2 La tierra estaba informe y vacía [4], las tinieblas cubrían la superficie del abismo [5], y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas [6].

3 Dijo, pues, Dios: Sea hecha la luz [7]. Y la luz quedó hecha.
4 Y vio Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas [8]. 5 A la luz la llamó día, y a las tinieblas noche; así de la tarde aquella y de la mañana siguiente [9] resultó el primer día [10].

6 Dijo asimismo Dios: Haya un firmamento o una gran
extensión [11] en medio de las aguas, que separe unas aguas
de otras. 7 E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas
que estaban debajo del firmamento, de aquéllas que esta-
ban sobre el firmamento [12]. Y quedó hecho así. 8 Y al fir-
mamento le llamó Dios cielo. Con lo que de tarde y de ma-
ñana se cumplió el día segundo.

9 Dijo también Dios: Reúnanse en un lugar las aguas que
están debajo del cielo y aparezca lo árido o seco. Y así se
hizo. 10 Y al elemento árido le dio Dios el nombre de tierra,
y a las aguas reunidas las llamó mares. Y vio Dios que lo
hecho estaba bueno. 11 Dijo asimismo: Produzca la tierra
hierba verde y que dé simiente, y plantas fructíferas que
den fruto conforme a su especie [13], y contengan en sí mis-
mas su simiente sobre la tierra. Y así se hizo. 12 Con lo que
produjo la tierra [14] hierba verde, que da simiente según su
especie, y árboles que dan fruto, de los cuales cada uno tie-
ne su propia semilla según la especie suya. Y vio Dios que
la cosa era buena. 13 Y de la tarde y mañana resultó el día
tercero.

14 Dijo después Dios: Haya lumbreras o cuerpos
luminosos [15] en el firmamento del cielo, que distingan el
día y la noche, y señalen los tiempos o las estaciones [16], los
días y los años. 15 A fin de que brillen en el firmamento del
cielo, y alumbren la tierra. Y fue hecho así. 16 Hizo, pues,

Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que presidiese al día; y la lumbrera menor, para presidir la noche; e hizo las estrellas. 17 Y las colocó en el firmamento o extensión del cielo, para que resplandeciesen sobre la tierra. 18 Y presidiesen el día y a la noche, y separasen la luz de las tinieblas. Y vio Dios que la cosa era buena. 19 Con lo que de tarde y mañana, resultó el día cuarto.

20 Dijo también Dios: Produzcan las aguas reptiles animados que vivan en el agua, y aves que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo. 21 Creó, pues, Dios [17] los grandes peces [18], y todos los animales que viven y se mueven, producidos por las aguas según sus especies, y asimismo todo lo volátil según su género. Y vio Dios que lo hecho era bueno. 22 Y los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar [19], y multiplíquense las aves sobre la tierra. 23 Con lo que de la tarde y mañana resultó el día quinto.

24 Dijo todavía Dios: Produzca la tierra animales vivientes en cada género animales domésticos, reptiles y bestias silvestres de la tierra, según sus especies. Y fue hecho así. 25 Hizo, pues, Dios las bestias silvestres de la tierra según sus especies, y los animales domésticos, y todo reptil terrestre según su especie. Y vio Dios que lo hecho era bueno.

26 Y por fin dijo: Hagamos [20] al hombre a imagen y semejanza nuestra [21]; y domine a los peces del mar [22], y a las aves del cielo, y a las bestias, y a toda la tierra, y a todo reptil que se mueve sobre la tierra. 27 Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó [23]; los creó varón y hembra [24]. 28 Y les echó Dios su bendición y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra [25], y enseñoreaos de ella [26], y dominad a los peces del mar y a las aves del cielo y a todos los animales que se mueven sobre la tierra.

29 Y añadió Dios: Ved que os he dado todas las hierbas las cuales producen simiente sobre la tierra, y todos los árboles los cuales tienen en sí mismos simiente de su especie, para que os sirvan de alimento [27] a vosotros, 30 y a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos cuantos animales vivientes se mueven sobre la tierra, a fin de que tengan que comer. Y así se hizo. 31 Y vio Dios todas las cosas que había hecho; y eran en gran manera buenas [28]. Con lo que de la tarde y de la mañana se formó el día sexto [29].

¿Sabías que?

En 1798 se estrenó en Viena el oratorio *La Creación*, de Joseph Haydn, basado en este capítulo. Después de una introducción misteriosa que representa el caos, el coro canta en voz baja «y Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fue hecha», y en la palabra «luz» toda la orquesta estalla en un acorde fortísimo de do mayor. Según los testimonios de la época, el público quedó estremecido.

Los días de la creación

Obra de distinción *Dios separa y da forma*		**Obra de ornato** *Dios llena y adorna*	
1	Luz: el día y la noche	**4**	Lumbreras: sol, luna y estrellas
2	Firmamento: aguas de arriba y de abajo	**5**	Aves del cielo y peces del mar
3	Tierra seca y plantas	**6**	Animales terrestres y el ser humano
7	Dios cesa de su obra, bendice y santifica el día		

Cada día de la segunda columna llena el espacio creado en el día de enfrente: así se responde a la tierra «informe y vacía» del v. 2. Los nombres de las columnas son de santo Tomás de Aquino (*Suma teológica* I, q. 70). El séptimo día corona la obra.

El Enuma Elish y Génesis 1

	Enuma Elish (Babilonia)	Génesis 1
Los dioses	Muchos dioses, nacidos de las aguas primordiales Apsu y Tiamat	Un solo Dios, que existe antes de todo
Cómo se crea	Con una guerra: Marduk vence a Tiamat y parte su cuerpo en dos	Con la palabra: «Dijo Dios… y así se hizo»
El abismo	Tiamat, diosa del mar, un monstruo enemigo	Tehom, «el abismo»: agua sin forma y sin voluntad
Cielo y tierra	Hechos con las dos mitades del cadáver de Tiamat	Separados por el firmamento el segundo día
Los astros	Moradas y signos de los dioses, de los que se leen presagios	«Lumbreras», lámparas al servicio del calendario
El ser humano	Hecho con la sangre de Kingu, un dios rebelde, para trabajar en lugar de los dioses	Imagen de Dios, bendecido y encargado de la creación
El final	Los dioses construyen Babilonia y el templo de Marduk, y celebran un banquete	Dios descansa y santifica el séptimo día

El *Enuma Elish* («Cuando en lo alto…»), poema babilonio en siete tablillas, se compuso probablemente a finales del segundo milenio antes de Cristo; sus copias se hallaron desde 1849 en las ruinas de Nínive, y George Smith lo publicó en 1876. No es la fuente del Génesis, pero muestra el mundo de ideas con el que el Génesis dialoga: toma imágenes comunes y las vacía de dioses, de violencia y de esclavitud.

Génesis 1,1 palabra por palabra

בְּרֵאשִׁית	בָּרָא	אֱלֹהִים	אֵת	הַשָּׁמַיִם	וְאֵת	הָאָרֶץ
bereshit	*bará*	*Elohim*	*et*	*ha-shamáyim*	*we-et*	*ha-árets*
en el principio	creó	Dios	—	los cielos	y	la tierra

Se lee de derecha a izquierda. Son siete palabras, como los siete días del relato. *Bereshit* da nombre al libro en hebreo. *Bará*, «crear», solo tiene a Dios por sujeto en su forma básica. *Elohim* tiene forma de plural, pero lleva el verbo en singular: es un plural de majestad y de plenitud, no una lista de dioses. *Et* no se traduce: marca el complemento directo, y algunos comentaristas, judíos y cristianos, se han fijado en que se escribe con la primera y la última letra del alfabeto, como «el Alfa y la Omega» (Ap 1,8). «Los cielos y la tierra» nombran los dos extremos para decir el todo: el hebreo no tenía una palabra para «universo».

PARA PROFUNDIZAR

La creación y la ciencia

El primer capítulo de la Biblia fue escrito hace unos veinticinco siglos, con la imagen del mundo que tenían entonces los pueblos del antiguo Oriente: una tierra plana, una bóveda sólida en lo alto y unas aguas encima de ella. Pedirle que responda a las preguntas de la astrofísica o de la biología es equivocarse de libro. El concilio Vaticano II recuerda que, para entender lo que Dios quiso decir, hay que atender a los géneros literarios y a los modos de expresarse de cada época (Dei Verbum, n. 12), y el Catecismo explica que la Escritura presenta la creación «simbólicamente» como una semana de trabajo coronada por el descanso (n. 337). El relato responde a otras preguntas: quién está en el origen de todo, si el mundo tiene sentido y qué lugar ocupamos en él.

Los Padres de la Iglesia ya lo sabían. San Agustín advertía que es vergonzoso y dañino que un cristiano hable de la naturaleza diciendo disparates en nombre de la Biblia ante personas que conocen esas cosas por la razón y la experiencia, porque así expone la fe al ridículo (Del Génesis a la letra I,19,39). Y añadía que el Espíritu Santo no quiso enseñar la forma del cielo, porque eso no sirve para la salvación (II,9,20). De ahí viene la vieja imagen de los «dos libros»: Dios escribió el libro de la naturaleza y el de la Escritura, y no pueden contradecirse, porque tienen el mismo autor. El Catecismo lo dice con palabras del concilio Vaticano I: entre la fe y la razón nunca puede haber verdadero desacuerdo (n. 159).

La historia no siempre ha sido pacífica. En el proceso contra Galileo (1616 y 1633) se mezclaron los límites de la ciencia de entonces y graves errores de los teólogos, que leyeron la Biblia como si enseñara astronomía. El propio Galileo recordaba una frase que atribuía al cardenal Baronio: la intención del Espíritu Santo es enseñarnos cómo se va al cielo, y no cómo va el cielo. En 1992 san Juan Pablo II reconoció ante la Academia Pontificia de las Ciencias los errores cometidos y la incomprensión mutua que causaron.

En el siglo XX, la ciencia descubrió que el universo tiene una historia. Un sacerdote católico, el belga Georges Lemaître, propuso en 1927 que el universo se expande, y en 1931 que procede de un «átomo primitivo»: es el origen de la teoría del Big Bang. Cuando Pío XII, en 1951, vio en esa teoría una confirmación científica de la creación, Lemaître pidió prudencia: la ciencia no puede demostrar la creación, ni la fe depende de una teoría física. Crear no es solo poner en marcha el universo hace miles de millones de

años, sino sostenerlo en el ser en cada instante. Santo Tomás de Aquino pensaba incluso que un universo sin comienzo en el tiempo seguiría siendo creado, y que su comienzo lo sabemos por la fe (Suma teológica I, q. 46, a. 2).

Lo mismo vale para la evolución de la vida. Pío XII admitió en 1950 que se estudie el origen del cuerpo humano a partir de una materia viva preexistente, mientras la fe sostiene que cada alma es creada inmediatamente por Dios (Humani generis, n. 36). En 1996 san Juan Pablo II reconoció que nuevos conocimientos llevan a considerar la evolución como algo más que una hipótesis, y advirtió que son incompatibles con la fe las interpretaciones que hacen del espíritu un simple producto de la materia. El Catecismo invita a acoger los descubrimientos científicos como motivo de mayor admiración por el Creador (n. 283), y recuerda que la pregunta por el sentido va más allá de la ciencia (n. 284).

Lo que Génesis 1 afirma no lo puede demostrar ni refutar un laboratorio: hay un solo Dios, que no es parte del mundo; todo lo que existe es bueno y viene de su libertad y de su amor; el mundo es ordenado e inteligible, y por eso se puede estudiar; el ser humano es imagen de Dios; y el tiempo tiene un sentido que culmina en el descanso con Dios. Muchos historiadores piensan que esta visión de una naturaleza ordenada, que no está habitada por dioses caprichosos, fue uno de los suelos donde pudo nacer la ciencia moderna.

PAUSA

1. Dios llama «bueno» a todo lo que hace. ¿Qué cambia en tu manera de mirar la naturaleza, tu cuerpo o tu trabajo si de verdad lo crees?
2. Cada persona es imagen de Dios. ¿Hay alguien a quien te cueste mirar así? Escribe su nombre y pide la gracia de verlo como Dios lo ve.

Para orar. «*Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra. ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?*» (Salmo 8).

2

El séptimo día y el jardín del Edén

El primer relato termina con el descanso del séptimo día, que santifica el tiempo. Desde el v. 4 empieza un segundo relato, con otro estilo y otro nombre para Dios: ya no un himno cósmico, sino una escena cercana. Dios modela al hombre como un alfarero, le da su propio aliento, planta para él un jardín, le confía un trabajo y un límite, y busca para él una compañía. El capítulo avanza de la soledad al encuentro y termina con la primera boda de la Biblia. Los dos relatos no se contradicen: son como dos retratos de la misma verdad (ver el cuadro al final del capítulo).

El séptimo día

1 Quedaron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el
ornato de ellos [1]. 2 Y completó Dios al séptimo día [2] la
obra que había hecho; y en el día séptimo reposó o cesó [3]
de todas las obras que había acabado. 3 Y bendijo al día
séptimo [4]; y le santificó [5], por cuanto había Dios cesado
en él de todas las obras que creó hasta dejarlas bien acaba-
das.

El hombre en el jardín del Edén

4 Tal fue el origen del cielo y de la tierra [6], cuando fueron
creados en aquel día en que el Señor Dios [7] hizo el cielo y

la tierra, [5] y todas las plantas del campo antes que naciesen en la tierra, y toda la hierba de la tierra antes que de ella brotase; porque el Señor Dios no había aún hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que la cultivase. [6] Salía de la tierra una fuente [8] que iba regando toda la superficie de la tierra.

[7] Formó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra [9], y le inspiró en el rostro un soplo o espíritu de vida [10], y quedó hecho el hombre viviente con alma racional [11]. [8] Había plantado el Señor Dios desde el principio [12] un jardín delicioso [13], en que colocó al hombre que había formado, [9] y en donde el Señor Dios había hecho nacer de la tierra misma toda suerte de árboles hermosos a la vista, y de frutos suaves al paladar; y también el árbol de la vida [14] en medio del paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal [15].

[10] De este lugar de delicias salía un río para regar el paraíso, río que desde allí se dividía en cuatro brazos. [11] Uno se llama Fisón [16], y es el que circula por todo el país de Hevilat, en donde se halla el oro: [12] Y el oro de aquella tierra es finísimo: allí se encuentra el bedelio, y la piedra cornerina [17]. [13] El nombre del segundo río es Geón: éste es el que rodea toda la tierra de Etiopía [18]. [14] El tercer río tiene por nombre Tigris: éste va corriendo hacia los asirios. Y el cuarto río es el Eufrates.

15 Tomó, pues, el Señor Dios al hombre, y le puso en el paraíso de delicias, para que le cultivase y guardase [19]. 16 Le dio también este precepto diciendo: Come, si quieres, del fruto de todos los árboles del paraíso; 17 mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comas: porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás [20].

La creación de la mujer

18 Dijo asimismo el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda y compañía semejante a él [21]. 19 Formado, pues, que hubo de la tierra el Señor Dios todos los animales terrestres, y todas las aves del cielo, los trajo a Adán, para que viese cómo los había de llamar [22]: y en efecto todos los nombres puestos por Adán a los animales vivientes, ésos son sus nombres propios. 20 Llamó, pues, Adán por sus propios nombres a todos los animales, a todas las aves del cielo, y a todas las bestias de la tierra; mas no se hallaba para Adán ayuda o compañero a él semejante.

21 Por tanto el Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño [23]; y mientras estaba dormido, le quitó una de las costillas [24], y llenó de carne aquel vacío. 22 Y de la costilla aquella que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer [25]: la cual puso delante de Adán. 23 Y dijo o exclamó Adán: Esto es hueso de mis huesos [26], y carne de mi

carne: llamarse ha, pues, hembra [27], porque del hombre
ha sido sacada. [24] Por cuya causa dejará el hombre a su padre, y a su madre, y estará unido a su mujer: y los dos vendrán a ser una sola carne [28]. [25] Y ambos, a saber, Adán y su
esposa, estaban desnudos [29], y no sentían por ello rubor
ninguno.

¿Sabías que?

En los capítulos 1 a 4, adam casi siempre lleva artículo: «el hombre», «el ser humano». Es la humanidad entera, representada en un personaje. Poco a poco se convierte en nombre propio, Adán. Por eso san Pablo puede hablar de Cristo como «el último Adán», cabeza de una humanidad nueva (1 Cor 15,45).

Los dos relatos de la creación

	Gn 1,1 – 2,4a	Gn 2,4b-25
Nombre de Dios	Elohim, «Dios»	YHWH Elohim, «el Señor Dios»
Estilo	Himno solemne, con estribillos y números	Relato vivo y cercano, casi una parábola
Al comienzo	Un abismo de agua sin forma	Una tierra seca, sin lluvia y sin plantas
Orden	Luz, cielo, tierra, plantas, astros, animales; el ser humano al final	El hombre primero; después el jardín, los animales y la mujer
El ser humano	Varón y mujer a la vez, imagen de Dios	Barro con aliento divino; la mujer, del costado del hombre
Dios es como	Un rey que habla, y todo se hace	Un alfarero que modela y un jardinero que planta
El acento	El orden y la bondad del cosmos; el sábado	La relación, la libertad, el límite y el amor
Tradición	Llamada «sacerdotal»; quizá del siglo VI a. C.	Llamada «yahvista»; quizá más antigua

Los nombres de las tradiciones son hipótesis de los estudiosos, y hoy se discute mucho cómo y cuándo se formaron. Lo seguro es que el autor final puso los dos relatos uno tras otro sabiendo que eran distintos. No se contradicen: se completan, como dos retratos de la misma persona hechos desde ángulos diferentes.

PARA PROFUNDIZAR

«Varón y mujer los creó»

Los dos relatos de la creación hablan del ser humano de maneras que se completan. El primero, solemne, dice en una sola frase que Dios creó al ser humano a su imagen, «varón y hembra» (1,27): los dos juntos, a la vez y con la misma dignidad, reflejan a Dios. El segundo, en forma de relato, cuenta un drama: el hombre está solo, ningún animal es su igual, Dios lo duerme y, al despertar, encuentra a la mujer y estalla de alegría. El Catecismo resume las dos cosas: el hombre y la mujer son queridos por Dios en perfecta igualdad como personas, y en su ser de varón y de mujer (n. 369).

«No es bueno que el hombre esté solo» (2,18) es la primera cosa que en la Biblia «no es buena». La soledad no se remedia con cosas ni con animales, sino con otra persona. San Juan Pablo II dedicó a estos capítulos una larga serie de catequesis, entre 1979 y 1984, conocida como la «teología del cuerpo». En ellas habló de la «soledad originaria», de la «unidad originaria» y de la «desnudez originaria»: el ser humano descubre que no es una cosa entre las cosas, que está hecho para el encuentro, y que su cuerpo, masculino o femenino, expresa esa vocación al don de sí. En la carta Mulieris dignitatem (1988) añadió que ser imagen de Dios significa también existir en relación, porque Dios mismo es comunión de Personas (n. 7).

El segundo relato ha sido leído a veces como si dijera que la mujer es inferior porque fue hecha después y «de una costilla». El texto dice lo contrario. Ézer, «ayuda», es una palabra que la Bi-

blia aplica a Dios; la «costilla» es el costado, el lado, la misma altura; y el hombre no la domina, sino que se reconoce en ella: «hueso de mis huesos y carne de mi carne». El dominio de uno sobre otro aparece solo después del pecado, como consecuencia de la ruptura (3,16), y el Evangelio llama a superarlo (Mulieris dignitatem, n. 10).

Jesús vuelve a estos capítulos cuando le preguntan por el divorcio. A la concesión de la Ley de Moisés opone el proyecto original: «Al principio no fue así»; Dios los hizo varón y mujer, y los dos serán una sola carne; «lo que Dios unió, no lo separe el hombre» (Mt 19,3-9). La Iglesia ve aquí la institución del matrimonio en el orden mismo de la creación, que Cristo eleva a sacramento (Catecismo, n. 1602-1605). San Pablo llega a decir que la unión de los esposos es imagen de la unión de Cristo con su Iglesia (Ef 5,31-32).

Estos capítulos no hablan solo de los casados. Dicen algo sobre todo ser humano: que su cuerpo tiene un significado, que la diferencia entre varón y mujer es un don y no un obstáculo, y que nadie se realiza sin entregarse a otros. La misma vocación al amor se vive también en el celibato y en la virginidad consagrada «por el Reino de los cielos», que la Iglesia considera un don precioso y un signo del mundo futuro (Catecismo, n. 1618-1620).

PAUSA

1. ¿Qué lugar tiene el descanso en tu semana? ¿Es el domingo un día para Dios y para los tuyos, o solo un día libre?
2. Adán se alegra al encontrar a alguien igual a él. ¿A quién te ha dado Dios como «ayuda» y compañía? ¿Cómo se lo agradeces?

Para orar. *Señor, gracias por las personas que has puesto a mi lado. Que las mire como Adán la primera vez: como un regalo tuyo.*

3

La caída

El capítulo más decisivo para entender el resto de la Biblia. Con imágenes sencillas (un árbol, una serpiente, unas hojas de higuera) cuenta algo que todos conocemos por dentro: la sospecha hacia Dios, la tentación de decidir por cuenta propia, la vergüenza, las excusas y la ruptura de todas las relaciones. Tiene tres partes: la tentación y la caída (vv. 1-7), el interrogatorio de Dios y sus sentencias (vv. 8-19) y la salida del jardín (vv. 20-24). El Catecismo explica que usa un lenguaje de imágenes, pero afirma un acontecimiento real (n. 390). Y el capítulo no termina en la condena: contiene la primera promesa de salvación.

La tentación

1 Era la serpiente [1] el animal más astuto de todos cuantos
animales había hecho el Señor Dios sobre la tierra. Y dijo a
la mujer: ¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no co-
mieseis de todos los árboles del paraíso? [2] 2 A la cual res-
pondió la mujer: Del fruto de los árboles, que hay en el pa-
raíso, sí comemos; 3 mas del fruto de aquel árbol que está
en medio del paraíso, nos mandó Dios que no comiése-
mos, ni le tocásemos siquiera, para que no muramos.
4 Dijo entonces la serpiente a la mujer: ¡Oh! ciertamente
que no moriréis [3]. 5 Sabe Dios que en cualquier tiempo

que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses [4], conocedores de todo, del bien y del mal.

[6] Vio, pues, la mujer que el fruto de aquel árbol era bueno para comer, y bello a los ojos y de aspecto deleitable [5], y cogió del fruto y le comió: dio también de él a su marido [6], el cual comió. [7] Luego se les abrieron a ambos los ojos [7]; y como echasen de ver que estaban desnudos, cosieron o se acomodaron unas hojas de higuera, y se tuvieron unos delantales o ceñidores [8].

Dios busca al hombre

[8] Y habiendo oído la voz del Señor Dios que se paseaba en el paraíso [9] al tiempo que se levanta el aire después de mediodía [10], se escondió Adán con su mujer de la vista del Señor Dios en medio de los árboles del paraíso. [9] Entonces el Señor Dios llamó a Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? [11] [10] El cual respondió: He oído tu voz en el paraíso, y he temido [12] y llenádome de vergüenza porque estoy desnudo, y así me he escondido. [11] Le replicó: ¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto de que yo te había vedado que comieses? [12] Respondió Adán: La mujer, que tú me diste por compañera [13], me ha dado del fruto de aquel árbol, y le he comido. [13] Y dijo el Señor Dios a la mujer: ¿Por qué has hecho tú esto? La cual respondió: La serpiente me ha engañado, y he comido.

Las consecuencias del pecado

14 Dijo entonces el Señor Dios a la serpiente: Por cuanto hiciste esto, maldita tú eres o seas [14] entre todos los animales y bestias de la tierra; andarás arrastrando sobre tu pecho, y tierra comerás [15] todos los días de tu vida. 15 Yo pondré enemistades entre ti y la mujer [16], y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza [17], y andarás acechando a su calcañar [18].

16 Dijo asimismo a la mujer: Multiplicaré tus trabajos y miserias en tus preñeces; con dolor parirás los hijos [19] y estarás bajo la potestad o mando de tu marido; y él te dominará [20].

17 Y a Adán le dijo: Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer, y comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa [21]; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. 18 Espinas y abrojos [22] te producirá, y comerás de los frutos que den las hierbas o plantas de la tierra. 19 Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan [23], hasta que vuelvas a confundirte con la tierra de que fuiste formado; puesto que polvo eres, y a ser polvo tornarás [24].

Fuera del paraíso

20 Y Adán puso a su mujer el nombre de Eva [25], esto es, Vida, atento a que había de ser madre de todos los vivien-

tes. 21 Hizo también el Señor Dios a Adán y a su mujer unas
túnicas de pieles 26, y los vistió,

22 y dijo: Ved ahí a Adán que se ha hecho como uno de
nosotros 27, conocedor del bien y del mal; ahora pues,
echémosle de aquí no sea que alargue su mano, y tome
también del fruto del árbol de conservar la vida, y coma de
él, y viva para siempre. 23 Y le echó el Señor Dios del paraí-
so de deleites, para que labrase la tierra, de que fue forma-
do. 24 Y desterrado Adán, colocó Dios delante del paraíso
de delicias un querubín con espada de fuego 28, que anda-
ba alrededor para guardar el camino que conducía al árbol
de la vida.

> **¿Sabías que?**
>
> En la Vigilia Pascual, el pregón (Exsultet) canta: «¡Oh feliz culpa, que mereció tan grande Redentor!». La Iglesia no celebra el pecado: celebra que Dios lo convirtió en ocasión de un bien mayor, la venida de Cristo (Catecismo, n. 412). En la liturgia, este capítulo se lee el 8 de diciembre, solemnidad de la Inmaculada Concepción (3,9-15.20).

PARA PROFUNDIZAR

El *pecado original*

Pocas doctrinas cristianas se malentienden tanto como la del pecado original. No es una fábula sobre una manzana (el texto ha-

bla solo de un «fruto»), ni significa que un recién nacido sea culpable de algo que haya hecho. El Catecismo explica que el relato de Génesis 3 usa un lenguaje de imágenes, pero afirma un acontecimiento primordial, un hecho que tuvo lugar al comienzo de la historia del hombre (n. 390). La Revelación nos da la certeza de fe de que toda la historia humana está marcada por una falta original cometida libremente por nuestros primeros padres.

¿En qué consistió ese pecado? El Catecismo lo describe como una falta de confianza en Dios y un mal uso de la libertad: el hombre prefirió su propio juicio al de Dios y quiso ser «como Dios», pero sin Dios (n. 397-398). Las consecuencias son las que el capítulo describe: se pierde la santidad y la justicia originales; la armonía interior se rompe; la relación entre el hombre y la mujer se vuelve tensa; la creación se hace hostil y la muerte entra en la historia (n. 399-400).

Lo más difícil de entender es cómo ese pecado alcanza a todos. San Pablo lo expresa en paralelo con Cristo: por un hombre entró el pecado en el mundo, y por un hombre, Jesucristo, llega la gracia en abundancia (Rom 5,12-21). La Iglesia enseña que el pecado original se transmite por propagación, no por imitación, y que en cada uno de nosotros es un pecado «contraído» y no «cometido»: un estado, no un acto personal (Catecismo, n. 404). Es la privación de la santidad original con la que Dios quería que naciéramos. La naturaleza humana no queda totalmente corrompida, pero sí herida, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y a la muerte, e inclinada al pecado; a esa inclinación se le llama con-

cupiscencia, y permanece después del Bautismo para el combate de la vida cristiana (n. 405).

La doctrina se precisó en la polémica de san Agustín contra Pelagio, a comienzos del siglo V. Pelagio pensaba que el pecado de Adán solo nos afecta como mal ejemplo y que el hombre puede salvarse con sus fuerzas; Agustín defendió que todos necesitamos la gracia de Cristo para ser salvados. Los concilios de Cartago (418) y Orange (529) siguieron a Agustín, y el concilio de Trento, en su sesión V (1546), formuló la doctrina contra las interpretaciones de la Reforma. Las Iglesias orientales, por su parte, subrayan sobre todo la herencia de la mortalidad y de la corrupción.

Hoy la ciencia plantea preguntas nuevas, sobre todo acerca del origen de la humanidad a partir de una población, y no de una sola pareja. Pío XII escribió en 1950 que no se veía cómo esa hipótesis podía conciliarse con la doctrina del pecado original (Humani generis, n. 37). Desde entonces, teólogos católicos han propuesto distintas explicaciones, y la cuestión sigue abierta al estudio; lo que la Iglesia mantiene es el núcleo: un hecho real, al principio, en el que la libertad humana se apartó de Dios, y cuyas consecuencias alcanzan a todos.

¿Por qué importa esta doctrina? El Catecismo dice que es, por así decir, «el reverso» de la Buena Nueva: Jesús es el Salvador de todos los hombres, y todos necesitan la salvación (n. 389). Sin el pecado original no se entiende para qué vino Cristo. Además, la doctrina describe con realismo lo que todos experimentamos: queremos el bien y a menudo hacemos el mal (Rom 7,19), y el concilio Vaticano II observa que la experiencia confirma lo que

la Revelación enseña (Gaudium et spes, n. 13). Y no es la última palabra: ya en este capítulo Dios promete la victoria de la descendencia de la mujer (3,15). La Iglesia confiesa que María fue preservada del pecado original desde su concepción, en vista de los méritos de su Hijo (Pío IX, Ineffabilis Deus, 1854; Catecismo, n. 491). Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Rom 5,20).

PAUSA

1. ¿Dónde reconoces en ti la tentación de decidir por tu cuenta lo que está bien y lo que está mal, sin preguntarle a Dios?
2. Dios pregunta: «¿Dónde estás?». Respóndele con sinceridad: ¿dónde estás hoy?
3. Adán y Eva se excusan culpando a otro. ¿A quién o a qué sueles culpar tú?

Para orar. *Dios te salve, María… (Reza un avemaría pensando en María como la nueva Eva, que dijo «sí» donde Eva dijo «no».)*

4

Caín y Abel

Fuera del paraíso, el pecado crece rápido: de la desobediencia a Dios se pasa al asesinato del hermano. El capítulo tiene dos partes: la historia de Caín y Abel (vv. 1-16), con el diálogo entre Dios y el asesino, y las dos líneas de descendientes (vv. 17-26). Dios sigue hablando al hombre: lo advierte antes del crimen, lo interroga después y lo protege incluso siendo culpable. Al final aparecen dos caminos: la línea de Caín, que inventa la ciudad, la música y el metal, pero también la venganza, y la línea de Set, que empieza a invocar el nombre del Señor.

Caín y Abel

1 Adán conoció a Eva su mujer [1], la cual concibió y parió a
Caín, diciendo: He adquirido un hombre por merced de
Dios [2]. 2 Y parió después al hermano de éste, Abel [3]. Abel
fue pastor de ovejas, y Caín labrador.

3 Y aconteció al cabo de mucho tiempo que Caín presentó
al Señor ofrendas de los frutos de la tierra [4]. 4 Ofreció asi-
mismo Abel de los primerizos de su ganado, y de lo mejor
de ellos; y el Señor miró con agrado a Abel y a sus
ofrendas [5]. 5 Pero de Caín y de las ofrendas suyas no hizo
caso; por lo que Caín se irritó sobremanera, y decayó su

semblante. [6] Y le dijo el Señor: ¿Por qué motivo andas enojado? ¿Y por qué está demudado tu rostro? [7] ¿No es cierto que si obrases bien, serás recompensado; pero si mal, el castigo del pecado estará siempre presente en tu puerta o a tu vista [6]? Mas de cualquier modo su apetito o la concupiscencia estará a tu mandar, y tú le dominarás, si quieres. [8] Dijo después Caín a su hermano Abel: Salgamos fuera [7]. Y estando los dos en el campo, Caín acometió a su hermano Abel y le mató [8].

[9] Le preguntó después el Señor a Caín: ¿Dónde está tu hermano Abel? Y respondió: No lo sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? [9] [10] Le replicó el Señor: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra [10]. [11] Maldito, pues, serás tú desde ahora [11] sobre la tierra, la cual ha abierto su boca, y recibido de tu mano la sangre de tu hermano. [12] Después que la habrás labrado, no te dará sus frutos; errante y fugitivo vivirás sobre la tierra.

[13] Y dijo Caín al Señor: Mi maldad es tan grande, que no puedo yo esperar perdón [12]. [14] He aquí que tú hoy me arrojas de esta tierra, y yo iré a esconderme de tu presencia, y andaré errante y fugitivo por el mundo; por tanto, cualquiera que me hallare, me matará. [15] Le dijo el Señor: No será así; antes bien, cualquiera que matare a Caín, lo pagará con las setenas [13]. Y puso el Señor en Caín una señal [14],

para que ninguno que le encontrase le matara. 16 Salido,
pues, Caín de la presencia del Señor, prófugo en la
tierra [15], habitó en el país que está al oriente de Edén.

Los descendientes de Caín

17 Y conoció Caín a su mujer [16], la cual concibió y parió a
Henoc; y edificó una ciudad [17] que se llamó Henoc, del
nombre de su hijo. 18 Con el tiempo Henoc engendró a
Irad, Irad engendró a Maviael, Maviael engendró a Matu-
sael, y Matusael engendró a Lamec. 19 El cual tomó dos
mujeres [18], la una llamada Ada, y la otra Sella. 20 Y Ada pa-
rió a Jabel, que fue el padre de los que habitan en
cabañas [19], y de los pastores. 21 Y tuvo un hermano llama-
do Jubal, el mismo que fue padre o maestro de los que to-
can la cítara y órgano o flauta [20]. 22 Sella también parió a
Tubalcaín [21], que fue artífice en trabajar de martillo toda
especie de obras de cobre y de hierro. Hermana de Tubal-
caín fue Noema.

23 Dijo, pues, Lamec a sus mujeres Ada y Sella: Oíd lo que
voy a decir [22], ¡oh vosotras mujeres de Lamec!; parad
mientes a mis palabras: yo he muerto a un hombre con la
herida que le hice, sí, he muerto a un joven con el golpe
que le di. 24 Pero si del homicidio de Caín la venganza será
siete veces doblada, la de Lamec lo será setenta veces
siete [23].

Set y Enós

25 Adán todavía conoció de nuevo a su mujer, la cual parió
un hijo, a quien puso por nombre Set [24], diciendo: Dios
me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató
Caín. 26 También a Set le nació un hijo, que llamó Enós;
éste comenzó a invocar el nombre del Señor [25].

¿Sabías que?

La novela *Al este del Edén* (1952), de John Steinbeck, toma su título de 4,16 y gira en torno al v. 7. Un personaje estudia con unos ancianos sabios chinos la palabra hebrea que allí se traduce «dominarás», y descubre que no es una orden ni una simple promesa, sino una posibilidad: «tú puedes». Steinbeck la escribe *timshel* (el hebreo dice *timshol*) y la convierte en el centro del libro: el hombre es libre de vencer el mal.

PAUSA

1. ¿Quién es hoy ese «hermano» del que Dios te pide ser guardián?
2. Dios avisa a Caín antes de que peque (v. 7). ¿Qué te ayuda a ti a dominar el enojo o la envidia antes de que te dominen?

Para orar. *Señor, que mi sangre y mis palabras no clamen venganza, sino perdón, como la sangre de tu Hijo.*

5

De Adán a Noé

Una genealogía de diez generaciones une a Adán con Noé. Su ritmo es casi musical: «vivió..., engendró..., y murió». Detrás de los números hay un mensaje. La vida continúa y la imagen de Dios se transmite de padres a hijos, pero la muerte anunciada en el paraíso se cumple una y otra vez, como una campana. Hay una sola excepción misteriosa, Henoc, que «caminó con Dios». La lista hace de puente entre la creación y el diluvio, y tiene su pareja en otra de diez generaciones, de Sem a Abrahán (11,10-26). Al final del capítulo, un cuadro la compara con la línea de Caín.

La descendencia de Adán

1 Esta es la genealogía de Adán [1]. En el día en que Dios creó
al hombre, a semejanza de Dios le creó. 2 Los creó varón y
hembra, y les echó su bendición; y al tiempo que fueron
creados le puso por nombre Adán [2]. 3 Cumplió Adán los
ciento treinta años de edad, y engendró un hijo a imagen y
semejanza suya [3], a quien llamó Set. 4 Los días de Adán,
después que engendró a Set, fueron ochocientos años, y
engendró hijos e hijas [4]. 5 Y así todo el tiempo que vivió
Adán, fue de novecientos treinta años [5], y murió [6].

6 Y vivió Set ciento cinco años [7], y engendró a Enós. 7 Set,
después que engendró a Enós, vivió ochocientos siete
años, y engendró hijos e hijas. 8 Con lo que todos los días
de Set vinieron a ser novecientos doce años, y murió.

9 Enós vivió noventa años, y engendró a Cainán. 10 Después
de cuyo nacimiento vivió ochocientos quince años, en los
cuales tuvo hijos e hijas. 11 Y todos los días de Enós fueron
novecientos cinco años, y murió.

12 Vivió también Cainán setenta años, y engendró a Mala-
leel. 13 Y vivió Cainán después de haber engendrado a Ma-
laleel, ochocientos cuarenta años, y tuvo hijos e hijas. 14 Y
todos los días de Cainán vinieron a ser novecientos diez
años, y murió.

15 Vivió Malaleel sesenta y cinco años, y engendró a Jared.
16 Y después de haber engendrado a Jared, vivió Malaleel
ochocientos treinta años, y engendró hijos e hijas. 17 Con
que toda la vida de Malaleel fue de ochocientos noventa y
cinco años, y murió.

18 Jared vivió ciento sesenta y dos años, y engendró a He-
noc. 19 Y vivió Jared después del nacimiento de Henoc
ochocientos años, y engendró hijos e hijas. 20 Y así toda la
vida de Jared fue de novecientos sesenta y dos años, y mu-
rió.

21 Y vivió Henoc sesenta y cinco años y engendró a Matusalén. 22 Y el proceder de Henoc fue según Dios [8], y vivió, después de haber engendrado a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. 23 Y todos los días de Henoc fueron trescientos sesenta y cinco años. 24 Y siguió caminando en pos de Dios, y se desapareció, porque Dios le trasladó [9].

25 Matusalén vivió ciento ochenta y siete años, y engendró a Lamec. 26 Y vivió Matusalén, después que engendró a Lamec, setecientos ochenta y dos años, y engendró hijos e hijas. 27 Con que todos los días de Matusalén fueron novecientos sesenta y nueve años [10] y murió.

28 Lamec a los ciento ochenta y dos años de su vida engendró un hijo, 29 al cual llamó Noé [11], diciendo: Este ha de ser nuestro consuelo en medio de los trabajos y fatigas de nuestras manos, en esta tierra que maldijo el Señor. 30 Y vivió Lamec después del nacimiento de Noé quinientos noventa y cinco años, y engendró hijos e hijas. 31 Y toda la vida de Lamec fue de setecientos setenta y siete años [12] y murió.

32 Pero Noé, siendo de quinientos años, engendró a Sem, a Cam y a Jafet [13].

¿Sabías que?

Hasta la reforma del Martirologio romano, en la noche de Navidad se cantaba el anuncio del nacimiento de Cristo contando los años desde la creación: «En el año 5199 de la creación del mundo, cuando en el principio Dios creó el cielo y la tierra…», y después desde el diluvio, desde Abrahán y desde Moisés. Esas cifras venían de la cronología de la Biblia griega. El texto renovado ya no da cifras: dice que Cristo nació cuando habían pasado siglos innumerables desde la creación.

Las edades de los patriarcas

Patriarca	Edad al tener a su hijo	Vida total	Nace (año)	Muere (año)
Adán	130	930	0	930
Set	105	912	130	1042
Enós	90	905	235	1140
Cainán	70	910	325	1235
Malaleel	65	895	395	1290
Jared	162	962	460	1422
Henoc	65	365	622	987*
Matusalén	187	969	687	1656
Lamec	182	777	874	1651
Noé	500	950	1056	2006

Años contados desde la creación de Adán, según las cifras del texto (Noé tiene 600 años al llegar el diluvio, en el año 1656). *Henoc no muere: Dios se lo lleva. Con estas cifras, Adán vive todavía cuando nace Lamec, el padre de Noé; Matusalén muere el mismo año del diluvio, y Lamec vive 777 años, como un eco del «setenta veces siete» del otro Lamec (4,24). Las cifras tienen valor simbólico, no de cronología científica.

Las genealogías de Caín y de Set

Gen.	Línea de Set (cap. 5)	Línea de Caín (cap. 4)
1	Adán	Adán
2	Set	Caín
3	Enós	Henoc
4	Cainán	Irad
5	Malaleel	Maviael
6	Jared	Matusael
7	**Henoc**, que «caminó con Dios»	**Lamec**, que canta su venganza
8	Matusalén	Jabel, Jubal, Tubalcaín y Noema
9	Lamec	
10	Noé	

Los nombres se parecen mucho, sobre todo en hebreo: Cainán y Caín (Qenán y Qáyin), Malaleel y Maviael, Jared e Irad, Henoc y Henoc, Matusalén y Matusael, Lamec y Lamec. Muchos estudiosos piensan que las dos listas son variantes de una misma tradición antigua. El texto final las contrapone: el séptimo de la línea de Set es Henoc, el amigo de Dios que no muere; el séptimo de la línea de Caín es Lamec, que multiplica la venganza (4,23-24).

PAUSA

1. Henoc «caminó con Dios». ¿Qué significaría para ti, concretamente, caminar con Dios esta semana?
2. Si tu vida se resumiera en una línea como las de esta genealogía, ¿qué te gustaría que dijera?

Para orar. *Enséñanos, Señor, a contar nuestros días, para que nuestro corazón alcance sabiduría* (*cf.* Salmo 90,12).

6

La corrupción y el arca

La violencia que empezó con Caín se ha extendido a toda la tierra. El capítulo empieza con un fragmento antiguo y enigmático sobre los «hijos de Dios» y los gigantes (vv. 1-4), sigue con el juicio de Dios, que habla con sentimientos humanos para mostrar que el mal le duele (vv. 5-8), y termina con las instrucciones para construir el arca (vv. 9-22). En medio de la corrupción hay un hombre justo, Noé, y con él aparece por primera vez una palabra que atravesará toda la Biblia: alianza.

La maldad crece en la tierra

1 Habiendo, pues, comenzado los hombres a multiplicarse
sobre la tierra y procreado hijas, 2 viendo los hijos de
Dios [1] la hermosura de las hijas de los hombres, tomaron
de entre todas ellas por mujeres las que más les agradaron.
3 Dijo entonces Dios: No permanecerá mi espíritu en el
hombre para siempre, porque es muy carnal; y sus días se-
rán ciento veinte años [2]. 4 Es de notar que en aquel tiempo
había gigantes sobre la tierra [3]; porque después que los hi-
jos de Dios se juntaron con las hijas de los hombres y ellas
concibieron, salieron a luz estos valientes del tiempo anti-
guo, héroes famosos.

5 Viendo, pues, Dios ser mucha la malicia de los hombres
en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón se
dirigían al mal continuamente [4], 6 le pesó de haber creado
al hombre en la tierra [5]. Y penetrado su corazón de un ín-
timo dolor [6], 7 yo raeré [7], dijo, de sobre la faz de la tierra
al hombre, a quien creé, desde el hombre hasta los anima-
les, desde el reptil hasta las aves del cielo; pues siento ya el
haberlos hecho. 8 Mas Noé halló gracia delante del
Señor [8].

Noé construye el arca

9 Estos son los hijos que engendró Noé: Noé fue varón jus-
to y perfecto en sus días [9], y siguió a Dios [10]. 10 Y engendró
tres hijos: a Sem, a Cam y a Jafet.

11 Entretanto la tierra estaba corrompida a vista de Dios, y
colmada de iniquidad [11]. 12 Viendo, pues, Dios que la tierra
estaba corrompida (por cuanto lo estaba la conducta de
vida de todos los mortales sobre la tierra), 13 dijo a Noé:
Llegó ya el fin de todos los hombres decretado por mí; lle-
na está de iniquidad toda la tierra por sus malas obras;
pues yo los exterminaré juntamente con la tierra.

14 Haz para ti un arca [12] de maderas bien acepilladas [13]; en
el Arca dispondrás celditas [14], y las calafatearás con
brea [15] por dentro y por fuera. 15 Y has de fabricarla de esta
suerte: la longitud del arca será de trescientos codos [16], la

latitud de cincuenta, y de treinta codos su altura. 16 Harás
una ventana en el arca, y el techo o cubierta del Arca le ha-
rás no plano, sino de modo que vaya alzándose hasta un
codo, y escupa el agua; pondrás la puerta del Arca en un
costado [17], y harás en ella tres pisos, uno abajo, otro en
medio y otro arriba.

17 Y he aquí que voy a inundar la tierra con un diluvio de
aguas, para hacer morir toda carne, en que hay espíritu de
vida debajo del cielo; todas cuantas cosas hay en la tierra,
perecerán. 18 Mas contigo yo estableceré mi alianza [18]: y
entrarás en el arca tú, y tus hijos, tu mujer, y las mujeres
de tus hijos contigo. 19 Y de todos los animales de toda es-
pecie meterás dos en el arca [19], macho y hembra, para que
vivan contigo. 20 De las aves según su especie, de las bestias
según la suya, y de todos los que arrastran por la tierra, se-
gún su casta; dos de cada cual entrarán contigo, para que
puedan conservarse. 21 Por tanto tomarás contigo de toda
especie de comestibles, y los pondrás en tu morada; y te
servirán tanto a ti como a ellos de alimento. 22 Hizo, pues,
Noé todo lo que Dios le había mandado [20].

¿Sabías que?

En 1872, George Smith, un joven estudioso del Museo Británico, descifró una tablilla de arcilla de la biblioteca de Asurbanipal, en Nínive, y encontró un relato del diluvio con un barco, un héroe salvado y unas aves enviadas a buscar tierra. Según contó un colega, se emocionó tanto que empezó a quitarse la ropa en la sala. Era la tablilla XI de la Epopeya de Gilgamesh. Desde entonces sabemos que el Génesis dialoga con relatos mucho más antiguos de Mesopotamia, aunque les da un sentido nuevo.

PARA PROFUNDIZAR

Los hijos de Dios y los gigantes

Los cuatro primeros versículos del capítulo 6 son quizá el pasaje más extraño del Génesis. «Los hijos de Dios» ven que «las hijas de los hombres» son hermosas y las toman por mujeres; Dios limita la vida humana a ciento veinte años; y se mencionan los nefilim, los «gigantes», y unos héroes famosos de la antigüedad. El texto es breve, no explica casi nada y enlaza enseguida con la maldad que provoca el diluvio. Por eso se ha leído de maneras muy distintas.

La lectura más antigua que conocemos entiende que «los hijos de Dios» son ángeles. Así lo hace el Libro de los Vigilantes, la primera parte del apócrifo Libro de Henoc, escrita hacia el siglo III a. C.: doscientos ángeles, guiados por un jefe llamado Shemihaza, bajan al monte Hermón, se unen a mujeres, enseñan a los hombres artes prohibidas, y de esas uniones nacen los gigantes, que

llenan la tierra de violencia; el diluvio es la purificación del mundo. Esta lectura era común en el judaísmo de la época de Jesús: la siguen el historiador Flavio Josefo y Filón de Alejandría. El Nuevo Testamento parece aludir a ella cuando habla de los ángeles que no conservaron su dignidad (Jds 6) y de los que pecaron y fueron arrojados al abismo (2 Pe 2,4). Varios escritores cristianos de los primeros siglos, como san Justino, san Ireneo y Tertuliano, la aceptaron.

Pronto surgió otra lectura. Julio Africano, en el siglo III, y después san Juan Crisóstomo (Homilías sobre el Génesis, 22) y san Agustín (La ciudad de Dios XV,23) entendieron que «los hijos de Dios» eran los descendientes de Set, la línea que invocaba el nombre del Señor (4,26), y que «las hijas de los hombres» eran las descendientes de Caín. El pecado sería entonces la mezcla del pueblo fiel con la línea de la violencia, por puro atractivo físico. Agustín no se atrevía a decidir si algunos espíritus podían unirse a mujeres, pero no podía creer que los ángeles santos hubieran caído así, y observaba que el propio texto llama a esos «hijos de Dios» «hombres» y «carne» (6,3). Esta interpretación fue la más común en la Iglesia latina durante siglos. Los traductores judíos al arameo, por su parte, entendieron «los hijos de los grandes», es decir, nobles o reyes que tomaban las mujeres que querían.

Hoy muchos estudiosos ven aquí un fragmento de un relato mítico muy antiguo, parecido a los de otros pueblos que hablan de seres nacidos de dioses y mujeres, como los titanes y los héroes de los griegos. El autor bíblico no lo cuenta para satisfacer la curiosidad, sino que lo recoge y lo reduce a lo esencial: los límites entre lo divino y lo humano se rompen, la arrogancia crece, y Dios

pone un límite. Los «héroes famosos» no aparecen como modelos, sino como parte del mundo corrompido que el diluvio va a borrar. Lo mismo ocurrirá con la torre de Babel (cap. 11): el hombre que quiere «hacerse un nombre» por encima de Dios.

La Iglesia no ha definido cuál de estas interpretaciones es la correcta, y el pasaje sigue siendo oscuro. Pero muestra algo importante sobre la Biblia: Dios ha querido hablar a través de autores humanos que usaban las tradiciones, las imágenes y los relatos de su cultura (Dei Verbum, n. 12-13). Lo que el texto enseña con claridad es lo que viene inmediatamente después: el mal crece en el corazón humano, a Dios le duele, y en medio de la corrupción hay un justo que encuentra gracia. La paciencia de Dios, dice san Pedro, esperaba en los días de Noé (1 Pe 3,20).

PAUSA

1. Noé obedeció cuando nadie entendía lo que hacía. ¿En qué te pide Dios hoy una fidelidad a contracorriente?
2. «Noé halló gracia». ¿Dónde has experimentado tú la gracia de Dios cuando no la merecías?

Para orar. *Señor, que yo también halle gracia a tus ojos, y que mi casa sea un arca donde se viva tu palabra.*

7

El diluvio

El relato del diluvio está construido como una creación al revés: las aguas que Dios había separado el segundo día vuelven a juntarse, y el mundo regresa al caos del principio. El texto avanza con repeticiones solemnes y con fechas precisas, como un diario de a bordo: la entrada en el arca (vv. 1-16), la subida de las aguas (vv. 17-20) y la muerte de todo ser viviente (vv. 21-24). Pero dentro del arca se conserva la semilla de una humanidad nueva. Los cristianos han visto siempre en esta escena una figura del Bautismo y de la Iglesia.

Las aguas cubren la tierra

1 Le dijo después el Señor: Entra tú y toda la familia en el
arca [1]; pues que a ti te he reconocido justo delante de mí
en medio de esta generación. 2 De todos los animales
limpios [2] has de tomar de siete en siete o siete de cada
especie [3], macho y hembra; mas de los animales inmun-
dos de dos en dos, macho y hembra. 3 E igualmente de las
aves del cielo, de siete en siete, macho y hembra, para que
se conserve su casta o especie sobre la faz de la tierra. 4 Por
cuanto de aquí a siete días [4] yo haré llover sobre la tierra
cuarenta días y cuarenta noches [5], y exterminaré de la su-
perficie de la tierra todas las criaturas animadas que hice.

5 Ejecutó, pues, Noé todo lo que le había mandado el Señor.

6 Era Noé de edad de seiscientos años cuando las aguas del
diluvio inundaron la tierra. 7 Y entró Noé en el Arca por
salvarse [6] de las aguas del diluvio, y con él sus hijos, su
mujer, y las mujeres de sus hijos. 8 Asimismo de los anima-
les limpios y no limpios, y de las aves, y de todo lo que se
mueve sobre la tierra, 9 se le entraron a Noé en el Arca de
dos en dos, macho y hembra, como el Señor lo tenía orde-
nado a Noé. 10 Pasados los siete días, las aguas del diluvio
inundaron la tierra.

11 A los seiscientos años de la vida de Noé, en el mes segun-
do, a diecisiete días del mismo mes [7], se rompieron todas
las fuentes o depósitos del grande abismo de los mares [8], y
se abrieron las cataratas del cielo [9], 12 y estuvo lloviendo
sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches [10]. 13 En el
plazo señalado del día dicho entró Noé, con Sem, Cam y
Jafet, sus hijos, su mujer, y las tres mujeres de sus hijos
con ellos [11], en el Arca. 14 Ellos y todo animal silvestre se-
gún su género, y todos los jumentos según su especie, y
todo cuanto se mueve sobre la tierra según su género, y
toda especie de volátil, toda casta de aves, y de todo cuanto
tiene alas, 15 se le entraron a Noé en el Arca, de dos en dos,
macho y hembra de toda carne, en que había espíritu de
vida. 16 Y los que entraron, entraron macho y hembra de

toda especie, como Dios se lo había mandado: y el Señor le cerró por la parte de afuera [12].

17 Entonces vino el diluvio por espacio de cuarenta días sobre la tierra: y crecieron las aguas, e hicieron subir el arca muy en alto sobre la tierra. 18 Porque la inundación de las aguas fue grande en extremo, y ellas lo cubrieron todo en la superficie de la tierra; mientras tanto el arca ondeaba sobre las aguas [13]. 19 En suma, las aguas sobrepujaron desmesuradamente la tierra, y vinieron a cubrirse todos los montes encumbrados debajo de todo el cielo [14]. 20 Quince codos se alzó el agua sobre los montes [15], que tenía cubiertos.

21 Y pereció toda carne que se movía sobre la tierra, de aves, de animales, de fieras y de todos los reptiles, que serpentean sobre la tierra; los hombres todos, 22 y todo cuanto en la tierra tiene aliento de vida [16] todo pereció. 23 Y destruyó todas las criaturas, que vivían sobre la tierra, desde el hombre hasta las bestias, tanto los reptiles como las aves del cielo; y no quedó viviente en la tierra; sólo quedó Noé, y los que estaban con él en el arca [17]. 24 Y las aguas dominaron sobre la tierra por espacio de ciento y cincuenta días [18].

¿Sabías que?

Muchos bautisterios y pilas bautismales antiguas tienen forma octogonal. El ocho es el número de la nueva creación: Cristo resucitó el día siguiente al sábado, el «octavo día», y en el arca se salvaron ocho personas (1 Pe 3,20). Quien sale del agua del Bautismo entra, como Noé, en un mundo nuevo.

PAUSA

1. El arca es figura del Bautismo y de la Iglesia. ¿Sabes la fecha de tu Bautismo? ¿Cuándo has sentido a la Iglesia como un refugio en medio de las aguas?
2. Dios mismo cerró la puerta del arca. ¿Qué te da seguridad en los momentos de tormenta?

Para orar. *Señor, que en el agua del Bautismo diste vida nueva a tu pueblo, guárdame en el arca de tu Iglesia.*

8

El *fin* del diluvio

El punto de giro de toda la historia del diluvio es una frase sencilla: «Dios se acordó de Noé». A partir de ahí el relato desanda el camino del capítulo 7: un viento sopla sobre las aguas como en 1,2, se cierran las fuentes del abismo, la tierra reaparece como el tercer día de la creación y Noé sale a un mundo lavado. El relato tiene forma de espejo, con el recuerdo de Dios en el centro. El primer gesto de Noé no es construir una casa, sino un altar; y Dios responde con una promesa que no depende de la bondad humana.

Bajan las aguas

1 Dios entretanto, teniendo presente a Noé [1], y a todos los
animales, y a todas las bestias mansas, que estaban con él
en el arca, hizo soplar el viento sobre la tierra, con que se
fueron disminuyendo las aguas. 2 Y se cerraron los manan-
tiales del abismo del mar, y las cataratas del cielo [2], y se
atajaron las lluvias que del cielo caían; 3 y se fueron reti-
rando de la tierra las aguas ondeando y retrocediendo, y
empezaron a menguar después de los ciento cincuenta
días [3]. 4 Y el Arca a los veintisiete días del mes séptimo [4],
reposó sobre los montes de Armenia [5]. 5 Las aguas iban de
continuo menguando hasta el décimo mes, pues que en el

primer día de este mes se descubrieron las cumbres de los montes.

6 Pasados después cuarenta días, abriendo Noé la ventana
que tenía hecha en el Arca, despachó al cuervo [6]; 7 el cual
habiendo salido, no volvió hasta que las aguas se
secaron [7] sobre la tierra. 8 Envió también después de él la
paloma [8], para ver si ya se habían acabado las aguas en el
suelo de la tierra; 9 la cual como no hallase donde poner su
pie se volvió a él al Arca, porque había aún agua sobre toda
la tierra; así alargó la mano, y cogiéndola la metió en el
Arca [9]. 10 Esperando, pues, otros siete días más, segunda
vez echó a volar la paloma fuera del Arca; 11 mas ella volvió
a Noé por la tarde trayendo en el pico un ramo de olivo con
las hojas verdes [10], por donde conoció Noé que las aguas
habían cesado de cubrir la tierra. 12 Con todo eso aguardó
otros siete días, y echó a volar la paloma, la cual no volvió
ya más a él [11].

13 Así que, el año seiscientos y uno de la vida de Noé, en el
mes primero, el primer día del mes [12], se retiraron las
aguas de sobre la tierra; y abriendo Noé la cubierta del
Arca, miró y vio que se había secado la superficie de la tie-
rra. 14 En el mes segundo, a veintisiete días del mes [13], que-
dó seca la tierra.

Salida del arca y sacrificio de Noé

15 Entonces habló Dios a Noé, diciendo: 16 Sal del Arca, tú y
tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo.
17 Saca también fuera contigo todos los animales que tienes
dentro, de toda casta, tanto de aves como de bestias y de
todos los reptiles que andan arrastrando sobre la tierra, y
salid a tierra; propagaos y multiplicaos sobre ella [14].
18 Salió, pues, Noé y con él sus hijos, su mujer, y las muje-
res de sus hijos. 19 Como también salieron del Arca todos
los animales, jumentos, y reptiles que serpentean sobre la
tierra, según sus especies.

20 Y edificó Noé un altar al Señor [15]; y cogiendo todos los
animales y aves limpias [16], ofreció holocaustos sobre el al-
tar. 21 Y el Señor se complació en aquel olor de suavidad [17]
y dijo: Nunca más maldeciré la tierra [18] por las culpas de
los hombres, atento a que los sentidos y pensamientos del
corazón humano están inclinados al mal desde su
mocedad [19]; no castigaré, pues, más a todos los vivientes
como he hecho. 22 Mientras el mundo durare, no dejarán
de sucederse la sementera y la siega [20], el frío y el calor, el
verano y el invierno, la noche y el día.

¿Sabías que?

El monte Ararat ocupa el centro del escudo nacional de Armenia, con el arca de Noé sobre su cima, aunque hoy la montaña está al otro lado de la frontera, en Turquía. Armenia fue además el primer reino que adoptó oficialmente el cristianismo, a comienzos del siglo IV.

El año del diluvio

Fecha	Qué ocurre	Cita
Año 600 de Noé	Dios anuncia la lluvia «de aquí a siete días»	7,4-10
Mes 2, día 17	Se rompen las fuentes del abismo y se abren las cataratas del cielo	7,11
40 días	Llueve cuarenta días y cuarenta noches	7,12.17
150 días	Las aguas dominan sobre la tierra	7,24; 8,3
Mes 7, día 27	El arca se posa sobre los montes de Armenia, es decir, de Ararat (el hebreo dice día 17)	8,4
Mes 10, día 1	Asoman las cumbres de los montes	8,5
40 días después	Noé abre la ventana y suelta el cuervo	8,6-7
Cada 7 días	La paloma: vuelve; vuelve con el ramo de olivo; ya no vuelve	8,8-12
Año 601, mes 1, día 1	Se retiran las aguas; Noé abre la cubierta del arca	8,13
Mes 2, día 27	La tierra está seca; Noé sale del arca y ofrece un sacrificio	8,14-20

Del comienzo del diluvio a la salida del arca pasa un año y diez días. Con la fecha hebrea de 8,4, el arca se posa justo a los 150 días (cinco meses de treinta días). Muchos estudiosos ven en estas cifras dos tradiciones entrelazadas: una de cuarenta días de lluvia y otra de un año entero de aguas.

PAUSA

1. Lo primero que hizo Noé al salir fue dar gracias. ¿Cómo empiezas tus días, tus semanas o tus nuevos comienzos?
2. Dios promete fidelidad sabiendo que el corazón humano sigue siendo débil. ¿Qué te dice eso de cómo te mira a ti?

Para orar. *Mientras dure la tierra, Señor, no cesará tu fidelidad. Gracias por la siembra y la cosecha, por el día y la noche.*

9

La alianza con Noé

Dios bendice de nuevo a la humanidad con las palabras que dijo a Adán y le entrega el mundo con una novedad: el permiso de comer carne, con el límite sagrado de la sangre y la prohibición absoluta de matar al hombre, imagen de Dios. Después sella con Noé, con su descendencia y con todos los seres vivos una alianza universal y sin condiciones, cuya señal es el arco iris. El capítulo termina con un episodio incómodo, que la Biblia no esconde: la embriaguez de Noé, la falta de respeto de su hijo Cam y una maldición que durante siglos se leyó muy mal.

La bendición de Noé

1 Después bendijo Dios a Noé y a sus hijos. Y les dijo: Creced y multiplicaos, y poblad la tierra [1]. 2 Que teman y tiemblen ante vosotros todos los animales [2] de la tierra, y todas las aves del cielo, y todo cuanto se mueve sobre la tierra; todos los peces del mar están sujetos a vuestro poder. 3 Y todo lo que tiene movimiento y vida, os servirá de alimento [3]; todas estas cosas os las entrego así como las legumbres y hierbas. 4 Excepto que no habéis de comer la carne con sangre [4]. 5 Porque yo tomaré venganza de vuestra sangre sobre cualquiera de las bestias que la derrame, y la muerte de un hombre, la vengaré con el hombre, en el

hombre hermano suyo [5]. [6] Derramada será la sangre de cualquiera que derrame sangre humana [6]; porque a imagen de Dios fue creado el hombre [7]. [7] Vosotros, pues, creced y multiplicaos, dilataos sobre la tierra y pobladla.

La alianza y el arco iris

[8] Dijo también Dios a Noé, y a sus hijos igualmente que a él: [9] Sabed que voy a establecer mi pacto con vosotros [8] y con vuestra descendencia después de vosotros; [10] y con todo animal viviente [9] que está con vosotros, tanto de aves como de animales domésticos y campestres de la tierra que han salido del Arca, y con todas las bestias de la tierra. [11] Estableceré mi pacto con vosotros, y no perecerá ya más toda carne con aguas de diluvio, ni habrá en lo venidero diluvio que destruya la tierra.

[12] Y dijo Dios: Esta es la señal de la alianza que establezco por generaciones perpetuas o para siempre entre mí y vosotros, y con todo animal viviente que mora con vosotros. [13] Pondré mi arco que coloqué en las nubes [10], y será señal de la alianza entre mí y la tierra. [14] Y cuando yo cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco en ellas. [15] Y me acordaré de mi alianza [11] con vosotros, y con toda alma viviente que vivifica la carne; y ya no habrá más aguas de diluvio que destruyan todos los vivientes. [16] Mi arco, pues, estará en las nubes, y viéndole, me acordaré de la alianza sempiterna [12], concertada entre Dios y toda alma vivien-

te, de toda carne que habita sobre la tierra. 17 Y repitió Dios
a Noé: Esta es la señal de la alianza que tengo establecida
entre mí y todo viviente sobre la tierra.

Noé y sus hijos

18 Eran, pues, los hijos de Noé, que salieron del Arca, Sem,
Cam y Jafet; este mismo Cam es el padre de Canaán.
19 Dichos tres son los hijos de Noé, y de ésos se propagó
todo el género humano sobre la tierra.

20 Y Noé, que era labrador [13], comenzó a labrar la tierra, y
plantó una viña [14]. 21 Y bebiendo de su vino, quedó
embriagado [15] y se echó desnudo en medio de su tienda.
22 Lo cual como hubiese visto Cam, padre de Canaán, esto
es, la desnudez vergonzosa de su padre, salió afuera a con-
társelo a sus hermanos [16]. 23 Pero Sem y Jafet, echándose
una capa o manta sobre sus hombros, y caminando hacia
atrás, cubrieron la desnudez de su padre [17] teniendo vuel-
tos sus rostros; y así no vieron las vergüenzas del padre.

24 Luego que despertó Noé de la embriaguez, sabido lo que
había hecho con él su hijo menor [18], 25 dijo: Maldito sea
Canaán [19], esclavo será de los esclavos de sus hermanos.
26 Y añadió: Bendito el Señor Dios de Sem [20], sea Canaán
esclavo suyo. 27 Dilate Dios a Jafet, y habite en las tiendas
de Sem [21], y sea Canaán su esclavo.

28 En fin, Noé vivió después del diluvio trescientos cincuenta años. 29 Y así todos los días que vivió fueron novecientos cincuenta años [22], y murió.

¿Sabías que?

En las catacumbas de Roma y en los sarcófagos cristianos de los siglos III y IV, Noé aparece muchas veces de pie dentro de una pequeña caja, con los brazos abiertos en actitud de oración, mientras llega la paloma con el ramo de olivo. Para aquellos cristianos era una imagen del Bautismo y de la salvación de los difuntos, que confiaban a Dios como Noé en el arca.

El diluvio en Gilgamesh y en el Génesis

	Gilgamesh, tablilla XI	Génesis 6–9
Héroe	Utnapishtim, hombre de Shuruppak	Noé, hombre justo (6,9)
Por qué	Decisión de los dioses (en Atrahasis, por el ruido de los hombres)	La violencia y la corrupción humanas (6,11-13)
Aviso	El dios Ea, a escondidas de los demás dioses	Dios mismo, que decide salvar (6,13-21)
Barco	Un cubo de 120 codos por lado, siete pisos, calafateado con betún	Un arca de 300 × 50 × 30 codos, tres pisos, con betún (6,14-16)
Duración	Seis días y siete noches de tormenta	Cuarenta días de lluvia; un año de aguas (7,12; 8,14)
Se posa	En el monte Nimush	En los montes de Ararat (8,4)
Aves	Paloma, golondrina y cuervo	Cuervo y tres veces la paloma (8,6-12)
Sacrificio	Los dioses acuden «como moscas» al olor	Dios acoge el «olor de suavidad» (8,20-21)
Recuerdo	La diosa madre jura por su collar de lapislázuli no olvidar esos días	El arco iris, señal de la alianza (9,13-16)
Final	Utnapishtim y su mujer reciben la inmortalidad	Dios bendice y hace alianza con todos los vivientes (9,1-17)

La tablilla XI, del siglo VII a. C., procede de la biblioteca de Asurbanipal en Nínive y está en el Museo Británico; George Smith la dio a conocer en 1872. Las diferencias muestran lo propio de Israel: un solo Dios, justo y fiel, cuya última palabra es una alianza.

PARA PROFUNDIZAR

El diluvio: Mesopotamia, ciencia y fe

El 3 de diciembre de 1872, un joven estudioso del Museo Británico, George Smith, presentó en Londres una tablilla de arcilla procedente de la biblioteca del rey asirio Asurbanipal, en Nínive. Era la undécima tablilla de la Epopeya de Gilgamesh, y contaba un diluvio asombrosamente parecido al de Noé: un dios avisa a un hombre, Utnapishtim, que construye un gran barco, lo calafatea con betún, embarca a su familia y a los animales, sobrevive a la tormenta, se posa en un monte, suelta aves y ofrece un sacrificio. La noticia causó sensación. Después aparecieron relatos todavía más antiguos: el poema de Atrahasis, copiado en el siglo XVII a. C., y una versión sumeria cuyo héroe se llama Ziusudra. Hoy nadie duda de que el Génesis conoce esta tradición de Mesopotamia.

Las diferencias son tan importantes como los parecidos. En Atrahasis, los dioses deciden exterminar a los hombres porque su ruido no los deja dormir; en Gilgamesh, la decisión de la asamblea divina parece un capricho del que los propios dioses se arrepienten, y después del diluvio, hambrientos, se agolpan «como moscas» en torno al sacrificio. En el Génesis hay un solo Dios, que juzga la violencia y la corrupción humanas (6,11-13), que salva a un justo por fidelidad y que termina sellando una alianza con toda la humanidad. El autor bíblico toma un relato que todos conocían y lo convierte en una enseñanza sobre el pecado, el juicio y la misericordia. Ver el cuadro de comparación al final del capítulo.

¿Hubo un diluvio universal? La geología no ha encontrado huellas de una inundación que cubriera toda la tierra y sus montañas en la época de la humanidad, y las cifras del relato, como las aguas quince codos por encima de las cumbres (7,20), no pueden leerse como datos científicos. En 1929, el arqueólogo Leonard Woolley creyó haber encontrado en Ur la capa de barro del diluvio de Noé, pero luego se vio que se trataba de una inundación local, que no aparece en otras partes de la ciudad. Mesopotamia, una llanura entre dos ríos, conoció muchas crecidas catastróficas, y es probable que el recuerdo de alguna de ellas esté en el origen de estas tradiciones; se han propuesto también otras hipótesis, como una gran inundación del mar Negro hacia el 5600 a. C., sin acuerdo entre los estudiosos.

La Iglesia no pide leer este capítulo como una crónica científica. El concilio Vaticano II recuerda que, para entender lo que Dios quiso decir, hay que atender a los géneros literarios y a los modos de narrar de cada época (Dei Verbum, n. 12). El diluvio enseña verdades que no dependen de la geología: que el mal destruye el mundo que Dios hizo bueno, que Dios no es indiferente ante la violencia, que salva por medio de un justo y que su última palabra no es la destrucción, sino la alianza. El Catecismo ve en la alianza con Noé el comienzo de la relación de Dios con todas las naciones, que sigue en vigor «mientras dura el tiempo de las naciones» (n. 56-58).

Los cristianos leyeron muy pronto el diluvio a la luz de Cristo. La Primera Carta de Pedro dice que en el arca unos pocos, ocho personas, se salvaron por medio del agua, y que aquello era figura del Bautismo que ahora nos salva (1 Pe 3,20-21). San Justino vio

en las ocho personas un anuncio del octavo día, el de la resurrección, y en la madera del arca, la de la cruz (Diálogo con Trifón, 138). San Cipriano usó la imagen del arca para hablar de la Iglesia: como nadie se salvó fuera del arca, nadie se salva fuera de la Iglesia (La unidad de la Iglesia, 6). El Catecismo recoge esta imagen (n. 845) y explica en qué sentido ha de entenderse esa afirmación (n. 846-848). San Agustín llegó a ver en las medidas del arca las proporciones de un cuerpo humano, figura del cuerpo de Cristo (La ciudad de Dios XV,26).

Esta lectura sigue viva en la liturgia. En la Vigilia Pascual, la bendición del agua bautismal recuerda que Dios ya prefiguró en las aguas del diluvio el nacimiento de una humanidad nueva, y el Catecismo explica la paloma de Noé como signo del Espíritu Santo que desciende sobre Cristo en el Jordán (n. 701; sobre el arca, n. 1219). El diluvio no es solo un recuerdo del pasado: cada Bautismo es una salida del arca a una tierra nueva.

PAUSA

1. Al ver el próximo arco iris, recuerda una promesa de Dios que se ha cumplido en tu vida. ¿Cuál sería?
2. Sem y Jafet cubrieron la falta de su padre en lugar de exhibirla. ¿Cómo hablas tú de los errores de los demás?

Para orar. *Señor, que me acuerdas siempre de tu alianza, enséñame a ser fiel a la mía, la de mi Bautismo.*

10

Las naciones

La «tabla de las naciones» parece solo una lista de nombres raros, pero es un mapa del mundo antiguo dibujado como una gran familia. Se ordena en tres ramas, de la más lejana a la más cercana a Israel: Jafet (vv. 2-5), Cam (vv. 6-20) y Sem (vv. 21-31), y cada una termina con una fórmula parecida sobre lenguas, países y naciones. Su mensaje es que todos los pueblos, con sus lenguas y territorios, tienen un mismo origen y están bajo la bendición dada a Noé. Algunos nombres son ciudades que todavía se pueden visitar.

La tabla de las naciones

[1] Estos son los descendientes de los hijos de Noé [1]: Sem,
Cam, y Jafet: y éstos los hijos que les nacieron después del
diluvio.

Los hijos de Jafet

[2] Hijos de Jafet [2]: Gomer, y Magog, y Madai, y Javán, y
Tubal, y Mosoc, y Tiras. [3] Hijos de Gomer: Ascenez, y Rifat
y Togorma. [4] Hijos de Javán: Elisa y Tarsis [3], Cettim y Do-
danim. [5] Estos se repartieron algún tiempo después las is-
las de las naciones [4] y las diversas regiones, cada cual se-
gún su propia lengua, familia y nación.

Los hijos de Cam

6 Hijos de Cam [5]: fueron Cus, Mesraim, y Fut y Canaán.
7 De Cus: lo fueron Sabá [6], y Hevila, y Sabata, y Regma y
Sabataca. Los de Regma: Sabá y Dadán.

8 Cus engendró también a Nemrod [7]; éste comenzó a ser
prepotente en la tierra, 9 y en efecto, era un cazador forzu-
do delante del Señor [8]. De donde vino el proverbio: Forzu-
do cazador a vista del Señor como un Nemrod. 10 Y el prin-
cipio de su reino fue Babilonia, y Arac, y Acad [9] y Calan-
ne, en tierra de Sennaar. 11 De cuyo país salió Asur, el que
fundó a Nínive [10], y las plazas o grandes calles de la ciu-
dad, y a Cale. 12 Y también a Resén entre Nínive y Cale; ésta
es la ciudad grande.

13 Mesraim engendró a Ludim, y Anamim, y a Laabim y a
Neftuim, 14 y a Fetrusim y a Casluim, de los cuales salieron
los filisteos [11] y los caftoreos.

15 Mas Canaán engendró a Sidón su primogénito [12], al he-
teo, 16 al jebuseo [13], al amorreo, al gergeseo, 17 al heveo, y
al araceo, al sineo, 18 y al aradio, al samareo y al amateo; y
de aquí descendieron los pueblos de los cananeos. 19 Cuyos
límites fueron como quien va de Sidón a Gerara tocando
en Gaza, hasta entrar en Sodoma, y Gomorra, y Adama, y
Seboín, terminando en Lesa [14]. 20 Estos son los hijos de
Cam según sus prosapias, y lenguas, y linajes, y países y
naciones.

Los hijos de Sem

21 También tuvo varios hijos Sem, padre de todos los hijos
de Heber [15], hermano mayor de Jafet. 22 Hijos de Sem fue-
ron Elam y Asur, y Arfaxad, y Lud y Aram [16]. 23 De Aram
fueron hijos Us, y Hul, y Geter y Mes. 24 Arfaxad engendró
a Salé, de quien nació Heber. 25 A Heber le nacieron dos hi-
jos: uno tuvo por nombre Faleg [17] a causa de que por aquel
entonces se hizo la partición de la tierra; el nombre de su
hermano fue Jectán. 26 Este Jectán engendró a Elmodad, y
a Salef, y a Asarmot, a Jaré, 27 y a Aduram, y a Uzal, y a De-
cla, 28 y a Ebal, y a Abimael, a Saba, 29 a Ofir [18], y a Hevila,
y a Jobad; todos éstos son hijos de Jectán. 30 Y vino a ser la
habitación de éstos desde Mesa caminando hasta Sefar,
monte que está al oriente. 31 Estos son los hijos de Sem, se-
gún sus linajes, y lenguas, y países, y naciones propias.
32 Estas son las familias de Noé repartidas en sus pueblos y
naciones [19]. De éstas se propagaron las diversas gentes en
la tierra después del diluvio.

¿Sabías que?

En 1958, unos obreros que trabajaban en el cerro del Carambolo, junto a Sevilla, encontraron un tesoro de joyas de oro de hace unos 2700 años, que se relacionó con la cultura de Tartessos. Si Tarsis es Tartessos, como piensan muchos, la Biblia conocía ya el extremo occidental del mundo antiguo, en lo que hoy es España.

El mapa de los pueblos

Jafet *norte y occidente*	**Cam** *sur*	**Sem** *oriente*
Gomer: cimerios	Cus: Nubia	Elam: suroeste de Irán
Madai: medos	Mesraim: Egipto	Asur: Asiria
Javán: griegos	Fut: ¿Libia?	Arfaxad → Heber: los hebreos
Tubal y Mosoc: Anatolia	Canaán: cananeos, Sidón	Lud: ¿Lidia?
Tarsis: ¿Tartessos, España?	Nemrod: Babilonia y Asiria	Aram: arameos de Siria
Cettim: Chipre	Filisteos: costa de Canaán	Ofir y Saba: Arabia

Identificaciones más aceptadas; los signos de interrogación marcan las dudosas. La tabla ordena a los pueblos por geografía y relaciones políticas, no por raza ni por lengua.

PAUSA

1. Todos los pueblos forman una sola familia. ¿Qué prejuicio hacia otros pueblos, culturas o personas necesitas revisar?
2. De todos estos nombres, Dios elegirá a uno solo, Abrahán, para bendecir a todos. ¿Para quién podrías ser tú hoy un camino de bendición?

Para orar. *Que te alaben, Señor, todos los pueblos; que todas las naciones te alaben* (Salmo 67).

11

La torre de Babel

El último relato de los orígenes tiene forma de espejo: primero hablan los hombres («venid, hagamos ladrillos»), luego responde Dios («ea, pues, descendamos»), y la ciudad que debía mantener unidos a todos termina dispersándolos. Es la conclusión de la historia de los orígenes: el pecado que empezó en una pareja ha llegado a toda una civilización. Después, una genealogía de diez generaciones estrecha la mirada, de toda la humanidad a una sola familia, la de Abram. Ahí empieza la historia de la salvación, que no se construye desde abajo, sino que nace de una llamada.

La torre de Babel

1 No tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje [1] y
unos mismos vocablos. 2 Mas partiéndose de oriente [2] es-
tos pueblos, hallaron una vega en tierra de Sennaar, don-
de hicieron asiento. 3 Y se dijeron unos a otros: Venid, ha-
gamos ladrillos y cozámoslos al fuego. Y se sirvieron de la-
drillos en lugar de piedras, y de mezcla en vez de
argamasa [3]; 4 y dijeron: Vamos a edificar una ciudad y una
torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo [4], y hagamos cé-
lebre nuestro nombre [5] antes de esparcirnos por toda la faz
de la tierra.

5 Y descendió el Señor a ver la ciudad y la torre [6], que edificaban los hijos de Adán, 6 y dijo: He aquí, el pueblo es uno solo, y todos tienen un mismo lenguaje; y han empezado esta fábrica, no desistirán de sus ideas, hasta llevarlas a cabo [7]. 7 Ea, pues, descendamos, y confundamos allí mismo su lengua [8], de manera que el uno no entienda el habla del otro. 8 Y de esta suerte los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad. 9 De donde se le dio a ésta el nombre de Babel o Confusión [9], porque allí fue confundido el lenguaje de toda la tierra: y desde allí los esparció el Señor por todas las regiones.

De Sem a Abram

10 Esta es la descendencia de Sem [10]: Sem era ya de cien años cuando engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio. 11 Y vivió Sem después que engendró a Arfaxad, quinientos años, y tuvo o engendró hijos e hijas. 12 Y Arfaxad a los treinta y cinco años de su vida engendró a Sale [11]. 13 Después de lo cual vivió Arfaxad trescientos tres años [12], y tuvo hijos e hijas. 14 Y Sale a los treinta años de su vida engendró a Heber. 15 Y vivió Sale después de engendrado Heber cuatrocientos y tres años, y tuvo hijos e hijas. 16 Mas Heber a los treinta y cuatro años de su vida engendró a Faleg. 17 Después de lo cual vivió Heber cuatrocientos treinta años, y tuvo hijos e hijas.

18 Faleg asimismo a los treinta años de su edad engendró a
Reu. 19 Y vivió Faleg después que engendró a Reu, doscien-
tos nueve años, y tuvo hijos e hijas. 20 Reu vivió treinta y
dos años, y engendró a Sarug. 21 Después de lo cual vivió
Reu doscientos siete años, y tuvo hijos e hijas. 22 También
Sarug a los treinta años de su vida engendró a Nacor. 23 Y
vivió Sarug después que engendró a Nacor doscientos
años, y tuvo hijos e hijas. 24 Nacor vivió veintinueve años,
y engendró a Tare. 25 Y vivió Nacor, después de engendra-
do Tare, ciento diecinueve años, y tuvo hijos e hijas.
26 Tare, cumplidos setenta años de su vida, engendró a
Abram [13], y a Nacor y a Arán.

27 Y ésta es la descendencia de Tare [14]: Tare engendró a
Abram, a Nacor y a Arán. Y Arán engendró a Lot. 28 Y mu-
rió Arán antes que su padre Tare, en la tierra de su naci-
miento en Ur de los caldeos [15]. 29 Abram y Nacor tomaron
a su tiempo mujeres: el nombre de la mujer de Abram, era
Sarai; y el de la mujer de Nacor, Melca, hija que fue de
Arán [16], padre de Melca, y padre también de Jesca. 30 Sarai
era estéril [17], y no tenía hijos.

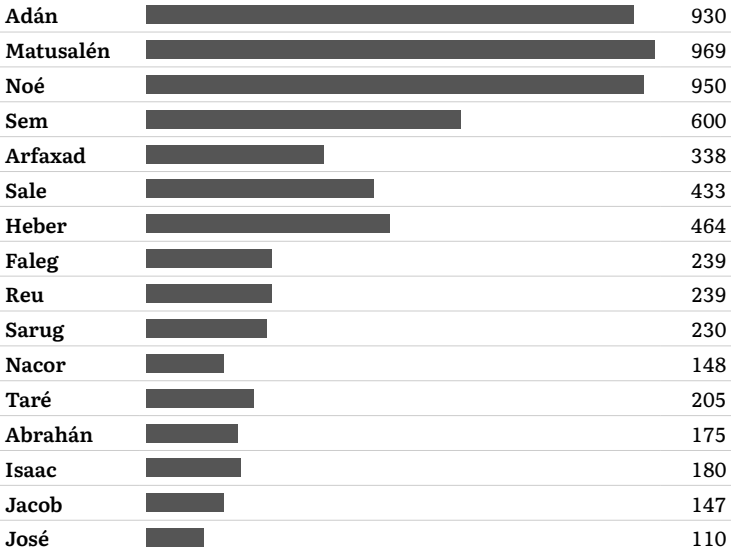
31 Tare, pues, tomó consigo a Abram su hijo, y a su nieto
Lot, hijo de Arán, y a Sarai su nuera, esposa de su hijo
Abram, y les sacó de Ur de los caldeos, con ánimo de pasar
a tierra de Canaán [18]; y llegaron hasta la ciudad de

Harán [19], y se establecieron allí. [32] Murió Tare en Harán, siendo de edad de doscientos cinco años [20].

¿Sabías que?

Pieter Brueghel el Viejo pintó en 1563 una famosa Torre de Babel, hoy en el museo de Viena, inspirada en el Coliseo de Roma. Y el edificio del Parlamento Europeo en Estrasburgo fue diseñado con un aire de torre inacabada que muchos relacionaron con ese cuadro.

Las vidas se acortan



Años de vida según las cifras del texto (5; 9,29; 11; 25,7; 35,28; 47,28; 50,26). Después del diluvio las vidas se van acortando hasta medidas cercanas a las nuestras: el texto expresa así que el pecado desgasta la vida humana. Arfaxad tiene 338 años según la Vulgata y 438 según el hebreo.

PARA PROFUNDIZAR

Babel y Pentecostés

La torre de Babel tiene un modelo concreto. Las ciudades de Mesopotamia levantaban en su centro un zigurat, una montaña artificial de ladrillo con terrazas escalonadas y un santuario en la

cima: era la escalera entre la tierra y el cielo, el lugar por donde el dios bajaba a su ciudad. El de Babilonia, dedicado al dios Marduk, se llamaba Etemenanki, «Casa del fundamento del cielo y de la tierra»; medía unos noventa metros de lado y, probablemente, otros tantos de altura. Lo terminó de reconstruir Nabucodonosor II en el siglo VI a. C., precisamente cuando los judíos estaban deportados en Babilonia, y el historiador griego Heródoto lo describió un siglo después (Historias I,181). Para los israelitas exiliados, aquella torre era el símbolo del poder del imperio que los había vencido.

El relato no condena la técnica ni la vida en las ciudades. Condena un proyecto: «hagamos célebre nuestro nombre» (11,4). Es la tentación de una humanidad que quiere asegurar su unidad y su gloria sin Dios, con un solo lenguaje impuesto a todos y una obra colosal que llegue al cielo. La ironía del narrador es feroz: la torre es tan pequeña que Dios tiene que «bajar» para verla. Y el resultado es el contrario del buscado: los que querían no dispersarse acaban dispersos, y la «puerta del dios» (Bab-ilu) se convierte en «confusión» (balal). Benedicto XVI, en su homilía de Pentecostés de 2012, veía en Babel la imagen de un mundo que, con un enorme poder, cree poder prescindir de Dios y termina incapaz de entenderse.

La dispersión es un castigo, pero también una protección y, en cierto sentido, una bendición. El capítulo 10 ya había presentado la variedad de pueblos y de lenguas como fruto de la bendición dada a Noé: «creced, multiplicaos y poblad la tierra» (9,1). El Catecismo explica que la pluralidad de las naciones estaba destinada a limitar el orgullo de una humanidad caída que, unánime en

su perversidad, quería hacer su unidad por sí misma «a la manera de Babel» (n. 57). Dios no quiere una unidad uniforme fabricada por los hombres; quiere reunir a los pueblos de otro modo. Inmediatamente después de Babel, la Biblia cuenta cómo empieza ese camino: con la llamada de un solo hombre, Abrahán, en quien serán bendecidas todas las familias de la tierra (12,3).

El Nuevo Testamento ve en Pentecostés la respuesta a Babel. San Lucas presenta a judíos piadosos «de todas las naciones que hay bajo el cielo», partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia y de muchas otras regiones, que oyen a los apóstoles proclamar las maravillas de Dios cada uno en su propia lengua (Hch 2,5-11); la lista recuerda la tabla de las naciones del capítulo 10. En Babel, un solo idioma terminó en división; en Pentecostés, la diversidad de lenguas se convierte en comunión. El Espíritu no impone una lengua única: hace que el mismo Evangelio sea comprendido en todas.

Los Padres comentaron mucho este contraste. San Gregorio Nacianceno, en su discurso sobre Pentecostés, decía que la antigua confusión de lenguas fue digna de alabanza, porque dispersó a quienes se habían unido para el mal, pero que el milagro de Pentecostés es más admirable, porque un mismo Espíritu derramado sobre muchos los lleva a la armonía (Discurso 41,16). La liturgia ha hecho suya esta lectura: el relato de Babel es una de las primeras lecturas que se pueden proclamar en la misa de la vigilia de Pentecostés. Y el Catecismo describe la Iglesia como una sola, pero presente desde el principio con una gran diversidad de pueblos, culturas y lenguas, que no rompe su unidad (n. 814).

La pregunta de Babel sigue abierta: ¿qué clase de unidad buscamos? La unidad de Babel se construye desde abajo, borra las diferencias y acaba en el enfrentamiento; la de Pentecostés se recibe como un don, respeta las lenguas y nace del amor. Cada vez que una comunidad cristiana reúne en una misma fe a personas de orígenes, culturas y lenguas distintas, Babel empieza a deshacerse.

PAUSA

1. ¿En qué proyectos tuyos buscas «hacerte un nombre», y en cuáles buscas el nombre de Dios?
2. Pentecostés deshace Babel. ¿Con quién te cuesta entenderte, y cómo podrías aprender a «hablar su lengua»?

Para orar. *Ven, Espíritu Santo, y une en tu Iglesia lo que el orgullo dividió.*

12

La vocación de Abram

Con Abram empieza propiamente la historia de la salvación. Después de once capítulos sobre toda la humanidad, la Biblia se fija en un solo hombre: Dios lo llama a dejarlo todo, sin más garantía que una promesa de tierra, de descendencia y de bendición para todas las naciones, y Abram se pone en camino. El capítulo tiene dos partes que se contrastan: la obediencia del creyente, que recorre el país levantando altares (vv. 1-9), y el miedo del mismo hombre en Egipto, que lo lleva a mentir (vv. 10-20). La Biblia no presenta a un héroe perfecto, sino a un creyente en camino.

Dios llama a Abram

1 Y dijo el Señor a Abram: Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre [1], y ven a la tierra que te
mostraré [2]. 2 Y yo te haré cabeza de una nación grande, y
bendecirte he [3], y ensalzaré tu nombre, y tú serás bendito
o serás una bendición [4]. 3 Bendeciré a los que te bendigan,
y maldeciré a los que te maldigan, y EN TI (en uno de tus
descendientes) [5] serán benditas todas las naciones de la
tierra.

4 Salió, pues, Abram, como se lo había ordenado el Señor,
y partió con él Lot; de setenta y cinco años era Abram [6]

cuando salió de la ciudad de Harán. 5 Y llevó consigo a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, con cuanta hacienda y familia habían adquirido en Harán [7], y partieron para la tierra de Canaán. Venidos a ella, 6 atravesó Abram el país hasta el lugar de Siquem, hasta el famoso valle [8]; el cananeo habitaba entonces aquella tierra [9]. 7 Y apareció el Señor a Abram [10], y le dijo: Esta tierra la daré a tu descendencia [11]. Y él edificó allí mismo un altar al Señor, que se le había aparecido. 8 Y pasando de allí a un monte que miraba al oriente de Betel [12], aquí tendió su pabellón, teniendo a Betel al occidente, y Hai al oriente; donde también erigió al Señor un altar, e invocó su santo nombre. 9 Prosiguió Abram su viaje, caminando y avanzando adelante hacia el mediodía [13].

Abram en Egipto

10 Pero sobrevino hambre en aquella tierra; y Abram tuvo que bajar a Egipto [14], para estarse allí como pasajero, a causa de que el hambre en el país era grandísima. 11 Estando ya para entrar en Egipto, dijo a Sarai su esposa: Conozco que tú eres una mujer bien parecida, 12 y que cuando los egipcios te hayan visto, han de decir: Es la mujer de éste; con lo que a mí me quitarán la vida, y a ti te reservarán para sí. 13 Di, pues, te ruego, que eres hermana mía [15], para que yo sea bien recibido por amor tuyo, y salve mi vida por tu respeto.

[14] Entrando, pues, Abram en Egipto, vieron los egipcios
que la mujer era en extremo hermosa. [15] Y los principales o
cortesanos dieron noticia de ella al faraón [16], alabándose-
la, y fue luego llevada al palacio del faraón. [16] Y por respe-
to a ella trataron bien a Abram, el cual adquirió ovejas, y
bueyes, y asnos, y esclavos, y esclavas, y asnas y
camellos [17]. [17] Pero Dios castigó al faraón [18] y a su corte
con plagas grandísimas, por causa de Sarai, mujer de
Abram.

[18] Por lo cual el faraón hizo llamar a Abram, y le dijo: ¿Qué
es esto que has hecho conmigo? [19] ¿Cómo no me declaras-
te que era tu mujer? [19] ¿Por qué motivo dijiste ser hermana
tuya, poniéndome en ocasión de casarme con ella? Ahora,
pues, ahí tienes a tu mujer, tómala, y anda enhorabuena.
[20] En consecuencia el faraón encargó a sus gentes el cuida-
do de Abram; las cuales le acompañaron a él y a su esposa
con todo lo que tenía hasta fuera de Egipto [20].

¿Sabías que?

En las tumbas reales de Ur, de hacia el 2600 a. C., Leonard Woolley encontró dos estatuillas de oro, lapislázuli y concha que representan un macho cabrío erguido, con las patas delanteras apoyadas en un arbusto. Woolley las bautizó como «el carnero enredado en la maleza», pensando en el carnero del sacrificio de Isaac (22,13). Una está hoy en el Museo Británico y la otra en el Museo de la Universidad de Pensilvania.

PARA PROFUNDIZAR

Los patriarcas y la historia

¿Existió Abrahán? La pregunta es legítima, y la respuesta honesta empieza por un dato: fuera de la Biblia no hay ninguna mención de Abrahán, de Isaac ni de Jacob. No es extraño: eran jefes de clanes de pastores que no construyeron ciudades ni dejaron inscripciones, y los grandes archivos del antiguo Oriente hablan de reyes y de imperios, no de familias seminómadas. El silencio de las fuentes no demuestra que no existieran, pero obliga a reconocer que la historia de los patriarcas no se puede comprobar como la de un rey de Asiria.

Durante buena parte del siglo XX, muchos estudiosos, con el arqueólogo estadounidense William F. Albright a la cabeza, pensaron que los descubrimientos confirmaban el marco histórico de los patriarcas. Los archivos de Mari, junto al Éufrates (siglo XVIII a. C.), hablaban de tribus seminómadas que se movían entre la región de Harán y Siria, y mencionaban una localidad llamada Najur, como Nacor; textos asirios posteriores citan, cerca de Harán, lugares llamados Sarugi y Til-Turaji, que recuerdan a Sarug y a Taré. Las tablillas de Nuzi (siglo XV a. C.) mostraban costumbres parecidas a las del Génesis, como la adopción de un siervo como heredero o la esclava que da hijos a la esposa estéril. Todo parecía situar a los patriarcas en la primera mitad del segundo milenio antes de Cristo.

En los años setenta, Thomas L. Thompson y John Van Seters cuestionaron esa síntesis. Mostraron que muchas de esas costumbres no eran exclusivas del segundo milenio, sino que apare-

cen también en documentos de siglos posteriores, y que el Génesis contiene detalles que pertenecen claramente al primer milenio: camellos domesticados (12,16), filisteos en Gerara (21,34; 26,1) o «Ur de los caldeos» (11,28), un pueblo que solo aparece en la historia a partir del siglo IX a. C. Otros anuncios espectaculares, como los supuestos nombres bíblicos de las tablillas de Ebla, resultaron exagerados. Hoy la mayoría de los estudiosos piensa que los relatos de los patriarcas recibieron su forma escrita mucho después de los hechos que cuentan, aunque discuten cuánto recuerdo antiguo conservan.

¿Qué significa esto para un católico? La Iglesia enseña que los libros de la Escritura enseñan con firmeza, fielmente y sin error la verdad que Dios quiso consignar en ellos para nuestra salvación (Dei Verbum, n. 11), y que, para descubrir esa verdad, hay que atender a los géneros literarios y a las formas de narrar de cada época (n. 12). Los relatos de los patriarcas no son crónicas de archivo, pero tampoco leyendas inventadas: son memorias de familia contadas, releídas y escritas por un pueblo creyente que reconocía en ellas el origen de su fe. La Pontificia Comisión Bíblica, en el documento «La interpretación de la Biblia en la Iglesia» (1993), pide usar con rigor los métodos históricos, advierte de los límites de un método puramente histórico y rechaza la lectura fundamentalista, que confunde la verdad de la Escritura con la exactitud material de cada detalle.

Lo que la Biblia quiere transmitir de Abrahán no depende de que podamos fechar sus viajes. Es el hombre que escuchó una llamada y se puso en camino «sin saber adónde iba» (Heb 11,8), que creyó cuando todo parecía imposible y que intercedió por otros. Por

eso el Catecismo lo propone como modelo de la obediencia de la fe (n. 144-146) y como maestro de oración (n. 2570-2572), y la liturgia lo llama «nuestro padre en la fe». Judíos, cristianos y musulmanes lo reconocen, de maneras distintas, como padre.

La fe cristiana, que se apoya en hechos históricos como la muerte y la resurrección de Cristo, no teme las preguntas de la historia. Pero tampoco reduce la verdad de la Biblia a lo que la arqueología puede comprobar: en estas páginas, un pueblo cuenta quién es su Dios contando quiénes fueron sus padres.

PAUSA

1. ¿Qué «tierra, parentela o casa» te pide Dios dejar hoy para seguirle?
2. Abram tuvo miedo y mintió. ¿En qué situaciones el miedo te hace faltar a la verdad?

Para orar. *Señor, que como Abrahán me ponga en camino sin saberlo todo, fiado solo de tu palabra.*

13

Abram y Lot se separan

La riqueza, que es bendición, se vuelve motivo de pelea. El capítulo empieza con un regreso: Abram vuelve de Egipto al altar de Betel, como quien vuelve al punto de partida después de una caída. Después viene la separación de Lot, contada con dos miradas que se responden: Lot «alza los ojos» y elige lo que le parece un paraíso; Abram, que lo ha dejado elegir, alza los ojos por invitación de Dios y recibe toda la tierra como promesa. Lot elige por lo que ve; Abram recibe por lo que cree.

La elección de Lot

1 Salió, pues, Abram de Egipto, con su esposa, y todo lo que
tenía, y Lot con él, tirando hacia la región meridional. 2 Y
estaba riquísimo [1] en caudal de oro y de plata. 3 Y se volvió
por el camino que había traído, del mediodía hacia Betel,
hasta el lugar en donde primero tuvo asentada su tienda
entre Betel y la ciudad de Hai, 4 al sitio del altar que antes
había hecho [2], y allí invocó el nombre del Señor.

5 Pero también Lot, que andaba en compañía de Abram, te-
nía rebaños de ovejas, y ganados mayores, y cabañas o
tiendas. 6 Ni podían caber en aquel terreno [3], viviendo
juntos; porque su hacienda era mucha, y no les era posible

habitar en un mismo lugar. 7 De donde vino a suscitarse
una riña entre los pastores de los ganados de Abram y los
de Lot. Y el cananeo y el ferezeo moraban a la sazón en
aquella tierra [4]. 8 Por lo que dijo Abram a Lot: Te ruego no
haya disputas entre nosotros, ni entre mis pastores y los
tuyos, pues somos hermanos [5]. 9 Ahí tienes a la vista toda
esta tierra; sepárate de mí, te ruego: si tú fueres a la iz-
quierda, yo iré a la derecha [6]; si tú escogieres la derecha,
yo me iré a la izquierda.

10 Lot, pues, habiendo alzado los ojos, miró toda la ribera
del Jordán, por el camino que va a Segor, la cual era de re-
gadío por todas partes; y, antes que asolase el Señor a So-
doma y Gomorra, fecunda como un paraíso del Señor [7], y
como el feraz Egipto [8]. 11 Y escogió Lot para sí la vega del
Jordán, y se apartó del oriente [9]: y se separaron entram-
bos hermanos uno de otro. 12 Abram se quedó en la tierra
de Canaán, y Lot se quedó en los lugares adyacentes al Jor-
dán, y fijó su morada en Sodoma [10]. 13 Mas los sodomitas
eran perversísimos [11], y muy grandes pecadores a los ojos
de Dios.

Dios renueva la promesa

14 Y dijo el Señor a Abram, después que Lot se separó de él:
Alza tus ojos y mira [12], desde el sitio en que ahora estás,
hacia el norte y el mediodía, hacia el oriente y el poniente.
15 Toda esa tierra, que ves, yo te la daré a ti y a tu posteri-

dad para siempre [13]. [16] Y multiplicaré tu descendencia
como el polvo de la tierra [14]; si hay hombre que pueda
contar los granitos del polvo de la tierra, ése podrá contar
tus descendientes. [17] Levántate, y ve recorriendo ese país a
lo largo y a lo ancho [15] porque a ti he de dártelo. [18] Abram,
pues, removiendo su pabellón, se puso en camino y fue a
morar junto al valle o encinar de Mambre [16], que está al
pie de la ciudad de Hebrón, y edificó allí un altar al Señor.

¿Sabías que?

En Mambre se veneraba una antigua encina como la de Abrahán. El emperador Constantino, al saber que allí se celebraban también ritos paganos, mandó construir una basílica en el siglo IV, según cuenta Eusebio de Cesarea (Vida de Constantino III,51-53). Sus ruinas se conservan al norte de Hebrón, en el lugar llamado Ramat el-Jalil.

PAUSA

1. ¿Hay algún bien o algún derecho por el que estés dejando que se rompa una relación?
2. Lot eligió por lo que veía. ¿Con qué criterios tomas tus decisiones importantes?

Para orar. *Señor, dame un corazón desprendido como el de Abrahán, que prefirió la paz a tener razón.*

14

Abram y Melquisedec

Un capítulo distinto de todos los demás del Génesis, con aire de crónica militar: una coalición de cuatro reyes de Oriente contra cinco reyezuelos del mar Muerto, una campaña relámpago y un patriarca que se revela guerrero para rescatar a su sobrino. Los nombres y las rutas tienen sabor arcaico, pero ninguno de estos reyes aparece fuera de la Biblia. En el centro, un personaje misterioso que aparece y desaparece en tres versículos: Melquisedec, rey y sacerdote, con pan y vino. El final enfrenta a dos reyes: uno bendice y da; el otro negocia.

La guerra de los reyes

1 Aconteció por aquel tiempo que Amrafel rey de
Sennaar [1], y Arioc rey del Ponto, Codorlahomor rey de los
elamitas [2], y Tadal rey de Naciones, 2 movieron guerra
contra Bara rey de Sodoma, y contra Bersa rey de Gomo-
rra, y contra Sennaab rey de Adama, y contra Semeber rey
de Seboim, y contra el rey de Bala, la misma que se llamó
después Segor. 3 Todos éstos vinieron a juntarse en el valle
de las Selvas, que ahora es el mar salado [3]. 4 Y el motivo
fue porque habiendo estado doce años sujetos a Codor-
lahomor, al decimotercio sacudieron el yugo. 5 Por lo cual
el año decimocuarto vino Codorlahomor con los reyes que

se le reunieron, y derrotaron a los rafaitas [4] en Astarot-carnaim, y con ellos a los zuzitas, y a los emitas en Save Cariataim, [6] y a los correos en los montes Seir [5], hasta los Campos de Farán, que está en el desierto. [7] Y dada la vuelta, vinieron a la fuente de Misfat, la misma que Cades [6], y talaron todo el país de los amalecitas, y de los amorreos, habitantes en Asasontamar.

[8] Y salieron a campaña el rey de Sodoma, y el rey de Gomorra, y el rey de Adama, y el rey de Seboim, y también el rey de Bala, la cual es Segor; y ordenaron batalla contra ellos en el valle de las Selvas, [9] es a saber, contra Codorlahomor rey de los elamitas, y Tadal rey de Naciones, y Amrafel rey de Sennaar, y Arioc rey del Ponto: cuatro reyes contra cinco. [10] Es de notar que el valle de las Selvas tenía muchos pozos de mezcla [7]. El resultado fue que el rey de Sodoma y el de Gomorra volvieron las espaldas, y cayeron allí mismo; y los que escaparon huyeron al monte. [11] Así se apoderaron de toda la riqueza de Sodoma y Gomorra, y de todos los víveres, y se marcharon,

Abram rescata a Lot

[12] llevándose asimismo a Lot, hijo del hermano de Abram, que habitaba en Sodoma, con todo cuanto tenía.

[13] En esto uno de los que escaparon, fue a dar la nueva a Abram el hebreo [8], que habitaba en el valle de Mambre

amorreo, hermano de Escol, y de Aner; los cuales tenían
hecha alianza con Abram. 14 Así que oyó Abram que Lot,
hermano suyo, había sido hecho prisionero, contó o esco-
gió de entre los criados de su casa trescientos dieciocho [9]
armados a la ligera, y fue siguiendo su alcance hasta
Dan [10]. 15 Donde divididas las tropas, se echó sobre ellos de
noche; y los desbarató, y los fue persiguiendo hasta Hoba,
que está a la izquierda de Damasco [11]. 16 Con lo que reco-
bró toda la riqueza, y a su hermano Lot con sus bienes, y
también a las mujeres y demás gente.

Melquisedec

17 Por lo cual el rey de Sodoma le salió a recibir en el valle
de Save, que es el valle del rey [12], cuando volvía de la de-
rrota de Codorlahomor, y de los reyes sus aliados. 18 Pero
Melquisedec rey de Salem [13], presentando pan y vino,
pues era sacerdote [14] de Dios altísimo, 19 le dio su bendi-
ción, diciendo: ¡Oh Abram!, bendito eres del Dios excelso,
que creó el cielo y la tierra [15]: 20 Y bendito sea el excelso
Dios, por cuya protección han caído en tus manos los
enemigos. Y le dio Abram diezmo de todo [16] lo que traía.

Abram rechaza el botín

21 Entonces el rey de Sodoma dijo a Abram: Dame las
personas [17], las demás cosas quédatelas para ti. 22 Y Abram
le respondió: Alzo mi mano al Señor Dios excelso [18], due-

ño del cielo y de la tierra jurando en su nombre, [23] que ni una hebra de hilo, ni la correa de un calzado [19] tomaré de todo lo que es tuyo, porque no digas: Yo enriquecí a Abram; [24] a excepción solamente de los alimentos que han consumido los mozos, y de las porciones de estos varones o aliados que vinieron conmigo, Aner, Escol y Mambre [20]: éstos tomarán su parte.

¿Sabías que?

Entre los manuscritos del mar Muerto, descubiertos desde 1947 en las cuevas de Qumrán, está el llamado Génesis apócrifo, escrito en arameo hacia el siglo I a. C. Vuelve a contar, con muchos detalles nuevos, las historias de Noé y de Abrahán hasta el capítulo 15, incluidas la guerra de los reyes y el encuentro con Melquisedec.

PARA PROFUNDIZAR

Melquisedec

Melquisedec aparece en tres versículos (14,18-20) y desaparece para siempre. No se dice de dónde viene ni qué fue de él. Es rey de Salem, que la tradición identifica con Jerusalén (Sal 76,3), y sacerdote del «Dios altísimo» (El Elyón), un título que Abram identificará con el Señor (14,22). Sale al encuentro del vencedor con pan y vino, lo bendice y recibe de él el diezmo. Es el primer personaje al que la Biblia llama «sacerdote» (kohen), y no es israelita.

Su figura reaparece en un salmo real, el 110, donde Dios jura al rey: «Tú eres sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec» (Sal 110,4). El rey de Jerusalén, descendiente de David, era presentado como heredero de aquel antiguo rey-sacerdote de la ciudad. Jesús citó este salmo para mostrar que el Mesías es más que hijo de David, pues David lo llama Señor (Mc 12,35-37), y es uno de los textos del Antiguo Testamento más citados en el Nuevo.

La Carta a los Hebreos construye sobre estos dos textos una reflexión sobre el sacerdocio de Cristo (Heb 5–7). Jesús no era de la tribu sacerdotal de Leví, sino de Judá: su sacerdocio no viene de la genealogía, sino que es «según el orden de Melquisedec». El autor se fija en todo, incluso en lo que el Génesis calla: Melquisedec aparece sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio ni fin conocidos, y así se asemeja al Hijo de Dios, que permanece sacerdote para siempre (Heb 7,3). Y como Abrahán le dio el diezmo y recibió su bendición, Melquisedec es mayor que Abrahán y que los sacerdotes levitas que descenderían de él (Heb 7,4-10).

También el judaísmo antiguo se interesó por esta figura misteriosa. Filón de Alejandría lo interpretó como imagen de la razón divina, el Logos (Alegorías de las leyes III,79-82); Flavio Josefo lo presenta como el fundador de Jerusalén y el primero que edificó allí un templo (Guerra de los judíos VI,10). Entre los manuscritos del mar Muerto, un texto de la cueva 11 de Qumrán, llamado 11Q-Melquisedec, lo presenta como una figura celestial que, al final de los tiempos, proclama la liberación a los cautivos y ejecuta el juicio de Dios contra las fuerzas del mal.

Los Padres de la Iglesia vieron en el pan y el vino de Melquisedec una figura de la Eucaristía. San Cipriano, en el siglo III, lo explica en una carta dedicada al cáliz del Señor (Carta 63), y Clemente de Alejandría habla del pan y el vino de Melquisedec como alimento santificado, figura de la Eucaristía (Stromata IV,25). San Ambrosio argumentaba que los sacramentos cristianos son más antiguos que los de Moisés, porque Melquisedec ya los había prefigurado (Sobre los sacramentos IV,10-12). El Catecismo recoge esta lectura (n. 1333) y ve en Melquisedec una prefiguración del sacerdocio de Cristo, «sumo sacerdote según el orden de Melquisedec» (n. 1544; ver también n. 58).

La Plegaria Eucarística I, el antiguo Canon romano, pide a Dios que acepte la ofrenda de la Iglesia como aceptó los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de su sumo sacerdote Melquisedec; en la basílica de San Apolinar in Classe, en Rávena, un mosaico del siglo VII reúne a los tres junto a un altar. Conviene, sin embargo, no exagerar: el Génesis no dice que Melquisedec ofreciera un sacrificio con el pan y el vino, sino que los «presentó», y el hebreo puede entenderse como un gesto de hospitalidad con el vencedor. La Vulgata, al unir el pan y el vino con su sacerdocio («pues era sacerdote»), favoreció la lectura sacrificial. La figura no necesita forzar el texto: un rey de justicia y de paz que bendice con pan y vino basta para que el cristiano piense en Cristo.

PAUSA

1. Abram arriesgó su vida por Lot, que antes lo había dejado de lado. ¿A quién te cuesta ayudar porque «no se lo merece»?
2. En la próxima Misa con la Plegaria Eucarística I, fíjate en la mención de Abel, Abrahán y Melquisedec. ¿Qué te dice que el pan y el vino tengan una historia tan antigua?

Para orar. *Señor, que el pan y el vino del altar me hagan reconocer en ti al Rey de justicia y de paz.*

15

La alianza con Abram

Uno de los capítulos más densos de la Biblia. Tiene dos escenas paralelas: de noche, bajo las estrellas, Dios promete un hijo y Abram cree (vv. 1-6); al atardecer, Dios promete la tierra y la garantiza con un rito antiguo y solemne (vv. 7-21). En las dos, Abram plantea una pregunta y Dios responde con una promesa y con un signo. En el rito, con animales partidos por la mitad, solo Dios pasa entre las mitades: es Él quien se compromete. Aquí está el versículo que san Pablo pondrá en el centro de su anuncio: «creyó Abram a Dios».

Abram cree a Dios

1 Pasadas, pues, que fueron estas cosas, habló el Señor a
Abram, en una visión [1], diciendo: No temas, Abram [2], yo
soy tu protector y tu galardón sobremanera grande [3]. 2 A
que respondió Abram: ¡Oh Señor Dios! [4], y ¿qué es lo que
me has de dar? Yo me voy de este mundo sin hijos; y así
habrá de heredarme el hijo del mayordomo de mi casa, ese
Eliezer de Damasco [5]. 3 Pues por lo que a mí toca, añadió
Abram, no habiéndome tú concedido sucesión, he aquí
que ha de ser mi heredero este siervo nacido en mi casa.

4 Al punto le replicó el Señor, diciendo: No será éste tu heredero, sino un hijo que saldrá de tus entrañas [6], ése es el
que te ha de heredar. 5 Y le sacó afuera y le dijo: Mira al
cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas [7]. Pues así, le dijo,
será tu descendencia. 6 Creyó Abram a Dios [8], y su fe se le
reputó por justicia [9].

El rito de la alianza

7 Le dijo después: Yo soy el Señor, que te saqué de Ur de los
caldeos [10], para darte la posesión de esta tierra. 8 Pero
Abram repuso: ¡Oh Señor Dios!, ¿por dónde he de conocer
que yo debo poseerla? [11]

9 A lo que respondió el Señor, diciendo: Escógeme una
vaca, una cabra y un carnero, todos de tres años, con una
tórtola y una paloma [12]. 10 Cogiendo, pues, Abram todos
estos animales, los partió por medio [13], y puso las dos mitades una frente a otra con separación; pero las aves las
dejó enteras. 11 Y bajaban las aves de rapiña sobre los cuerpos muertos, y Abram los ojeaba [14].

12 Pero al poner del sol, un pesado sueño [15] sorprendió a
Abram, y se apoderó de él un vapor grande y se vio rodeado de tinieblas. 13 Entonces le fue dicho: Sepas desde ahora
que tus descendientes han de vivir peregrinos en tierra
ajena, donde los reducirán a esclavitud, y afligirlos han
por espacio de cuatrocientos años [16]. 14 Mas a la nación, a

quien han de servir, yo la juzgaré; y después de esto saldrán cargados de riquezas [17]. [15] Entretanto tú irás en paz a juntarte con tus padres, terminando tus días en una dichosa vejez. [16] A la cuarta generación es cuando volverán acá; porque al presente no está todavía llena la medida de las maldades de los amorreos [18].

[17] Puesto ya el sol, sobrevino una oscuridad tenebrosa, y apareció un horno humeando, y una llama viva de fuego [19] que atravesaba por entre los animales divididos. [18] Entonces el Señor firmó alianza con Abram, diciendo: A tu posteridad daré esta tierra desde el río del Egipto o Nilo hasta el grande río Eufrates [20]. [19] Los cineos [21], y los cenezeos, y los cedmoneos, [20] y los heteos, y los ferezeos, y también los rafaitas, [21] y los amorreos, y los cananeos, y los gergeseos y los jebuseos.

¿Sabías que?

Entre 2003 y 2004, el telescopio espacial Hubble fotografió durante semanas un rincón diminuto del cielo, aparentemente vacío, en la constelación del Horno. En la imagen, llamada Campo Ultraprofundo del Hubble, aparecieron unas diez mil galaxias, cada una con miles de millones de estrellas. «Cuenta, si puedes, las estrellas.»

Las alianzas de Dios

Alianza	Con quién	Promesa y señal
Noé	Toda la humanidad y los seres vivos	No habrá más diluvio. Señal: el arco iris (Gn 9,8-17)
Abrahán	Abrahán y su descendencia	Tierra, descendencia y bendición para las naciones. Señal: la circuncisión (Gn 15; 17)
Sinaí	Israel, por medio de Moisés	«Seréis mi pueblo», con la Ley. Señales: la sangre de la alianza y el sábado (Éx 19–24; 31,13)
David	David y su dinastía	Un reino y un trono para siempre (2 Sam 7,12-16; Sal 89)
Nueva (anuncio)	La casa de Israel y de Judá	La ley escrita en el corazón y el perdón de los pecados (Jr 31,31-34; Ez 36,26-27)
Nueva (en Cristo)	Todos los pueblos, en Cristo	«Esta copa es la nueva alianza en mi sangre»: la Eucaristía (Lc 22,20; Heb 8–9)

«Testamento» viene del latín testamentum, con que se tradujo el griego diathéke, «alianza»: de ahí los nombres de Antiguo y Nuevo Testamento (2 Cor 3,14). Cada alianza retoma y amplía la anterior, y todas encuentran en Cristo su cumplimiento (Catecismo, n. 54-64).

PARA PROFUNDIZAR

La alianza

La palabra hebrea berit, «alianza», aparece en la Biblia hebrea unas 285 veces, y da nombre a las dos partes de la Biblia cristiana: «Antiguo» y «Nuevo Testamento» vienen del latín testamen-

tum, que tradujo el griego diathéke, «alianza» (2 Cor 3,14). Una alianza es un vínculo solemne que une a dos partes con compromisos mutuos, garantizado por un juramento. En la Biblia, la gran sorpresa es que Dios mismo se compromete con los hombres.

En el antiguo Oriente las alianzas eran asunto de reyes. Se conservan tratados hititas de los siglos XIV y XIII a. C. y asirios del siglo VII a. C. entre un gran rey y sus vasallos, con una estructura parecida: presentación del rey, recuerdo de sus beneficios, obligaciones del vasallo, testigos, bendiciones y maldiciones. Muchos estudiosos han visto ecos de esa estructura en el Deuteronomio y en otros textos de alianza de la Biblia, aunque se discute el alcance del parecido. El rito de partir animales también está atestiguado: en un tratado arameo del siglo VIII a. C., hallado en Sefire, en Siria, se dice que, así como se parte un ternero, así sea partido el que rompa el pacto. Jeremías alude a ese rito cuando condena a los que pasaron entre las mitades del becerro y no cumplieron lo jurado (Jr 34,18).

Por eso el capítulo 15 es tan sorprendente. Según la lógica del rito, quien pasa entre los animales partidos se pone bajo la maldición si no cumple. Pero Abram no pasa: duerme. Solo pasa Dios, como fuego y humo. Dios se compromete solo, sin exigir nada a cambio; algunos estudiosos comparan esta alianza con las donaciones que un rey hacía a un servidor fiel, sin condiciones. En el capítulo 17, la misma alianza incluirá una respuesta humana, la circuncisión y el «camina delante de mí»: la iniciativa es siempre de Dios, pero espera una vida coherente.

A lo largo de la Biblia, Dios hace alianza en varias etapas: con Noé y con todos los vivientes (Gn 9), con Abrahán y su descendencia (Gn 15 y 17), con Israel en el Sinaí, por medio de Moisés (Éx 19–24), y con David y su dinastía (2 Sam 7). Cuando Israel rompe la alianza, los profetas anuncian una alianza nueva, escrita en el corazón (Jr 31,31-34; Ez 36,26-27). Jesús, en la Última Cena, toma el cáliz y dice: «Esta copa es la nueva alianza en mi sangre» (Lc 22,20). La Eucaristía es el sacramento de esa alianza definitiva. El Catecismo resume esta historia: Dios eligió a Abrahán e hizo alianza con él y con su descendencia, formó a su pueblo y lo preparó por los profetas para acoger la salvación destinada a toda la humanidad (n. 59-64 y 72). Ver el cuadro «Las alianzas de Dios».

En el centro del capítulo está el versículo «creyó Abram a Dios, y su fe se le reputó por justicia» (15,6). San Pablo lo usa para mostrar que la justicia es un don que se recibe por la fe, no un salario que se gana con las obras de la Ley: Abrahán fue declarado justo antes de ser circuncidado (Rom 4,9-12). Santiago lo cita para mostrar que esa fe se demuestra en las obras, como en el sacrificio de Isaac (Sant 2,21-24). No se contradicen: hablan de momentos distintos de la misma fe. El concilio de Trento enseñó que la fe es «el comienzo de la salvación humana, fundamento y raíz de toda justificación», y que nadie merece la gracia de la justificación (sesión VI, cap. 8); en 1999, católicos y luteranos firmaron una Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación que reconoce un amplio acuerdo en estas verdades fundamentales.

La alianza no es un contrato entre iguales. Es Dios quien se ata primero, por amor, a un hombre que no tenía nada que ofrecer, y

le pide solo que crea y camine delante de Él. Por eso los cristianos, que viven de la nueva alianza en la sangre de Cristo, siguen llamando a Abrahán «nuestro padre en la fe».

PAUSA

1. Dios dice a Abram: «No temas». ¿Qué temor te gustaría poner hoy en sus manos?
2. Abram creyó cuando no veía nada, pero también se atrevió a quejarse y a preguntar. ¿Le hablas a Dios con esa sinceridad?

Para orar. *Creo, Señor; ayuda tú mi falta de fe* (Mc 9,24).

16

Agar e Ismael

Diez años después de la promesa, Sarai, cansada de esperar, intenta conseguir el hijo por sus propios medios, según una costumbre de la época. El relato está construido con ecos del Edén: una mujer que «toma» y «da» a su marido, un marido que «escucha la voz» de su mujer, y unas consecuencias de celos, desprecio y huida. Pero el centro del capítulo está en el desierto, junto a una fuente: allí, una esclava egipcia que nadie miraba descubre que Dios la ve, y le pone nombre. Es una de las páginas más humanas del Génesis.

El plan de Sarai

1 Sarai, mujer de Abram, no había parido hijos; mas teniendo una esclava egipcia llamada Agar [1], 2 dijo a su marido: Bien ves que Dios me ha hecho estéril, para que no pariese; despósate con mi esclava [2], por si a lo menos logro tener hijos de ella. Y como condescendiese él a sus instancias [3], 3 tomó Sarai a su esclava Agar egipcia, al cabo de diez años que moraban en tierra de Canaán, y se la dio por mujer a su esposo.

4 El cual la recibió por tal o cohabitó con ella. Pero Agar sintiéndose embarazada comenzó a despreciar a su

señora [4]. [5]Y dijo Sarai a Abram: Mal te portas conmigo; yo te di a mi esclava por mujer, la cual viéndose encinta, me mira ya con desprecio; el Señor sea juez entre mí y entre ti. [6]A lo que, respondiendo Abram, le dijo: Ahí tienes tu esclava a tu disposición, haz con ella como te pareciere. Y como Sarai la maltratase [5], ella se huyó.

Agar en el desierto

[7]Mas habiéndola hallado un ángel del Señor [6] en un lugar solitario junto a una fuente de agua, que está en el camino del sur en el desierto [7], [8]le dijo: Agar, esclava de Sarai, ¿de dónde vienes tú?, ¿y a dónde vas? [8] Vengo huyendo, respondió ella, de la presencia de Sarai mi ama. [9]Replicó el ángel del Señor: Vuélvete a tu ama, y ponte humilde a sus órdenes [9]. [10]Y añadió: Yo multiplicaré en tanto grado tu descendencia [10], que por su multitud no podrá contarse.

[11]Y prosiguió diciendo: He aquí que tú has concebido, y parirás un hijo; y le has de poner por nombre Ismael [11], por cuanto el Señor te ha oído en tu aflicción. [12]Este será un hombre fiero [12], se levantará él contra todos, y todos contra él, y fijará sus tiendas o su morada frente a las de todos sus hermanos. [13]Y ella invocó así el nombre del Señor que le hablaba: ¡Oh Dios!, tú eres el que me has mirado en la aflicción [13]. Porque es cierto, añadió, que he visto yo aquí las espaldas del Señor Dios que me ha mirado benignamente [14]. [14]Por eso llamó aquel pozo, Pozo del

Dios viviente y que me ha mirado [15] y amparado. Este es el que está entre Cades y Barad.

15 En fin, Agar parió un hijo a Abram, el cual le puso el nombre de Ismael [16]. 16 De ochenta y seis años era Abram [17] cuando Agar le parió a Ismael.

¿Sabías que?

Según el Corán, Abrahán e Ismael levantaron juntos los cimientos de la Kaaba de La Meca (Corán 2,127), y la tradición islámica recuerda cada año, en la peregrinación, la búsqueda angustiosa de agua de Agar en el desierto, corriendo siete veces entre dos colinas. La figura de Agar une así, de manera sorprendente, a la Biblia y al islam.

PAUSA

1. Sarai quiso «ayudar» a Dios con sus propios medios. ¿Dónde te cuesta esperar los tiempos de Dios?
2. Agar descubrió que Dios la miraba. ¿Quién a tu alrededor necesita sentirse mirado?

Para orar. *Tú eres el Dios que me ve. Que bajo tu mirada aprenda a mirar a los demás.*

17

La alianza de la circuncisión

Trece años de silencio después del nacimiento de Ismael, Dios vuelve a hablar, y el capítulo entero es un discurso de alianza en cuatro partes: Dios se presenta y cambia el nombre de Abram (vv. 1-8), da la señal de la circuncisión (vv. 9-14), cambia el nombre de Sarai y promete un hijo de ella para el año siguiente (vv. 15-22), y Abrahán obedece ese mismo día (vv. 23-27). Muchos estudiosos ven aquí una tradición distinta de la del capítulo 15, con otro vocabulario: la alianza no se «corta», sino que se «da» y se «establece». Abrahán, de 99 años, se postra… y se ríe.

Nombres nuevos

1 Mas después que hubo entrado en los noventa y nueve
años, le apareció el Señor, y le dijo: Yo soy el Dios
todopoderoso [1]: camina como siervo fiel delante de mí [2],
y sé perfecto [3]. 2 Y yo confirmaré mi alianza entre mí y en-
tre ti [4], y te multiplicaré más y más en gran manera.

3 Se postró Abram sobre su rostro [5]. 4 Y le dijo Dios: Yo
soy, y mi pacto será contigo, y vendrás a ser padre de mu-
chas naciones. 5 Ni de hoy más será tu nombre Abram:
sino que serás llamado Abrahán [6]: porque te tengo desti-
nado por padre de muchas naciones. 6 Yo te haré crecer

hasta lo sumo, y te constituiré cabeza o estirpe de muchos pueblos, y reyes descenderán de ti [7]. 7 Y estableceré mi pacto entre mí y entre ti, y entre tu posteridad después de ti en la serie de sus generaciones, con alianza sempiterna; para ser yo el Dios tuyo, y de la posteridad después de ti [8]. 8 A este fin te daré a ti y a tus descendientes la tierra en que estás ahora como peregrino, toda la tierra de Canaán en posesión perpetua y seré el Dios de ellos.

La señal de la alianza

9 Dijo de nuevo Dios a Abrahán: Tú, pues, también has de guardar mi pacto, y después de ti tu posteridad en sus generaciones. 10 Este es el pacto mío que habéis de observar entre mí y vosotros, así tú como tu descendencia después de ti. Todo varón entre vosotros será circuncidado [9]: 11 Circuncidaréis vuestra carne, en señal de la alianza contraída entre mí y vosotros [10]. 12 Entre vosotros todos los infantes del sexo masculino a los ocho días de nacidos [11] serán circuncidados, de una a otra generación: el siervo, ora sea nacido en casa, ora le hayáis comprado [12], y todo el que no fuere de vuestro linaje, ha de ser circuncidado. 13 Y estará mi pacto señalado en vuestra carne para denotar la alianza eterna que hago con vosotros. 14 Cualquiera de sexo masculino, cuya carne no hubiere sido circuncidada, será su alma borrada de su pueblo [13]: porque contravino a mi pacto.

La promesa de Isaac

15 Dijo también Dios a Abrahán: A Sarai tu mujer ya no la
llamarás Sarai, sino Sara [14]. 16 Yo le daré mi bendición, y
te daré de ella un hijo a quien he de bendecir también y
será origen de muchas naciones, y descenderán de él reyes
de varios pueblos. 17 Abrahán se postró sobre su rostro, y se
sonrió [15], diciendo en su corazón: ¿Conque a un viejo de
cien años le nacerá un hijo?; ¿y Sara de noventa ha de pa-
rir? 18 Y dijo a Dios: ¡Ojalá que Ismael viva delante de ti! [16]
19 Y Dios respondió a Abrahán: Sí por cierto: Sara te ha de
parir un hijo, y le pondrás por nombre Isaac [17], y con él
confirmaré mi pacto en alianza sempiterna, y con su des-
cendencia después de él. 20 He otorgado también tu peti-
ción sobre Ismael: he aquí que le bendeciré, y le haré una
descendencia muy grande y muy numerosa: será padre de
doce caudillos o príncipes, y le haré jefe de una nación
grande. 21 Pero el pacto mío lo estableceré con Isaac [18], que
Sara te parirá por este tiempo el año que viene.

22 Acabado este razonamiento con él, se retiró Dios de la
vista de Abrahán.

Abrahán obedece

23 Entonces Abrahán tomó a Ismael su hijo, y a todos los
siervos o criados nacidos en su casa, y a todos los que ha-
bía comprado, a todos cuantos varones había en su fami-

lia; y los circuncidó luego al punto en aquel mismo día [19],
como se lo había mandado Dios. [24] Noventa y nueve años
tenía Abrahán, cuando se circuncidó. [25] E Ismael su hijo
tenía trece cumplidos [20] al tiempo de su circuncisión.
[26] En el mismo día fueron circuncidados Abrahán e Ismael
su hijo. [27] Y todos los varones de su casa, tanto los nacidos
en ella, como los comprados y los de tierra extraña, fueron
igualmente circuncidados.

¿Sabías que?

En la sinagoga, la Torá se lee entera a lo largo del año, dividida en 54 secciones semanales que toman su nombre de sus primeras palabras. La tercera, llamada Lej lejá («vete»), va de Gn 12,1 hasta el final de este capítulo: toda la historia de la vocación de Abrahán, hasta la circuncisión, se proclama en un mismo sábado.

Las promesas a los patriarcas

Cita	A quién	Qué promete Dios
12,1-3	Abram	Una nación grande, un nombre, bendición para todas las naciones
12,7	Abram	Esta tierra, para su descendencia
13,14-17	Abram	Toda la tierra que ve, para siempre; descendencia como el polvo
15,5.18	Abram	Descendencia como las estrellas; la tierra, sellada con una alianza
17,4-8	Abrahán	Padre de muchas naciones; reyes; Canaán en posesión perpetua; «seré tu Dios»
17,16.19	Abrahán y Sara	Un hijo, Isaac, con quien seguirá la alianza
22,16-18	Abrahán	Con juramento: descendencia como las estrellas y la arena; bendición de las naciones
26,3-5	Isaac	Las tierras; descendencia como las estrellas; bendición de las naciones
28,13-15	Jacob	La tierra; descendencia como el polvo; bendición de las familias; «yo seré tu guarda»
35,11-12	Jacob (Israel)	Naciones y reyes de su sangre; la tierra de Abrahán e Isaac
46,3-4	Jacob	Una gran nación en Egipto; «yo iré allá contigo» y el regreso

Tres elementos se repiten: la tierra, la descendencia y la bendición para todos los pueblos. En el Génesis solo se cumplen en pequeño: una tumba comprada, un hijo de la vejez, setenta personas que bajan a Egipto. La Carta a los Hebreos dice que los patriarcas murieron sin haber recibido lo prometido, viéndolo y saludándolo de lejos (Heb 11,13), y san Pablo ve la bendición de las naciones cumplida en Cristo (Gál 3,8.14.16).

PAUSA

1. Dios cambia los nombres para dar una misión. Si Dios te pusiera un nombre nuevo, ¿qué expresaría?
2. ¿Qué señal visible hay en tu vida de que perteneces a Dios?

Para orar. *Señor, que mi Bautismo sea en mí una alianza viva, y no solo un recuerdo.*

18

Los visitantes de Mambre

Una escena de hospitalidad a pleno sol: tres visitantes inesperados, un banquete preparado a toda prisa y el anuncio de que Sara tendrá un hijo dentro de un año. El capítulo tiene dos partes que se reflejan: en la primera, Abrahán acoge a Dios en su tienda; en la segunda, Dios acoge a Abrahán en su consejo y le deja interceder por Sodoma. La tradición cristiana ha visto aquí un destello de la Trinidad, y el Catecismo, el primer gran modelo de oración de intercesión. De la mesa compartida nace la amistad, y de la amistad, la oración por los demás.

La hospitalidad de Abrahán

1 Le apareció de nuevo el Señor en el valle o encinar de
Mambre [1] estando él sentado a la puerta de su tienda en el
mayor calor del día [2]. 2 Sucedió, pues, que alzando los
ojos, vio cerca de sí parados a tres personajes [3]: y luego
que los vio, corrió a su encuentro desde la puerta del pabe-
llón, y les hizo reverencia inclinándose hasta el suelo. 3 Y
dijo: Señor, si yo, siervo tuyo, he hallado gracia en tu
presencia [4], no pases de largo; 4 mas yo traeré un poco de
agua, y lavaréis vuestros pies [5], y descansaréis a la sombra
de este árbol. 5 Y os pondré un bocado de pan [6], para que
reparéis vuestras fuerzas: después pasaréis adelante: pues

que tal vez por esto os habéis dirigido hacia vuestro siervo. Ellos respondieron: Bien, haz como has dicho.
6 Abrahán entró corriendo en el pabellón de Sara, y le dijo:
Ve pronto, amasa tres satos o celemines de harina de flor [7], y cuece unos panes en el rescoldo.
7 Y él mismo fue corriendo a la vacada, y cogió de ella el ternerillo más tierno y gordo [8], y le dio a un criado: que luego le tuvo aderezado.
8 Tomó también manteca y leche [9], y con el ternerillo cocido, se lo presentó: mientras tanto estaba en pie junto a ellos debajo del árbol.

9 Habiendo comido, le preguntaron: ¿En dónde está Sara tu esposa? Ahí está, respondió, dentro de la tienda.
10 Le dijo uno de ellos: Yo volveré a ti sin falta dentro de un año por este mismo tiempo [10], si Dios quiere, y Sara tu mujer tendrá un hijo. Al oír esto Sara se rió detrás de la puerta de la tienda [11].
11 Es de considerar que ambos eran viejos y de avanzada edad, y a Sara le había faltado ya la costumbre de las mujeres.
12 Se rió, pues, secretamente, diciendo para consigo: ¿Conque después que ya estoy vieja, y mi señor lo está más [12], pensaré en usar del matrimonio?
13 Y dijo el Señor a Abrahán: ¿Por qué se ha reído Sara [13], diciendo: Si será verdad que yo he de parir siendo tan vieja?
14 Pues qué ¿hay para Dios cosa difícil? [14] Al plazo prometido volveré a visitarte por este mismo tiempo, si Dios quiere, y Sara tendrá un hijo.
15 Negó Sara y dijo llena de temor: No

me he reído [15]. Mas el Señor replicó: No es así: sino que te has reído.

Abrahán intercede por Sodoma

[16] Levantados de allí aquellos tres varones, dirigieron su vista y sus pasos hacia Sodoma: y Abrahán los iba acompañando, hasta despedirlos. [17] Y dijo el Señor: ¿Cómo es posible que yo encubra a Abrahán lo que voy a ejecutar [16], [18] habiendo él de ser cabeza de una nación grande, y tan fuerte, y BENDITAS en él todas las naciones de la tierra? [19] Pues bien sé que ha de mandar a sus hijos y a su familia después de sí, que guarden el camino del Señor, y obren según rectitud y justicia [17]: para que cumpla el Señor por amor de Abrahán todas las cosas que le tiene prometidas. [20] Le dijo, pues, el Señor: El clamor de Sodoma y de Gomorra [18] se aumenta más y más, y la gravedad de su pecado ha subido hasta lo sumo. [21] Quiero ir a ver [19] si sus obras igualan al clamor que ha llegado a mis oídos, para saber si es así o no.

[22] Y partiendo de allí, dos de ellos tomaron el camino de Sodoma: Abrahán se mantenía aún en pie delante del Señor [20]. [23] Y arrimándose le dijo: ¿Por ventura destruirás al justo con el impío? [21] [24] Si se hallaren cincuenta justos en aquella ciudad, ¿han de perecer ellos también?; ¿y no perdonarás a todo el pueblo por amor de los cincuenta justos, si se hallaren en él? [25] Lejos de ti tal cosa, que tú mates

al justo con el impío, y sea aquél tratado como éste, no es
eso propio de ti: tú que eres el que juzgas toda la tierra [22],
de ningún modo harás tal juicio.

[26] Y le dijo el Señor: Si yo hallare en medio de la ciudad de
Sodoma cincuenta justos, perdonaré a todo el pueblo por
amor de ellos. [27] E instando Abrahán, dijo: Ya que una vez
he comenzado, hablaré a mi Señor, aunque sea yo polvo y
ceniza [23]. [28] ¿Y qué, si faltaren cinco justos al número de
cincuenta, destruirás la ciudad toda entera, porque no son
más que cuarenta y cinco? Y respondió: No la destruiré, si
hallare en ella cuarenta y cinco. [29] Le replicó de nuevo: Y si
se encontraran en ella cuarenta, ¿qué harás? No la castiga-
ré, respondió, por amor de los cuarenta. [30] Te suplico, Se-
ñor, le dijo, que no te enojes si prosigo hablando: ¿Y qué, si
se hallaren allí treinta? Respondió: No lo haré, si hallare
allí los treinta. [31] Ya que he empezado una vez, dijo, habla-
ré a mi Señor: ¿Y si allí se hallaren veinte? No la destruiré,
respondió, por amor de los veinte. [32] Te ruego, Señor, pro-
siguió, no te irrites, si aún hablare esta sola vez: ¿Y si se
hallaren allí diez? A lo que respondió: No la destruiré por
amor de los diez [24]. [33] Y se fue o desapareció el Señor, lue-
go que acabó de hablar con Abrahán; el cual se volvió a su
casa.

¿Sabías que?

En Ramat el-Jalil, junto a Hebrón, se conservan los muros de un gran recinto de piedra que se atribuye a Herodes el Grande, levantado donde se veneraba la encina de Mambre. Hacia el año 330, el emperador Constantino mandó construir allí una basílica, después de que su suegra Eutropia le informara de que en el lugar se mezclaban cultos paganos con la memoria de Abrahán (Eusebio, *Vida de Constantino* III,51-53). Las ruinas todavía se visitan.

PARA PROFUNDIZAR

Los tres visitantes: hospitalidad y Trinidad

El relato de Mambre es deliberadamente ambiguo. Empieza diciendo que «el Señor» se apareció a Abrahán (v. 1), pero lo que Abrahán ve son tres hombres (v. 2). Les habla primero en singular, «Señor, no pases de largo» (v. 3), y luego en plural, «lavaréis vuestros pies» (v. 4). Después es «el Señor» quien promete el hijo (vv. 10 y 13), dos de los visitantes siguen hacia Sodoma, donde el texto los llama ángeles (19,1), y Abrahán se queda hablando con el Señor (v. 22). El narrador no resuelve el enigma: Dios se hace presente a través de sus mensajeros, y Abrahán, sin saberlo del todo, lo hospeda en su tienda.

La tradición judía leyó la escena de varias maneras. El Talmud y, más tarde, el comentarista Rashi explicaron que eran tres ángeles, cada uno con una misión: anunciar el nacimiento de Isaac, destruir Sodoma y sanar a Abrahán y salvar a Lot, porque «un

ángel no cumple dos misiones». Filón de Alejandría, un pensador judío del siglo I, vio en los tres a Dios acompañado de sus dos «potencias», la creadora y la real.

Los cristianos releyeron Mambre a la luz de Cristo. San Justino, en el siglo II, sostuvo que uno de los tres era el Verbo, el Hijo de Dios, que se dejaba ver por los patriarcas antes de encarnarse (Diálogo con Trifón, 56). Desde el siglo IV se impuso otra lectura: san Ambrosio escribió que Abrahán «vio a tres y adoró a uno», y esa frase pasó a la liturgia latina. San Agustín, en el libro II de su obra *La Trinidad*, vio en los tres visitantes, iguales entre sí, un signo de la igualdad de las tres personas divinas, aunque con prudencia: Dios se manifestó por medio de criaturas visibles, los ángeles, y la escena no es una demostración. El Catecismo recuerda que la intimidad de Dios como Trinidad era un misterio inaccesible incluso a la fe de Israel antes de la encarnación del Hijo (n. 237). Mambre no revela la Trinidad: la anuncia en figura, y solo se entiende así desde el Nuevo Testamento.

Esta lectura dio a Oriente su imagen más famosa de Dios. Hacia 1411 o 1425, el monje ruso Andréi Rubliov pintó la «Trinidad del Antiguo Testamento», que estuvo en la Galería Tretiakov de Moscú desde 1929 y desde 2024 ha vuelto a la catedral de la Trinidad del monasterio de San Sergio, en Sérguiev Posad. Rubliov suprimió a Abrahán, a Sara y al banquete: dejó solo a tres ángeles sentados alrededor de una mesa, inclinados el uno hacia el otro, y en el centro una copa. Un concilio ruso de 1551 propuso este icono como modelo para representar a la Trinidad. El espectador

ocupa el cuarto lado de la mesa, que queda abierto: es invitado a entrar en la comunión de Dios.

El relato es también una lección sobre la hospitalidad, que en la Biblia es casi un sacramento del encuentro con Dios. Abrahán corre, se postra, pide que no pasen de largo, sirve de pie. La Carta a los Hebreos lo recuerda: «por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Heb 13,2), y Jesús llevará la idea hasta el final: «fui forastero y me hospedasteis» (Mt 25,35). La Regla de san Benito pide que todos los huéspedes que llegan al monasterio sean recibidos como Cristo (cap. 53), y una tradición judía cuenta que la tienda de Abrahán tenía puertas en los cuatro lados para que ningún caminante tuviera que rodearla.

Por último, la mesa de Mambre lleva a la oración. El Catecismo ve en esta hospitalidad un preludio de la anunciación, y en lo que sigue, la intercesión audaz del amigo que ha comido con Dios (n. 2571). Quien acoge a Dios en su casa termina compartiendo su compasión por el mundo, y se atreve a pedirle por una ciudad que no es la suya.

PAUSA

1. ¿Cómo recibes a quien llega a tu casa sin avisar? ¿Has reconocido alguna vez a Dios en un huésped?
2. Abrahán intercedió por una ciudad que no era la suya. ¿Por qué lugar o qué personas podrías interceder esta semana?
3. Dios no quiso ocultar a Abrahán sus planes. ¿Le hablas a Dios como a un amigo, o solo como a un juez?

Para orar. *Señor, si he hallado gracia a tus ojos, no pases de largo junto a tu siervo.*

19

Sodoma y Gomorra

Un capítulo oscuro, contado sin adornos. Tiene tres escenas: la violencia de los habitantes de Sodoma contra los huéspedes de Lot, la destrucción de las ciudades con la mujer de Lot que mira atrás, y el incesto en la cueva del que nacen dos pueblos vecinos de Israel. Es el reverso exacto del capítulo anterior: allí la hospitalidad de Abrahán, aquí la agresión contra el forastero. En medio de todo, Dios saca a Lot de la mano «porque quería salvarle», y lo salva por la intercesión de Abrahán.

Los ángeles en casa de Lot

1 Entre tanto los dos ángeles [1] llegaron al caer de la tarde a
Sodoma, y al tiempo que Lot estaba sentado a la puerta de
la ciudad [2]. El cual luego que los vio, se levantó y les salió
al encuentro, y los adoró inclinándose hacia el suelo. 2 Y
dijo: Os ruego, señores, que vengáis a la casa de vuestro
siervo, y os hospedéis en ella, lavaréis vuestros pies, y de
madrugada proseguiréis vuestro viaje. Ellos respondie-
ron: No, pues nos quedaremos a descansar en la plaza [3].
3 A puras instancias en fin los obligó a que se encaminasen
a su casa; y entrados que fueron en ella, les dispuso un
banquete, y coció panes sin levadura [4], y cenaron. 4 Pero
antes de que se fuesen a acostar, cercaron la casa los veci-

nos de la ciudad, todo el pueblo junto, desde el más muchacho hasta el más viejo. 5 Y llamando a Lot, le dijeron: ¿En dónde están aquellos hombres que al anochecer entraron en tu casa? Sácalos acá fuera, para que los conozcamos [5]. 6 Salió a ellos Lot, y cerrando tras sí la puerta, les dijo: 7 No queráis, os ruego, hermanos míos, no queráis cometer esta maldad. 8 Dos hijas tengo [6], que todavía son doncellas: éstas os las sacaré afuera, y haced de ellas lo que gustareis, con tal que no hagáis mal alguno a estos hombres, ya que se acogieron a la sombra de mi techo. 9 Mas ellos respondieron: Quita allá. Y aun añadieron: Viniste poco ha a vivir entre nosotros como extranjero [7], ¿y quieres ya gobernar?; pues a ti te trataremos peor que a ellos. Y forcejeaban contra Lot con grandísima violencia: y ya estaban a punto de forzar la puerta, 10 cuando he aquí que los huéspedes alargaron la mano, y metieron a Lot dentro y cerraron otra vez la puerta. 11 Y a los de afuera, del menor hasta el mayor, hirieron de una especie de ceguera [8], que no pudieron atinar más con la puerta.

12 En seguida dijeron a Lot: ¿Tienes aquí alguno de los tuyos?: yerno, hijos, o hijas, a todos los tuyos sácalos de esta ciudad, 13 porque vamos a arrasar este lugar, por cuanto el clamor contra las maldades de estos pueblos ha subido de punto en la presencia del Señor, el cual nos ha enviado a

exterminarlos. 14 Salió, pues, Lot, y habló a sus yernos que
habían de casarse con sus hijas, y dijo: Levantaos, y salid
de este lugar: porque va el Señor a asolar esta ciudad. Mas
a ellos les pareció que hablaba como chanceándose [9] y no
quisieron salir.

La destrucción de las ciudades

15 Y al apuntar el alba, le metían prisa los ángeles, diciendo: Apresúrate, toma a tu mujer, y las dos hijas que tienes:
no sea que tú también perezcas en la ruina de esta ciudad
malvada. 16 Viendo que se entretenía, le agarraron de la
mano [10] a él, a su mujer, y a sus dos hijas, pues el Señor
quería salvarle. 17 Y le sacaron, y le pusieron fuera de la
ciudad; y allí le dijeron estas palabras: Salva tu vida; no
mires hacia atrás [11], ni te pares en toda la región circunvecina, sino ponte a salvo en el monte, no sea que también tú
perezcas junto con los otros. 18 Le dijo Lot: Te ruego, Señor
mío, 19 pues que tu siervo ha encontrado gracia en tus ojos,
y has mostrado conmigo tan gran misericordia, poniendo
en salvo mi vida, ya que no puedo arribar al monte, antes
que quizá me alcance el azote, y muera: 20 Ahí cerca está
una ciudad pequeña, donde podré refugiarme, y en ella
me salvaré. ¿No es ella de poca monta, y no estará allá segura mi vida? 21 Le respondió el ángel: Mira, aún en esto te
otorgo la súplica; no destruiré la ciudad por la cual me has
hablado. 22 Date prisa, y sálvate allí: pues nada podré hacer

hasta que tú te pongas a salvo dentro de ella. Por esta razón se dio a la dicha ciudad el nombre de Segor [12].

23 Al rayar el sol sobre la tierra, entró Lot en Segor.
24 Entonces el Señor llovió del cielo [13] sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego por virtud del Señor. 25 Y arrasó estas ciudades, y todo el país confinante, los moradores todos de las ciudades, y todas las verdes campiñas del territorio.
26 Pero la mujer de Lot volviéndose a mirar hacia atrás, quedó convertida en estatua de sal [14].

27 Mas Abrahán, yendo muy de mañana al sitio en donde antes había estado con el Señor, 28 se puso a mirar hacia Sodoma y Gomorra, y todo el terreno de aquella región; y vio levantarse de la tierra pavesas ardientes así como la humareda de un horno o calera [15]. 29 Así, pues, que determinó Dios acabar con las ciudades de aquel país, se acordó de Abrahán [16], y por su respeto libró a Lot de la ruina de las ciudades en que había morado.

Lot y sus hijas

30 Temeroso Lot se retiró de Segor, y fue con sus dos hijas a refugiarse en el monte (pues no se daba por seguro en Segor) y se quedó en una cueva [17] así él, como sus dos hijas.
31 Entonces dijo la mayor a la menor [18]: Nuestro padre es viejo, y no ha quedado en la tierra ni un hombre que pueda casarse con nosotras según se acostumbra en todos los

países. 32 Ven, y emborrachémosle con vino [19] y durmamos con él, a fin de poder conservar el linaje, por medio de nuestro padre. 33 Con eso le dieron a beber vino aquella noche; y la mayor se acostó y durmió con su padre; pero él no sintió, ni cuando se acostó su hija, ni cuando se levantó. 34 Asimismo al día siguiente dijo la mayor a la menor: Ya sabes que yo dormí ayer con mi padre, démosle también a beber vino esta noche, y dormirás tú con él para que conservemos la sucesión de nuestro padre. 35 Dieron, pues, del mismo modo a su padre a beber vino aquella noche, y acostada la hija menor, durmió con él, y ni tampoco entonces sintió cuándo ella se había acostado, o cuándo se había levantado.

36 Y sucedió que las dos hijas de Lot concibieron de su padre. 37 A su tiempo la mayor parió un hijo, y llamó su nombre Moab [20] : éste es el padre de los moabitas que subsisten hasta hoy. 38 La menor también parió un hijo, y le puso por nombre Ammón, esto es, hijo del pueblo mío [21] : el cual es el padre de los ammonitas que subsisten hasta el día de hoy.

¿Sabías que?

El mar Muerto está a más de 430 metros bajo el nivel del mar: es el punto más bajo de la superficie de la Tierra. Su agua tiene casi diez veces más sal que el océano, y en ella se flota sin esfuerzo. Los griegos y los romanos lo llamaban lago Asfaltites, porque del fondo suben bloques de betún (ver 14,10). En su orilla sudoeste, el monte Sodoma es una montaña de sal de unos once kilómetros de largo.

PAUSA

1. Lot se fue acostumbrando poco a poco a Sodoma. ¿Hay ambientes o costumbres a los que te has acostumbrado y que te alejan de Dios?
2. «Acordaos de la mujer de Lot». ¿Qué cosa del pasado te cuesta dejar atrás?

Para orar. *Señor, tómame de la mano como a Lot cuando me demore, y sácame de donde no debo estar.*

20

Abrahán y Abimelec

Una escena que ya conocemos (12,10-20): Abrahán vuelve a hacer pasar a Sara por su hermana. Esta vez el extranjero, el rey Abimelec de Gerara, resulta más temeroso de Dios que el propio patriarca, y repite ante Dios casi las mismas palabras que Abrahán dijo por Sodoma: ¿matarás a un inocente? El capítulo está colocado justo antes del nacimiento de Isaac, como si la promesa corriera un último peligro. Y aun así, Abrahán es llamado «profeta», y su oración sana.

Sara en Gerara

1 Habiendo partido de allí Abrahán hacia la tierra
meridional [1], habitó entre Cades y Sur: y se hospedó en
Gerara [2]. 2 Y hablando de Sara su esposa, dijo o dio a en-
tender que era hermana suya [3]. Por lo que Abimelec, rey
de Gerara, envió por ella, y se la tomó. 3 Pero Dios por la
noche apareció en sueños a Abimelec [4], y le dijo: Mira que
tú morirás por causa de la mujer que has tomado: porque
tiene marido. 4 Es de saber que Abimelec no la había toca-
do, y así respondió: ¿Cómo, Señor, tú castigarás de muerte
a gente ignorante, pero justa? [5]; ¿a un hombre inocente?
5 ¿No me dijo él mismo: Es hermana mía: y ella misma
afirmó: Hermano mío es? Yo hice esto con sencillo

corazón [6], y obrando con intención pura. [6] Le dijo Dios:
Yo también sé que lo hiciste con corazón sencillo: y por
eso te he preservado de pecar contra mí [7], ni permití que
la tocases. [7] Ahora, pues, restituya la mujer a su marido,
porque él es un profeta [8]; y rogará por ti, y vivirás; mas si
no quisieres restituirla, sábete que morirás infaliblemente
tú y todas las cosas tuyas.

Abimelec reprocha a Abrahán

[8] Con esto al instante, siendo aún de noche, se levantó Abi-
melec, y llamó a todos sus criados y les contó palabra por
palabra todo lo referido, y quedaron todos ellos muy ame-
drentados. [9] Llamó también Abimelec a Abrahán, y le dijo:
¿Qué es lo que has hecho con nosotros?; o ¿en qué te he-
mos ofendido, para que me hayas expuesto a mí y a mi
pueblo a un gran pecado? Has hecho con nosotros lo que
hacer no debiste [9]. [10] Y querellándose de nuevo, dijo: ¿Qué
has visto tú, para portarte así con nosotros? [11] Respondió
Abrahán: Pensé y dije allá en mi interior: Quizá no hay te-
mor de Dios en este lugar [10], y me quitarán la vida por
causa de mi mujer: [12] Por otra parte verdaderamente tam-
bién es hermana mía, hija o nieta de mi padre, pero no de
mi madre [11], y yo me casé con ella. [13] Pero después que
Dios me hizo salir de la casa de mi padre [12], a ella le dije:
La merced que me has de hacer es que en cualquier lugar a
que lleguemos, digas que soy hermano tuyo.

14 En seguida Abimelec mandó traer ovejas y bueyes, esclavos y esclavas, de que hizo donación a Abrahán, y le restituyó a Sara su esposa, 15 y añadió: Ahí tenéis el país, habita en donde gustares [13]. 16 Mas a Sara le dijo: Mira que he dado a tu hermano mil monedas de plata [14], para que, en cualquier lugar que vayas, tengas siempre un velo sobre los ojos en señal de casada delante de todos aquéllos con quienes te hallares: y acuérdate de que has sido cogida y reputada por soltera. 17 Y haciendo oración Abrahán, sanó Dios a Abimelec [15] y a su mujer, y a sus esclavos, y volvieron a tener hijos. 18 Porque el Señor había vuelto estériles a todas las mujeres [16] de la casa de Abimelec por lo sucedido con Sara mujer de Abrahán.

PAUSA

1. ¿Tienes prejuicios sobre la fe o la honradez de alguien que piensa distinto de ti?
2. Abrahán volvió a caer en el mismo error. ¿Cuál es tu «recaída» habitual, y cómo la llevas a Dios?

Para orar. *Señor, que no me canse de levantarme, y que tu fidelidad sea más fuerte que mis caídas.*

21

El *nacimiento de Isaac*

Por fin se cumple la promesa, veinticinco años después de la llamada en Harán: nace Isaac y Sara ríe de alegría. Pero la alegría de una madre trae el destierro de otra: Agar e Ismael son expulsados, y otra vez Dios escucha en el desierto el llanto de un muchacho. El capítulo termina con un pozo, un pacto y un árbol en Bersabee. San Pablo hará de las dos madres, Sara y Agar, una alegoría de las dos alianzas (Gál 4,21-31), y el islam ve en Ismael al antepasado de los árabes.

El hijo de la promesa

1 Y visitó el Señor a Sara [1] como lo había prometido: y
cumplió la promesa que le hiciera. 2 Y así concibió y parió
un hijo en la vejez, al tiempo que Dios le había predicho.
3 Y Abrahán puso por nombre Isaac al hijo que le parió
Sara. 4 Y le circuncidó al octavo día [2], conforme al manda-
miento que había recibido de Dios, 5 siendo entonces de
cien años [3]: pues en esta edad del padre nació Isaac. 6 Por
donde dijo Sara: Dios me ha dado motivo de alegrarme [4]:
y cualquiera que lo oyere, se regocijará conmigo. 7 Y aña-
dió: ¿Quién hubiera creído que Abrahán habría de oír que
Sara daba de mamar a un hijo [5], que le parió siendo ya

viejo? [8] Creció, pues, el niño, y se le destetó [6]: y en el día en que fue destetado, celebró Abrahán un gran convite.

Agar e Ismael en el desierto

[9] Mas como viese Sara que el hijo de Agar, la egipcia, se burlaba de su hijo Isaac y le perseguía [7], dijo a Abrahán: [10] Echa fuera a esta esclava y a su hijo [8]: que no ha de ser el hijo de la esclava heredero con mi hijo Isaac. [11] Dura cosa pareció a Abrahán esta demanda tratándose de un hijo suyo. [12] Mas Dios le dijo: No te parezca cosa recia lo que se te ha propuesto acerca de ese muchacho, y de la madre esclava tuya: haz todo lo que Sara te dirá, porque Isaac es por cuya línea ha de permanecer el nombre de tu descendencia. [13] Bien que aun al hijo de la esclava yo le haré padre de un pueblo grande [9], por ser sangre tuya.

[14] Se levantó, pues, Abrahán de mañana, y cogiendo pan y un odre de agua [10], lo puso sobre los hombros de Agar, y le entregó su hijo, y la despidió. La cual habiendo partido, andaba errante por el desierto de Bersabee. [15] Y habiéndosele acabado el agua del odre, abandonó a su hijo que se echó debajo de un árbol [11], de los que allí había. [16] Y se fue, y se sentó en frente a lo lejos a distancia de un tiro de flecha; porque dijo: No quiero ver morir a mi hijo [12]. Y así sentada en frente de Ismael, alzó el grito y comenzó a llorar. [17] Pero Dios oyó la voz y clamores del muchacho; y el ángel de Dios desde el cielo llamó a Agar, diciendo: ¿Qué

haces, Agar? No temas, porque Dios ha oído la voz de tu
hijo desde el lugar en que se halla [13]. 18 Levántate, toma al
muchacho, y cógele de la mano; pues yo le haré cabeza de
una gran nación. 19 En esto abrió Dios los ojos a Agar [14], la
cual viendo allí cerca un pozo de agua, fue corriendo, y lle-
nó el odre, y dio de beber al muchacho. 20 Y Dios asistió a
éste: y fue creciendo y vivió en los desiertos, y vino a ser
un joven diestro en manejar el arco. 21 Y fijó su habitación
en el desierto de Farán, donde su madre le casó con una
mujer de la tierra de Egipto [15].

La alianza de Bersabee

22 Por este mismo tiempo Abimelec, acompañado de Ficol,
general de sus tropas, dijo a Abrahán: Dios está contigo en
todo cuanto haces. 23 Por tanto jura por el nombre de Dios
que no me harás daño ni a mí, ni a mis sucesores, ni a mi
linaje; sino que me tratarás a mí, y a este país en que has
habitado como extranjero, con la misma bondad con que
yo te he tratado a ti. 24 Respondió Abrahán: Yo te lo juraré.

25 Y dio entonces quejas a Abimelec acerca de un pozo de
agua que sus criados le habían usurpado a viva fuerza. 26 A
lo que replicó Abimelec: No he sabido quién ha hecho tal
cosa, ni tú tampoco me lo has avisado, ni yo lo había oído
hasta ahora. 27 Entonces Abrahán tomó una porción de
ovejas y de bueyes, y se los dio a Abimelec: e hicieron am-
bos alianza [16]. 28 Y Abrahán puso aparte siete corderas del

rebaño. [29] Por lo que Abimelec le dijo: ¿Qué significan estas siete corderas que has separado? [30] A lo que respondió él: Estas siete corderas las recibirás de mi mano, para que me sirvan de testimonio, como yo he abierto este pozo. [31] Por eso fue llamado aquel lugar Bersabee [17], porque allí juraron ambos. [32] Y firmaron el pacto acerca del pozo del juramento. [33] Partieron, pues, Abimelec y Ficol, general de su ejército, y se volvieron a la Palestina. Abrahán después plantó un bosque o arboleda [18] en Bersabee, y allí invocó el nombre del Señor Dios eterno. [34] Y habitó mucho tiempo como extranjero en la tierra de los palestinos [19].

¿Sabías que?

Las ruinas de la Bersabee bíblica, Tel Beer Sheva, a pocos kilómetros de la ciudad moderna, fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 2005, junto con Meguido y Jasor. Allí se encontró en 1973 un gran altar de piedra con cuatro «cuernos» en las esquinas, como el que describe Éx 27,2, y junto a la puerta de la ciudad se muestra un pozo antiguo muy profundo.

PAUSA

1. Sara pasó de reírse por incredulidad a reírse de alegría. ¿Qué promesa cumplida de Dios te ha hecho «reír» así?
2. Agar no veía el pozo que tenía delante. ¿Qué te pide Dios hoy que abras los ojos para ver?

Para orar. *Dios que escuchas, oye también la voz de los que lloran solos en sus desiertos.*

22

El sacrificio de Isaac

Uno de los relatos más famosos y más difíciles de la Biblia: Dios pide a Abrahán que le ofrezca a Isaac, el hijo de la promesa. Los judíos lo llaman la Aquedá, «la atadura», por el gesto de atar a Isaac sobre la leña. La narración es lenta y silenciosa: tres días de camino, un diálogo de pocas palabras entre padre e hijo, el cuchillo levantado. La tradición cristiana ha visto siempre en ella un anuncio del sacrificio de Cristo, el Padre que entrega a su Hijo único, y la Iglesia la lee en la Vigilia pascual.

La prueba de Abrahán

1 Después que pasaron estas cosas, probó Dios a
Abrahán [1], y le dijo: Abrahán, Abrahán. Y respondió él:
Aquí me tenéis Señor [2]. 2 Le dijo: Toma a Isaac, tu hijo
único a quien tanto amas [3], y ve a la tierra de visión [4], y
allí me lo ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes
que yo te mostraré. 3 Levantándose, pues, Abrahán antes
del alba [5], aparejó su asno, llevando consigo dos mozos, y
a Isaac su hijo. Y cortada la leña para el holocausto, se en-
caminó al lugar que Dios le había mandado. 4 Al tercer
día [6] de camino, alzando los ojos divisó el lugar a lo lejos.
5 Y dijo a sus mozos: Aguardad aquí con el jumento: que yo

y mi hijo subiremos allá arriba con presteza, y acabada nuestra adoración, volveremos luego a vosotros [7].

[6] Tomó también la leña del holocausto, y la cargó sobre su hijo Isaac [8], y él llevaba en las manos el fuego y el cuchillo. Caminando así los dos juntos [9], [7] dijo Isaac a su padre: Padre mío. Y él respondió: ¿Qué quieres, hijo? Veo, dice, el fuego y la leña: ¿dónde está la víctima del holocausto? [10] [8] A lo que respondió Abrahán: Hijo mío, Dios sabrá proveerse de víctima [11] para el holocausto. Continuaron, pues, juntos su camino: [9] Y finalmente llegaron al lugar que Dios le había mostrado, en donde erigió un altar, y acomodó encima la leña; y habiendo atado a Isaac su hijo [12], le puso en el altar sobre el montón de la leña. [10] Y extendió la mano, y tomó el cuchillo para sacrificar a su hijo.

El Señor provee

[11] Cuando he aquí que de repente el ángel del Señor gritó del cielo [13], diciendo: Abrahán, Abrahán. Aquí me tienes, respondió él. [12] No extiendas tu mano sobre el muchacho, prosiguió el ángel, ni le hagas daño alguno [14]: que ahora me doy por satisfecho que temes a Dios, pues no has perdonado a tu hijo único [15] por amor de mí o por obedecerme. [13] Alzó Abrahán los ojos, y vio detrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal [16], y habiéndole cogido le ofreció en holocausto en vez del hijo. [14] Y llamó este

lugar Moria, esto es, el Señor ve y provee [17]. De donde hasta el día de hoy se dice: En el monte el Señor verá y proveerá. [15] Llamó el ángel del Señor por segunda vez desde el cielo a Abrahán, diciendo: [16] Por mí mismo he jurado [18], dice el Señor, que en vista de que has hecho esta acción, y no has perdonado a tu hijo único por amor de mí, [17] Yo te llenaré de bendiciones, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo [19], y como la arena que está en la orilla del mar; tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, [18] y en un descendiente tuyo SERÁN BENDITAS todas las naciones [20] de la tierra, porque has obedecido a mi voz. [19] Se volvió Abrahán a sus criados [21], y se fueron juntos a Bersabee, en donde habitó.

La familia de Nacor

[20] Después de estas cosas, tuvo Abrahán noticia de que Melca también había parido hijos a Nacor su hermano: [21] Hus el primogénito, y Buz hermano de éste, y Camuel padre de los siros, [22] y Cased, y Azau, Feldas también y Jedlaf, [23] y en fin Batuel de quien nació Rebeca [22]: estos ocho parió Melca a Nacor, hermano de Abrahán. [24] Una mujer segunda llamada Roma, le parió también a Tabel, Gaam, Taas y Maaca.

¿Sabías que?

Caravaggio, Rembrandt y Chagall pintaron esta escena, y el filósofo danés Søren Kierkegaard le dedicó un libro entero, *Temor y temblor* (1843). En la catedral de Chartres, una estatua de Abrahán con Isaac está junto a las de Melquisedec y Moisés: la Edad Media ponía juntas las figuras que anunciaban a Cristo. Y en la basílica del Santo Sepulcro de Jerusalén, junto al Calvario, hay una capilla dedicada a Abrahán.

PARA PROFUNDIZAR

La Aquedá en la tradición judía y cristiana

Los judíos llaman a este capítulo la Aquedá, «la atadura», por el verbo del v. 9: Abrahán «ató» a Isaac como se ataba a un cordero para el sacrificio. Para la tradición judía es uno de los textos centrales de la Torá. Se lee en el segundo día de Rosh Hashaná, el Año Nuevo, y el shofar que se toca ese día está hecho de cuerno de carnero en recuerdo del animal que sustituyó a Isaac. El Talmud pone en boca de Dios una explicación: tocad ante mí el cuerno de carnero para que me acuerde de la atadura de Isaac, y os cuente como si vosotros mismos os hubierais atado ante mí (Rosh Hashaná 16a). Muchas comunidades recitan también el relato cada mañana en la oración.

El texto bíblico no dice qué edad tenía Isaac ni qué pensaba. La tradición judía llenó ese silencio. Flavio Josefo, en el siglo I, escribe que Isaac tenía veinticinco años y que, al conocer el plan, corrió alegre hacia el altar (Antigüedades I,227). Los rabinos cal-

cularon treinta y siete, relacionando la escena con la muerte de Sara (23,1), y las antiguas traducciones arameas cuentan que Isaac pidió a su padre que lo atara bien. Así, la Aquedá se convirtió en el relato de dos personas que se ofrecen: un padre que entrega y un hijo que consiente. Isaac fue visto como modelo de los mártires judíos que, en tiempos de persecución, preferían morir antes que renegar.

Los cristianos encontraron en esta escena un anuncio de la pasión. La Carta a los Hebreos dice que Abrahán ofreció a su hijo pensando que Dios podía resucitarlo, y que lo recuperó «como figura» (Heb 11,17-19). San Pablo describe al Padre con las palabras de este capítulo: «el que no perdonó a su propio Hijo» (Rom 8,32). Desde el siglo II los Padres desarrollaron la comparación. Melitón de Sardes vio en Isaac, que carga con la leña, a Cristo con la cruz, y en el carnero atado, a Cristo inmolado: Isaac fue figura y se salvó; Cristo cumplió la figura y sufrió. San Ireneo dijo que Abrahán, al ofrecer a su hijo, mostraba de antemano la entrega del Padre que daría a su Hijo por nuestra redención (Contra las herejías IV,5,4), y Orígenes dedicó a este capítulo una de sus *Homilías sobre el Génesis*.

La liturgia conserva esta lectura. El relato se proclama en la Vigilia pascual, entre la creación y el paso del mar Rojo, y el segundo domingo de Cuaresma del ciclo B, junto con la transfiguración. En la Plegaria eucarística I, el Canon romano, el sacerdote pide a Dios que acepte la ofrenda como aceptó los dones de Abel, «el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe», y la oblación de Mel-

quisedec. El Catecismo ve en este sacrificio la cumbre de la fe de Abrahán, que se configura con el Padre (n. 2572).

El relato sigue siendo difícil: ¿cómo puede Dios pedir a un padre que mate a su hijo? Kierkegaard, en *Temor y temblor* (1843), vio aquí una fe que obedece aun cuando el mandato parece contradecir la moral, una fe que da vértigo. La tradición judía y la cristiana leen el texto de otro modo. El narrador avisa desde el principio que es una prueba (v. 1), y el desenlace muestra lo que Dios quiere de verdad: detiene la mano, rechaza el sacrificio humano y provee él mismo la víctima. Los profetas dirán que matar niños en honor de los dioses es algo que Dios «no mandó ni le pasó por la mente» (Jr 7,31; 19,5). La Aquedá marca el final de esa práctica en Israel: Dios no quiere la muerte del hijo, sino un corazón entregado.

Por eso el relato no enseña a sacrificar a otros, sino a confiar cuando la promesa y la prueba parecen contradecirse. Abrahán no entiende, pero responde «aquí estoy» y dice a su hijo «Dios proveerá». El monte de la Aquedá es, según 2 Cr 3,1, el monte del Templo, y cerca de allí, siglos después, el Padre no se reservó a su Hijo único.

PAUSA

1. ¿Cuál es tu «Isaac»: lo que más amas y más te cuesta poner en manos de Dios?
2. Abrahán dijo «volveremos». ¿En qué situación necesitas hoy esperar contra toda esperanza?

Para orar. *Padre, que no perdonaste a tu propio Hijo, enséñame a confiar en que tú proveerás.*

23

La muerte de Sara

Sara muere, y Abrahán, que ha recibido la promesa de toda la tierra, tiene que comprar un trozo para enterrarla. El capítulo es una negociación legal llena de cortesía oriental, ante testigos y a la puerta de la ciudad, que termina con la primera propiedad de Abrahán en Canaán: una tumba. Allí descansarán los patriarcas y sus esposas. El primer pedazo de la tierra prometida es un sepulcro, y precisamente por eso es un signo de esperanza.

La cueva de Macpelá

1 Sara, habiendo vivido ciento veintisiete años [1], 2 murió
en la ciudad de Arbee, por otro nombre Hebrón [2], en la
tierra de Canaán, y asistió Abrahán con lágrimas [3] a cele-
brar sus exequias y hacer el duelo. 3 Y concluido que hubo
las ceremonias del funeral, habló a los hijos de Het [4], di-
ciendo: 4 Yo soy advenedizo y extranjero entre vosotros [5],
concededme os ruego derecho de sepultura entre voso-
tros, para enterrar a mi difunto. 5 Respondieron los hijos
de Het, diciendo: 6 Escúchanos, señor, tú eres entre noso-
tros un príncipe de Dios o un príncipe grande [6]; entierra
tu difunto en la que mejor te pareciere de nuestras sepul-
turas; que no habrá nadie que pueda impedirte el colocar

en su sepultura a tu muerto. 7 Se levantó Abrahán, e hizo
una profunda reverencia al pueblo de aquella tierra, esto
es, a los hijos de Het, 8 y les dijo: Si tenéis a bien que yo en-
tierre a mi difunto, oíd mi súplica, e interceded por mí
con Efrón, hijo de Seor [7], 9 para que me conceda la cueva
doble [8], que tiene a lo último de su heredad: cediéndome-
la en presencia vuestra por su justo precio, y quede así mía
para hacer de ella una sepultura.

10 Hallábase allí Efrón en medio de los hijos de Het. Y res-
pondió a Abrahán oyéndolo todos los que concurrían a la
puerta de aquella ciudad [9], y dijo: 11 No, señor mío, no ha
de ser así, escucha más bien lo que voy a decirte: Yo pongo
a tu disposición el campo [10], y la cueva que hay en él, sien-
do testigos los hijos de mi pueblo; entierra allí tu difunto.
12 Abrahán hizo una profunda reverencia delante del pue-
blo del país, 13 y contestó a Efrón, estando alrededor todo
el concurso: Te suplico me oigas; yo daré el precio del
campo [11], recíbele, y de esta manera enterraré en él a mi
difunto. 14 A esto respondió Efrón: 15 Señor mío, óyeme: La
tierra que pretendes vale cuatrocientos siclos de plata [12]:
éste es el precio de lo que tratamos entre los dos. Mas ¿qué
cantidad es ésta? Entierra tu difunto, y no hablemos más
de eso. 16 Abrahán, oído esto, hizo pesar el dinero determi-
nado por Efrón, a presencia de los hijos de Het, es a saber,
cuatrocientos siclos de plata de buena moneda corriente.

17 Con esto aquel campo que antes era de Efrón, en que había una cueva doble, mirando hacia Mambre, tanto el campo, como la cueva, con todos los árboles en todo su término alrededor [13], 18 fue cedido en pleno dominio a Abrahán, a vista de los hijos de Het, y de cuantos entraban por la puerta de aquella ciudad. 19 De esta manera sepultó Abrahán a Sara [14] su esposa en la cueva doble del campo enfrente de Mambre, en donde está la ciudad de Hebrón, en la tierra de Canaán. 20 Y los hijos de Het confirmaron a Abrahán el dominio del campo [15] y de la cueva que en él había, para que le sirviese de sepultura.

¿Sabías que?

El recinto que Herodes el Grande levantó sobre la cueva de Macpelá, en Hebrón, es el único edificio de Herodes que se conserva prácticamente completo; algunos de sus sillares miden más de siete metros de largo. Dentro se veneran los cenotafios de Abrahán, Sara, Isaac, Rebeca, Jacob y Lía. La cueva misma, debajo del suelo, casi nunca se ha abierto.

PAUSA

1. ¿Cómo vives la muerte de tus seres queridos? ¿La miras con la esperanza de Abrahán?
2. Abrahán se sentía extranjero y peregrino. ¿Qué cambia en tu vida pensar que tu patria definitiva está en el cielo?

Para orar. *Dales, Señor, el descanso eterno, y brille para ellos la luz perpetua.*

24

Rebeca, esposa de Isaac

El capítulo más largo del Génesis es una historia de amor guiada por la providencia. Tiene cinco escenas: el encargo de Abrahán a su criado, la oración junto al pozo, el encuentro con Rebeca, la negociación en casa de Labán, donde el criado vuelve a contar todo, y el encuentro con Isaac al atardecer. Hay un criado fiel que no busca su gloria, una oración sencilla, una joven generosa que da de beber a diez camellos, un «iré» valiente y un hijo que encuentra consuelo en su esposa. Dios no habla en todo el capítulo: actúa por medio de las personas.

La misión del criado

1 Viéndose Abrahán ya viejo, y de edad muy avanzada, y
que el Señor le había bendecido en todas las cosas, 2 dijo al
criado más antiguo de su casa [1], y mayordomo de cuanto
tenía: Pon tu mano debajo de mi muslo [2], 3 para tomarte
juramento por el Señor Dios del cielo y de la tierra, que no
casarás a mi hijo con mujer de las hijas de los cananeos [3],
entre los cuales habito; 4 sino que irás a mi tierra y a la pa-
rentela mía [4], y de allí traerás mujer para mi hijo Isaac.
5 Respondió el criado: Y si la mujer no quisiese venir con-
migo a este país, ¿debo por ventura llevar a tu hijo al lugar
de donde tú saliste? 6 Guárdate bien, dijo Abrahán, de con-

ducir jamás allá a mi hijo [5]. [7] El Señor Dios del cielo, que
me sacó de la casa de mi padre, y de la tierra de mi naci-
miento, el cual me habló, y me juró diciendo: A tu descen-
dencia daré esta tierra: él mismo enviará su ángel delante
de ti [6], y hará que traigas de aquel país mujer para mi
hijo: [8] Que si la mujer no quisiere seguirte, quedarás des-
obligado del juramento; pero en ningún caso lleves allá ja-
más a mi hijo. [9] Con esto el criado puso la mano debajo del
muslo de Abrahán su señor, y le juró hacer todo lo dicho.
[10] Tomó luego diez camellos [7] del ganado de su amo, y par-
tió, llevando consigo de lo mejor de todos los bienes de
Abrahán, y puesto en camino, llegó a Mesopotamia [8], a la
ciudad de Nacor. [11] Allí, habiendo hecho descansar los ca-
mellos fuera de la ciudad junto a un pozo de agua al caer la
tarde, al tiempo que suelen salir las mujeres a sacar
agua [9], dijo a Dios: [12] Señor Dios de mi amo Abrahán,
asísteme [10], te ruego, en este día, y sé propicio a Abrahán
mi amo. [13] He aquí que yo estoy cerca de esta fuente, y las
hijas de los moradores de esta ciudad vendrán a sacar
agua. [14] La doncella, pues, a quien yo dijere: Baja tu cánta-
ro para que yo beba, y ella respondiere: Bebe, y aun a tus
camellos daré también de beber: ésa es la que tú tienes
preparada para tu siervo Isaac: y en eso conoceré que has
sido propicio a mi amo.

15 No bien había acabado de decir dentro de sí estas
palabras [11], cuando he aquí Rebeca, hija de Batuel, hijo de
Melca, mujer de Nacor, hermano de Abrahán, que salía
con su cántaro al hombro; 16 joven en extremo agraciada,
doncella hermosísima y todavía virgen [12]: había bajado ya
a la fuente, y, llenado el cántaro, se volvía. 17 Fue, pues, a
su encuentro el criado de Abrahán, y le dijo: Dame a beber
un poquito de agua de tu cántaro. 18 La cual respondió:
Bebe, señor mío; y diciendo y haciendo, bajó el cántaro so-
bre su brazo y le dio de beber. 19 Y acabando de darle de be-
ber, añadió: Voy también a sacar agua para tus
camellos [13], hasta que beban todos. 20 Y vaciando el cánta-
ro en los canales o bebederos, fue otra vez corriendo al
pozo a sacar agua, que dio en seguida a todos los camellos.
21 Entretanto la estaba él contemplando en silencio, ansio-
so de saber si Dios había prosperado o no su viaje.

22 Abrevados ya los camellos, le presentó el hombre unos
pendientes de oro, que pesaban dos siclos [14], y dos braza-
letes que pesaban diez. 23 Y la preguntó: Dime, ¿de quién
eres hija?; ¿hay en casa de tu padre lugar para alojarme
esta noche? 24 Yo soy, respondió ella, hija de Batuel, hijo de
Melca, y de Nacor su esposo. 25 Y añadió: De paja y forraje
hay en casa provisión abundante, y mucha capacidad para
hospedaje. 26 El hombre entonces se inclinó profundamen-
te, y adoró al Señor [15], 27 diciendo: Bendito sea el Señor

Dios de mi amo Abrahán, que tan propicio se ha mostrado
con él según la verdad de sus promesas [16], guiándome vía
recta a la casa del hermano de mi amo.

En casa de Labán

28 La muchacha se fue corriendo a casa de su madre [17], y
contó todo cuanto había oído. 29 Tenía Rebeca un hermano
llamado Labán, el cual salió a toda prisa en busca del hom-
bre, al lugar en que estaba la fuente. 30 Y como había visto
ya los pendientes y los brazaletes [18] en las manos de su
hermana, la cual le había contado también todo cuanto le
había dicho aquel hombre, vino a encontrarle cuando es-
taba aún cerca de la fuente con sus camellos, 31 y le dijo:
Entra, bendito del Señor: ¿qué haces ahí fuera? Preparado
he para ti hospedaje, y lugar también para tus camellos.
32 Con eso le introdujo en el alojamiento, y descargó los ca-
mellos, y les dio paja y heno, y trajo agua para lavar los
pies así a él como a los mozos que le acompañaban. 33 Y le
pusieron delante la comida. Mas él dijo: No comeré hasta
que os haya expuesto mi comisión [19]. Di, pues, le contestó
Labán.

34 Entonces les habló él de esta manera: Yo soy criado de
Abrahán. 35 El Señor ha colmado de bendiciones a mi amo,
y le ha engrandecido sobremanera; le ha dado ovejas y
bueyes, plata y oro, esclavos y esclavas, camellos y asnos.
36 Sara, mujer de mi amo, le parió en su vejez un hijo, a

quien ha dado todos sus bienes. 37 Y mi amo me ha juramentado, diciendo: No tomarás para mi hijo mujer de las
hijas de los cananeos, en cuya tierra habito; 38 sino que irás
a la casa de mi padre, y traerás de mi linaje una mujer para
mi hijo. 39 Y replicándole yo: Quizá la mujer no querrá se-
guirme, 40 me respondió: El Señor, en cuya presencia
ando, enviará su ángel contigo, y dirigirá tus pasos; y tú
tomarás para mi hijo mujer de mi parentela y de la casa de
mi padre. 41 Mas si yendo a mis parientes no quisieran dár-
tela, exento quedarás de mi maldición o libre del juramento.

42 Llegué, pues, hoy a la fuente, y dije a Dios: Señor Dios de
mi amo Abrahán, si es que has enderezado este mi camino
que traigo, 43 he aquí que estoy junto a esta fuente: haz,
pues, que la doncella que salga a sacar agua [20], a quien yo
diga: Dame a beber un poco de agua de tu cántaro, 44 y me
responda: Bebe tú, que después la sacaré también para tus
camellos, sea ésa la mujer que el Señor Dios tiene destina-
da para el hijo de mi amo. 45 Y cuando estaba yo rumiando
en silencio estas cosas dentro de mí, ha comparecido Rebe-
ca, que venía con su cántaro a cuestas, y ha bajado a la
fuente, y sacado agua. Y le he dicho yo: dame un poco de
beber. 46 Al momento ha bajado ella el cántaro del hom-
bro, y me ha dicho: Bebe tú, y voy también a dar de beber a
tus camellos. Bebí, pues, y ella ha abrevado mis camellos.

47 En seguida le he preguntado, y dicho: ¿De quién eres
hija? Soy hija de Batuel, hijo de Nacor, y de Melca, ha res-
pondido ella. Luego le he puesto unos pendientes para
adorno de su rostro, y unos brazaletes en sus manos. 48 Y
al instante postrándome he adorado al Señor, bendiciendo
al Señor Dios de mi amo Abrahán, que me ha conducido
por camino recto a desposar una hija del hermano de mi
amo con su hijo. 49 Por lo cual, si queréis ser benéficos y
leales con mi amo, declarádmelo; pero si pensáis de otro
modo, decídmelo igualmente, para que yo siga mi rumbo
a la derecha o a la izquierda. 50 A esto respondieron Labán
y Batuel: Obra es ésta del Señor [21]; de ningún modo pode-
mos oponernos a lo que es conforme a su voluntad. 51 Ahí
tienes a Rebeca, tómala, llévala contigo, y sea muy enho-
rabuena esposa del hijo de tu amo, conforme lo ha mani-
festado el Señor. 52 Así que oyó esto el criado de Abrahán,
postrándose en tierra, adoró al Señor. 53 Y sacando alhajas
de oro, y plata, y vestidos preciosos [22], se los regaló a Re-
beca, y ofreció también ricos presentes a sus hermanos, y
a la madre.

La partida de Rebeca

54 Comenzaron después el convite, y permanecieron jun-
tos comiendo y bebiendo. A la mañana, levantándose el
criado, dijo: Despachadme, a fin de que me pueda volver a
mi amo. 55 A lo que respondieron los hermanos y la madre:

Estese la chica con nosotros diez días siquiera, y después
partirá. 56 No queráis detenerme, dijo él, ya que Dios ha
prosperado mi camino; dejadme volver a mi amo. 57 Ellos
replicaron: Llamemos a la chica, y veamos lo que dice.
58 Llamada, pues, vino, y le preguntaron: ¿Quieres ir con
este hombre? Iré, respondió ella [23].

59 Con eso la dejaron ir, acompañada de su ama de leche,
con el criado de Abrahán, y sus compañeros, 60 deseando
toda suerte de felicidad a su hermana, y diciendo: Herma-
na nuestra eres, ¡oh! crezcas en mil y mil generaciones [24],
y apodérese tu posteridad de las ciudades de sus enemigos.
61 Con esto Rebeca y sus doncellas, montando en los came-
llos, siguieron al hombre, el cual se volvía presuroso a casa
de su amo.

Isaac y Rebeca

62 Al mismo tiempo Isaac se estaba paseando por el camino
que va al pozo llamado Pozo del Dios Viviente y que
Mira [25], porque moraba en la tierra meridional no lejos de
él. 63 Y había salido al campo a meditar [26], caído ya el día;
y habiendo alzado los ojos, vio venir a los camellos a lo le-
jos. 64 Rebeca también, cuando alcanzó a ver a Isaac, se
bajó del camello, 65 y preguntó al criado: ¿Quién es aquel
hombre que viene por el campo a nuestro encuentro? Y le
respondió: Aquel es mi amo. Y ella cogiendo prontamente
el manto, se tapó [27]. 66 Isaac, después de haberle contado

el criado cuanto había hecho, [67] la hizo entrar en el pabellón de Sara, su madre, y la tomó por mujer; y la amó [28] en tanto grado, que se le templó el dolor que la muerte de Sara su madre le había causado.

¿Sabías que?

Una de las miniaturas cristianas más antiguas de esta escena está en el *Génesis de Viena*, un manuscrito del siglo VI escrito en plata sobre pergamino teñido de púrpura: Rebeca da de beber a los camellos junto a una fuente personificada como una ninfa. Siglos después, Bartolomé Esteban Murillo pintó *Rebeca y Eliezer* (Museo del Prado) y Nicolas Poussin, *Eliezer y Rebeca* (Museo del Louvre, 1648).

La familia de Abrahán

Rama de Abrahán *la línea de la promesa*	**Rama de Nacor** *se queda en Harán*	**Rama de Arán** *muere en Ur antes que su padre*
Taré, padre de los tres hermanos (11,26-27)		
Abrahán ∞ Sara, su media hermana (20,12); también Agar y Cetura	**Nacor** ∞ Milca, su sobrina, hija de Arán (11,29)	**Arán** (11,28)
Isaac, de Sara · **Ismael**, de Agar · Madián y otros cinco, de Cetura (25,1-2)	**Batuel** y siete hermanos más; Roma, la concubina, le da otros cuatro (22,20-24)	**Lot** · **Milca**, esposa de Nacor · Jescá (11,27-29)
Esaú y **Jacob**, gemelos de Isaac ∞ Rebeca (25,24-26)	**Rebeca** ∞ Isaac · **Labán** (24,15.29)	**Moab** y **Amón**, hijos de Lot (19,36-38)
Los doce hijos y la hija de Jacob (29 – 30; 35,23-26)	**Lía** y **Raquel**, hijas de Labán, ∞ Jacob (29)	Los moabitas y los amonitas

Cada fila es una generación; ∞ indica matrimonio. La familia se casa dentro del clan para conservar la fe y no mezclarse con los cananeos: Nacor con su sobrina, Isaac con Rebeca, hija de su primo Batuel, y Jacob con sus dos primas, Lía y Raquel. La Ley prohibirá después casarse con una media hermana (Lv 18,9) o con dos hermanas a la vez (Lv 18,18).

PARA PROFUNDIZAR

El *matrimonio en tiempo de los patriarcas*

En el mundo de los patriarcas, el matrimonio no era un asunto solo de dos personas, sino una alianza entre familias. Los padres

lo arreglaban: Abrahán encarga a su criado buscar esposa para Isaac, Agar elige una egipcia para Ismael (21,21), Siquem pide a su padre que le consiga a Dina (34,4), Judá casa a su hijo con Tamar (38,6). Era normal casarse dentro del propio clan, incluso entre primos: Nacor se casa con su sobrina Milca, Isaac con Rebeca, que es hija de su primo, y Jacob con sus primas Lía y Raquel. Para el Génesis, esta preferencia no nace del orgullo de familia sino de la fe: casarse con cananeos significaba adoptar sus dioses (24,3; 27,46 – 28,1), y la Ley lo prohibirá por ese motivo (Dt 7,3-4).

El matrimonio implicaba también bienes. El novio o su familia entregaban a la familia de la novia un pago, el mohar (34,12; Éx 22,15-16), que compensaba la pérdida de una hija y sellaba el compromiso; Jacob, que llegó sin nada, lo pagó con siete años de trabajo (29,18). Había además regalos para la novia y su familia, como las joyas y vestidos de este capítulo (v. 53). Por su parte, el padre de la novia le daba una dote, que a veces incluía esclavas: Labán da a Lía y a Raquel a Zelfa y a Bala (29,24.29), y Rebeca parte con su nodriza (v. 59). Las leyes de la época, como el Código de Hammurabi, regulan con detalle estos pagos. No era exactamente comprar una esposa, pero sí un contrato en el que la mujer tenía poca voz.

Por eso llama la atención la pregunta de la familia: «¿Quieres ir con este hombre?», y la respuesta de Rebeca: «Iré» (vv. 57-58). Algunos piensan que solo le preguntan si quiere partir ya o esperar diez días (v. 55); pero la tradición judía, con Rashi, vio aquí el principio de que una mujer no puede ser casada sin su consentimiento. La Iglesia ha desarrollado esa intuición hasta el final: el intercambio del consentimiento entre los esposos es lo que «hace

el matrimonio» (Catecismo, n. 1626), y debe ser un acto libre de la voluntad de cada uno, sin violencia ni temor grave (n. 1628). Para que ese «sí» sea libre y responsable, el Catecismo pide una buena preparación (n. 1632). El «iré» de Rebeca, dicho sin haber visto nunca al novio, es un acto de libertad y de fe en el Dios que ha guiado al criado.

El capítulo termina con una frase sobria y hermosa: Isaac «la tomó por mujer y la amó» (v. 67). El amor no precede al matrimonio, lo sigue y crece en él, y consuela del dolor por la madre muerta. La Biblia no idealiza esa historia: años después, Isaac y Rebeca tendrán cada uno su hijo preferido (25,28), y su familia se dividirá. Tampoco calla la poligamia de los patriarcas, con sus celos y rivalidades (caps. 16 y 29-30); el Catecismo explica que la conciencia de la unidad del matrimonio maduró poco a poco bajo la pedagogía de la Ley (n. 1610), hasta que Jesús lo devolvió a su verdad original (Mt 19,4-8).

La lección más profunda es que Dios interviene en los encuentros humanos. El criado reza, observa y agradece; la familia de Rebeca reconoce que «es obra del Señor» (v. 50). El libro de Tobías, escrito siglos después, contará otra historia parecida: un ángel guía a Tobías hasta su esposa, y los recién casados rezan en su noche de bodas con las palabras del Génesis (Tob 8,4-8). Para la fe cristiana, el matrimonio es un sacramento, signo del amor de Cristo por su Iglesia: un «gran misterio», dice san Pablo (Ef 5,32).

PAUSA

1. El criado pidió a Dios un signo de generosidad, no de belleza ni de riqueza. ¿Qué buscas tú en las personas que eliges como compañeros de camino?
2. Rebeca dijo «Iré» sin conocer a Isaac. ¿A qué te está pidiendo Dios que digas «iré»?
3. El criado agradeció a Dios en voz alta en cuanto vio su mano. ¿Qué gracia reciente no has agradecido todavía?

Para orar. *Señor, guíame como guiaste al siervo de Abrahán, y dame ojos para reconocer tus signos.*

25

La muerte de Abrahán; Esaú y Jacob

Se cierra la historia de Abrahán: su muerte «lleno de días», cien años después de dejar Harán, sus dos hijos reunidos ante la tumba y la descendencia de Ismael, que también llega a ser un gran pueblo. Enseguida empieza la historia de Isaac, que será sobre todo la de sus gemelos: Esaú y Jacob, que ya luchan en el vientre de su madre. El capítulo termina con una escena breve y decisiva: un plato de lentejas a cambio de la primogenitura. Lo que se desprecia por un momento de hambre puede perderse para siempre.

Los últimos años de Abrahán

1 Abrahán había tomado también a otra mujer llamada
Cetura [1]. 2 La cual le parió a Zamram, a Jecsán, a Madán,
a Madián, a Jesboc, y a Sué. 3 Jecsán engendró a Saba y a
Dadán. Los hijos de Dadán fueron Asurim, Latusim, y
Loomim. 4 De Madián nacieron Efa, Ofer, Enoc, Abida, y
Eldaa: todos éstos descienden de Cetura.

5 Y dio Abrahán toda su herencia a Isaac; 6 bien que hizo
grandes donativos a los hijos de las otras mujeres secunda-
rias, y los separó, viviendo aún él mismo, de su hijo Isaac,
enviándolos hacia la parte oriental.

7 Finalmente fueron los días de la vida de Abrahán ciento
setenta y cinco años [2]. 8 Y llegando a faltarle las fuerzas
murió en la buena vejez, de avanzada edad, y lleno de días:
y fue a reunirse con su pueblo [3]. 9 Y sus dos hijos Isaac e
Ismael le sepultaron [4] en la cueva doble, situada en el
campo de Efrón, hijo de Seor heteo, enfrente de Mambre,
10 que había comprado a los hijos de Het: allí está sepulta-
do él y Sara su esposa. 11 Después de su muerte bendijo
Dios a Isaac [5] su hijo, el cual moraba cerca del pozo llama-
do pozo del Dios Viviente y que Mira.

Los descendientes de Ismael

12 He aquí los linajes de Ismael, hijo de Abrahán, y de Agar
egipcia, sierva de Sara. 13 Y éstos son los nombres de sus
hijos con los cuales fueron llamados sus descendientes. El
primogénito de Ismael fue Nabaiot, en seguida Cedar [6],
Adbeel, Mabsam, 14 Masma, Duma, Massa, 15 Hadar, Tema,
Jetur, Nafis y Cedma. 16 Estos son los doce hijos de Ismael,
y tales los nombres que dieron a sus castillos y ciudades.
Ellos vinieron a ser como doce príncipes [7], cada cual de su
tribu.

17 Y los años de la vida de Ismael fueron ciento treinta y
siete [8], y debilitándose más y más murió, y fue a reunirse
con su pueblo. 18 Y habitó y pobló el país desde Hévila has-
ta Sur, desierto que mira a Egipto, cuando uno entra en
Asiria; y murió en medio de todos sus hermanos [9].

Esaú y Jacob

19 Asimismo he aquí cuál fue la descendencia de Isaac [10],
hijo de Abrahán: engendró Abrahán a Isaac, 20 el cual,
siendo de cuarenta años, casó con Rebeca, hija de Batuel
siro de la Mesopotamia, y hermana de Labán. 21 Hizo Isaac
muchas plegarias al Señor por su mujer, porque era
estéril [11]; y el Señor le oyó, dándole a Rebeca virtud de
concebir. 22 Pero chocaban entre sí o luchaban en el seno
materno [12] los gemelos que concibió; lo que le hizo decir:
Si esto me había de acontecer, ¿qué provecho he sacado yo
de concebir? Y fue a consultar al Señor. 23 El cual le res-
pondió, diciendo: Dos naciones están en tu vientre, y dos
pueblos saldrán divididos desde tu seno en que están aho-
ra, y un pueblo sojuzgará al otro pueblo, y el mayor ha de
servir al menor [13] o más joven.

24 Llegado ya el tiempo del parto, he aquí que se hallaron
dos gemelos en su vientre. 25 El que salió el primero era ru-
bio, y todo velludo [14]; y fue llamado Esaú. Saliendo inme-
diatamente el otro, tenía asido con la mano el talón del pie
del hermano; y por eso se llamó Jacob [15]. 26 De sesenta
años era Isaac cuando le nacieron los niños.

27 Así que se hicieron grandes, Esaú salió diestro en la caza,
y hombre del campo; Jacob al contrario mozo sencillo [16]
habitaba en las cabañas. 28 Isaac amaba a Esaú [17], porque

gustaba de comer de sus cacerías, y Rebeca quería más a Jacob.

29 Había un día guisado Jacob cierta menestra [18] o potaje;
cuando Esaú que volvía fatigado del campo se llegó a él,
30 y le dijo: Dame de esa menestra roja que has cocido, pues
estoy sumamente cansado. Por cuya causa se le dio des-
pués el apellido de Edom [19]. 31 Le dijo Jacob: Véndeme tus
derechos de primogénito. 32 Respondió él: Yo me estoy mu-
riendo, ¿de qué me servirá ser primogénito? 33 Pues jurá-
melo, dijo Jacob. Esaú se lo juró y le vendió el derecho de
primogenitura. 34 Y así habiendo tomado pan y aquel plato
de lentejas [20], comió y bebió, y se marchó, dándosele muy
poco de haber vendido sus derechos de primogénito.

¿Sabías que?

Esaú y Jacob son los primeros gemelos de la Biblia. Habrá otros: Fares y Zara, hijos de Judá y Tamar, que también se disputan el primer puesto al nacer (38,27-30). Y en el Nuevo Testamento, el apóstol Tomás es llamado Dídimo, que en griego significa «el Mellizo» (Jn 11,16), aunque los evangelios nunca dicen quién era su hermano o hermana.

El camino de Abrahán

Lugar	Qué pasó	Hoy
Ur	Sale con su padre Taré (11,31)	Tell el-Muqayyar, sur de Irak
Harán	Llamada de Dios: «Sal de tu tierra» (12,1)	Harran, sureste de Turquía
Siquem	Primera promesa de la tierra; altar (12,6-7)	Junto a Nablus, Cisjordania
Betel y Hai	Altar; separación de Lot (12,8; 13)	Al norte de Jerusalén
Egipto	Huye del hambre; Sarai en el palacio (12,10)	Delta del Nilo
Mambre, Hebrón	Vive allí; los tres visitantes (13,18; 18)	Hebrón (al-Jalil)
Dan	Rescata a Lot (14,14)	Tel Dan, norte de Israel
Gerara	Sara y Abimelec (20)	Entre Gaza y Beer Sheva
Bersabee	El pozo del juramento (21,31)	Beer Sheva, Israel
Moria	El sacrificio de Isaac (22)	Jerusalén, según 2 Cr 3,1
Macpelá	Tumba de Sara y de Abrahán (23; 25,9)	Tumba de los Patriarcas, Hebrón

De Ur a Harán hay más de mil kilómetros siguiendo el Éufrates, y de Harán a Siquem unos setecientos más: Abrahán recorrió a pie, con sus rebaños, buena parte del Creciente Fértil.

Abrahán en el Nuevo Testamento

Pasaje	Qué dice	Tema
Mt 1,1-2	Jesús es «hijo de David, hijo de Abrahán»: la genealogía empieza con él	La promesa cumplida
Lc 1,55.73	María y Zacarías cantan la misericordia prometida «a Abrahán y a su descendencia»	El juramento
Lc 16,22	El pobre Lázaro es llevado al «seno de Abrahán»	El descanso de los justos
Lc 19,9	Zaqueo: «también este es hijo de Abrahán»	La salvación
Jn 8,56-58	«Abrahán se regocijó pensando en ver mi día»; «antes que Abrahán existiera, Yo soy»	Cristo, anterior a Abrahán
Hch 7,2-8	San Esteban resume su historia ante el Sanedrín	El peregrino
Rom 4	Fue justificado por la fe antes de la circuncisión: es «padre de todos los creyentes»	La fe
Gál 3,6-9.16	Los que creen son hijos de Abrahán; la descendencia prometida es Cristo	La herencia
Gál 4,22-31	Agar y Sara, alegoría de las dos alianzas	La libertad
Heb 11,8-19	Salió sin saber adónde iba; ofreció a Isaac pensando que Dios puede resucitar a los muertos	La esperanza
Sant 2,21-23	Su fe se mostró en las obras, y fue llamado «amigo de Dios»	Fe y obras

El nombre de Abrahán aparece 73 veces en el Nuevo Testamento: es, con Moisés, el personaje del Antiguo Testamento más citado. San Pablo y Santiago lo leen desde ángulos distintos, la fe que confía y la fe que obra, y la Iglesia mantiene unidos los dos.

PAUSA

1. ¿Qué «plato de lentejas» te tienta a cambiar lo que de verdad vale?
2. Dios elige muchas veces al pequeño. ¿Dónde te sientes pequeño, y cómo podría Dios contar contigo precisamente ahí?

Para orar. *Señor, que no venda por un momento de placer la herencia que me has preparado.*

26

Isaac en Gerara

Isaac es el patriarca más callado: entre la historia de su padre y la de su hijo, solo este capítulo le pertenece. Tiene tres partes: Isaac y Rebeca en Gerara (vv. 1-11), la prosperidad y la disputa por los pozos (vv. 12-25) y el pacto con Abimelec en Bersabee (vv. 26-33), con una nota final sobre los matrimonios de Esaú. Isaac repite los pasos de Abrahán (el hambre, la mentira sobre su mujer, los pozos, el pacto) y recibe la misma promesa. La fe también se aprende caminando por donde caminaron los padres.

Isaac y Rebeca en Gerara

1 Mas sobreviniendo hambre en el país, después de aquella
carestía que había acaecido en tiempo de Abrahán, se fue
Isaac a Gerara, al país de Abimelec rey de los palestinos [1].
2 Porque se le apareció el Señor, y le dijo: No bajes a
Egipto [2]; mas estate quieto en el país que yo te diré. 3 Y
vive en él como peregrino [3], y yo estaré contigo, y te daré
mi bendición: por cuanto a ti y a tu descendencia he de dar
todas esas regiones, cumpliendo el juramento que hice a
tu padre Abrahán. 4 Y multiplicaré tu posteridad como las
estrellas del cielo; y daré a tus descendientes todas esas re-
giones, y en uno de ellos SERÁN BENDITAS todas las na-
ciones de la tierra [4], 5 por premio de haber obedecido

Abrahán a mi voz, y guardado los preceptos y mandatos míos, y observado las ceremonias y leyes que le prescribí [5].

[6] Se quedó, pues, Isaac en Gerara. [7] Y preguntándole los vecinos de aquel país quién era Rebeca, les respondió: Es hermana mía [6]; porque temió confesar que estaba unida con él en matrimonio, recelando que por causa de su hermosura le quitasen tal vez a él la vida. [8] Pasados ya muchos días, y permaneciendo él en el mismo lugar, como Abimelec, rey de los palestinos, se pusiese a mirar de una ventana, vio a Isaac que hacía especiales demostraciones de amor [7] a su mujer Rebeca. [9] Y habiéndole llamado, le dijo: Está claro que ésa es tu mujer; ¿por qué has dicho falsamente que era hermana tuya? Temí, respondió, que me matasen por su causa. [10] Replicó Abimelec: ¿Cómo así nos has engañado? Pudo alguno del pueblo abusar de tu esposa, y nos hubieras hecho reos de un grande pecado [8]. Con eso intimó una orden a todo el pueblo, diciendo: [11] Cualquiera que tocare a la mujer de este hombre, será irremisiblemente condenado a muerte.

Los pozos de Isaac

[12] Sembró luego Isaac en aquella tierra y en el mismo año cogió ciento por uno [9] y le bendijo Dios. [13] Y se hizo hombre muy rico, y cada día iba creciendo de bien en mejor, por manera que llegó a ser en extremo poderoso. [14] Tuvo

rebaños de ovejas, y de ganados mayores [10], y muchísimos
criados y criadas. Por lo cual envidiosos de él los palestinos, [15] cegaron por aquel tiempo todos los pozos [11] que habían abierto los criados de su padre Abrahán, llenándolos de tierra. [16] Llegó tan allá la cosa, que hasta el mismo Abimelec dijo a Isaac: Retírate del país, porque te has hecho mucho más poderoso que nosotros.

[17] Partió, pues, Isaac para ir hacia el torrente de Gerara [12], y habitar allí; [18] e hizo abrir de nuevo los otros pozos, que habían cavado los siervos de su padre Abrahán, y que, muerto éste, habían cegado en otro tiempo los filisteos; y les dio los mismos nombres que su padre les había dado antes [13]. [19] Cavando después en el torrente, hallaron un manantial de agua viva [14]. [20] Pero aun aquí hubo contienda de los pastores de Gerara contra los pastores de Isaac, diciendo aquéllos: El agua es nuestra; de donde, por este encuentro, puso al pozo el nombre de Calumnia [15]. [21] Cavaron en seguida otro, y por él también armaron pendencias, por lo que le llamó Enemistades. [22] Partiendo de allí abrió otro pozo, sobre el cual no hubo contienda, y por eso le nombró Anchura, diciendo: Ahora sí que nos ha ensanchado el Señor, y puesto en estado de medrar sobre la tierra.

El pacto de Bersabee

23 Desde aquel sitio pasó a Bersabee, 24 donde se le apareció
el Señor aquella misma noche, diciéndole: Yo soy el Dios
de tu padre Abrahán, no tienes que temer, pues estoy yo
contigo [16], yo te colmaré de bendiciones, y multiplicaré tu
descendencia por amor de mi siervo Abrahán. 25 Con esto
edificó Isaac un altar [17], y habiendo invocado el nombre
del Señor, desplegó su tienda de campaña, y mandó a sus
criados que abriesen un pozo.

26 Y habiendo venido desde Gerara a este mismo lugar Abi-
melec, con Ocozat su privado [18], con Ficol general de sus
tropas, 27 les dijo Isaac: ¿Para qué venís a mí, hombre a
quien aborrecéis, y habéis echado de entre vosotros?
28 Hemos visto, respondieron ellos, que el Señor está
contigo [19], y así dijimos: Hagamos alianza entre nosotros,
con juramento de una y otra parte, 29 con el fin de que tú
no nos hagas mal alguno, así como nosotros nada hemos
tocado de lo tuyo, ni causádote ningún daño; sino que te
despedimos en paz colmado de la bendición del Señor.
30 Isaac, pues, les dio un convite [20], y después de haber co-
mido y bebido, 31 levantándose de madrugada, se juraron
alianza recíprocamente; e Isaac los despidió en paz a su
país. 32 Y he aquí que en aquel mismo día vinieron los cria-
dos de Isaac, a darle nuevas del pozo que habían excavado,
diciendo: Hemos hallado agua. 33 Por lo que le llamó

Abundancia [21]; y se puso a la ciudad vecina el nombre de Bersabee que dura hasta hoy día.

[34] Esaú sin embargo, en la edad de cuarenta años, tomó por mujeres a Judit hija de Beeri heteo [22], y a Basemat, hija de Elón del mismo lugar, [35] las cuales fueron amargura para Isaac y para Rebeca.

¿Sabías que?

La noche del 23 de noviembre de 1654, el matemático y filósofo francés Blaise Pascal vivió una experiencia religiosa que lo transformó. La anotó en un papel que llevó cosido en el forro de su ropa hasta su muerte, y que se encontró después: tras la fecha y la palabra «Fuego», dice: «Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios». Es el Dios que se presenta a Isaac en este capítulo (v. 24): el Dios de unas personas concretas, no una idea.

PAUSA

1. Isaac reabrió los pozos de su padre. ¿Qué «pozos» de fe de tus padres o abuelos te gustaría volver a abrir?
2. Isaac cedió una y otra vez antes de encontrar su «anchura». ¿En qué conflicto te pide Dios ceder en lugar de pelear?
3. Los que lo habían expulsado terminaron diciendo: «hemos visto que el Señor está contigo». ¿Qué ven los demás de Dios en tu manera de reaccionar?

Para orar. *Señor, que en medio de las contiendas sepa seguir cavando, hasta encontrar el agua viva que tú das.*

27

La bendición robada

Un padre ciego, una madre que trama, un hijo que miente y otro que llora: pocas páginas de la Biblia retratan con tanto realismo una familia rota. El relato está construido como un drama en escenas de dos personajes: Isaac y Esaú, Rebeca y Jacob, Jacob e Isaac, Isaac y Esaú, y de nuevo Rebeca y Jacob. Todo gira en torno a los sentidos de un anciano que ya no ve. Jacob obtiene la bendición con engaño, y el resto de su historia mostrará el precio. Dios cumple lo que anunció (25,23), pero no aprueba los medios.

Isaac quiere bendecir a Esaú

1 Siendo ya viejo Isaac, se le debilitó la vista [1], de modo
que llegó a faltarle. Llamó, pues, a Esaú, su hijo mayor, y le
dijo: ¡Hijo mío! El cual respondió: Aquí estoy. 2 A quien el
padre: Ya ves, dijo, cómo yo estoy ya viejo, y no sé el día de
mi muerte. 3 Toma tus armas, la aljaba y el arco, y sal al
campo; y cazando algo, 4 guísame de ello un plato según
sabes que gusto, y tráemelo para que le coma, y te bendiga
mi alma [2] antes que yo muera.

5 Lo que oído por Rebeca, luego que partió aquél al campo
para cumplir el mandato de su padre, 6 dijo a su hijo

Jacob [3]: Acabo de oír a tu padre, que hablando con tu hermano Esaú, le decía: [7]Tráeme de tu caza, y guísame un plato que le comeré, y te echaré mi bendición en presencia del Señor antes que me muera. [8]Ahora bien, hijo mío, toma mi consejo, [9]y yendo al ganado, tráeme dos de los mejores cabritos, para que yo guise de ellos a tu padre aquellos platos de que come con gusto [4]: [10]Y sirviéndoselos tú, después que hubiere comido, te dé la bendición antes de morir.

[11]A lo cual respondió Jacob: Tú sabes que mi hermano Esaú es hombre velloso, y yo lampiño [5]; [12]si mi padre me palpa con sus manos, y llega a conocerme, temo que piense que yo he querido burlarle, y acarrearé sobre mí su maldición [6] en lugar de la bendición. [13]Al cual la madre: Sobre mí, dijo, caiga esa maldición [7], hijo mío; tú haz solamente lo que yo te aconsejo, y date prisa en traer lo que te tengo dicho.

[14]Fue Jacob y lo trajo, y lo dio a la madre, la cual le guisó los manjares, según que sabía ser del gusto de su padre. [15]Y vistió después a Jacob con los más ricos vestidos de Esaú [8], que tenía guardados en casa. [16]Y le envolvió las manos con las delicadas pieles de los cabritos [9], cubriendo también con ellas la parte desnuda del cuello. [17]Le dio después el guisado, y los panes que había cocido.

Jacob engaña a su padre

18 Todo lo cual llevándolo él adentro, dijo: ¡Padre mío! A lo
que respondió él: Oigo. ¿Quién eres tú, hijo mío? 19 Dijo Ja-
cob: Yo soy tu primogénito Esaú [10]; he hecho lo que me
mandaste; levántate, incorpórate, y come de mi caza, para
que me des la bendición. 20 Le replicó Isaac a su hijo:
¿Cómo, dijo, has podido encontrarla tan presto, hijo mío?
El cual respondió: Dios dispuso [11] que luego se me pusiese
delante lo que deseaba. 21 Dijo todavía Isaac: Acércate, hijo
mío, para que yo te toque, y reconozca si tú eres o no el
hijo mío Esaú. 22 Se acercó al padre, y habiéndole palpado,
dijo Isaac: Cierto que la voz es voz de Jacob; pero las ma-
nos son manos de Esaú [12]. 23 Y no le conoció [13], porque las
manos vellosas representaban al vivo la semejanza del ma-
yor. Queriendo, pues, bendecirle, 24 dijo: ¿Eres tú el hijo
mío Esaú? Respondió: Yo soy. 25 Pues tráeme acá, hijo mío,
el plato de tu caza, para que te bendiga mi alma. Y habién-
doselo presentado, después que comió de él le sirvió tam-
bién vino; bebido el cual,

26 dijo: Llégate a mí, y dame un beso, hijo mío. 27 Llegó, y le
besó. Y al instante que sintió la fragancia de sus vestidos,
bendiciéndole, le dijo: Bien se ve que el olor que sale de mi
hijo es como el olor de un campo florido [14], al cual bendijo
el Señor. 28 Te dé Dios, por medio del rocío del cielo [15], y
de la fertilidad de la tierra, abundancia de trigo y vino.

[29] Te sirvan los pueblos, y adórente las tribus [16]: sé señor
de tus hermanos, e inclínense profundamente delante de
ti los hijos de tu madre. Quien te maldijere, sea él maldito,
y el que te bendijere, de bendiciones sea colmado.

El llanto de Esaú

[30] Apenas Isaac había acabado de decir estas palabras, y sa-
lido Jacob afuera, cuando llegó Esaú. [31] Y presentando a su
padre las viandas de la caza, que había guisado, le dijo: Le-
vántate, padre mío, y come de la caza de tu hijo, para que
me bendiga tu alma. [32] Le dijo Isaac: Pues, ¿quién eres tú?
El cual respondió: Yo soy tu hijo primogénito Esaú.
[33] Quedó atónito Isaac, y como estático [17]; y sobre toda
ponderación pasmado, dijo: ¿Quién es, pues, aquél que
hace poco me ha traído de la caza que cogió, y he comido
de todo antes que tú vinieses? El caso es que yo le bendije,
y bendito será.

[34] Oídas las palabras del padre, arrojó Esaú un grito
furioso [18]; y consternado, dijo: Dame también a mí tu
bendición, ¡oh padre mío! [35] El cual le respondió: Vino tu
hermano astutamente, y se ha llevado tu bendición. [36] A lo
que replicó Esaú: Con razón se le puso el nombre de Jacob:
porque ya es ésta la segunda vez que me ha suplantado [19];
antes ya se alzó con mi primogenitura, y ahora de nuevo
me ha robado la bendición mía. Y vuelto a su padre: ¿Pues
qué, le dijo, no has reservado bendición para mí? [37] Le res-

pondió Isaac: Yo le he constituido señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos a su servicio: le aseguré las cosechas de granos y de vino: después de esto, ¿qué puedo yo ahora hacer por ti, hijo mío? 38 Al cual replicó Esaú: ¿Por ventura no tienes, padre mío, sino una sola bendición? Te ruego que también me bendigas a mí. Y como llorase con grandes alaridos, 39 Isaac conmovido, le dijo estas palabras: En la grosura de la tierra, y en el rocío que cae del cielo, 40 será tu bendición. Vivirás de tu espada, y servirás a tu hermano [20]; pero llegará tiempo en que sacudirás su yugo, y librarás de él tu cerviz.

41 Esaú, pues, mantenía siempre vivo su odio a Jacob, con motivo de la bendición que le había dado el padre, y dijo en su corazón: Vendrán los días de luto de mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob [21]. 42 Tuvo de esto noticia Rebeca, la cual enviando a llamar a su hijo Jacob, le dijo: Mira que tu hermano Esaú amenaza que te ha de matar. 43 Ahora, pues, hijo mío, créeme a mí, y sin perder tiempo huye a casa de mi hermano Labán en la ciudad de Harán. 44 Y estarás allí con él algunos días, hasta que se amanse el furor de tu hermano, 45 se pase su cólera, y se olvide de lo que has hecho contra él: después enviaré por ti, y te traeré acá. ¿Por qué he de perder a mis dos hijos en un día? [22]

46 Dijo después Rebeca a Isaac: Fastidiada estoy de vivir [23], a causa de estas hijas de Het: si Jacob llega a tomar mujer de este país, no quiero vivir más.

¿Sabías que?

En la basílica superior de San Francisco de Asís, entre los frescos del Antiguo Testamento pintados hacia 1290, hay dos escenas de esta historia: Isaac bendiciendo a Jacob e Isaac rechazando a Esaú. Son tan notables que los historiadores del arte llaman a su autor desconocido «el Maestro de Isaac»; algunos piensan que pudo ser el joven Giotto.

PARA PROFUNDIZAR

Elegidos sin mérito: Jacob, Esaú y la gracia

El lector del Génesis se encuentra aquí con un escándalo: el plan de Dios avanza a través de un mentiroso. Jacob engaña a su padre ciego, con la complicidad de su madre, y se queda con la bendición. Y, sin embargo, Dios lo había anunciado antes de que los gemelos nacieran: «el mayor ha de servir al menor» (25,23). ¿Premia Dios el engaño? ¿Elige a unos y rechaza a otros sin motivo?

San Pablo retomó la pregunta en la Carta a los Romanos. Para mostrar que la promesa no depende de la carne ni de los méritos, cita el oráculo de Rebeca y una frase del profeta Malaquías: «amé a Jacob y odié a Esaú» (Rom 9,10-13; Mal 1,2-3). Y subraya el detalle decisivo: Dios habló «antes de que nacieran y de que hubieran hecho ni bien ni mal», para que quedara claro que la elección vie-

ne «no de las obras, sino del que llama». La conclusión es una de las grandes frases de la Biblia sobre la gracia: «no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Rom 9,16).

Dos precisiones evitan malentendidos. La primera: en hebreo, «odiar» puede significar «amar menos» o «no elegir» (ver nota a 29,31); Malaquías habla de dos pueblos, Israel y Edom, y Pablo trata del papel de Israel en la historia de la salvación, no del destino eterno de cada persona. La segunda: en la Biblia, ser elegido no es un privilegio para disfrutarlo, sino una misión para los demás. Abrahán fue elegido para que en él fueran benditas todas las familias de la tierra (12,3), y la elección de Jacob está al servicio de esa bendición universal. Por eso Pablo termina su reflexión diciendo que Dios encerró a todos en la desobediencia para tener misericordia de todos (Rom 11,32).

La Iglesia ha rechazado siempre la idea de que Dios destine a algunos a la condenación. El concilio de Orange (529) y el de Trento (1547) lo enseñaron expresamente, y el Catecismo lo resume: «Dios no predestina a nadie a ir al infierno»; para eso hace falta rechazarlo libremente y persistir en ese rechazo hasta el final (n. 1037). Dios, para quien todo está presente, cuenta en su designio con la respuesta libre de cada persona (n. 600). Esaú no es un réprobo: también él será padre de un pueblo con jefes y reyes (cap. 36), y la Ley mandará a Israel no aborrecer al edomita, «porque es tu hermano» (Dt 23,8).

¿Y el engaño? Que Dios saque adelante su plan no lo convierte en bueno. San Agustín, convencido de que nunca es lícito mentir,

prefirió leer la escena como figura y llegó a decir que en ella «no hay mentira, sino misterio» (Contra la mentira, 10), y santo Tomás aceptó esa lectura. Hoy se tiende a leer el relato de otra manera: el narrador no aprueba a Jacob, sino que cuenta con realismo lo que pasó y deja que la historia lo juzgue. Jacob tendrá que huir, será engañado por Labán con la misma moneda (29,25), y sus hijos le mentirán con un cabrito y un vestido (37,31). La gracia no borra las consecuencias del pecado; las atraviesa y las transforma.

Por eso esta página es tan consoladora. Todos estamos más cerca de Jacob que de un héroe sin mancha: no somos elegidos por ser mejores, sino amados antes de merecerlo. Y la historia de Esaú advierte del peligro contrario: despreciar los dones de Dios por lo inmediato, como recuerda la Carta a los Hebreos (Heb 12,16). Entre la gratuidad de la elección y la responsabilidad de cada uno se mueve toda la vida cristiana.

PAUSA

1. ¿Hay en tu familia preferencias o rivalidades que dividen, como entre Isaac, Rebeca y sus hijos?
2. Rebeca quiso «ayudar» a Dios con un engaño. ¿Has querido forzar alguna vez lo que esperabas de Dios?
3. Jacob fue elegido sin merecerlo. ¿Qué don de Dios en tu vida no podrías explicar por tus méritos?

Para orar. *Señor, sana las heridas de mi familia y enséñame a esperar tus caminos sin torcerlos.*

28

La escala de Jacob

Jacob huye solo, con lo puesto, y la primera noche duerme al raso con una piedra por almohada. El capítulo tiene dos partes: la despedida de Isaac, que ahora bendice a Jacob a sabiendas (vv. 1-9, con el contrapunto de Esaú), y el sueño de Betel (vv. 10-22): la escala, la promesa, el despertar y el voto. Allí, en el peor momento, Dios se le muestra y le repite la promesa de Abrahán. El fugitivo despierta asombrado: «el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía».

Isaac despide a Jacob

1 Llamando, pues, Isaac a Jacob, le dio su bendición, y le
mandó diciendo: No quieras tomar mujer de la raza de
Canaán [1]. 2 Mas ve, y pasa a la Mesopotamia de Siria [2], a
casa de Batuel padre de tu madre, y escógete allí mujer de
las hijas de Labán, tu tío materno. 3 Y el Dios
todopoderoso [3] te bendiga, y te aumente y multiplique,
de suerte que vengas a ser padre de numerosos pueblos. 4 Y
te conceda las bendiciones de Abrahán, así como a tu des-
cendencia después de ti; para que poseas como propia la
tierra en que estás ahora como peregrino, la cual tiene
prometida a tu abuelo. 5 Despedido así de Isaac, partió a

Mesopotamia de Siria, y se fue a casa de Labán, hijo de Batuel siro [4], hermano de Rebeca su madre.

[6] Entretanto Esaú viendo que su padre, bendiciendo a Jacob, le había enviado a Mesopotamia de Siria, para que tomase de allí mujer; y cómo después de la bendición le había mandado, diciendo: No tomes mujer de las hijas de Canaán; [7] y que Jacob obedeciendo a sus padres, había marchado a la Siria; [8] experimentando por otra parte que las hijas de Canaán no eran del agrado de su padre, [9] se fue a casa de Ismael [5], y tomó por mujer, sobre las que ya tenía, a Mahelet, hija de Ismael, hijo de Abrahán, hermana de Nabaiot.

El sueño de Betel

[10] Jacob, pues, habiendo partido de Bersabee [6], proseguía su camino hacia Harán. [11] Y llegado a cierto lugar [7], queriendo descansar en él después de puesto el sol, tomó una de las piedras que allí había [8], y poniéndosela por cabecera, durmió en aquel sitio. [12] Y vio en sueños una escala [9] fija en la tierra, cuyo remate tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella [10], [13] y al Señor apoyado sobre la escala [11], que le decía: Yo soy el Señor Dios de Abrahán tu padre, y el Dios de Isaac. La tierra, en que duermes, te la daré a ti y a tu descendencia. [14] Y será tu posteridad tan numerosa como los granitos del polvo de la tierra: extenderte has al Occidente [12], y al Oriente, y al

Septentrión, y al Mediodía: y SERÁN BENDITAS EN TI y en el que saldrá o descenderá de ti [13] todas las tribus o familias de la tierra. [15] Yo seré tu guarda o custodio doquiera que fueres [14], y te restituiré a esta tierra; y no te dejaré de mi mano hasta que cumpla todas las cosas que tengo dichas.

[16] Despertado Jacob del sueño, dijo: Verdaderamente que el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía [15]. [17] Y todo despavorido, añadió: ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente ésta es la casa de Dios, y la puerta del cielo [16]. [18] Levantándose, pues, Jacob al amanecer, cogió la piedra que se había puesto por cabecera, y la erigió como un monumento de la visión, derramando óleo encima [17]. [19] Y puso por nombre Betel [18] a la ciudad, que antes se llamaba Luza.

[20] Hizo además este voto, diciendo: Si el Señor estuviere conmigo [19], y me amparare en el viaje que llevo, y me diere pan que comer, y vestido con que cubrirme, [21] y volviere yo felizmente a la casa de mi padre, el Señor será mi Dios, [22] y esta piedra, que dejo erigida en monumento, llamarse ha Casa de Dios: y de todo lo que me dieres, te ofreceré, ¡oh Señor!, el diezmo [20].

¿Sabías que?

San Juan Clímaco, abad del monasterio de Santa Catalina del Sinaí en el siglo VII, tomó la imagen de la escala de Jacob para escribir *La escala espiritual*, una guía de la vida cristiana en treinta peldaños, tantos como los años de Cristo antes de su vida pública. Su sobrenombre, Clímaco, viene del griego *klímax*, «escalera».

PAUSA

1. Jacob descubrió a Dios en su peor noche. ¿En qué momento difícil de tu vida estuvo Dios, aunque tú no lo sabías?
2. ¿Qué lugar es para ti «casa de Dios y puerta del cielo»?
3. Jacob pidió compañía, pan, vestido y volver a casa. ¿Qué es lo esencial que hoy pides a Dios?

Para orar. *Señor, quédate conmigo en el camino, y ábreme los ojos para reconocer que estás aquí.*

29

Jacob en casa de Labán

El fugitivo llega a Harán y encuentra a Raquel junto a un pozo, como el criado de Abrahán encontró a Rebeca. El capítulo tiene tres momentos: el encuentro en el pozo y la acogida de Labán (vv. 1-14), el trato de los siete años y el engaño de la noche de bodas (vv. 15-30), y el nacimiento de los cuatro primeros hijos de Lía (vv. 31-35). Jacob se enamora, trabaja siete años por Raquel «y le parecían pocos días», y descubre al amanecer que le han dado a otra. El que engañó a su padre ciego es engañado en la oscuridad.

Raquel junto al pozo

1 Prosiguiendo después Jacob su viaje llegó al país de
Oriente [1]. 2 Y vio un pozo en el campo [2], y cerca de él tres
hatos de ovejas sesteando, porque de él se abrevaban los
ganados, y el brocal estaba tapado con una gran piedra.
3 Por cuanto la costumbre era que después de reunidos to-
dos los hatos de ovejas, removían la piedra [3], y una vez
abrevadas, volvían a ponerla sobre el pozo. 4 Y dijo a los
pastores: Hermanos, ¿de dónde sois? [4] Los cuales respon-
dieron: De Harán. 5 Les preguntó: ¿Conocéis acaso a La-
bán, hijo de Nacor? Dijeron: Sí que le conocemos. 6 ¿Lo
pasa bien? [5], dijo él. Bueno está, respondieron, y he allí a

Raquel, hija suya, que viene con su rebaño. 7 Les dijo Jacob: Aún falta mucho del día, ni es tiempo de recoger todavía el ganado en los apriscos; dad ahora de beber a las ovejas, y después volvedlas a pacer. 8 Respondieron ellos: No podemos hacerlo, hasta que se junten todos los ganados, y quitemos la piedra del brocal del pozo para abrevar los rebaños.

9 Aún estaban hablando, cuando he aquí que llega Raquel con las ovejas de su padre; pues ella misma pastoreaba el rebaño [6]. 10 Jacob luego que la vio, sabiendo ser su prima hermana, y las ovejas de Labán su tío materno, removió la piedra con que se cerraba el pozo. 11 Y abrevada la grey, besó a Raquel, y lloró a voz en grito [7], 12 después que le había declarado ya cómo era su hermano de su padre, e hijo de Rebeca; mas ella sin detenerse corrió a decírselo a su padre.

13 El cual oyendo que había venido Jacob, hijo de su hermana, salió corriendo a recibirle [8]; y habiéndole abrazado, y dado mil besos, le condujo a su casa. Entendidos los motivos del viaje, 14 respondió: Hueso mío eres, y carne mía [9], yo cuidaré de ti. Y pasado que fue un mes,

El engaño de Labán

15 le dijo: ¿Acaso porque eres hermano mío, me has de servir de balde? Dime qué recompensa quieres. 16 Tenía La-

bán dos hijas, de las cuales la mayor se llamaba Lía: y la menor Raquel. 17 Pero Lía tenía los ojos legañosos [10]; Raquel era de lindo semblante y de hermoso talle. 18 De la cual enamorado Jacob, dijo: Yo te serviré por Raquel, tu hija menor, siete años [11]. 19 Respondió Labán: Mejor es que yo te la dé a ti que a un extraño, quédate conmigo. 20 Sirvió, pues, Jacob por Raquel siete años; y aún le parecían pocos días, atendido su grande amor por ella [12]. 21 Dijo después a Labán: Dame mi esposa: pues ya llegó el tiempo de casarme con ella. 22 Entonces Labán, convidados un sinfín de amigos a un banquete, celebró las bodas. 23 Mas por la noche le metió en el tálamo a su hija Lía [13], 24 dando a su hija una esclava, llamada Zelfa [14] para que le sirviese. Y habiendo ido Jacob a recogerse con ella según costumbre, venida la mañana, se halló con que era Lía. 25 Por lo que dijo a su suegro: ¿Qué es lo que has hecho conmigo?; ¿no te he servido yo por Raquel?; ¿por qué me has engañado? [15] 26 Respondió Labán: No se usa en nuestro país el casar primero las menores [16]. 27 Cumple la semana de los días de la boda [17], que yo te daré también la otra por siete años más de servirme. 28 Condescendió con la propuesta; y pasada la semana, tomó por mujer a Raquel, 29 a quien el padre había dado a Bala por esclava. 30 Gozando en fin Jacob del matrimonio tan deseado, amó más a la segunda que a la primera [18], y sirvió en casa de Labán otros siete años.

Los primeros hijos de Lía

31 Pero como viese el Señor que Jacob hacía poco aprecio a
Lía [19], la hizo fecunda, quedándose estéril la hermana.
32 Concibió, pues, y parió un hijo, y le puso por nombre
Rubén [20], diciendo: El Señor miró mi humillación, ahora
me amará mi marido. 33 Segunda vez concibió y parió un
hijo, y dijo: Por cuanto el Señor entendió que yo era tenida
en menos, me ha dado también este hijo; por eso le llamó
Simeón. 34 Tercera vez concibió, y dio a luz otro hijo; y
dijo: Ahora se unirá y estrechará más conmigo mi marido,
pues le he parido tres hijos; y por tanto le dio el nombre de
Leví [21]. 35 Cuarta vez concibió, y parió un hijo, y dijo: Aho-
ra sí que alabaré al Señor; y aludiendo a esto, le llamó
Judá [22], y cesó de parir por algún tiempo.

¿Sabías que?

En Harrán, en el sureste de Turquía, todavía se ven las casas tradicionales de adobe con techos en forma de colmena, construidas así para mantenerse frescas en un clima muy caluroso. Junto a ellas quedan las ruinas de una gran mezquita medieval y de la antigua ciudad, que fue durante siglos un centro del culto a la luna. Es uno de los pocos lugares del Génesis que conserva su nombre casi intacto.

El engañador engañado

El engaño	Cómo vuelve
Jacob engaña a su padre ciego, disfrazado de su hermano (27,18-24)	Labán lo engaña de noche con una novia velada (29,23-25)
El menor se pone en el lugar del mayor (27,19)	«No se usa casar primero a la menor»: la mayor ocupa el lugar de la menor (29,26)
Un cabrito y el vestido del hermano (27,9.15-16)	Un cabrito y la túnica del hermano (37,31-33)
Isaac «no reconoce» a su hijo (27,23)	«Reconoce si es la túnica de tu hijo» (37,32); «reconoce de quién es este sello» (38,25)
Labán cambia diez veces la paga de Jacob (31,7)	Jacob se enriquece con las varas y la selección del ganado (30,37-43)
Labán vende a sus hijas y se queda con el precio (31,15)	Raquel le roba los ídolos y lo burla sentada sobre ellos (31,19.34-35)
Los hermanos engañan a Siquem con la circuncisión (34,13)	Jacob maldice su furor en su lecho de muerte (49,5-7)
Los hermanos engañan a su padre sobre José (37,31-35)	José los pone a prueba sin dejarse reconocer (42 – 44)
Judá niega a Tamar el marido que le debe (38,11.14)	Tamar lo engaña disfrazada, y él confiesa: «ella es más justa que yo» (38,26)

«Con la medida con que midáis seréis medidos» (Mt 7,2). El Génesis casi nunca comenta, pero repite palabras y objetos para que el lector vea cómo el engaño vuelve sobre quien lo practica. La cadena solo se rompe con el perdón de José: «vosotros pensasteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien» (50,20).

PAUSA

1. Jacob trabajó siete años «y le parecían pocos días». ¿Por quién o por qué estás dispuesto a esforzarte así?
2. Lía puso a sus hijos nombres que expresaban su dolor y su esperanza. ¿Qué nombre pondrías tú a la etapa que estás viviendo?
3. Jacob probó su propia medicina en la noche de bodas. ¿Has sufrido alguna vez lo mismo que tú hiciste a otro? ¿Qué aprendiste?

Para orar. *Señor, que mire a los demás como tú miraste a Lía, fijándome en el que es menos amado.*

30

Los hijos de Jacob

La casa de Jacob se llena de hijos en medio de una competencia dolorosa entre dos hermanas. El capítulo tiene dos partes: la rivalidad de Raquel y Lía, que se disputan a Jacob con sus esclavas y con unas mandrágoras (vv. 1-24), y el trato de Jacob con Labán sobre su salario (vv. 25-43). Las madres ponen a los hijos nombres que son gritos, desahogos o alabanzas, y que serán los nombres de las tribus de Israel. Después Jacob, que ha servido catorce años, negocia su paga y, a fuerza de astucia y de bendición, se hace rico.

La rivalidad de dos hermanas

1 Pero Raquel, viéndose estéril, tenía envidia de su hermana, y así dijo a Jacob: Dame hijos, de otra manera yo me muero [1]. 2 A la cual Jacob enojado respondió: ¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios [2], que te ha privado de la fecundidad? 3 Y ella dijo: Tengo a Bala mi esclava: tómala por mujer de segundo orden, a fin que reciba yo en mis brazos lo que nazca [3], y tenga de ella hijos adoptivos. 4 Diole, pues, a Bala por mujer, la cual, 5 admitida al tálamo, concibió y parió un hijo. 6 Dijo entonces Raquel: El Señor me ha hecho justicia, y ha oído mi voz, dándome un hijo; y por eso llamó su nombre Dan [4]. 7 Y concibiendo

Bala segunda vez, vino a parir otro, [8]por quien dijo Raquel: Dios me ha hecho disputar con mi hermana [5], y la victoria ha quedado por mí; y así le llamó Neftalí.

[9]Viendo Lía que había dejado de parir, dio a su marido por mujer a Zelfa también esclava suya. [10]La cual, después de haber concebido, dando a luz un hijo, [11]dijo Lía: ¡Oh, qué ventura! [6], y por eso le puso por nombre Gad. [12]Parió todavía Zelfa otro, [13]y dijo Lía: Este ha nacido para dicha mía, porque ya las mujeres me llamarán dichosa [7]; por esta razón le dio el nombre de Aser.

Las mandrágoras

[14]Sucedió que Rubén, yendo por el campo en tiempo de la siega de los trigos, halló unas mandrágoras [8] que trajo a Lía su madre. Y dijo Raquel: Dame de esas mandrágoras de tu hijo. [15]A lo que respondió ella: ¿Te parece poco el haberme quitado ya el marido, sino que te has de llevar también las mandrágoras de mi hijo? Dijo Raquel: Duerma contigo esta noche, porque me des las mandrágoras de tu hijo. [16]Con eso al volver Jacob por la tarde del campo, le salió al encuentro Lía, y le dijo: Conmigo has de venir, porque yo he comprado este favor a mi hermana [9] con las mandrágoras de mi hijo. Aquella noche, pues, durmió Jacob con ella. [17]Y oyó Dios sus oraciones [10], y concibió y parió al quinto hijo, [18]y dijo: Dios me ha remunerado el haber dado la esclava mía a mi marido; y púsole por nombre

Isacar. [19] De nuevo concibiendo Lía, parió al sexto hijo, [20] y dijo: Dios me ha dotado con excelente dote: todavía esta vez mi marido cohabitará conmigo, pues le he parido ya seis hijos; y por tanto le dio el nombre de Zabulón. [21] Después del cual parió una hija, llamada Dina [11].

[22] Asimismo acordándose el Señor de Raquel [12], oyó sus ruegos, y la hizo fecunda. [23] La cual concibió, y parió un hijo, y dijo: Quitó Dios mi oprobio [13]. [24] Y le puso por nombre José [14], diciendo: Añádame el Señor otro hijo.

El salario de Jacob

[25] Nacido que fue José, dijo Jacob a su suegro: Déjame volver a mi patria, y a mi tierra. [26] Dame mis mujeres y mis hijos, por los cuales te he servido, que quiero ya irme: tú sabes bien cuáles han sido mis servicios para contigo. [27] Le dijo Labán: Halle yo gracia en tus ojos, tengo conocido por experiencia [15] que Dios me ha bendecido por tu causa. [28] Señala tú la recompensa que debo darte. [29] A lo que respondió él: Tú sabes bien de qué manera te he servido, y cuánto ha crecido en mis manos tu hacienda. [30] Poca era la que tenías antes que yo viniese a ti, y ahora estás rico: porque el Señor te bendijo con mi venida [16]. Es justo, pues, que algún día mire yo también por mi casa.

[31] Dijo Labán: ¿Y qué es lo que quieres que te dé? No quiero nada, respondió Jacob [17]; mas si hicieres lo que voy a pe-

dirte, proseguiré apacentando, y guardando tus ganados.
32 Haz revista de todos ellos, y separa desde ahora para ti
las ovejas todas de color vario y de vellón abigarrado [18]; y
en lo sucesivo todo lo que naciere de color oscuro, y man-
chado, y vario, tanto de las ovejas como de las cabras, eso
será mi recompensa. 33 Y a su tiempo hablará a favor mío
mi lealtad, en llegando el plazo acordado; y todas las reses
que no fueren de color vario, y manchado, y oscuro, tanto
en las ovejas como en las cabras, me convencerán reo de
hurto. 34 Dijo Labán: Me place tu propuesta. 35 Y separó en
aquel día las cabras, y las ovejas, y los machos de cabrío, y
los carneros pintados y manchados; y todo el ganado de un
solo color, esto es, de vellón todo blanco, o todo negro, le
entregó a la custodia de sus hijos. 36 Y puso el espacio de
tres jornadas entre sí y el yerno, el cual quedó apacentan-
do con los hijos de Labán los demás rebaños suyos.

37 Jacob, pues, cortando varas verdes de álamo, de almen-
dro y de plátano [19], les quitó parte de la corteza: hecho lo
cual, resaltó lo blanco en la parte descortezada; mas don-
de las varas estaban intactas, quedaron verdes; y de este
modo se formó un color vario. 38 Así las puso en las cana-
les, donde se vertía el agua, para que cuando viniesen a be-
ber las ovejas, tuviesen ante los ojos las varas y concibie-
sen aún después a vista de ellas. 39 De donde vino que mi-
rando las ovejas a las varas, en el ardor de la mezcla, parie-

sen después crías listadas, pintadas, y salpicadas de diversos colores. 40 De esta suerte dividió Jacob la grey, poniendo las varas en las canales ante los ojos de los carneros, de manera que todas las crías blancas y las negras eran de Labán; quedando para Jacob las demás de varios colores, teniendo separados entre sí los rebaños. 41 Al tiempo, pues, de concebir las ovejas en la primavera, ponía Jacob las varas en los canales ante los ojos de los carneros y de las ovejas, para que concibiesen estándolas mirando. 42 Mas cuando otra vez debían concebir en otoño, no las ponía; con lo que los partos tardíos vinieron a ser de Labán, y los tempranos de Jacob. 43 Y así llegó éste a enriquecerse por extremo [20], y adquirió muchos rebaños de ganado, siervos y siervas, camellos y asnos.

¿Sabías que?

La herencia del color se explica hoy con las leyes que descubrió Gregor Mendel, un fraile agustino de Brno, cruzando guisantes en el huerto de su monasterio (las publicó en 1866). Dos animales de un solo color pueden llevar un rasgo oculto, llamado recesivo, y tener crías manchadas. El Génesis no conocía la genética, pero atribuye el resultado a Dios (31,12).

Los doce hijos de Jacob

Hijo	Madre	El nombre suena a...
Rubén	Lía	«Ved, un hijo»; «miró mi aflicción» (29,32)
Simeón	Lía	«Oyó» (29,33)
Leví	Lía	«Se unirá» (29,34)
Judá	Lía	«Alabaré» (29,35)
Dan	Bala	«Hizo justicia» (30,6)
Neftalí	Bala	«Mis luchas» (30,8)
Gad	Zelfa	«¡Qué suerte!» (30,11)
Aser	Zelfa	«Dichoso» (30,13)
Isacar	Lía	«Salario» (30,18)
Zabulón	Lía	«Dote»; «habitará» (30,20)
José	Raquel	«Quitó» y «añada» (30,24)
Benjamín	Raquel	«Hijo de la derecha» (35,18)

En orden de nacimiento; Lía tuvo además una hija, Dina (30,21). Las explicaciones de los nombres son juegos de palabras, no etimologías científicas. De los doce vienen las doce tribus de Israel; en el reparto de la tierra, Leví no recibe territorio y José se divide en dos tribus, Efraín y Manasés (48,5).

PAUSA

1. Raquel y Lía vivieron comparándose. ¿Con quién te comparas tú, y qué te roba esa comparación?
2. Los hijos no los dieron las mandrágoras, sino Dios. ¿En qué «mandrágoras» pones tu confianza en lugar de ponerla en él?
3. «Por donde pasa Jacob, llega la bendición». ¿Qué bendición podría llegar hoy a otros a través de ti?

Para orar. *Señor, líbrame de la envidia, y enséñame a recibir lo que tengo como un regalo tuyo.*

31

La huida de Harán

Después de veinte años, Dios manda a Jacob volver a su tierra. El capítulo avanza en tres tiempos: Jacob convence a sus esposas y huye a escondidas mientras Labán esquila sus ovejas (vv. 1-21); Labán lo persigue y lo alcanza en los montes de Galaad, busca los ídolos que Raquel le ha robado y escucha el gran discurso de Jacob (vv. 22-42); y los dos sellan un pacto con un montón de piedras (vv. 43-55). Dos hombres que se han engañado mutuamente durante años terminan levantando una frontera, con Dios por testigo.

Dios manda volver

[1] Mas luego que Jacob entendió los discursos de los hijos de
Labán que decían: Se ha apoderado Jacob de todos los bienes que eran de nuestro padre, y enriquecido con su hacienda, se ha hecho un señor poderoso [1]; [2] y advirtió asimismo que Labán no le miraba con el mismo semblante
que antes, [3] y sobre todo, diciéndole el Señor: Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu familia, que yo seré contigo;

[4] envió llamar a Raquel y a Lía, y haciéndolas venir a las dehesas, en que apacentaba los ganados, [5] les dijo: Veo el semblante de vuestro padre, que no se muestra para con-

migo como solía; pero el Dios de mi padre ha sido mi protector. 6 Vosotras sabéis bien que yo he servido a vuestro
padre con todas mis fuerzas. 7 Sin embargo, vuestro mismo padre me ha engañado y trocado por diez veces la
paga [2] o recompensa de mis servicios; aunque Dios no le
ha permitido que me perjudicase. 8 Cuando decía: Las reses de varios colores serán tu paga; todas las ovejas parían
crías de colores varios. Cuando por el contrario decía: Llevarás en paga las blancas; entonces todas las ovejas dieron
crías blancas. 9 Por manera que Dios ha tomado la hacienda de vuestro padre, y me la ha dado a mí. 10 Porque llegado el tiempo en que debían concebir las ovejas, alcé los
ojos, y vi entre sueños que los machos que cubrían a las
hembras, eran pintados y manchados, y de diversos colores. 11 Y el ángel de Dios me dijo en sueños [3]: ¡Jacob! Yo
respondí: Aquí estoy. 12 Y me dijo: Alza tus ojos, y mira los
machos cubriendo las hembras, todos de varios colores,
manchados, y moteados. Porque yo he visto todas cuantas
cosas ha hecho Labán contigo [4]. 13 Yo soy el Dios de
Betel [5], en donde tú ungiste la piedra, y me hiciste aquel
voto. Ahora, pues, levántate y sal de esta tierra, y vuélvete
a la de tu nacimiento.

14 A esto respondieron Raquel y Lía: ¿Tenemos acaso que
esperar algún residuo en los bienes y herencia de la casa
de nuestro padre? 15 ¿Por ventura no nos ha mirado él

como extrañas, y nos ha vendido, y comido el precio de
nuestra venta [6]? [16] Pero Dios ha tomado las riquezas de
nuestro padre, y nos las ha dado a nosotras, y a nuestros
hijos; y así haz todo lo que Dios te ha ordenado.

Labán persigue a Jacob

[17] Se apercibió, pues, Jacob, y montados sus hijos y mujeres sobre los camellos, se puso en camino, [18] conduciendo
consigo toda su hacienda, y los ganados, y cuanto había
adquirido en Mesopotamia, encaminándose hacia su padre Isaac a la tierra de Canaán. [19] A esta sazón había ido Labán al esquileo de sus ovejas [7], y Raquel robó los ídolos de
su padre [8]. [20] No quiso Jacob manifestarle a su suegro su
partida [9]. [21] Y como se hubiese ya marchado con todo lo
que le pertenecía, y vadeado el río Eufrates, se encaminase
hacia el monte de Galaad,

[22] tuvo noticia Labán al tercer día de que Jacob iba huyendo. [23] Tomando al punto consigo a sus hermanos, le fue
persiguiendo por espacio de siete días, hasta que le alcanzó en el monte de Galaad. [24] Pero vio entre sueños a Dios,
que le decía: Guárdate de hablar a Jacob cosa que le
ofenda [10]. [25] Jacob había ya armado en el monte su tienda
de campaña; y Labán que con sus hermanos le había ya alcanzado, fijó la suya en el mismo monte de Galaad.

26 Y dijo a Jacob: ¿Por qué te has portado de esa manera,
arrebatándome mis hijas sin darme parte, como si fuesen
prisioneras de guerra? 27 ¿Por qué has querido huir sin sa-
berlo yo y sin avisarme, para que yo te acompañase con re-
gocijos y cantares, y con panderas y vihuelas [11]? 28 No me
has permitido el dar siquiera un beso de despedida a mis
hijos e hijas. Has obrado neciamente. 29 Bien es verdad que
ahora está en mi mano darte el castigo merecido; pero el
Dios de vuestro padre me dijo ayer: Guárdate de hablar a
Jacob cosa que le ofenda. 30 Está bien que deseases ir a los
tuyos, y te tirase la bienquerencia de la casa de tu padre;
mas ¿a qué propósito robarme mis dioses? [12]

31 Respondió Jacob: El haberme marchado sin darte parte,
ha sido porque temí que me quitases por fuerza tus hijas.
32 En cuanto al robo de que me reconvienes, cualquiera en
cuyo poder hallares tus dioses, sea muerto a presencia de
nuestros hermanos [13]. Haz tus pesquisas; y todo lo que ha-
llares de tus cosas en mi poder, llévatelo. Cuando esto de-
cía, ignoraba que Raquel hubiese robado los ídolos.
33 Habiendo entrado, pues, Labán en las tiendas de Jacob y
de Lía, y de las dos esclavas, no encontró nada. Mas como
pasase a la tienda de Raquel, 34 ella a toda prisa escondió
los ídolos bajo los aparejos del camello, y se sentó
encima [14]; y a Labán, que registró toda la estancia sin ha-
llar nada, 35 le dijo: No lleve a mal mi señor que no pueda

levantarme a su presencia, porque me ha sobrecogido ahora la incomodidad que suelen padecer las mujeres. Así quedó burlada la solicitud del pesquisador.

36 Entonces Jacob montando en cólera, dijo con acrimonia [15]: ¿Por qué culpa mía, o por qué pecado mío te has enardecido tanto en perseguirme, 37 hasta escudriñar todo mi equipaje? ¿Y qué es lo que has hallado de todos los haberes de tu casa?; ponlo aquí a la vista de mis hermanos y de los tuyos, y sean ellos jueces entre nosotros dos. 38 ¿Para esto he vivido veinte años contigo? [16] Tus ovejas y tus cabras en verdad que no fueron estériles; no me he comido los carneros de tu grey, 39 ni jamás te mostré lo que las fieras habían arrebatado; yo resarcía todo el daño y todo lo que faltaba por algún hurto, tú me lo exigías con rigor. 40 Día y noche andaba quemado del calor, y del hielo [17], y el sueño huía de mis ojos. 41 De esta suerte por espacio de veinte años te he servido en tu casa, catorce por tus hijas, y seis por tus rebaños: después de esto tú por diez veces me mudaste mi paga. 42 Y si el Dios de mi padre Abrahán, si aquel Señor a quien teme y adora Isaac [18] no me hubiese asistido, tú quizá ahora me hubieras despachado desnudo. Dios ha mirado mi tribulación, y el trabajo de mis manos, y por eso ayer te reprendió.

El pacto de Galaad

43 Le respondió Labán: Mis hijas e hijos, los rebaños tuyos,
y todo cuanto miras en tu poder, son cosa mía: ¿Qué pue-
do hacer yo contra mis hijas y nietos? 44 Ea, pues; hagamos
una alianza [19] que sirva de testimonio de la armonía entre
los dos. 45 Tomó entonces Jacob una piedra, y la erigió en
testimonio, 46 y dijo a sus hermanos: Traed piedras; y ha-
biéndolas recogido, formaron un majano [20], y comieron
encima de él; 47 al cual llamó Labán Majano del Testigo, y
Jacob Majano del Testimonio, cada uno según la propie-
dad de su lengua [21]. 48 Y dijo Labán: Este majano será des-
de hoy testigo entre mí y entre ti; y en atención a esto se le
dio nombre de Galaad, esto es, Majano del Testigo. 49 El Se-
ñor vele y sea juez entre nosotros [22], cuando nos hubiére-
mos separado. 50 Si tú maltratares mis hijas, y tomares
otras mujeres además de ellas [23], ningún testigo hay de
nuestra conferencia si no es Dios, que presente nos mira.

51 Y dijo de nuevo a Jacob: Mira: este majano, y la piedra
que he levantado entre los dos, 52 servirán de testigos; este
majano, digo, y la piedra darán testimonio, si o yo pasare
de él para ir contra ti, o tú le pasares maquinando mal
contra mí, 53 el Dios de Abrahán, y el Dios de Nacor [24], el
Dios de sus padres sea nuestro juez. Juró, pues, Jacob por
el Dios temido y reverenciado de su padre Isaac; 54 e inmo-
ladas víctimas en el monte [25], convidó a comer a sus her-

manos o parientes, los cuales, después de haber comido se quedaron allí aquella noche. 55 Pero Labán levantándose antes de amanecer, besó a sus hijos y a sus hijas 26, y echóles la bendición, y se volvió a su país.

¿Sabías que?

Las palabras de Labán en el v. 47 son el primer arameo de la Biblia, pero no el único: en arameo están escritos unos doscientos setenta versículos del Antiguo Testamento, la mayor parte en Daniel (2,4 – 7,28) y en Esdras (4,8 – 6,18; 7,12-26), además de Jr 10,11. El arameo fue la lengua común del Oriente durante siglos, y era la que hablaba Jesús: los evangelios conservan algunas de sus palabras, como «Talitá kum» (Mc 5,41) y «Abbá» (Mc 14,36).

PAUSA

1. Jacob tuvo que dejar Harán después de veinte años. ¿Qué te cuesta dejar, aunque sepas que Dios te pide seguir adelante?
2. Raquel se llevó a escondidas los ídolos de su padre. ¿Qué «ídolos» sigues cargando sin que nadie lo sepa?
3. Jacob calló veinte años y al final presentó su causa. ¿Hay alguna injusticia que necesitas poner con serenidad ante Dios y ante otros?

Para orar. *Señor, Dios de mis padres, que seas tú, y no otros dioses, el testigo de mi vida.*

32

La lucha en el Jaboc

Jacob vuelve a casa, pero en el camino está Esaú, que juró matarlo, y viene con cuatrocientos hombres. El capítulo tiene dos partes que se iluminan entre sí: los preparativos para encontrar al hermano, con la oración de Jacob en el centro (vv. 1-21), y la lucha nocturna junto al vado del Jaboc (vv. 22-32). Jacob reza, prepara regalos y divide su campamento. Y la noche antes del encuentro, solo junto al río, alguien lucha con él hasta el alba: sale herido, bendecido y con un nombre nuevo, Israel.

Jacob se prepara para encontrar a Esaú

1 Jacob entonces prosiguió el viaje comenzado, y le salieron al encuentro ángeles de Dios [1], 2 vistos los cuales, dijo:
He aquí los campamentos de Dios; y llamó a aquel lugar Mahanaim, esto es, Campamentos [2]. 3 De aquí también despachó mensajeros delante de sí a su hermano Esaú a tierra de Seir, en la Idumea [3], 4 dándoles esta orden: Hablaréis de esta manera a mi señor Esaú [4]: Jacob tu hermano te envía a decir lo siguiente: Me fui peregrinando a casa de Labán, y en ella he estado hasta el día presente. 5 Tengo bueyes, y asnos, y ovejas, y esclavos, y esclavas; y ahora envío estos mensajeros a mi señor, con deseo de hallar gracia en su presencia.

6 Los enviados volvieron a Jacob, diciendo: Fuimos a tu
hermano Esaú; y él mismo viene presuroso a tu encuentro
con cuatrocientos hombres [5]. 7 Concibió Jacob grandísi-
mo miedo [6]; y lleno de terror, dividió la gente que tenía
consigo, junto con los ganados de ovejas, y de bueyes, y de
camellos, en dos bandas, 8 diciendo: Si Esaú acometiere
una banda y la destrozare, la otra banda que resta se salva-
rá.

9 Dijo después Jacob: ¡Oh Dios de mi padre Abrahán [7], y
Dios de mi padre Isaac!, ¡tú, Señor, que me dijiste: Vuélve-
te a tu tierra, y al lugar de tu nacimiento, que yo te colma-
ré de beneficios! 10 Yo soy indigno de todas tus
misericordias [8], y de la fidelidad con que has cumplido a
tu siervo las promesas que le hiciste; sólo con mi simple
cayado pasé este río Jordán, y ahora vuelvo con dos cua-
drillas de gentes y ganados. 11 Líbrame, te ruego, porque le
temo mucho; no sea que arremetiendo, acabe con madres
e hijos. 12 Tú has prometido hacerme mil bienes, y dilatar
mi descendencia como las arenas del mar [9], que por la
muchedumbre no pueden contarse.

13 Habiendo, pues, dormido allí aquella noche, separó de
todo lo que tenía, lo que había destinado para regalar a su
hermano Esaú, 14 es a saber, doscientas cabras, veinte ma-
chos de cabrío, doscientas ovejas, y veinte carneros,
15 treinta camellas paridas con sus crías, cuarenta vacas,

veinte toros, y veinte asnas, con diez de sus pollinos; 16 y
envió por medio de sus criados cada manada de éstas de
por sí, y dijo a los mozos: Id delante de mí, dejando algún
trecho entre manada y manada. 17 Y dio esta orden al pri-
mero: Si encontrares a mi hermano Esaú, y te preguntare:
¿De quién eres? o ¿a dónde vas? o ¿de quién es eso que
conduces? 18 has de responder: Es un regalo de tu siervo
Jacob, que le envía a mi señor Esaú, y él mismo en persona
viene detrás de nosotros. 19 Las mismas órdenes dio al se-
gundo, y al tercero, y a todos los demás que iban detrás de
aquellas manadas, diciendo: En los mismos términos ha-
béis de hablar a Esaú, cuando le encontréis. 20 Y no dejéis
de añadir: Tu siervo Jacob en persona, viene siguiendo de-
trás de nosotros; porque dijo: Le aplacaré con los
regalos [10] que preceden, y después me presentaré a él, qui-
zá se me mostrará propicio. 21 Remitió, pues, los dones por
delante, y él pasó aquella noche en el campamento.

Jacob lucha con Dios

22 Y levantándose muy temprano, tomó sus dos mujeres, y
las dos criadas con los once hijos, y pasó el vado de
Jaboc [11]. 23 Y después de haber hecho pasar todo lo que le
pertenecía, 24 se quedó solo, y he aquí que se le apareció un
personaje, que comenzó a luchar con él hasta la
mañana [12]. 25 Este varón respetable [13], viendo que no po-

día sobrepujar a Jacob, le tocó el tendón del muslo [14], que
al instante se secó.

[26] Y le dijo: Déjame ir, que ya raya el alba [15]. Jacob respon-
dió: No te dejaré ir, si antes no me das la bendición [16].
[27] ¿Cómo te llamas? [17], le preguntó el ángel. Él respondió:
Jacob. [28] No ha de ser ya tu nombre Jacob, dijo entonces el
ángel, sino Israel [18], porque si con el mismo Dios te has
mostrado fuerte, ¿cuánto más prevalecerás contra todos
los hombres? [29] Le preguntó Jacob: Dime, ahora, ¿cuál es
tu nombre? Respondió: ¿Por qué quieres saber mi
nombre? [19] Y allí mismo le dio su bendición. [30] Por donde
Jacob llamó aquel lugar Fanuel, diciendo: Yo he visto a
Dios cara a cara, y mi vida ha quedado a salvo [20]. [31] Al pun-
to que partió de Fanuel, le salió el sol; mas él iba cojeando
de un pie [21]. [32] Por este motivo los hijos de Israel, hasta el
día de hoy, no comen del nervio de los animales [22], corres-
pondiente al que se secó en el muslo de Jacob; en memoria
de que habiendo tocado el ángel dicho nervio, quedó éste
sin movimiento.

¿Sabías que?

Rembrandt pintó la lucha de Jacob hacia 1659 como un abrazo más que como una pelea. Eugène Delacroix la representó en un gran mural de la iglesia de Saint-Sulpice, en París (1861), y Paul Gauguin, en su *Visión después del sermón* (1888), la puso ante los ojos de unas campesinas bretonas que salen de misa.

PARA PROFUNDIZAR

La oración como combate

«Se quedó solo, y un hombre luchó con él hasta el alba.» Pocas escenas de la Biblia han alimentado tanto la reflexión cristiana sobre la oración como esta noche junto al Jaboc. Jacob está en el momento más angustioso de su vida: al otro lado del río lo espera el hermano que juró matarlo, al frente de cuatrocientos hombres. Ha rezado (vv. 9-12), ha preparado regalos, ha dividido su campamento. Y cuando ya no puede hacer nada más, se queda solo, y Dios sale a su encuentro, pero como adversario.

El profeta Oseas leyó esta escena como una oración: Jacob «luchó con el ángel y lo venció, lloró y le suplicó» (Os 12,4-5). El Catecismo recoge esa tradición y dice que la Iglesia ha tomado de este relato el símbolo de la oración como combate de la fe y victoria de la perseverancia (n. 2573). Más adelante lo afirma sin rodeos: los grandes orantes de la Antigua Alianza, la Madre de Dios y los santos «nos enseñan que la oración es un combate». ¿Contra quién? «Contra nosotros mismos y contra las astucias del Tentador», que hace todo lo posible por apartarnos de ella (n. 2725).

El Catecismo dedica a ese combate toda una sección (nn. 2725-2758), y su inventario resulta familiar: las ideas equivocadas sobre la oración, la falta de tiempo, la impresión de que no sirve para nada, las distracciones (n. 2729), la sequedad (n. 2731), la falta de fe y la acedia, ese desaliento que paraliza (nn. 2732-2733), y la queja de la oración que parece no escuchada (nn. 2735-2737). Y resume todo en una frase: «se ora como se vive, porque se vive como se ora» (n. 2725). La noche de Jacob es la imagen de todas esas noches.

El relato deja ver cuatro rasgos de la oración verdadera. El primero es no soltarse: «no te dejaré ir si no me bendices». Jesús enseñará esa misma insistencia en las parábolas del amigo que llama a medianoche (Lc 11,5-8) y de la viuda que no deja en paz al juez, contadas «para enseñar que es necesario orar siempre, sin desfallecer» (Lc 18,1). El segundo es decir el propio nombre: Jacob tiene que confesar quién es, el suplantador, antes de ser bendecido; en la oración no hay máscaras, como enseña el publicano que no se atreve a levantar los ojos (Lc 18,13). El tercero es recibir un nombre nuevo: la oración no cambia a Dios, sino al que ora. El cuarto es la herida. Jacob sale cojo. El encuentro con Dios deja marcas, y a veces la bendición llega en forma de debilidad; san Pablo lo aprendió cuando oyó: «te basta mi gracia, porque la fuerza se perfecciona en la flaqueza» (2 Cor 12,9).

La luz definitiva sobre esta noche viene de otra noche, la de Getsemaní. Allí Jesús, en agonía, «oraba con más intensidad, y su sudor era como gotas de sangre» (Lc 22,44); la Carta a los Hebreos dice que ofreció oraciones y súplicas «con grandes clamores y lágrimas» (Heb 5,7). Pero el combate de Jesús no termina

con Dios cediendo, sino con el Hijo que se entrega: «no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42). Esa es la victoria más honda de la oración: que la voluntad del que ora llegue a coincidir con la de Dios. Jacob pidió una bendición; Jesús se hizo bendición para todos.

Al terminar la noche, Jacob vio salir el sol (v. 31). Toda noche de oración tiene su alba, aunque a veces se llegue a ella cojeando.

PAUSA

1. ¿Con qué luchas tú en la oración? ¿Te atreves a decirle a Dios «no te dejaré ir si no me bendices»?
2. Jacob salió cojo pero bendecido. ¿Qué herida tuya se ha convertido en lugar de encuentro con Dios?
3. Antes de recibir un nombre nuevo, Jacob tuvo que decir su verdadero nombre. ¿Qué verdad sobre ti te cuesta decir ante Dios?

Para orar. *Señor, no te dejaré ir hasta que me bendigas; y si he de cojear, que sea caminando hacia ti.*

33

El *abrazo de los hermanos*

El encuentro tan temido termina en un abrazo. Esaú corre hacia Jacob, lo besa y llora: veinte años de odio se deshacen sin explicaciones. El capítulo tiene dos partes: el encuentro de los hermanos, con la presentación de la familia y la discusión sobre el regalo (vv. 1-16), y el asentamiento de Jacob, primero en Socot y luego junto a Siquem, donde compra un terreno y levanta un altar (vv. 17-20). La palabra que más se repite es «gracia»: Jacob busca hallar gracia ante su hermano, y descubre en su rostro el rostro de Dios.

Jacob y Esaú se encuentran

1 Y alzando después Jacob los ojos, vio venir a Esaú, y con
él los cuatrocientos hombres; y dividió los hijos de Lía, y
los de Raquel, y de las dos siervas, 2 y puso delante a las dos
esclavas y a sus hijos, a Lía y a los suyos en medio; pero a
Raquel y a José los postreros [1]. 3 Él mismo, adelantándose,
se postró siete veces en tierra [2], haciendo reverencia,
mientras se acercaba su hermano. 4 Entonces Esaú, co-
rriendo al encuentro de su hermano, le abrazó [3], y estre-
chándose con su cuello y besándole, echó a llorar.

5 Levantando en seguida los ojos, vio a las mujeres y a sus
niños, y preguntó: ¿Quiénes son éstos?; ¿son por ventura
tuyos? Respondió Jacob: Son los niños que ha dado Dios a
tu siervo [4]. 6 Y llegando las esclavas con sus hijos, le hicie-
ron profunda reverencia [5]. 7 Se acercó también Lía con
sus niños; y habiendo practicado lo mismo, por último
José y Raquel hicieron su acatamiento.

8 Preguntó asimismo Esaú: ¿Qué significan aquellas cua-
drillas que he encontrado? Respondió Jacob: El deseo de
hallar gracia en presencia de mi señor. 9 A lo que dijo él:
Tengo yo muchísimos bienes [6]; retén para ti, hermano
mío, los tuyos. 10 Replicó Jacob: No hagas tal, te suplico;
antes bien, si es que yo he hallado gracia en tus ojos, recibe
de mis manos ese pequeño regalo; ya que viendo tu sem-
blante, me ha parecido ver el semblante de Dios [7]: hazme
este favor, 11 y acepta esta bendición [8] que te he ofrecido, y
que yo he recibido de Dios, que da todas las cosas. Le acep-
tó Esaú a duras penas, importunado del hermano,

12 y le dijo: Vamos juntos, y te acompañaré en el viaje.
13 Respondió Jacob: Bien ves, señor mío, que tengo conmi-
go niños tiernos, y ovejas, y vacas preñadas; que si las fati-
gares sacándolas de su paso, morirán todas en un día [9].
14 Vaya mi señor delante de su siervo: yo seguiré poquito a
poco sus pisadas, según viere que pueden aguantar mis ni-
ños, hasta tanto que llegue a verme con mi señor en

Seir [10]. [15] Replicó Esaú: Te ruego que por lo menos quede
alguna de la gente que viene conmigo, para acompañarte
en el camino. No es menester, dijo Jacob: lo que única-
mente necesito, señor mío, es que me conserves en tu
gracia [11]. [16] Se volvió, pues, Esaú aquel mismo día a Seir,
por el camino que había traído.

Jacob en Socot y en Siquem

[17] Jacob entretanto llegó a Socot; y habiendo edificado allí
una casa y plantado todas las tiendas de campaña, llamó
aquel lugar Socot, esto es, Pabellones [12]. [18] Y al cabo de al-
gún tiempo de su retorno de Mesopotamia de Siria, pasó a
Salem, ciudad de los siquemitas [13], en la tierra de Canaán,
y habitó cerca de la población [14]. [19] Y compró la parte del
campo en que había fijado sus tiendas de campaña, a los
hijos de Hemor, padre de Siquem, por cien corderos [15].
[20] Y erigido allí un altar, invocó delante de él al fortísimo
Dios de Israel [16].

¿Sabías que?

El pozo de Jacob todavía existe. Está en Nablus, junto a la antigua Siquem, en la cripta de una iglesia ortodoxa griega terminada en el siglo XXI sobre restos de iglesias anteriores, la primera del siglo IV. Tiene cerca de cuarenta metros de profundidad, lo que da sentido a las palabras de la samaritana a Jesús: «el pozo es hondo» (Jn 4,11). Los peregrinos todavía beben de su agua.

PAUSA

1. ¿Con quién necesitas reconciliarte? ¿Qué te impide dar el primer paso?
2. Jacob vio el rostro de Dios en su hermano reconciliado. ¿En qué rostro te está esperando Dios hoy?
3. Esaú dijo «tengo mucho»; Jacob, «tengo de todo». ¿Cuál de las dos frases describe mejor tu corazón?

Para orar. *Señor, dame un corazón que corra al encuentro del hermano, como el padre del hijo pródigo.*

34

La violencia de Siquem

Uno de los capítulos más duros de la Biblia: Dina, la hija de Jacob, es violada por el príncipe de Siquem; sus hermanos fingen un pacto, usan la circuncisión como trampa y pasan a cuchillo a toda la ciudad. El relato avanza en tres pasos: el crimen y la propuesta de matrimonio (vv. 1-12), el engaño de los hermanos y la negociación en la puerta de la ciudad (vv. 13-24), y la matanza con sus consecuencias (vv. 25-31). La Biblia lo cuenta sin adornos y sin aprobarlo, y Jacob lo condenará en su lecho de muerte (49,5-7).

La deshonra de Dina

1 Salió un día Dina [1], hija de Lía, a ver las mujeres de aquel
país. 2 A la cual como viese Siquem, hijo de Hemor
heveo [2], príncipe de aquella tierra, se enamoró de ella, y
la robó, y desfloró violentamente a la virgen. 3 Quedó su
corazón ciego y extremadamente apasionado por esta jo-
ven, y viéndola triste procuró ganarla con caricias [3]. 4 Y
acudiendo a Hemor su padre: Cásame, dijo, con esta
jovencita [4].

5 Jacob tuvo noticia de esta violencia, mientras sus hijos
estaban ausentes y ocupados en apacentar los ganados, y

no dijo nada hasta que volvieron [5]. [6] Mas al ir Hemor, padre de Siquem, a hablar a Jacob, [7] he aquí que sus hijos venían del campo; y oído lo que había pasado, se irritaron sobremanera por la acción tan fea, y el enorme desafuero cometido contra la casa de Israel [6], violando a una hija de Jacob.

[8] Pero Hemor les habló en estos términos: Siquem, mi hijo, está extremadamente enamorado de vuestra hija; dádsela, pues, por esposa, [9] y enlacémonos recíprocamente con matrimonios [7]: dadnos vuestras hijas, y recibid las nuestras, [10] y habitad de asiento con nosotros: la tierra está a vuestra disposición, cultivadla, comerciad, y entrad en posesión de ella. [11] Sobre todo, el mismo Siquem dijo al padre y hermanos de Dina: Consiga yo esta gracia de vosotros, y daros he cuanto dispusiereis. [12] Aumentad la dote [8], y pedid donativos, que yo daré de buena gana lo que pidiereis: sólo con que me deis a esta jovencita por esposa.

La trampa y la matanza

[13] Respondieron los hijos de Jacob a Siquem y a su padre con dolo [9], encolerizados por el estupro de la hermana: [14] No podemos hacer lo que pretendéis, ni dar nuestra hermana a un hombre incircunciso, por ser cosa ilícita y abominable [10] entre nosotros. [15] Mas con esta condición podremos trabar parentesco, si quisiereis haceros seme-

jantes a nosotros, circuncidando entre vosotros a todos los
varones. 16 Entonces daremos y recibiremos recíproca-
mente vuestras hijas y las nuestras; y habitaremos en
vuestra compañía, y vendremos a ser un solo pueblo.
17 Pero si no queréis circuncidaros, tomaremos a nuestra
hija, y nos retiraremos. 18 Pareció bien a Hemor, y a su hijo
Siquem esta oferta, 19 y no tardó el joven un momento en
ejecutar lo que se le pedía, porque amaba en gran manera
a la muchacha. Y era Siquem el más distinguido o princi-
pal de toda la familia de su padre.

20 Habiendo ido, pues, Hemor y Siquem a la puerta o asam-
blea pública de la ciudad [11], dijeron al pueblo: 21 Estos
hombres son una gente muy buena [12], y quieren habitar
con nosotros. Comercien, pues, en la tierra, y cultívenla,
ya que siendo tan espaciosa y extendida, necesita de bra-
zos que la trabajen; tomaremos sus hijas por mujeres, y les
daremos las nuestras. 22 Un solo obstáculo hay que vencer
para el logro de un bien tan grande; y es el circuncidar a
nuestros varones, imitando el rito de esta gente.
23 Entonces su hacienda, y sus ganados, y todos los bienes
que poseen serán nuestros; con que nosotros condescen-
damos únicamente en esto, viviremos juntos, y formare-
mos un solo pueblo. 24 Asintieron todos esta propuesta, y
circuncidaron a todos los varones [13].

25 Y he aquí que al tercer día, cuando el dolor de las heridas
es más acerbo [14], dos hijos de Jacob, Simeón y Leví, her-
manos de Dina, con espada en mano, entraron audazmen-
te y a su salvo en la ciudad, y pasaron a cuchillo a todos los
varones, 26 mataron igualmente a Hemor y a Siquem, y se
llevaron a Dina, su hermana [15], de la casa de Siquem.
27 Después que éstos hubieron salido, los otros hijos de Ja-
cob se arrojaron sobre los muertos y saquearon la
ciudad [16] en venganza del estupro. 28 Robaron las ovejas, y
las vacadas, y asnos de los habitantes, y todo lo que había
en casas y campos. 29 Se llevaron también cautivos a niños
y mujeres.

30 Ejecutadas osadamente todas estas cosas, dijo Jacob a Si-
meón y a Leví: Me habéis puesto en un conflicto [17], y he-
cho odioso a los cananeos y ferezeos, moradores de esta
tierra. Nosotros somos pocos: ellos, reunidos, cargarán so-
bre mí, y seré exterminado con toda mi familia.
31 Respondieron los hijos: Pues qué, ¿debieron ellos abusar
de nuestra hermana como de una prostituta? [18]

PARA PROFUNDIZAR

Las páginas oscuras de la Biblia

El capítulo 34 no es una excepción. El Génesis cuenta también el incesto de las hijas de Lot (19,30-38) o el engaño de Tamar a Judá (cap. 38); el libro de Josué narra guerras de exterminio; algunos

salmos piden a Dios venganza contra los enemigos. Muchos lectores, creyentes o no, se preguntan cómo pueden ser «Palabra de Dios» páginas así. La pregunta es seria, y la Iglesia no la esquiva.

Benedicto XVI le dedicó un número entero de su exhortación sobre la Palabra de Dios, *Verbum Domini* (2010, n. 42), titulado precisamente «Las páginas oscuras de la Biblia». Reconoce que hay pasajes que resultan oscuros y difíciles por la violencia y la inmoralidad que a veces contienen. Explica que la revelación está profundamente enraizada en la historia, y que el plan de Dios se manifiesta de forma progresiva, por etapas. La Biblia, dice, describe engaños, actos de violencia y matanzas sin denunciarlos explícitamente, lo cual se explica por el contexto histórico, aunque pueda sorprender al lector de hoy. Y recuerda que los profetas combatieron con fuerza toda injusticia y violencia, preparando al pueblo para el Evangelio. Por eso pide leer estos textos con competencia y a la luz del misterio pascual de Cristo.

La primera clave es que narrar no es aprobar. El narrador bíblico es sobrio: casi nunca comenta, y deja que los hechos hablen. En este capítulo, el juicio llega tarde, pero llega, y es inequívoco: en su testamento, Jacob maldice el furor de Simeón y Leví (49,5-7). Y el propio relato está lleno de señales para el lector atento: el silencio de Dina, la profanación del signo sagrado, la cobardía calculadora del padre, la desproporción de la venganza. La Biblia no esconde el mal; lo expone para que el lector lo reconozca y lo juzgue.

La segunda clave es la pedagogía de Dios. Dios se revela gradualmente y prepara a su pueblo por etapas (Catecismo, n. 53). Por

eso el Concilio Vaticano II afirma que los libros del Antiguo Testamento, aunque contienen también, en palabras del Catecismo, «cosas imperfectas y pasajeras», dan testimonio de la verdadera pedagogía del amor de Dios (Dei Verbum, n. 15; Catecismo, n. 122). Dios toma a un pueblo donde está, con su mentalidad de honor y de venganza, y lo va educando: primero pone un límite a la venganza con la ley del talión (Éx 21,23-25), después lo corrige por medio de los profetas, y al final Jesús dirá: «habéis oído que se dijo... pero yo os digo: amad a vuestros enemigos» (Mt 5,38-44).

La tercera clave es leer cada página en la unidad de toda la Escritura y a la luz de Cristo (Catecismo, n. 112). San Agustín dio una regla célebre: lo que en la Escritura, tomado al pie de la letra, no se pueda referir a la honestidad de las costumbres o a la verdad de la fe, debe entenderse en sentido figurado (*La doctrina cristiana* III,10). Los Padres, sobre todo Orígenes, leyeron así las guerras de Josué como imágenes del combate espiritual contra el pecado. Hoy se añade la lectura histórica, atenta a los géneros literarios y al contexto (Dei Verbum, n. 12), sin renunciar a la espiritual.

La última clave es dejarse interpelar. Las páginas oscuras son también un espejo: la violencia contra las mujeres, la venganza por honor, el uso de lo religioso como arma, todo eso sigue existiendo. El silencio de Dina invita a escuchar a las víctimas que nadie escucha. Y el Dios que aparece en estas páginas no es el que ordena la matanza, sino el que mantiene su promesa a pesar de ella y conduce la historia hacia la cruz, donde la lógica de la venganza se rompe para siempre: Jesús muere perdonando a los que

lo matan (Lc 23,34). La Biblia no esconde nuestras oscuridades porque es la historia de la fidelidad de Dios en medio de ellas. Una Biblia sin páginas oscuras sería una Biblia sin nosotros.

PAUSA

1. La Biblia cuenta este episodio sin esconder nada. ¿Por qué crees que la Palabra de Dios no oculta la violencia humana?
2. ¿Has visto cómo una ofensa se convierte en una venganza mayor? ¿Cómo se rompe esa cadena?
3. Dina no dice una palabra en todo el capítulo. ¿A quién no estás escuchando a tu alrededor?

Para orar. *Señor, defiende a las víctimas de la violencia, y libra mi corazón del deseo de venganza.*

35

El regreso a Betel

Dios devuelve a Jacob al lugar donde todo empezó. El capítulo está lleno de pasos y de tumbas: la purificación de la familia y la subida a Betel (vv. 1-8), donde Dios confirma el nombre de Israel y la promesa (vv. 9-15); la muerte de Raquel al dar a luz a Benjamín, camino de Belén (vv. 16-21); y, tras la lista de los doce hijos, la muerte de Isaac en Hebrón (vv. 22-29). Se cierra así un ciclo: el fugitivo que salió de Betel con una promesa vuelve a ella como padre de las doce tribus. Pero el camino está sembrado de pérdidas: Débora, Raquel, Isaac.

La purificación de la familia

1 Entretanto dijo Dios a Jacob: Levántate y sube a Betel [1], y
haz asiento allí, y erige un altar al Dios que te apareció
cuando ibas huyendo de tu hermano Esaú. 2 Jacob inme-
diatamente, convocada toda su familia, dio esta orden:
Arrojad los dioses extraños [2] que hay en medio de voso-
tros, y purificaos, y mudaos los vestidos. 3 Venid y suba-
mos a Betel, para erigir allí un altar a Dios; el cual me oyó
benigno el día de mi tribulación [3], y me asistió en el viaje.
4 Le dieron, pues, todos los dioses ajenos que tenían, y los
zarcillos que éstos llevaban pendientes de las orejas [4]; y
Jacob los soterró al pie de un terebinto o encina, que está a

la otra parte de la ciudad de Siquem. 5 Así que partieron, el terror de Dios se apoderó de todas las ciudades circunvecinas [5], de suerte que no se atrevieron a perseguirlos en su retirada.

6 Llegó, pues, Jacob con toda su gente a Luza, ahora por sobrenombre Betel, en la tierra de Canaán. 7 Y allí edificó el altar, llamando a este sitio Betel o Casa de Dios, atento a que allí se le apareció Dios cuando iba huyendo de su hermano. 8 En este mismo tiempo murió Débora, ama de leche de Rebeca [6]; y fue sepultada al pie de Betel, debajo de una encina: que por eso se llamó aquel lugar, Encina del Llanto.

Dios bendice a Israel

9 Y se apareció Dios otra vez a Jacob después de su vuelta de Mesopotamia de Siria, y le bendijo, 10 diciendo: Tú no te has de llamar ya Jacob, sino que en adelante tu nombre será Israel [7]. Le puso, pues, el nombre de Israel; 11 y le añadió: Yo soy el Dios todopoderoso. Crece y multiplícate: naciones y muchedumbre de pueblos nacerán de ti, y reyes saldrán de tu sangre [8]. 12 La tierra que di a Abrahán y a Isaac, a ti te la daré, y después a tu posteridad. 13 Y diciendo esto desapareció.

14 Pero Jacob erigió una piedra en monumento o testimonio en el lugar en que Dios le había hablado, ofreciendo so-

bre ella libaciones [9] y derramando óleo; [15] dando a este lugar el nombre de Betel.

La muerte de Raquel

[16] Partiendo de aquí, llegó por la primavera [10] a un sitio que está en el camino de Efrata: en donde sobreviniendo a Raquel los dolores del parto, [17] y haciéndose éste difícil, empezó a peligrar. Y le dijo la partera: No temas, porque aún tendrás este hijo [11]. [18] Pero exhalando el alma a la fuerza del dolor, y estando ya a punto de morir, puso a su hijo el nombre de Benoni, que quiere decir Hijo de mi dolor [12]; mas el padre le llamó Benjamín, esto es, Hijo de la diestra. [19] Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino que va a Efrata, la misma que después fue llamada Bethlehem o Belén [13]. [20] Y Jacob erigió un monumento sobre su sepultura: Este es el monumento o columna de Raquel [14], hasta el día de hoy.

[21] Salido de allí, fijó su tienda de campaña más allá de la Torre del ganado [15]. [22] Mientras habitaba en aquella región, Rubén fue y durmió con Bala [16], mujer secundaria de su padre, el cual lo llegó a saber. Eran entonces doce los hijos de Jacob, a saber:

Los doce hijos y la muerte de Isaac

[23] Hijos de Lía [17]: Rubén, el primogénito, y Simeón, y Leví, y Judá e Isacar y Zabulón. [24] Hijos de Raquel: José y Benja-

mín. [25] Hijos de Bala, esclava de Raquel: Dan y Neftalí. [26] Hijos de Zelfa, esclava de Lía: Gad y Aser. Estos son los hijos de Jacob, que le nacieron en Mesopotamia de Siria.

[27] Fue después Jacob a ver a su padre Isaac en la ciudad de Arbee, llamada después Hebrón en la llanura de Mambre, donde habían vivido como peregrinos Abrahán e Isaac. [28] Y cumplió Isaac ciento ochenta años de vida [18]. [29] Y consumido de la edad vino a morir; y fue reunido a su pueblo siendo ya viejo y lleno de días; y le sepultaron sus hijos Esaú y Jacob [19].

¿Sabías que?

Cada 28 de diciembre, en la fiesta de los santos Inocentes, la Iglesia lee el evangelio de la matanza de los niños de Belén (Mt 2,13-18), que termina con las palabras de Jeremías: «Raquel llora a sus hijos, y no quiere ser consolada, porque ya no existen». La madre de José y de Benjamín, enterrada según la tradición junto a Belén, se convierte así en la imagen de todas las madres que lloran a sus hijos.

El camino de Jacob

Lugar	Qué pasó	Hoy
Bersabee	Parte huyendo de Esaú (28,10)	Beer Sheva, Israel
Betel	La escala; la piedra ungida (28,11-22)	Beitín, al norte de Jerusalén
Harán	Veinte años con Labán; once hijos (29-31)	Harran, sureste de Turquía
Galaad	Pacto con Labán: el majano (31,21-55)	Montes al este del Jordán
Mahanaim	Los ángeles de Dios (32,1-2)	Junto al Jaboc (lugar discutido)
Fanuel	La lucha: Jacob es Israel (32,22-31)	Valle del Jaboc, Jordania
Socot	Cabañas para el ganado (33,17)	Valle del Jordán, Jordania
Siquem	Compra un campo; la historia de Dina (33,18 – 34,31)	Junto a Nablus, Cisjordania
Betel	Altar; Dios confirma el nombre de Israel (35,1-15)	Beitín
Efrata	Nace Benjamín; muere Raquel (35,16-20)	Belén
Mambre, Hebrón	Muerte de Isaac (35,27-29)	Hebrón (al-Jalil)
Gesén	Jacob baja a Egipto con toda su familia (46)	Delta oriental del Nilo

De Bersabee a Harán hay más de ochocientos kilómetros. Jacob hizo el viaje solo y a pie, con un bastón (32,10), y volvió veinte años después con dos esposas, dos esclavas, once hijos, una hija y grandes rebaños.

PAUSA

1. Antes de subir a Betel, la familia de Jacob enterró sus ídolos. ¿Qué tendrías que «enterrar» tú para volver a Dios con el corazón limpio?
2. Raquel llamó a su hijo «hijo de mi dolor», y Jacob «hijo de la derecha». ¿Qué dolor tuyo podría Dios transformar en bendición?
3. Jacob resumió su vida diciendo que Dios le respondió «en el día de la angustia». ¿Cómo resumirías tú tu historia con Dios?

Para orar. *Dios todopoderoso, que me oíste en el día de mi angustia, purifícame y llévame de vuelta a tu casa.*

36

Los descendientes de Esaú

Antes de seguir con José, el Génesis cierra la historia de Esaú con la lista de sus descendientes, como cerró la de Ismael antes de la de Isaac (25,12-18). La lista tiene seis partes: las esposas y los hijos de Esaú (vv. 1-8), sus descendientes en Seir (vv. 9-14), los jefes de los clanes de Edom (vv. 15-19), los antiguos habitantes de Seir, los horreos (vv. 20-30), los reyes de Edom (vv. 31-39) y una lista final de jefes (vv. 40-43). Es una página árida, pero dice algo importante: Dios también cumple su palabra con el hermano no elegido, que llega a ser un pueblo con reyes antes que Israel.

Las esposas y los hijos de Esaú

1 Esta es la descendencia de Esaú, por otro nombre Edom.
2 Casó Esaú con mujeres cananeas, y fueron: Ada, hija de
Helón, heteo [1]; y Oolibama, hija de Ana, hija de Sebeón el
heveo. 3 Casó también con Basemat, hija de Ismael, her-
mana de Nabaiot. 4 Ada parió a Elifaz; Basemat fue madre
de Rahuel. 5 Oolibama lo fue de Jehús, y de Ihelón, y de
Coré: éstos son los hijos que le nacieron a Esaú en la tierra
de Canaán.

6 Tomó después Esaú sus mujeres, hijos e hijas, y todas las
personas de su familia, la hacienda y ganados, y todo

cuanto poseía en la tierra de Canaán, y se fue a otra región, retirándose de su hermano Jacob. 7 Porque los dos eran riquísimos, y no podían morar juntos [2], ni sustentarlos la tierra en la que estaban como peregrinos, a causa de la multitud de sus ganados. 8 Esaú, pues, por otro nombre Edom, asentó su morada en el monte Seir [3].

9 Y los descendientes de Esaú, padre de los idumeos, en el monte Seir, son estos, 10 y tales son los nombres de sus hijos: Elifaz, hijo de Ada, mujer de Esaú; Rahuel, hijo de Basemat, mujer también suya. 11 Hijos de Elifaz fueron: Temán [4], Omar, Sefo, Gatam, y Cenez. 12 Asimismo Tamna era también mujer secundaria de Elifaz, hijo de Esaú: y ésta le parió a Amalec [5]: éstos son los descendientes de Ada mujer de Esaú. 13 Hijos de Rahuel: Naat y Zara; Samna y Meza: éstos son los hijos o nietos de Basemat, mujer de Esaú. 14 Asimismo los hijos de Oolibama, mujer de Esaú, hija de Ana, y ésta de Sebeón, fueron Jehús, Ihelón y Coré.

15 Los príncipes o caudillos descendientes de Esaú [6] fueron los siguientes: Por parte de Elifaz primogénito de Esaú, el príncipe Temán, el príncipe Omar, el príncipe Sefo, el príncipe Cenez, 16 el príncipe Coré, el príncipe Gatam, el príncipe Amalec; éstos son hijos de Elifaz en Idumea, y vienen de Ada. 17 Por parte de Rahuel, hijo de Esaú: el príncipe Nahat, el príncipe Zara, el príncipe Samna, el príncipe Meza: tales son los príncipes de la línea de Rahuel en la

Idumea; éstos vienen de Basemat mujer de Esaú. 18 Pero los
hijos de Oolibama, mujer de Esaú, son los siguientes: el
príncipe Jehús, el príncipe Ihelón, el príncipe Coré; estos
príncipes vienen de Oolibama, hija de Ana, y mujer de
Esaú. 19 Y éstos son los descendientes de Esaú, llamado
también Edom, y los que entre ellos han sido príncipes o
caudillos.

Los horreos, antiguos habitantes de Seir

20 Los hijos de Seir el horreo [7], naturales de aquella tierra,
son Lotán, y Sobal, y Sebeón y Ana, 21 y Disón, y Eser, y Di-
sán: éstos son los príncipes horreos, hijos de Seir, en la tie-
rra llamada después de Edom. 22 De Lotán fueron hijos
Hori y Humán; de este mismo Lotán era hermana Tamna.
23 Los hijos de Sobal fueron Alván y Manahat, y Ebal, y
Sefo y Onam. 24 Los de Sebeón: Aia y Ana. Este Ana es el
que descubrió las aguas calientes en el desierto [8], mien-
tras andaba apacentando los asnos de Sebeón, su padre.
25 Hijo suyo fue Disón, y Oolibama su hija. 26 Los hijos de
Disón fueron Hamdán, y Esebán, Jetrán y Caram. 27 Los de
Heser fueron Balaán, y Zaván y Acán. 28 Disán tuvo por hi-
jos a Hus y Aram. 29 Estos son los príncipes de los horreos:
príncipe Lotán, príncipe Sobal, príncipe Sebeón, príncipe
Ana, 30 príncipe Disón, príncipe Eser, príncipe Disán: és-
tos son los príncipes de los horreos, que tuvieron el man-
do de la tierra de Seir.

Los reyes de Edom

31 Mas los reyes que reinaron en Idumea, antes que los hijos de Israel tuviesen rey [9], fueron los siguientes: 32 Bela, hijo de Beor, y el nombre de su ciudad Denaba. 33 Después que murió Bela, reinó en su lugar Jobab [10], hijo de Zara natural de Bosra [11]. 34 Muerto Jobab, entró a reinar en su lugar Husam del país de los temanitas. 35 Después de muerto éste, reinó en su lugar Adad, hijo de Badad, el cual derrotó a los madianitas en el país de Moab, y su ciudad se llamó Avit. 36 Muerto que fue Adad, reinó en lugar de él Semla, natural de Masreca. 37 Muerto asimismo éste, le sucedió Saúl, natural de Rohobot, cerca del río Eufrates [12]. 38 Como también éste hubiese muerto, le sucedió en el reino Balanán, hijo de Acobor. 39 En fin, muerto éste, reinó en su lugar Adar, cuya ciudad se llamaba Fau, y su mujer Meetabel, hija de Matred, hija de Mezaab.

40 Los nombres de los príncipes descendientes de Esaú, según sus linajes, lugares en que fijaron su domicilio, y pueblos a que dieron nombre, son estos: príncipe de Tamna, príncipe de Alva, príncipe de Jetet, 41 príncipe de Oolibama, príncipe de Ela, príncipe de Finón, 42 príncipe de Cenez, príncipe de Temán, príncipe de Mabsar, 43 príncipe de Magdiel, príncipe de Hiram; éstos son los príncipes de Edom o Idumea, moradores cada cual en la tierra de su mando: Edom es el mismo Esaú, padre de los idumeos [13].

¿Sabías que?

En Jirbat en-Nahas, en el valle de Feinán (Jordania), en el antiguo territorio de Edom, las excavaciones dirigidas desde 2002 por el arqueólogo Thomas Levy sacaron a la luz un gran centro de producción de cobre de los siglos X y IX a. C., con montañas de escoria de fundición. Muchos estudiosos lo atribuyen a los edomitas, y muestra que Edom era una sociedad organizada antes de lo que se pensaba, como sugiere la lista de reyes de este capítulo.

PAUSA

1. Dios cumplió también sus promesas a Esaú. ¿Te alegras del bien de los que no son «de los tuyos»?
2. Las listas de nombres recuerdan que cada persona cuenta para Dios. ¿Qué nombres de tu familia quieres poner hoy en sus manos?

Para orar. *Señor, que te acuerdas de todos los pueblos, bendice también a los que viven lejos de mí.*

37

José vendido por sus hermanos

Comienza la última gran historia del Génesis, la de José, contada como una novela en catorce capítulos (ver «Para profundizar» al final). Este primer capítulo tiene dos partes: los sueños, que provocan la envidia de los hermanos (vv. 1-11), y la venta en los pastos de Dotán (vv. 12-36). Un padre que prefiere a un hijo, una túnica que despierta celos, una cisterna seca y una túnica manchada de sangre. Dios no aparece en todo el capítulo, ni habla, ni se le nombra; pero el lector descubrirá al final que lo guiaba todo desde lejos (45,8; 50,20).

Los sueños de José

1 Pero Jacob habitó en el país de Canaán [1], donde su padre
había vivido como extranjero. 2 Y he aquí lo que pasó en su
familia: José todavía muchacho, siendo de dieciséis
años [2], apacentaba el ganado con sus hermanos; y estaba
con los hijos de Bala y de Zelfa, mujeres de su padre; y acu-
só a sus hermanos ante el padre de un delito enorme [3].
3 Amaba Israel a José más que a todos sus hijos, por haber-
le engendrado en la vejez, y le hizo una túnica bordada de
varios colores [4]. 4 Al ver, pues, sus hermanos que el padre
le amaba más que a todos sus hijos, le odiaban, y no po-
dían hablarle sin agrura [5].

[5] Tras esto sucedió que habiendo tenido un sueño [6], se lo
contó a sus hermanos; lo que fue incentivo de mayor odio,
[6] porque les dijo: Oíd lo que he soñado. [7] Parecíame que es-
tábamos atando gavillas en el campo, y como que mi gavi-
lla se alzaba, y se tenía derecha, y que vuestras gavillas,
puestas alrededor adoraban la mía. [8] Respondieron sus
hermanos: Pues qué, ¿has de ser tú nuestro rey? [7], ¿o he-
mos de estar sujetos nosotros a tu dominio? Así, pues, la
materia de estos sueños y coloquios, fue fomento de la en-
vidia y del odio.

[9] Vio también otro sueño, que refirió a sus hermanos, di-
ciendo: He visto entre sueños, cómo el sol y la luna, y once
estrellas me adoraban [8]. [10] Y habiéndolo contado a su pa-
dre y a sus hermanos, su padre le respondió, diciendo:
¿Qué quiere decir ese sueño que has visto?; ¿por ventura
yo y tu madre y tus hermanos postrados por tierra te ha-
bremos de adorar? [11] De aquí que sus hermanos le miraban
con envidia; mas el padre consideraba en silencio estas
cosas [9].

La venta de José

[12] Y como sus hermanos estuviesen en el territorio de Si-
quem apacentando los rebaños de su padre, [13] le dijo Israel:
Tus hermanos guardan las ovejas en los pastos de Siquem;
ven, que quiero enviarte a ellos [10]. Y respondiendo él:
[14] Pronto estoy. Jacob le añadió: Anda, ve y averigua si tus

hermanos lo pasan bien, y si están en buen estado los ganados, y tráeme razón de lo que pasa. Despachado, pues, del valle de Hebrón, llegó a Siquem. 15 Y habiéndole encontrado errante por los campos un hombre [11], le preguntó qué buscaba. 16 A lo que respondió José: Ando en busca de mis hermanos, muéstrame dónde pastan los ganados. 17 Le dijo aquel hombre: Se apartaron de este lugar, y les oí decir: Pasemos a Dotaín. Con esto se marchó José en busca de sus hermanos, y los halló en Dotaín [12].

18 Los cuales luego que le vieron a lo lejos, antes que se acercase a ellos, trataron de matarle. 19 Y se decían unos a otros: Aquí viene el soñador [13]. 20 Ea, pues, matémosle, y echémosle en una cisterna vieja [14]; diremos que una bestia feroz lo devoró; y entonces se verá qué le aprovechan sus sueños. 21 Oyendo esto Rubén [15], se esforzaba en librarle de sus manos, y decía: 22 No le quitéis la vida, ni derraméis su sangre, sino echadle en aquella cisterna seca que está en el desierto, y no manchéis vuestras manos; lo que decía con el fin de librarle de ellos y restituirle a su padre.

23 Apenas, pues, hubo llegado José a sus hermanos, le desnudaron de la túnica talar y de varios colores [16]. 24 Y le metieron en una cisterna vieja que no tenía agua. 25 Y sentados a comer, vieron venir de Galaad una caravana de ismaelitas [17], con sus camellos cargados de aromas y bálsamos, y mirra destilada, que iban con dirección a Egipto.

26 Entonces dijo Judá a sus hermanos [18]: ¿Qué ganaremos
con quitar la vida a nuestro hermano, y ocultar su muer-
te? 27 Mejor es venderle a los ismaelitas, y no manchar
nuestras manos; porque al fin, hermano nuestro es, y de
nuestra misma carne. Asintieron los hermanos a sus razo-
nes. 28 Y mientras pasaban unos negociantes madianitas,
sacándole de la cisterna, le vendieron a aquellos ismaeli-
tas, por veinte siclos de plata [19]; quienes le condujeron a
Egipto.

29 Vuelto Rubén a la cisterna, no halló al muchacho; 30 y
rasgándose los vestidos, fue luego a sus hermanos, dicien-
do: El chico no aparece, ¿y a dónde iré yo ahora?

31 Tomaron después ellos la túnica de José y la tiñeron en
la sangre de un cabrito [20] que habían matado;
32 enviándola a su padre, y haciéndole decir por los porta-
dores: Esta túnica hemos hallado; mira si es o no la túnica
de tu hijo [21]. 33 El padre, habiéndola reconocido, dijo: La
túnica de mi hijo es, una bestia feroz se le ha comido; una
fiera ha devorado a José. 34 Y rasgándose los vestidos, se
vistió de cilicio [22], llorando por mucho tiempo a su hijo.
35 Y juntándose todos los demás hijos para aliviar el dolor
del padre, no quiso admitir consuelo ninguno, sino que
decía: Descenderé deshecho en lágrimas a encontrar y
unirme con mi hijo en el sepulcro [23]. Y perseveró en el
llanto. 36 Entretanto los madianitas vendieron a José en

Egipto a Putifar, eunuco o valido del faraón [24], y capitán de sus guardias.

> **¿Sabías que?**
> La historia de José ha inspirado muchas obras. El escritor alemán Thomas Mann, premio Nobel, le dedicó una novela en cuatro tomos, *José y sus hermanos* (1933-1943), escrita en parte en el exilio durante el nazismo. Y en 1968 se estrenó en Londres, como breve cantata escolar, el que luego sería un musical de enorme éxito sobre José y su túnica de colores.

PARA PROFUNDIZAR

La historia de José: una novela sapiencial

Desde el capítulo 37 hasta el final, el Génesis cambia de ritmo. En lugar de episodios breves y apariciones de Dios, encontramos una narración larga y bien trabada, con suspense, escenas paralelas y personajes que evolucionan: un muchacho mimado que madura en la desgracia, unos hermanos que pasan de la envidia al arrepentimiento, un padre que pasa del luto a la bendición. Por eso se habla de la «novela de José». Los estudiosos discuten cómo se formó, porque hay pequeñas duplicaciones, como los ismaelitas y los madianitas de 37,25-36 o el dinero hallado en la posada y luego en casa (42,27-35); pero casi todos reconocen en ella una obra de gran unidad literaria.

Su tono es sapiencial. En 1953 el biblista alemán Gerhard von Rad propuso leerla junto a los libros de la sabiduría, y muchos le

han seguido: José encarna el ideal del sabio de los Proverbios. Es casto y huye de la «mujer extraña» que seduce (Prov 5–7; Gn 39); sabe callar y esperar; domina sus emociones y llora a solas (43,31; 45,1); habla a su tiempo; administra con previsión (41,33-36); teme a Dios (42,18) y perdona. No es un héroe de grandes milagros, sino un hombre íntegro en circunstancias adversas. En él se reconocen las virtudes que la Iglesia llama cardinales: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza (Catecismo, n. 1805).

Dios actúa aquí de otro modo. A José no se le aparece: no hay zarzas ardiendo ni escalas hasta el cielo. Dios habla por medio de sueños, cuyo sentido José atribuye siempre a Él (40,8; 41,16), y sobre todo por medio de los acontecimientos, incluso de los pecados de los hombres. El narrador lo dice pocas veces, «el Señor estaba con José» (39,2-3.21-23), y el propio José lo descubre al final: «no he sido enviado acá por designio vuestro, sino por voluntad de Dios» (45,8); «vosotros pensasteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien» (50,20). Es la manera en que Dios actúa casi siempre en nuestra vida: escondido en la trama de los días (ver «Para profundizar» en el capítulo 50).

¿Cuándo ocurrió? El relato tiene un colorido egipcio auténtico: títulos de la corte, sueños, embalsamamiento, nombres egipcios (ver el cuadro «Egipto en la historia de José», en el capítulo 41). Algunos han situado a José en la época de los hicsos, en los siglos XVII y XVI antes de Cristo, cuando gobernantes de origen asiático dominaban el delta desde su capital, Ávaris, la actual Tell el-Daba. Ya el historiador judío Flavio Josefo, en el siglo I, identificó a los antepasados de Israel con los hicsos, siguiendo al sacer-

dote egipcio Manetón (Contra Apión I,14). Pero otros detalles, como la forma de algunos nombres o las caravanas de camellos, encajan mejor con el primer milenio. Muchos estudiosos piensan que la historia conserva recuerdos antiguos de grupos semitas en Egipto, contados y enriquecidos durante siglos. La fe no depende de fechar a José: la Escritura enseña con verdad lo que Dios quiso comunicar para nuestra salvación (Dei Verbum, n. 11).

La historia de José es, además, un puente. Explica cómo llegó Israel a Egipto, y prepara así el gran relato de la liberación en el Éxodo. Termina con una promesa, «os visitará Dios, y os sacará de esta tierra» (50,24), y con un ataúd que espera ser llevado de vuelta (50,25-26; Éx 13,19). Y cierra un tema que recorre todo el Génesis: la fraternidad rota. Lo que empezó con Caín y Abel (cap. 4) y siguió con Ismael e Isaac, Esaú y Jacob, termina aquí con hermanos que se reconcilian. La primera historia de hermanos del Génesis fue un asesinato; la última, un perdón.

PAUSA

1. Jacob tenía un hijo preferido, y eso alimentó la envidia. ¿Hay preferencias en tu casa o en tu trabajo que dividen?
2. Los hermanos se sentaron a comer mientras José gritaba. ¿Qué gritos a tu alrededor estás dejando de oír?
3. Rubén quiso salvar a José, pero sin enfrentarse a nadie. ¿Dónde te pide Dios una valentía que todavía no tienes?

Para orar. *Señor, arranca de mi corazón la envidia, y no permitas que me siente a comer mientras mi hermano sufre.*

38

Judá y Tamar

La historia de José se interrumpe para contar la de su hermano Judá, el que propuso venderlo. El corte es deliberado: Judá, que acaba de engañar a su padre con una túnica y un cabrito, será desenmascarado por sus propias prendas, y el contraste con la castidad de José en el capítulo siguiente es evidente. Es una historia escabrosa: un hijo que muere, otro que se niega a dar descendencia a su hermano, una viuda burlada que se disfraza para reclamar su derecho. Al final, Judá reconoce: «ella es más justa que yo». De este episodio nacerá la línea de David y de Jesús.

Los hijos de Judá

1 Por este mismo tiempo Judá, separándose de sus
hermanos [1], se hospedó en casa de un vecino de Odollam,
llamado Hiras. 2 Y vio allí a la hija de un cananeo llamado
Sué, y se casó con ella. 3 La cual concibió y parió un hijo a
quien su padre llamó Her. 4 Segunda vez concibió, y al hijo
que tuvo le llamó ella Onán. 5 Parió después al tercero, al
cual ella llamó Sela; y después de nacido éste, no parió
más [2].

6 Judá a su tiempo casó a su primogénito Her con una mu-
jer llamada Tamar. 7 Pero Her, primogénito de Judá, fue

un malvado a los ojos del Señor [3], que por eso le quitó la vida.

[8] Dijo entonces Judá a Onán, hijo suyo: Cásate con tu cuñada, a fin de dar sucesión a tu hermano [4]. [9] Pero Onán, sabiendo que la sucesión no había de ser suya, aunque se acostaba con ella, impedía el que concibiese [5], para que no nacieran hijos con el nombre del hermano. [10] Por lo cual el Señor lo hirió de muerte, en castigo de acción tan detestable. [11] Visto esto, dijo Judá a su nuera Tamar: Mantente viuda en casa de tu padre, hasta que haya crecido mi hijo Sela; y era que temía no muriera también éste [6], como sus hermanos. Se fue ella, y vivió en la casa de su padre.

El engaño de Tamar

[12] Pasados ya muchos días, murió la hija de Sué, mujer de Judá; el cual después de los funerales, concluido el duelo, iba un día con Hiras el odollamita, mayoral del ganado, al esquileo de sus ovejas a Tamnas [7]. [13] Y avisaron a Tamar que su suegro iba a Tamnas, al esquileo de las ovejas. [14] La cual, depuesto el traje de viuda [8], tomó un manto o mantilla grande, y mudando de traje, se sentó en la encrucijada del camino [9] que va a Tamnas; porque veía que Sela había ya crecido, y no se lo habían dado por marido. [15] Judá, luego que la vio, sospechó que era una mujer pública; porque se había cubierto el rostro para no ser reconocida. [16] Y

acercándose a ella, dijo: Déjame que cohabite contigo, no sabiendo que fuese su nuera. La cual le respondió: ¿Qué me darás por hacer tu gusto? 17 Te enviaré, dijo Judá, un cabrito de mi ganado [10]. A lo que contestó Tamar: Permitiré lo que tú quieres, con tal que me des una prenda, hasta enviar lo que prometes. 18 A lo cual dijo Judá: ¿Qué prenda quieres? Ese anillo o sello tuyo [11], respondió, y el brazalete, y el bastón que tienes en la mano. Quedó, pues, entonces mismo, embarazada la mujer, 19 y levantándose se retiró, y dejado el traje que había tomado, se vistió otra vez de viuda.

20 Judá después envió el cabrito por mano de su pastor, el odollamita, para recobrar las prendas que había dado a la mujer; el cual, como no la hallase, 21 preguntó a las gentes vecinas: ¿Dónde está la mujer que solía ponerse en la encrucijada? Le respondieron todos: Aquí no ha habido ramera alguna [12]. 22 Volvió, pues, a Judá, y le dijo: No la he hallado, y aun toda la gente de aquel lugar me ha asegurado que jamás habían visto allí mujer pública. 23 Dijo Judá: Quédese en hora buena con lo que tiene [13], a lo menos no podrá acusarnos de mentira; yo he remitido el cabrito que prometí, y tú no la has hallado.

Tamar, más justa que Judá

24 Pero he aquí que al cabo de tres meses avisaron a Judá, diciendo: Tu nuera Tamar ha pecado, pues se va observan-

do que está embarazada; y dijo Judá: Sacadla fuera, para que sea públicamente quemada [14]. 25 La cual, mientras era conducida al suplicio, envió un recado a su suegro, diciendo: Del varón de quien son estas prendas, he yo concebido; mira bien cuyo es ese anillo [15], y ese brazalete, y ese bastón. 26 Judá, reconocidas las prendas, dijo: Menos culpa tiene ella que yo [16], puesto que yo no la entregué por esposa a Sela, hijo mío. Pero nunca más tuvo Judá trato carnal con ella [17].

Fares y Zara

27 Sobreviniendo después el parto, se vio que llevaba gemelos en el vientre [18]; y en el acto mismo de salir a luz los niños, uno de ellos sacó la mano, en la cual la partera ató un hilo encarnado diciendo: 28 Este saldrá el primero [19]. 29 Mas como él retirase la mano, salió el otro; y dijo entonces la mujer: ¿Cómo es que se ha roto por tu causa la piel o membrana? Y por este motivo llamó su nombre Fares [20]. 30 Después salió su hermano, en cuya mano estaba el hilo encarnado, al cual llamó Zara.

¿Sabías que?

Cuando Booz se casa con Rut, los ancianos de Belén le desean que su casa sea «como la casa de Fares, a quien Tamar dio a luz a Judá» (Rt 4,12). La mujer que se había disfrazado al borde del camino se convirtió en un modelo de bendición para las bodas de Israel.

PARA PROFUNDIZAR

Las mujeres de la genealogía de Jesús

El Evangelio según san Mateo empieza con una genealogía: «Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán» (Mt 1,1). Es una lista de varones, como era costumbre, pero el evangelista rompe la costumbre cuatro veces y nombra a cuatro mujeres antes de María: Tamar (1,3), Rajab (1,5), Rut (1,5) y «la que fue mujer de Urías», Betsabé (1,6). No nombra a Sara, a Rebeca ni a Raquel, las grandes matriarcas, sino a estas cuatro. ¿Por qué?

Las cuatro tienen historias irregulares. Tamar se hizo pasar por prostituta para obtener de su suegro la descendencia que se le negaba (Gn 38). Rajab era una prostituta de Jericó que escondió a los espías de Israel y se unió a su pueblo (Jos 2; 6,25). Rut, la moabita, se acercó de noche a Booz en la era para pedirle que la tomara bajo su protección (Rt 3). Betsabé fue la mujer con la que David cometió adulterio, antes de hacer matar a su marido (2 Sam 11). Además, las cuatro estaban ligadas a pueblos extranjeros: Tamar

y Rajab eran probablemente cananeas, Rut era moabita y Betsabé era la esposa de un hitita, Urías.

Los Padres de la Iglesia dieron varias explicaciones. San Jerónimo, en su comentario al Evangelio de Mateo, observó que en la genealogía del Salvador no aparece ninguna de las mujeres santas, sino mujeres a las que la Escritura reprocha algo, para que se entendiera que quien venía por los pecadores quiso nacer de pecadores y así borrar los pecados de todos. San Juan Crisóstomo, en sus homilías sobre san Mateo, subrayó además su condición de extranjeras: Cristo no se avergüenza de su linaje, porque vino a sanar a todos, judíos y paganos.

Muchos intérpretes modernos añaden otra clave: las cuatro son mujeres por las que la historia de la salvación siguió adelante de manera inesperada, a menudo gracias a su iniciativa y su valentía. Tamar defiende la descendencia de Judá, que el propio Judá ponía en peligro. Rajab arriesga su vida y entra en el pueblo de Dios. Rut elige al Dios de Noemí: «tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios» (Rt 1,16). Betsabé, a pesar del pecado de David, es la madre de Salomón y asegura su sucesión (1 Re 1). En todas, Dios escribe la historia del Mesías con líneas que los hombres considerarían torcidas.

Así preparan a la quinta mujer, María, con quien la genealogía cambia de forma: ya no dice «engendró», sino «José, el esposo de María, de la cual nació Jesús» (Mt 1,16). También su maternidad será inesperada y estará envuelta en sospecha, hasta que el ángel la explique a José (Mt 1,18-25). Pero ella no es pecadora: es la llena de gracia (Lc 1,28), preservada de todo pecado desde su concep-

ción (Catecismo, nn. 490-493). En ella culmina lo que las otras anunciaban: Dios realiza sus promesas por caminos imprevisibles, y no se avergüenza de entrar en una historia humana real, con sus heridas.

Para nosotros es una buena noticia. La genealogía de Jesús no es un árbol de familia sin manchas, sino una historia de gracia. Nadie queda excluido del plan de Dios por su origen o por su pasado. Lo que Dios pide es lo que mostraron Tamar, Rajab y Rut: fidelidad, valentía y fe.

PAUSA

1. Judá cambió cuando dejó de culpar a otros y dijo «ella es más justa que yo». ¿Qué te cuesta reconocer?
2. Tamar no humilló a Judá en público, aunque tenía razón. ¿Cómo corriges tú a quien se ha equivocado contigo?
3. Dios escribió la genealogía de Jesús con historias como esta. ¿Qué te dice eso sobre tu propia historia?

Para orar. *Señor, dame la humildad de Judá para reconocer mis faltas, y la valentía de Tamar para defender lo justo.*

39

José y la mujer de Putifar

Vendido como esclavo, José prospera en casa de un alto funcionario egipcio, porque «el Señor estaba con él»: la frase abre y cierra el capítulo como un marco (vv. 2-3 y 21-23). En medio, la prueba: la mujer de su amo lo acosa día tras día, José resiste, huye dejando su capa en sus manos y termina en la cárcel por una calumnia. El capítulo enseña que la fidelidad a Dios no garantiza el éxito inmediato; pero también que, incluso en la cárcel, Dios sigue con el justo y prepara, sin que él lo sepa, el camino de su exaltación.

José en casa de Putifar

1 José, pues, como queda dicho, fue conducido a Egipto, y
le compró Putifar, egipcio [1], eunuco del faraón y general
de sus tropas, de mano de los ismaelitas que le habían lle-
vado. 2 Y el Señor le asistió [2]; y era hombre a quien todo
cuanto hacía le salía felizmente; y habitaba en la casa de su
amo, 3 el cual conocía muy bien que el Señor estaba con
José, y que le favorecía y bendecía en todas sus acciones.
4 Así José halló gracia en los ojos de su amo, al cual servía
con esmero; y puesto por él al frente de todo [3], gobernaba
la casa confiada a su cuidado, y todos los bienes que se le
habían entregado. 5 Y el Señor derramó la bendición sobre

la casa del egipcio por amor de José [4], y multiplicó toda su hacienda tanto en la ciudad como en la campiña; [6] de suerte que el amo no tenía otro cuidado que el de ponerse a la mesa para comer [5]. A más de esto José era de rostro hermoso, y de gallarda presencia;

La tentación

[7] por lo que al cabo de muchos días puso su señora los ojos en él [6], y le dijo: Duerme conmigo. [8] El cual, no queriendo de ninguna manera consentir en tal maldad, le contestó: Tú ves que mi señor, habiéndome confiado todas las cosas, no sabe lo que tiene en su casa [7]. [9] No hay cosa chica ni grande que no esté a mi disposición, o que no me haya entregado, a excepción de ti que eres su mujer; pues, ¿cómo puedo yo cometer esa maldad y pecar contra mi Dios? [8] [10] Todos los días continuaba la mujer [9] molestando del mismo modo al joven, rehusando siempre éste el adulterio.

[11] Pero aconteció que un día, entrando José en casa, se puso a despachar cierto negocio a solas; [12] y ella, habiéndole asido de la orla de su capa, le dijo también: Duerme conmigo. Entonces José, dejándole la capa en las manos [10], huyó y se salió fuera de casa [11]. [13] Viéndose la mujer con la capa en las manos, y que había sido despreciada, [14] llamó a sus domésticos, y les dijo: Ved lo que ha hecho mi marido: nos ha metido en casa este mozo hebreo, para insultarnos [12]; ha

entrado donde yo estaba para deshonrarme; mas habiendo yo levantado el grito, 15 y oído él mismo voces, ha dejado la capa de que yo le así, y escapado fuera.

16 En prueba, pues, de su fidelidad, cuando el marido volvió a casa, le mostró la capa con que se había quedado, 17 y le dijo: Ese siervo hebreo que tú trajiste [13], entró en donde yo estaba con el fin de forzarme; 18 mas como me oyó gritar, soltó la capa que yo tenía asida, y huyó afuera.

José en la cárcel

19 El amo, oídas tales cosas, y demasiado crédulo a las palabras de su mujer [14], se enojó sobremanera, 20 y mandó meter a José en la cárcel, en que se guardaban los reos de delitos contra el rey [15], y allí estaba encerrado. 21 Pero el Señor asistió a José, y compadecido de él [16], le hizo grato a los ojos del alcaide de la cárcel. 22 El cual entregó a su cuidado todos los presos [17] que estaban allí encerrados; y no se hacía cosa que no fuese por su orden. 23 Ni el alcaide tenía cuenta de nada, fiándose de José en todo; porque el Señor le asistía y dirigía todas sus acciones [18].

¿Sabías que?

La historia de José tiene un capítulo propio en el Corán, la sura 12, «Yusuf», que se presenta como «la más bella de las historias». La tradición judía y la musulmana dieron después un nombre a la mujer de Putifar, Zuleica, y el poeta persa Yamí escribió en el siglo XV un largo poema, *Yusuf y Zuleija*, uno de los clásicos de la literatura persa.

PAUSA

1. José huyó de la tentación. ¿Qué ocasiones de pecado necesitas evitar, en lugar de confiar en tus propias fuerzas?
2. «El Señor estaba con José», también en la cárcel. ¿Dónde necesitas descubrir hoy que Dios está contigo?

Para orar. *Señor, que estuviste con José en la esclavitud y en la cárcel, no me dejes caer en la tentación.*

40

Los sueños de los presos

En la cárcel, José atiende a dos altos funcionarios del faraón, el copero y el panadero, y descifra sus sueños: uno volverá a su puesto y el otro será ejecutado. El capítulo está construido en paralelo, con dos sueños, dos interpretaciones y dos destinos, y prepara el siguiente: los sueños del faraón, que José explicará gracias al copero. José pide solo una cosa: «acuérdate de mí». Pero el copero se olvida de él durante dos largos años. Es el punto más bajo de su historia, y la antesala de su elevación.

El copero y el panadero

1 Sucedió después que dos eunucos, el copero mayor y el
principal panadero [1] del rey de Egipto, ofendieron a su se-
ñor. 2 Y encolerizado contra ellos el faraón [2] (pues el uno
era jefe de los coperos, y el otro de los panaderos), 3 los
mandó meter en la cárcel del comandante general de las
tropas [3], en la cual estaba también preso José. 4 Pero el al-
caide de la cárcel los entregó a José, el cual asimismo los
servía [4]. Había ya pasado algún tiempo que estaban pre-
sos,

5 cuando tuvieron ambos en una misma noche un sueño [5]
adaptado al estado o suerte de cada uno. 6 Entrando por la

mañana José a visitarlos, y viéndolos caritristes [6], [7] les
preguntó: ¿Por qué causa está hoy vuestro semblante más
triste que otros días? [8] Respondieron ellos: Hemos tenido
un sueño y no hay quien nos lo interprete. Y les dijo José:
Pues qué, ¿no es cosa propia de Dios la interpretación? [7]
Referidme lo que habéis visto.

José interpreta los sueños

[9] El copero mayor contó primero su sueño de esta manera:
Veía delante de mí una vid [8], [10] que tenía tres sarmientos,
crecer insensiblemente hasta echar botones, y después de
salir las flores, madurar las uvas, [11] y la copa del faraón en
mi mano. Cogí entonces las uvas y las exprimí en la copa
que tenía en la mano y serví con ella al faraón.
[12] Respondió José: Esta es la interpretación del sueño: Los
tres sarmientos significaban tres días [9] que aún faltan,
[13] después de los cuales el faraón se acordará de tu
ministerio [10], y te restablecerá en tu primer puesto, y le
servirás la copa conforme a tu oficio, como solías hacerlo
antes. [14] Sólo te pido que te acuerdes de mí [11] en el tiempo
de tu prosperidad, y me tengas compasión, sugiriendo al
faraón que me saque de esta cárcel; [15] porque furtivamente
fui arrebatado [12] de la tierra de los hebreos, y aquí, siendo
inocente, fui metido en esta cárcel.

[16] Viendo el jefe de los panaderos que había descifrado el
sueño sabiamente, dijo: Yo también he tenido un sueño en

que me parecía llevar sobre mi cabeza tres canastillos de
harina [13]; [17] y en este canastillo de encima había toda clase
de viandas hechas por arte de pastelería, y las aves comían
de él [14]. [18] Respondió José: Esta es la interpretación del
sueño: Los tres canastillos son tres días que aún te restan,
[19] al cabo de los cuales el faraón te cortará la cabeza, y te
colgará en una cruz [15], y las aves despedazarán tus carnes.

Se cumplen los sueños

[20] En efecto, tres días después se celebraba el cumpleaños
del faraón [16]; el cual, haciendo un gran convite a sus cor-
tesanos, se acordó en la mesa del copero mayor, y del
maestresala o jefe de los panaderos. [21] Y al primero le resti-
tuyó a su oficio de servirle la copa, [22] y al otro le colgó en
un patíbulo; de manera que se acreditó ser verdadera la
exposición del intérprete. [23] Con todo el copero mayor,
vuelto a su prosperidad, echó en olvido a su intérprete [17].

> **¿Sabías que?**
>
> En la tumba de Tutankamón (muerto hacia 1323 a. C.) se encontraron unas veintiséis jarras de vino con etiquetas que indican el año del reinado, el viñedo y el nombre del vinatero jefe: auténticas «denominaciones de origen» de hace más de tres mil años. El copero del faraón servía vinos así.

PAUSA

1. José se fijó en el rostro triste de los otros presos, aunque él mismo sufría. ¿A quién podrías acompañar hoy en su tristeza?
2. «Acuérdate de mí». ¿Sientes que alguien, o Dios, se ha olvidado de ti? ¿Cómo vives esa espera?

Para orar. *Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.*

41

José, gobernador de Egipto

El capítulo más largo de la historia de José narra el giro decisivo. Dos años después, el faraón tiene dos sueños que nadie sabe explicar, y el copero por fin se acuerda del joven hebreo de la cárcel. José interpreta los sueños (vv. 1-36), es nombrado gobernador de Egipto (vv. 37-46) y administra los años de abundancia y de hambre (vv. 47-57). En un solo día, el esclavo olvidado pasa a ser el segundo hombre del país. Pero José no se atribuye nada: «no seré yo, sino Dios». El capítulo está lleno de detalles egipcios (ver el cuadro al final).

Los sueños del faraón

1 Dos años después [1] tuvo el faraón un sueño: Le parecía
estar en la ribera del río Nilo [2], 2 del cual subían siete va-
cas gallardas y por extremo gordas [3], y se ponían a pacer
en aquellos lugares lagunosos. 3 Salían también del río
otras siete, feas y consumidas de flaqueza, que pacían en la
orilla misma del río en donde estaba la hierba, 4 y se traga-
ron a aquellas siete cuya hermosura y lozanía de cuerpos
era maravillosa. Despierto el faraón, 5 volvió a dormirse y
tuvo otro sueño: Siete espigas brotaban de una misma
caña, llenas y hermosas. 6 Otras tantas nacían también de
otra, menudas y quemadas del viento abrasador [4], 7 las

cuales devoraban la lozanía de las primeras. Despertando el faraón después de haber descansado, 8 siendo ya de día, despavorido, mandó llamar a todos los adivinos de Egipto [5], y a los sabios todos; y estando juntos, les contó el sueño, y no había quien le interpretase.

9 Entonces, por fin, acordándose de José el copero mayor, dijo al rey: Confieso mi pecado [6]: 10 Enojado el rey contra sus siervos, mandó echarnos a mí y al panadero mayor en la cárcel del comandante de las tropas, 11 donde en una misma noche tuvimos cada uno de nosotros un sueño, presagio de lo que nos había de suceder. 12 Hallábase allí un joven hebreo, criado del mismo comandante de las tropas, y habiéndole contado los sueños, 13 oímos de él todo lo que después confirmó el suceso; porque yo fui restituido a mi empleo, y el otro colgado en una cruz.

14 Al punto por orden del rey, sacando a José de la cárcel, le cortaron el pelo [7], y habiéndole mudado el vestido, se lo presentaron. 15 Le dijo Faraón: He tenido unos sueños, y no hay quien acierte a explicarlos: he oído de ti que tienes gran luz para interpretarlos. 16 Contestó José: No seré yo, sino Dios [8], quien responderá favorablemente al faraón.

17 Refirió, pues, el faraón, lo que había visto: Parecíame, dijo, que estaba sobre la ribera del río, 18 y que subían de la orilla de él siete vacas hermosísimas y en extremo gordas, las cuales en los pastos de la laguna despuntaban la hierba

verde; [19] cuando he aquí que salían tras ellas otras siete tan
feas y en tanto grado macilentas, que nunca las vi tales en
tierra de Egipto, [20] las cuales, después de haber devorado y
consumido a las primeras, [21] ningún indicio dieron de la
hartura [9], sino que al contrario se paraban yertas con la
misma flaqueza de antes. Desperté después, pero vencido
otra vez del sueño, [22] vi en sueños también cómo brotaban
de una sola caña siete espigas llenas y hermosísimas; [23] al
mismo tiempo nacían de otra caña otras siete delgadas y
requemadas del viento abrasador, [24] las cuales se tragaron
a las primeras con toda su lozanía. He referido a los adivi-
nos el sueño, y no hay quien me lo declare.

José interpreta los sueños

[25] Respondió José: Los dos sueños del rey significan una
misma cosa: lo que Dios ha de hacer lo ha mostrado al
faraón [10]. [26] Las siete vacas hermosas, y las siete espigas
llenas, siete años son de abundancia; y contienen una mis-
ma significación del sueño. [27] También las siete vacas fla-
cas y extenuadas que salieron en pos de aquéllas, y las sie-
te espigas delgadas quemadas del viento abrasador, son
siete años de hambre que han de venir. [28] Los que se cum-
plirán con este orden. [29] Vendrán primero siete años de
gran fertilidad en toda la tierra de Egipto, [30] a los cuales
sucederán otros siete años de tanta esterilidad, que hará
olvidar toda la anterior abundancia; por cuanto el hambre

ha de asolar toda la tierra, 31 y la extrema carestía absorberá la extraordinaria abundancia. 32 En orden al segundo sueño que has tenido de la misma significación, denota la certidumbre de que la palabra de Dios tendrá efecto, y se cumplirá cuanto antes.

33 Ahora, pues, elija el rey un varón sabio y activo [11], y dele autoridad en toda la tierra de Egipto; 34 el cual establezca intendentes en todas las provincias, y haga recoger en los graneros la quinta parte de los frutos [12] durante los siete años de fertilidad, 35 que ya van a comenzar; y enciérrese todo el grano a disposición del faraón, y guárdese en las ciudades, 36 y esté preparado para el hambre venidera de siete años que ha de afligir a Egipto, y con eso no se asolará el país por la carestía.

José, gobernador de Egipto

37 Pareció bien el consejo al faraón, y a todos sus ministros, 38 y les dijo: ¿Por ventura podremos hallar un varón como éste, tan lleno del espíritu de Dios [13]? 39 Dijo, pues, a José: Ya que Dios te ha manifestado todas las cosas que acabas de decir, ¿podré yo acaso encontrar otro más sabio o igual a ti? 40 Tú tendrás el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz, obedecerá el pueblo todo; no tendré yo sobre ti más precedencia que la del solio real [14]. 41 Añadió el faraón a José: Mira que te hago virrey de toda la tierra de Egipto.

42 Y luego se quitó el anillo del dedo y se lo puso a José [15], y
le vistió de una ropa talar de lino finísimo, y le puso alre-
dedor del cuello un collar de oro. 43 Y lo hizo subir en su se-
gunda carroza, gritando un heraldo [16] o rey de armas, que
todos hincasen delante de él la rodilla, y supiesen que es-
taba constituido gobernador de toda la tierra de Egipto.
44 Dijo aún más el rey a José: Yo soy faraón; sin tu orden
ninguno ha de mover pie ni mano en toda la tierra de
Egipto. 45 Le mudó también el nombre, llamándole en len-
gua egipcia Salvador del mundo [17]. Y le dio por mujer a
Asenet, hija de Putifare, sacerdote de Heliópoli [18]. Des-
pués de esto salió José a visitar la tierra de Egipto,
46 (treinta años tenía [19] cuando fue presentado a Faraón), y
dio la vuelta por todas las provincias de Egipto.

Los años de abundancia y de hambre

47 Vino, pues, la fertilidad de los siete años; y reducidas las
mieses a gavillas, fueron recogidas en los graneros de
Egipto. 48 Y en cada ciudad fue depositada la gran abun-
dancia de grano de sus contornos; 49 y fue tanta la cosecha
que hubo de trigo, que igualaba a las arenas del mar [20] y
excedía a toda medida.

50 Antes que viniese la carestía, le nacieron a José dos hi-
jos, que le parió Asenet hija de Putifare, sacerdote de He-
liópoli. 51 Y al primogénito puso por nombre Manasés [21],
diciendo: Dios me ha hecho olvidar de todos mis trabajos,

y de la casa de mi padre. 52 Al segundo puso por nombre
Efraín, diciendo: Dios me ha prosperado en la tierra don-
de entré pobre y esclavo [22].

53 Pasados en fin los siete años que hubo de abundancia en
Egipto, 54 comenzaron a venir los siete años de carestía que
había profetizado José, y el hambre afligió a todo el
mundo [23]; mas en toda la tierra de Egipto había pan.
55 Pero cuando los egipcios sintieron el hambre, clamó el
pueblo al faraón pidiendo víveres. Al cual él respondió:
Acudid a José, y haced cuanto él os dijere [24]. 56 Creciendo,
pues, el hambre cada día en toda la tierra, abrió José todos
los graneros y empezó a vender los granos a los egipcios;
porque también a ellos les había ya alcanzado el hambre.
57 Y venían a Egipto todas las provincias vecinas [25], para
comprar víveres y aliviar la pena de la carestía.

¿Sabías que?

En la isla de Sehel, junto a Asuán, hay una roca grabada llamada la Estela del Hambre. Escrita hacia el siglo II a. C., cuenta que en tiempos del antiquísimo rey Zoser el Nilo no creció durante siete años, y que el hambre terminó cuando el rey honró al dios Jnum, señor de las fuentes del río. Los «siete años de hambre» eran un recuerdo vivo en Egipto.

Egipto en la historia de José

En el relato	En las fuentes egipcias
Putifar, alto funcionario (37,36)	Nombre egipcio, Padipare, «el que ha dado Ra», documentado sobre todo en el primer milenio a. C.
Copero y panadero mayores (40,1)	Cargos de confianza; los coperos reales actúan a veces como consejeros y jueces.
Sueños y «adivinos» (40 – 41)	Libros de sueños (papiro Chester Beatty III, siglo XIII a. C.); sacerdotes lectores.
«Solo el trono será mayor» (41,40)	El visir, segundo del rey (tumba de Rejmiré, siglo XV a. C.).
Anillo, lino, collar de oro (41,42)	El «oro del honor» en los relieves de El Amarna (siglo XIV a. C.).
La segunda carroza (41,43)	El carro llega a Egipto con los hicsos (siglos XVII-XVI a. C.).
Zafnat-Panéaj, Asenet (41,45)	Nombres de un tipo frecuente en el primer milenio; auge de la diosa Neit en los siglos VII-VI a. C.
Pastores en Gesén (47,4)	Papiro de hacia 1210 a. C.: pastores de Edom pasan a los estanques del delta «para mantenerlos con vida».
Tierras de los sacerdotes (47,22)	Grandes dominios de los templos (papiro Harris I, siglo XII a. C.).
Ciento diez años (50,22)	La vida ideal en los textos egipcios (Instrucción de Ptahhotep).

Unos detalles encajan con el segundo milenio a. C., y otros, como la forma de los nombres, con el primero: muchos estudiosos piensan que la historia conserva recuerdos antiguos contados con el colorido de épocas posteriores.

PAUSA

1. José no se atribuyó el mérito: «no seré yo, sino Dios». ¿Qué éxito tuyo necesitas reconocer como don de Dios?
2. José preparó en la abundancia lo que haría falta en la escasez. ¿Cómo estás usando tus «años de abundancia»?
3. José llamó a Egipto «la tierra de mi aflicción», pero allí fue fecundo. ¿Qué lugar difícil de tu vida podría ser fecundo?

Para orar. *Señor, que en los años buenos y en los malos sepa decir siempre: no yo, sino tú.*

42

Los hermanos bajan a Egipto

El hambre llega a Canaán, y diez hermanos de José bajan a Egipto a comprar trigo. Se postran ante el gobernador sin reconocerlo, y se cumple el primer sueño. José los reconoce, pero no se descubre: los acusa de espías, los encarcela tres días y retiene a Simeón como rehén hasta que traigan a Benjamín. Empieza así una serie de pruebas que ocupa tres capítulos (42–44). No son venganza: José necesita saber si sus hermanos han cambiado. Y en la prueba, la conciencia de los hermanos, dormida durante veinte años, se despierta.

Diez hermanos en Egipto

1 Y oyendo Jacob que se vendían víveres en Egipto, dijo a
sus hijos: ¿Por qué os estáis sin hacer ninguna
diligencia? [1] 2 He oído que se vende trigo en Egipto; bajad
allá [2], y compradnos lo necesario, para que podamos vi-
vir, y no muramos de hambre. 3 Bajando, pues, diez her-
manos de José [3] a comprar granos en Egipto, 4 retenido en
casa Benjamín [4] por Jacob, que dijo a sus hermanos: No
sea que le suceda en el camino algún desastre. 5 Entraron
en la tierra de Egipto con otras gentes que iban también a
comprar; porque se sentía el hambre en la tierra de Ca-
naán.

6 Y en la tierra de Egipto mandaba José, y a su arbitrio se
vendían los granos a los pueblos. Pues como sus hermanos
le hubiesen adorado [5], 7 y José los conoció a ellos, hablán-
doles con alguna aspereza como a extraños [6], les pregun-
tó: ¿De dónde venís vosotros? De la tierra de Canaán, res-
pondieron, a comprar lo necesario para el sustento. 8 Y
aunque conoció José a sus hermanos, no fue conocido de
ellos [7].

9 Entonces, acordándose de los sueños que había tenido en
otro tiempo, les dijo: Vosotros sois espías [8] que habéis ve-
nido a reconocer los parajes menos fortificados de la tie-
rra. 10 Señor, no es así, respondieron ellos; sino que tus
siervos han venido a comprar qué comer. 11 Todos somos
hijos de un mismo padre [9]: venimos en paz, ni tus siervos
maquinan mal alguno. 12 José les respondió: No, antes
muy al contrario, vosotros habéis venido a observar los lu-
gares indefensos de este país. 13 Mas ellos dijeron: Somos
nosotros siervos tuyos, doce hermanos, hijos de un mismo
padre, en la tierra de Canaán; el más chico queda con
nuestro padre, el otro ya no existe [10]. 14 Ahora me confir-
mo, dijo José, en lo que tengo dicho: Espías sois. 15 Desde
luego voy a probar si decís la verdad: por vida del faraón [11]
que no saldréis de aquí hasta tanto que comparezca ese
vuestro hermano más chico. 16 Enviad uno de vosotros que
le traiga; y vosotros, entre tanto, quedaréis presos, mien-

tras se averigua si son falsas o verdaderas las cosas que habéis dicho; cuando no, por vida del faraón que espías sois.

La prueba

17 En consecuencia los metió en la cárcel por tres días [12].
18 Pero al tercero, sacándolos de ella, dijo: Haced lo que os
he dicho, y quedaréis con vida; porque yo temo a Dios [13].
19 Si sois gente de paz, quede atado en la cárcel un hermano
vuestro; y vosotros id a llevar a vuestras casas los granos
que habéis comprado, 20 y traedme a vuestro hermano me-
nor, para que yo pueda certificarme de vuestros dichos y
vosotros no seáis condenados a muerte. Lo hicieron como
él decía,

21 y conversaban entre sí, diciendo: Justamente padecemos
lo que padecemos [14], por haber pecado contra nuestro
hermano, y porque al ver las angustias de su alma, cuando
nos rogaba que tuviésemos compasión de él, nosotros no
le escuchamos; por esto nos ha sobrevenido esta tribula-
ción. 22 Uno de ellos, Rubén, dijo: ¿Por ventura no os dije
yo entonces: No cometáis ese crimen contra el muchacho,
y no hicisteis caso? Mirad cómo Dios nos demanda su
sangre [15]. 23 No sabían ellos que José los entendía, pues les
hablaba por intérprete [16]. 24 Y se retiró por un poco de
tiempo, y lloró [17]; y habiendo vuelto, les habló otra vez.
25 E hizo prender a Simeón [18], y atarle en presencia de
ellos; y mandó a los ministros que les llenasen de trigo los

costales, y el dinero de cada uno lo metiesen dentro de los sacos, dándoles además víveres para el camino; los cuales así lo hicieron.

El regreso a Canaán

[26] Con esto, cargando ellos el grano en sus jumentos, marcharon. [27] En la posada, abriendo uno de ellos el costal para dar un pienso al jumento, visto el dinero en la boca del saco, [28] dijo a sus hermanos: Me han vuelto el dinero; vedle aquí en el saco. Ellos, atónitos y sobresaltados, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que ha hecho Dios con nosotros? [19]

[29] Llegaron, en fin, a su padre Jacob, en el país de Canaán, y le contaron todo lo acontecido, diciendo: [30] El señor de aquella tierra nos habló con aspereza, y pensó que íbamos a espiar el país. [31] Nosotros le respondimos: Somos gente de paz, no maquinamos asechanza alguna. [32] Doce hermanos fuimos hijos de un mismo padre: uno ya no existe y el más pequeño está con nuestro padre en tierra de Canaán. [33] Nos dijo él: De este modo averiguaré si sois gente de paz: dejad en mi poder un hermano vuestro, y tomad los víveres que necesitéis para vuestras familias, e idos, [34] y traedme vuestro hermano el más pequeño, a fin de que yo conozca que no sois espías, y vosotros podáis recobrar a éste que queda preso, y en adelante tengáis facultad de venir a comprar aquí lo que quisiereis.

35 Dicho esto, al vaciar los granos, todos hallaron atado el
dinero en la boca de los costales [20]; y todos a una queda-
ron asombrados. 36 Les dijo entonces su padre Jacob: Voso-
tros me habéis dejado sin hijos. José ya no existe; Simeón
está en cadenas; y queréis aun quitarme a Benjamín; todos
estos desastres han recaído sobre mí. 37 Le respondió Ru-
bén: Quita la vida a mis dos hijos [21] si yo no te le devolvie-
re; entrégamele a mí, que yo te le restituiré. 38 Pero Jacob
replicó: No irá mi hijo con vosotros; su hermano murió, y
ha quedado sólo éste; si le acaeciere algún desastre en el
país a donde vais, precipitaréis con la pesadumbre mis ca-
nas en el sepulcro [22].

¿Sabías que?

En la tumba de Jnumhotep II, en Beni Hasán (Egipto), una pintura de hacia el año 1890 a. C. muestra la llegada de treinta y siete «asiáticos» guiados por su jefe Abisha: hombres con barba, mujeres con vestidos de colores, niños, asnos cargados y armas. Es la imagen más famosa de cómo pudieron ser las familias de los patriarcas al bajar a Egipto.

PAUSA

1. Los hermanos tardaron veinte años en hablar de su pecado. ¿Hay algo en tu pasado que todavía no has puesto en palabras ante Dios?
2. «No está», decían los hermanos, para no decir «lo vendimos». ¿Qué palabras usas tú para no llamar a tus faltas por su nombre?
3. José puso a prueba a sus hermanos sin buscar venganza. ¿Cómo distingues tú entre justicia y rencor?

Para orar. *Señor, que la memoria de mis culpas no me hunda, sino que me lleve a tu misericordia.*

43

Benjamín en Egipto

El hambre aprieta, y Jacob tiene que dejar ir a Benjamín, el único hijo de Raquel que le queda. Judá se hace responsable de él con su propia vida, y Jacob lo deja partir con regalos, el doble de dinero y una oración. En Egipto, en lugar del castigo que temen, los hermanos encuentran agua para los pies, a Simeón liberado y un banquete. José ve a su hermano menor y tiene que salir a llorar a escondidas. En la mesa, una nueva prueba: Benjamín recibe una porción cinco veces mayor. ¿Volverá la envidia?

Judá se hace fiador

1 Entretanto el hambre afligía cruelmente la tierra toda. 2 Y
consumidos los víveres traídos de Egipto, Jacob dijo a sus
hijos: Volved a comprar algunos víveres. 3 Respondió
Judá [1]: Aquel señor que manda allí, nos intimó con pro-
testa de juramento diciendo: No veréis mi cara si no traéis
con vosotros a vuestro hermano menor. 4 En este supues-
to, si quieres enviarle con nosotros, marcharemos juntos y
te traeremos lo necesario; 5 pero si no te determinas a en-
viarle, no iremos; porque el señor aquel, como tantas ve-
ces hemos dicho, nos declaró con palabras formales que

no esperásemos ver su cara sin llevar nuestro hermano más mozo.

6 Les dijo Israel [2]: Para desdicha mía le hicisteis saber que todavía teníais otro hermano. 7 Mas ellos respondieron: Nos examinó aquel señor punto por punto acerca de nuestra familia, si el padre vivía, si teníamos otro hermano; y nosotros le respondimos consiguientemente según el interrogatorio que nos hizo. ¿De dónde podíamos saber que nos hubiese de decir: Traedme con vosotros a vuestro hermano? 8 Judá dijo también a su padre: Envía conmigo el chico [3], para que podamos ponernos luego en camino, y conservar la vida y no perezcamos nosotros y nuestros niños. 9 Yo respondo del muchacho [4]; pídeme a mí cuenta de él; si no te lo volviere a traer y pusiere en tus manos, consiento en que jamás me perdones ese pecado. 10 Si no fuera por esta demora, estaríamos ya otra vez de vuelta.

11 Al fin Israel su padre les dijo: Si así es preciso, haced lo que quisiereis. Tomad en vuestras vasijas de los frutos más exquisitos de esta tierra, para ofrecer presentes a aquel señor: un poco de resina o bálsamo, y de miel, y de estoraque, y de lágrimas de mirra y de terebinto y almendras [5]. 12 Llevad también doblada cantidad de dinero, y volved aquel otro que hallasteis en los sacos; no sea que haya sucedido eso por equivocación [6]. 13 En fin, llevaos a vuestro hermano, e id a aquel señor. 14 Ojalá el Dios

mío todopoderoso os le depare propicio, y deje volver con vosotros a vuestro hermano que tiene allí preso, y a este mi Benjamín. Y entretanto yo quedaré como huérfano sin hijos [7].

El banquete en casa de José

15 Tomaron, pues, éstos los regalos y doble dinero, y a Benjamín, y bajaron a Egipto, y se presentaron a José. 16 El cual luego que los vio, y a Benjamín con ellos, dio esta orden a su mayordomo: Mete esos hombres en mi casa, y degüella víctimas [8], y dispón un convite, porque a mediodía han de comer conmigo. 17 El mayordomo ejecutó lo que se le había mandado, y los hizo entrar en casa.

18 Ellos con eso atemorizados, se decían uno al otro: Por el dinero que nos hallamos la otra vez [9] en nuestros costales, nos meten aquí, con el fin de hacer caer más sobre nosotros la calumnia, y sujetarnos a la esclavitud, y apoderarse de nuestros jumentos. 19 Por lo cual, en la misma puerta, llegándose al mayordomo de la casa, 20 le dijeron: Te suplicamos, señor, que nos escuches. Ya otra vez hemos venido a comprar granos, 21 y después de comprados, así que llegamos al mesón, abrimos nuestros costales y encontramos el dinero en la boca de los sacos, el cual devolvemos ahora del mismo peso o valor [10]. 22 Además de éste traemos otro para comprar lo que necesitamos; no hemos podido saber quién le metió en nuestras bolsas. 23 A lo que respondió el

mayordomo: Estad tranquilos; no tenéis que temer; vuestro Dios, y el Dios de vuestro padre, os ha puesto esos tesoros [11] en vuestros sacos; pues el dinero que me disteis, lo tengo ya abonado, y me doy por satisfecho. Dicho esto, les presentó libre a Simeón. [24] Y después de introducidos en casa, les trajo agua con que lavaron sus pies [12], y dispuso que se diese pienso a los jumentos. [25] Ellos, por su parte, disponían los presentes para cuando entrase José al mediodía; porque habían oído que tenían que comer allí.

[26] Entró, pues, José en su casa, y le ofrecieron los presentes, teniéndolos en sus manos, y le adoraron postrados en tierra [13]. [27] Pero él, resaludándolos con afabilidad, les preguntó: ¿Goza de salud vuestro anciano padre [14], de quien me hablasteis? ¿Vive todavía? [28] A lo que respondieron: Salud goza vuestro siervo, nuestro padre; aún vive. Y otra vez inclinados le adoraron. [29] En esto, alzando José los ojos, vio a Benjamín, su hermano uterino, y dijo: ¿Es ése vuestro hermano el pequeño, de quien me hablasteis? E inmediatamente añadió: Dios te dé su gracia, hijo mío [15], y te bendiga. [30] Y se retiró a toda prisa, porque se le conmovieron las entrañas [16] a causa de su hermano, y se le saltaban las lágrimas; y entrando en su gabinete, prorrumpió en llanto.

[31] Y saliendo fuera otra vez, después de haberse lavado la cara, se reprimió [17] y dijo a sus criados: Traednos de co-

mer. 32 Puestas, pues, separadamente las mesas, una para
José, otra para sus hermanos, y la tercera para los egipcios
también convidados, (pues no es lícito a los egipcios comer
con los hebreos [18], y tienen por profano semejante ban-
quete) 33 se sentaron en presencia de José, primero el pri-
mogénito según su mayoría [19], y últimamente el más pe-
queño según su edad. Y estaban en extremo maravillados,
34 al ver que de las porciones que habían recibido de él,
cupo la mayor a Benjamín, por manera que era cinco veces
mayor que la de los otros [20]. Y bebieron, y se alegraron en
su compañía.

¿Sabías que?

La resina del terebinto, el árbol del que viene el regalo de Jacob, era un producto de lujo en todo el Mediterráneo. En el barco hundido hacia el año 1320 a. C. frente a Uluburun, en la costa de Turquía, los arqueólogos hallaron más de cien ánforas cananeas, la mayoría llenas de esa resina, que probablemente se usaba como incienso.

PAUSA

1. Judá se ofreció como fiador de su hermano. ¿De quién te haces responsable tú?
2. Los hermanos temían un castigo y encontraron un banquete. ¿Qué temor tuyo podría ser en realidad una gracia que todavía no reconoces?

Para orar. *Señor, que tus entrañas de misericordia se conmuevan por mí como las de José por su hermano.*

44

La copa de plata

La última prueba: la copa de José aparece en el costal de Benjamín, y el muchacho quedará como esclavo en Egipto. Los hermanos podrían volver libres a casa, como hace veinte años, cuando volvieron sin José. Pero esta vez no abandonan a su hermano: rasgan sus vestidos, vuelven todos a la ciudad y se postran ante el gobernador. Judá pronuncia entonces uno de los discursos más largos y más conmovedores del Génesis (vv. 18-34), y se ofrece como esclavo en lugar de Benjamín. Es el momento de la verdadera conversión de los hermanos.

La prueba de la copa

1 Y dio José esta orden a su mayordomo, diciéndole: Llénales de trigo los costales, hasta que no quepa más, y pon el
dinero de cada uno en la boca del saco. 2 Pon además mi
copa o vaso de plata [1] en la boca del costal del más mozo,
junto con el dinero que ha dado por el trigo. Y se ejecutó
así. 3 Al romper el día fueron despachados con sus jumentos. 4 Ya habían salido de la ciudad y caminando algún trecho, cuando José llamando al mayordomo: Marcha, le
dijo, ve corriendo en seguimiento de ellos; y alcanzados
que sean, diles: ¿Cómo habéis vuelto mal por bien? [2] 5 La
copa que habéis hurtado, es la misma en que mi amo bebe,

y de que suele servirse para adivinar [3], y para saber ahora lo que sois. Os habéis portado pésimamente.

6 El mayordomo ejecutó puntualmente la orden. Y habiéndolos alcanzado, se lo repitió palabra por palabra. 7 Mas ellos respondieron: ¿Por qué habla así mi señor, como si sus siervos hubiesen cometido una maldad tan grande? 8 El dinero que hallamos en la boca de nuestros sacos, te lo volvimos a traer desde la tierra de Canaán [4]; ¿cómo cabe, pues, que nosotros hayamos robado oro ni plata de casa de tu amo? 9 Cualquiera de tus siervos, en cuyo poder fuere hallado lo que buscas, muera [5], y nosotros quedaremos por esclavos del señor nuestro. 10 Bien está, respondió el mayordomo: Ejecútese vuestra sentencia; pero no: cualquiera en cuyo poder se hallare, será mi esclavo, y los demás quedaréis libres [6].

11 Con lo que echando a toda prisa los costales en tierra, abrió cada uno el suyo. 12 Y el mayordomo, habiéndoles registrado, empezando por el del mayor, hasta llegar al del más mozo, halló la copa en el costal de Benjamín. 13 Pero ellos, rasgando sus vestidos [7] y cargados otra vez los jumentos volvieron a la ciudad.

Judá se ofrece por Benjamín

14 Judá el primero [8], seguido de los hermanos, entró en casa de José (que no se había movido de ella), y todos a una

se postraron en tierra. 15 Les dijo José: ¿Por qué os habéis
atrevido a hacer tal cosa? ¿No sabéis que no hay hombre
semejante a mí en la ciencia de adivinar [9]? 16 Al cual con-
testó Judá: ¿Qué responderemos a mi señor?; ¿o qué ha-
blaremos, ni de qué modo podremos justificarnos? Dios
ha manifestado la ocasión de castigar la iniquidad de tus
siervos [10]; esclavos somos todos ya de mi señor, tanto no-
sotros como aquel en cuyo poder se ha encontrado la copa.
17 Respondió José: Líbreme Dios de hacer tal cosa [11]; el que
robó mi copa, ése sea mi esclavo; mas vosotros id libres a
vuestro padre.

18 Entonces Judá, acercándose más a José [12], dijo alentada-
mente: Permite, ¡oh señor mío!, que tu siervo hable una
palabra en tus oídos, y no te enojes contra tu esclavo, por-
que tú eres después del faraón [13]. 19 Tú, señor mío, la pri-
mera vez preguntaste a tus siervos: ¿Tenéis padre u otro
hermano? 20 Y nosotros, mi señor, te respondimos: Tene-
mos un padre anciano y un hermano más pequeño, que le
nació en su vejez, cuyo hermano uterino es muerto; y éste
sólo queda de su madre, por lo que le ama su padre
tiernamente [14]. 21 Y dijiste a tus siervos: Traédmele acá
que quiero verle. 22 Mas respondimos a mi señor: No puede
el chico dejar a su padre; porque si le deja, le costará al pa-
dre la vida. 23 Pues si no viniere vuestro hermano menor

con vosotros, nos dijiste tú a tus siervos, no tenéis que volver a mi presencia.

24 Con esto, habiendo llegado a casa de nuestro padre y siervo tuyo, le contamos todas las cosas que habló mi señor. 25 Y como nuestro padre, pasado algún tiempo nos dijese: Volved a Egipto y compradnos un poco de trigo, 26 le respondimos: No podemos ir allá solos: si nuestro hermano menor viene con nosotros, iremos juntos; de lo contrario, sin él, no tenemos valor para presentarnos ante aquel señor. 27 A lo que respondió: Vosotros sabéis que he tenido dos hijos de mi esposa Raquel [15]: 28 Uno salió de casa y dijisteis: Una fiera se lo ha devorado [16]; y hasta ahora no apareció. 29 Si os lleváis también a éste, y le sucede algún azar en el camino, seréis causa de que mis canas desciendan con dolor a la sepultura.

30 Si yo voy a casa de tu siervo, nuestro padre, y no llevo a este muchacho (de cuya vida está pendiente la del padre [17]), 31 luego que vea que no vuelve con nosotros, morirá; y tus siervos abrumarán su vejez con tan grande dolor, que le conducirá al sepulcro. 32 Sea yo personalmente tu esclavo, yo que le he recibido a mi cargo y salí por fiador, habiendo dicho: Si no te le restituyere, seré para siempre reo de pecado contra mi padre. 33 Por tanto yo quedaré por esclavo tuyo [18] y serviré a mi señor en lugar del muchacho, a fin de que pueda éste volverse con sus

hermanos. 34 Porque yo no puedo volver a mi padre sin el
muchacho, por no presenciar la extrema aflicción 19 que
ha de acabar con él.

¿Sabías que?

La historia de José ha inspirado también a los músicos. Georg Friedrich Händel compuso el oratorio *José y sus hermanos*, estrenado en Londres en 1744, y el compositor francés Étienne Méhul, la ópera *José* (1807). En los dos casos, el centro de la obra es la escena del reconocimiento entre los hermanos.

PAUSA

1. Los hermanos tuvieron la ocasión de abandonar a Benjamín y no lo hicieron. ¿Cómo has cambiado tú respecto a tus errores del pasado?
2. Judá aceptó el amor de su padre por Benjamín sin envidia. ¿Qué preferencias o límites de los tuyos te cuesta aceptar?
3. Judá se ofreció en lugar de su hermano. ¿Por quién estarías dispuesto a dar algo de ti?

Para orar. *Señor Jesús, León de Judá, que te entregaste por mí, enséñame a cargar con mis hermanos.*

45

«Yo soy José»

José ya no puede contenerse: hace salir a todos, llora a gritos y se da a conocer a sus hermanos. No hay reproches. José relee toda su historia a la luz de Dios: «no he sido enviado acá por designio vuestro, sino por voluntad de Dios». Abraza a Benjamín y a todos los demás, y por fin pueden hablarse. El faraón invita a toda la familia a Egipto, y los hermanos vuelven a Canaán con carros y regalos. Jacob, al saber que su hijo vive, revive. Sobre el perdón de José, ver «Para profundizar» al final del capítulo.

José se da a conocer

1 Ya no podía José contenerse más en presencia como estaba de mucha gente; por lo que mandó que todos se retirasen, para que ningún extraño asistiese al mutuo reconocimiento [1]. 2 Y luego prorrumpió en llantos a voz en grito [2], que oyeron los egipcios y toda la familia del faraón. 3 En seguida dijo a sus hermanos: Yo soy José [3]. ¿Y vive todavía mi padre? No podían sus hermanos responderle, a causa de su gran terror y espanto.

4 Mas él, con semblante apacible: Llegaos a mí, les dijo; y habiéndose ellos acercado, añadió: Yo soy José vuestro

hermano [4], a quien vendisteis para ser traído a Egipto.
5 No temáis, ni os desconsoléis por haberme vendido [5]
para estas regiones; porque por vuestro bien dispuso Dios
que viniese yo antes que vosotros a Egipto. 6 Porque dos
años ha que comenzó la carestía [6] en el país, y aún restan
cinco en que no habrá siembra, ni siega. 7 Así que el Señor
me ha enviado delante a fin de que vosotros os conservéis
sobre la tierra [7], y tengáis alimento para sostener la vida.
8 No he sido enviado acá por designio vuestro, sino por voluntad de Dios; el cual ha hecho que yo sea como padre del
faraón [8], y dueño de su casa toda, y príncipe en toda la
tierra de Egipto.

9 Apresuraos, y volved luego a mi padre, y decidle: Esto te
envía a decir tu hijo José: Dios me ha hecho como señor en
toda la tierra de Egipto [9]; ven a mí, no te detengas, 10 y habitarás en la tierra de Gesén [10]; y estarás cerca de mí, tú y
tus hijos, y los hijos de tus hijos, tus ovejas y ganados mayores, y todo cuanto posees. 11 Y allí te alimentaré (pues
faltan todavía cinco años de hambre), para que no perezcáis tú, y tu familia, y todo lo que posees. 12 Reparad que
vuestros ojos, y los ojos de mi querido hermano Benjamín,
están viendo que soy yo quien os hablo en persona [11].
13 Referid a mi padre toda la gloria mía, y todas cuantas cosas habéis visto en Egipto; apresuraos, y conducídmele
aquí.

El abrazo y la invitación del faraón

14 Y arrojándose sobre el cuello de su hermano Benjamín,
abrazados con él echó a llorar, llorando éste igualmente
sobre su cuello. 15 Besó también José a todos sus herma-
nos, llorando sobre cada uno de ellos; después de cuyas de-
mostraciones cobraron aliento para conversar con él [12].
16 Al punto corrió la voz y se divulgó generalmente esta no-
ticia en el palacio del rey: Han venido los hermanos de
José; y se holgó de ellos el faraón [13] y toda su corte. 17 Y así
dijo a José que diese a sus hermanos esta orden expresa:
Cargad los jumentos y marchad a tierra de Canaán; 18 y sa-
cad de allí a vuestro padre, y la parentela, y venid a mí,
que os daré todos los bienes de Egipto, para que os alimen-
téis de lo mejor y más precioso de la tierra. 19 Ordénales
asimismo que lleven carros de la tierra de Egipto [14], para
el transporte de sus niños y mujeres, y diles: Tomad a
vuestro padre y apresuraos a venir cuanto antes, 20 sin de-
jar nada de vuestros ajuares; porque todas las riquezas de
Egipto serán vuestras.

21 E hicieron los hijos de Israel así como se les mandó. Y les
dio José, según la orden del faraón, carros y víveres para el
camino. 22 Mandó también presentar a cada uno dos vesti-
dos; pero a Benjamín le dio cinco muy preciosos [15], con
trescientas monedas de plata. 23 Remitió para su padre
igual cantidad de dinero y de vestidos, a más de diez asnos

cargados de toda especie de preciosidades de Egipto, y otras tantas borricas que llevasen trigo y panes para el camino. 24 Con esto despidió a sus hermanos; y cuando partían, les dijo: No tengáis disputas entre vosotros en el camino [16].

Jacob revive

25 Ellos, subiendo de Egipto, vinieron a la tierra de Canaán a Jacob, su padre. 26 Y le dieron la nueva, diciendo: Vive tu hijo José; y él es el señor que manda en toda la tierra de Egipto. Oído esto, Jacob, como quien despierta de un profundo letargo, no acababa de creerles [17]. 27 Ellos, para convencerle, le relataban todo lo sucedido. Mas cuando hubo visto los carros y todo el aparato de las cosas remitidas, vivió su espíritu [18], 28 y dijo: Bástame a mí que viva todavía José [19], el hijo mío. Iré, y le veré antes que me muera.

> **¿Sabías que?**
>
> El 17 de octubre de 1960, el papa san Juan XXIII, cuyo nombre de bautismo era Giuseppe (José), recibió a un grupo de unos ciento treinta judíos de los Estados Unidos y los saludó con las palabras de este capítulo: «Yo soy José, vuestro hermano». Fue un gesto que preparó el diálogo entre católicos y judíos del concilio Vaticano II.

La vida de José

Edad	Qué pasó	Cita
17	Vendido por sus hermanos (la Vulgata dice 16 años)	37,2
17 – 30	Esclavo en casa de Putifar y preso en la cárcel del rey	39 – 40
30	Interpreta los sueños del faraón y es nombrado gobernador	41,46
30 – 37	Siete años de abundancia; nacen Manasés y Efraín	41,47-52
38 – 39	Sus hermanos bajan dos veces a comprar trigo	42 – 44
39	Se da a conocer en el segundo año del hambre; Jacob llega a Egipto con 130 años	45,6; 47,9
56	Muere Jacob, con 147 años, tras diecisiete en Egipto	47,28
110	Muere José y es embalsamado en Egipto	50,26

Edades deducidas de las cifras del texto, con los diecisiete años del hebreo. José pasó unos trece años como esclavo y preso, y más de veinte separado de su padre. Según estas cifras, Jacob tenía 91 años cuando nació José, e Isaac murió cuando José tenía unos 29, poco antes de que el faraón lo llamara (35,28).

PARA PROFUNDIZAR

Perdonar como José

La escena de 45,1-15 es una de las cumbres de la Biblia. Pero el perdón de José no es instantáneo ni ingenuo. Empezó mucho antes: cuando puso a su primer hijo un nombre que significa «Dios me ha hecho olvidar mis trabajos» (41,51), y cuando lloró a escondidas al oír a sus hermanos reconocer su culpa (42,24). Y continúa después: diecisiete años más tarde, cuando ellos todavía te-

men su venganza, tiene que volver a asegurárselo con lágrimas (50,15-21). El perdón es un camino, no un momento.

José no perdona negando el mal. Dice con claridad: «yo soy José vuestro hermano, a quien vendisteis» (45,4). Perdonar no es fingir que no pasó nada, ni llamar bien al mal. Por eso el Catecismo, al hablar de la providencia, cita a José con cuidado: Dios puede sacar un bien de las consecuencias de un mal, sin que por ello el mal se convierta en un bien (n. 312). El perdón cristiano mira la herida de frente, y renuncia a la venganza.

Las pruebas a las que José somete a sus hermanos (la acusación de espionaje, la retención de Simeón, la copa en el saco de Benjamín) se han leído de muchas maneras. ¿Venganza disfrazada? El texto sugiere otra cosa: José llora cada vez que los ve sufrir, y sus pruebas reproducen la situación de veinte años antes, para ver si los hermanos abandonarán otra vez a un hijo de Raquel. Es la sabiduría de quien quiere una reconciliación verdadera, no solo una paz superficial. Y la reconciliación llega cuando los hermanos cambian: Judá se ofrece como esclavo en lugar de Benjamín (44,33). El perdón se ofrece siempre; la reconciliación plena necesita también la conversión de quien ofendió.

Jesús llevó esta enseñanza hasta el extremo. A Pedro, que le preguntaba si bastaba perdonar siete veces, le respondió «setenta veces siete», y contó la parábola del siervo que, perdonado de una deuda enorme, no quiso perdonar una pequeña (Mt 18,21-35). En el padrenuestro pedimos ser perdonados «como también nosotros perdonamos». El Catecismo comenta que ese «como» no es una exigencia imposible: el corazón que se abre al Espíritu Santo

puede transformar la herida en compasión y purificar la memoria, convirtiendo la ofensa en intercesión (nn. 2842-2843). Y recuerda que el perdón cristiano llega hasta los enemigos (n. 2844) y no tiene límite (n. 2845).

Perdonar tampoco significa renunciar a la justicia ni exponerse sin prudencia. José no deja de ser gobernador, ni sus hermanos dejan de reconocer lo que hicieron; pero José renuncia a ocupar el lugar de Dios: «¿acaso estoy yo en lugar de Dios?» (50,19, según el hebreo). Cuando alguien ha sufrido un daño grave, perdonar puede llevar tiempo, y requerir ayuda, oración y a veces también la justicia de los tribunales. La Iglesia no pide olvidar, sino no dejar que el mal tenga la última palabra.

Hay un último detalle. José dice a sus hermanos: «no temáis, ni os desconsoléis» (45,5). El perdón no solo libera al ofendido del rencor; libera también al culpable de su vergüenza. Por eso la imagen de José que abraza a los que lo vendieron ha sido leída como figura de Cristo resucitado, que se presenta a los discípulos que lo abandonaron con la palabra «paz a vosotros» (Jn 20,19) y los llama «mis hermanos» (Jn 20,17).

PAUSA

1. José dijo «me vendisteis», pero también «Dios me envió». ¿Puedes mirar alguna herida de tu vida con esas dos frases a la vez?
2. José protegió a sus hermanos de la vergüenza pública. ¿Cómo perdonas tú: humillando o levantando?

Para orar. *Señor, que sabes sacar bien del mal, dame un corazón capaz de perdonar como José.*

46

Israel baja a Egipto

Jacob deja la tierra prometida con toda su familia para ir a Egipto. En Bersabee, el último santuario de sus padres, Dios le habla por última vez en el Génesis: «no temas... yo iré allá contigo». Sigue la lista de los setenta descendientes de Jacob que bajan a Egipto (vv. 8-27), que el libro del Éxodo recordará al comenzar. El capítulo culmina con el abrazo entre el padre y el hijo después de más de veinte años, y con las instrucciones de José para que su familia viva aparte, en Gesén.

Dios habla a Jacob en Bersabee

1 Puesto Israel en camino con todos sus haberes, vino al
Pozo del Juramento [1]; donde después de inmoladas víc-
timas al Dios de su padre Isaac, 2 oyó en una visión de noche
a Dios, que le llamaba, y decía: ¡Jacob, Jacob! [2] Al cual
respondió: Aquí me tienes. 3 Le dijo Dios: Yo soy el fortísi-
mo Dios de tu padre; no tienes que temer. Desciende a
Egipto [3], que allí te haré cabeza de una nación grande.
4 Yo iré allá contigo, y seré tu guía cuando vuelvas [4]. Y
José cerrará tus ojos, así que mueras.

5 Partió, pues, Jacob del Pozo del Juramento, y sus hijos le
llevaron junto con los niños y mujeres, en los carros remi-

tidos por el faraón para conducir al anciano, [6] y todo cuanto tenía en la tierra de Canaán. Y llegó a Egipto con toda su descendencia [5], [7] sus hijos y nietos, e hijas, y toda la familia entera.

Los setenta de la casa de Jacob

[8] He aquí los nombres de los hijos de Israel [6], al entrar él con toda su familia en Egipto. El primogénito Rubén. [9] Hijos de Rubén: Enoc, y Fallú, y Hesrón y Carmí. [10] Hijos de Simeón: Jamuel y Jamín, y Ahod, y Jaquin, y Sohar y Saúl, hijo de la cananea [7]. [11] Hijos de Leví: Gerson y Caat y Merari [8]. [12] Hijos de Judá: Her, y Onán, y Sela, y Fares y Zara; si bien Her y Onán habían muerto en la tierra de Canaán. A Fares le nacieron Hesrón y Hamul [9]. [13] Hijos de Isacar: Tola, y Fua, y Job y Semrón. [14] Hijos de Zabulón: Sared, y Elón y Jahelel.

[15] Estos son los hijos de Lía, que los parió en Mesopotamia de Siria, como también a Dina, hija suya. Todos sus hijos e hijas eran treinta y tres personas [10]. [16] Hijos de Gad: Sefión, y Haggi, y Suni, y Esebón, y Heri, y Arodi y Areli. [17] Hijos de Aser: Jamne, y Jesua, y Jesui y Beria con su hermana Sara [11]. Hijos de Beria: Heber y Melquiel. [18] Estos son los hijos de Zelfa, la criada que dio Labán a su hija Lía; y en los cuales dio Jacob dieciséis personas.

19 Hijos de Raquel, esposa de Jacob: José y Benjamín. 20 A
José le nacieron en tierra de Egipto: Manasés y Efraín, que
se los parió Asenet, hija de Putifare, sacerdote de Helióp-
oli. 21 Hijos de Benjamín: Bela, y Becol, y Asbel, y Gera, y
Naamán, y Equi, y Ros, y Mofín, y Ofim y Ared. 22 Estos son
los hijos que parió Raquel a Jacob: entre todos, catorce
personas.

23 Hijos de Dan: Husín. 24 Hijos de Neftalí: Jasiel y Guni, y
Jeser y Sallem. 25 Estos son los hijos de Bala, la cual Labán
había dado a Raquel, su hija, que eran también hijos de Ja-
cob: todos siete personas. 26 Todas las almas que entraron
en Egipto con Jacob, descendientes del mismo, sin contar
las mujeres de sus hijos, fueron sesenta y seis [12]. 27 Los hi-
jos de José que le nacieron en Egipto, eran dos. Con que to-
das las personas de la casa de Jacob, entradas en Egipto,
vinieron a ser setenta.

El encuentro de Jacob y José

28 Jacob, pues, envió a Judá delante de sí [13] para avisar a
José, a fin de que saliese a su encuentro en la tierra de
Gesén [14]; 29 a donde después que Jacob llegó, subió José en
su carroza, y fue a encontrar a su padre en este mismo lu-
gar. Viéndole, se arrojó sobre su cuello [15], y deshaciéndose
en lágrimas, le abrazó. 30 Y dijo el padre a José: Ya moriré
contento, porque he visto tu rostro [16] y te dejo vivo.

31 Dijo luego José a sus hermanos y a toda la familia de su
padre: Voy a dar parte a Egipto, y le diré: Mis hermanos y
la familia de mi padre, que moraban en la tierra de Ca-
naán, han venido a mí. 32 Ellos son pastores de ovejas, y se
ocupan en criar ganados; han conducido consigo sus reba-
ños y ganados mayores, y todas las cosas que pudieron ad-
quirir. 33 Ahora bien, cuando él los llamare y dijere: ¿Cuál
es vuestro oficio? 17 34 Habéis de responder: Nosotros, tus
siervos, somos pastores desde nuestra niñez hasta el pre-
sente, así como lo fueron nuestros padres. Esto le diréis a
fin de poder quedaros en esta tierra de Gesén; porque los
egipcios miran con cierta abominación a todos los
pastores 18 de ovejas.

¿Sabías que?

En la cena de Pascua, las familias judías leen la Hagadá, que comenta frase por frase el «credo» de Dt 26,5-8: «mi padre era un arameo errante y bajó a Egipto». Al llegar a las palabras «con unos pocos hombres», la Hagadá cita Dt 10,22: «con setenta personas bajaron tus padres a Egipto». La lista de este capítulo sigue viva en la mesa de Pascua.

PAUSA

1. Dios dijo a Jacob: «Yo iré allá contigo». ¿Qué «Egipto» te da miedo, y qué cambia saber que Dios va contigo?
2. Jacob dijo: «ya moriré contento, porque he visto tu rostro». ¿Qué rostro te gustaría volver a ver?

Para orar. *Ahora, Señor, según tu palabra, puedes dejar a tu siervo irse en paz.*

47

Jacob ante el faraón

El viejo pastor se presenta ante el rey de Egipto y lo bendice, y su familia recibe la mejor tierra del país (vv. 1-12). Mientras tanto, el hambre aprieta, y José, con mano firme, concentra en el faraón el dinero, el ganado y la tierra de los egipcios, a cambio de grano y de semilla (vv. 13-26): un episodio que el narrador admira por su eficacia, pero que el lector de hoy lee con preguntas. Al final, Jacob, al sentir cerca la muerte, hace jurar a José que lo enterrará en Canaán (vv. 27-31).

La familia de Jacob ante el faraón

1 Fue, pues, José a dar parte al faraón, diciéndole: Mi padre y hermanos con sus ovejas y ganados mayores y cuanto poseen, han venido del país de Canaán, y están detenidos en la tierra de Gesén. 2 Al mismo tiempo presentó al rey cinco de sus hermanos [1], los últimos, 3 a los cuales preguntó el faraón: ¿Qué oficio tenéis? Y respondieron: Tus siervos somos pastores de ovejas, así nosotros como nuestros padres. 4 Hemos venido para vivir algún tiempo en tu tierra [2]; porque en el país de Canaán no hay hierba para los ganados de tus siervos; y va creciendo el hambre; y te pedimos que nos permitas a tus siervos estar en la tierra de Gesén. 5 El rey dijo a José: Tu padre y tus hermanos han

venido a ti. 6 La tierra de Egipto a tu vista y disposición la
tienes; dales para habitar el mejor sitio, y sea enhorabue-
na la tierra de Gesén. Y si conoces que hay entre ellos suje-
tos capaces, ponlos por mayorales de mis ganados.

7 Después de esto, introdujo José a su padre y le presentó al
rey, Jacob le saludó deseándole toda suerte de
felicidades [3]; 8 y siendo preguntado por él: ¿Cuántos son
los días de tu vida? 9 Respondió: Los días de mi
peregrinación [4] son ciento treinta años, pocos y trabajo-
sos, y no han llegado a los días de la peregrinación de mis
padres. 10 Con esto, después de haber deseado al rey toda
suerte de felicidades, se retiró.

11 José, según lo acordado con el faraón, dio a su padre y
hermanos la posesión de Ramesés [5], país el más fértil de
Egipto. 12 Y los alimentaba a ellos y a toda la familia de su
padre, dando a cada uno lo necesario para vivir [6].

La política de José en el hambre

13 Porque faltaba el pan en todo el mundo, y el hambre te-
nía oprimida toda la tierra, en especial la de Egipto y la de
Canaán, 14 de cuyos países, habiendo recogido José todo el
dinero por la venta de trigo, lo puso en el erario del rey [7].
15 Y como hubiese ya llegado a faltar el dinero a los com-
pradores, acudió todo Egipto a José, diciendo: Danos pan;
¿por qué nos has de dejar perecer delante de ti, por falta de

dinero? [16] José les respondió: Si no tenéis más dinero,
traed vuestros ganados, y por ellos os daré víveres. [17] Y ha-
biéndolos traído, les dio alimento en pago de los caballos,
y de las ovejas, y de los bueyes y de los asnos; y los sustentó
aquel año en cambio de los ganados. [18] Volvieron asimismo
al año segundo, o siguiente, y le dijeron: No te ocultare-
mos, señor nuestro, que no nos queda ni ganado, ni dine-
ro; y bien ves que a excepción de nuestros cuerpos, y de la
tierra, nada más tenemos. [19] ¿Por qué, pues, nos dejarás
morir delante de tus ojos? Tanto nosotros, como nuestras
tierras, seremos tuyos; cómpranos para servicio del rey [8],
y danos con qué sembrar, no sea que pereciendo los labra-
dores, quede la tierra despoblada.

[20] Compró, pues, José todas las tierras de Egipto, vendien-
do cada uno sus posesiones a causa del rigor del hambre; y
las adquirió para el faraón, [21] con todos sus pueblos, desde
un cabo de Egipto hasta el otro [9], [22] excepto las tierras de
los sacerdotes [10] que el rey les había dado; a los cuales
también se les distribuía cierta cantidad de alimentos de
los graneros públicos; y por consiguiente, no se vieron for-
zados a vender sus heredades.

[23] Después de esto, dijo José a los pueblos: Ya veis que el fa-
raón queda dueño de vosotros y de vuestras tierras. To-
mad semillas y sembrad los campos, [24] para que podáis te-
ner frutos. Daréis al rey la quinta parte [11]; las otras cuatro

os las dejo para simiente y mantenimiento de las familias y de vuestros hijos. 25 La vida nos has dado [12], respondieron ellos; con que nos mire favorablemente el señor nuestro, alegres serviremos al rey. 26 Desde aquel tiempo hasta el día de hoy, se paga el quinto a los reyes [13] en toda la tierra de Egipto, lo que ha venido a ser como ley; salvo las tierras de los sacerdotes, las cuales quedaron exentas de esta contribución.

Jacob pide ser enterrado en Canaán

27 Fijó, pues, Israel su morada en Egipto, es a saber, en la tierra de Gesén, cuya posesión se le dio, donde se aumentó y multiplicó sobremanera [14]. 28 Y vivió en ella diecisiete años [15]; con lo que todos los días de su vida fueron ciento cuarenta y siete años. 29 Pero como viese que se acercaba el día de su muerte, llamó a su hijo José y le dijo: Si es que me amas de veras, pon tu mano debajo de mi muslo [16], y me harás la merced de prometerme con toda verdad, que no me darás sepultura en Egipto, 30 sino que iré a descansar con mis padres [17]; y sacándome de esta tierra, me pondrás en el sepulcro de mis antepasados. Le respondió José: Yo cumpliré lo que has mandado. 31 Y Jacob: Júramelo pues. Y mientras José juraba, Israel adoró a Dios vuelto hacia la cabecera de la cama [18].

¿Sabías que?

Desde la Antigüedad tardía, muchos peregrinos cristianos creyeron que las pirámides eran los «graneros de José». En la basílica de San Marcos de Venecia, los mosaicos de la historia de José, del siglo XIII, representan los graneros de Egipto con forma de pirámide. Hoy sabemos que las pirámides eran tumbas reales, mucho más antiguas.

PAUSA

1. Jacob llamó a su vida «peregrinación». ¿Hacia dónde camina la tuya?
2. El viejo pastor bendijo al rey. ¿A quién podrías bendecir tú hoy, aunque parezca más importante que tú?
3. José repartía el pan «según el número de los niños». ¿En quiénes piensas primero cuando organizas tus bienes y tu tiempo?

Para orar. *Señor, que en los días de mi peregrinación no olvide que mi patria está en ti.*

48

Jacob bendice a Efraín y Manasés

Jacob, enfermo y casi ciego, recibe a José y a sus dos hijos. Recuerda la promesa de Betel y la muerte de Raquel, y adopta a Efraín y a Manasés como hijos propios: serán dos tribus de Israel. Después los bendice. Como en los días de Isaac, un padre ciego bendice al menor por encima del mayor, pero esta vez nadie engaña a nadie: Jacob lo hace a sabiendas, cruzando las manos, aunque José intente corregirlo. Dios sigue eligiendo a los pequeños, y Jacob, que tanto luchó por una bendición, aprende a darla.

La adopción de los hijos de José

[1] Después de estos sucesos, fue José avisado de que su padre estaba enfermo [1]; y tomando consigo a sus dos hijos
Manasés y Efraín, se puso luego en camino. [2] Le dijeron al
anciano: Mira que tu hijo José viene a verte. Y Jacob to-
mando aliento, se incorporó en la cama [2], [3] y dijo a José
luego que hubo entrado: El Dios todopoderoso se me apa-
reció en Luza [3], ciudad de la tierra de Canaán, y bendi-
ciéndome, [4] me dijo: Yo te aumentaré y multiplicaré, y te
haré padre de muchísimos pueblos; y te daré esta tierra a
ti y a tu descendencia después de ti, en perpetuo
dominio [4]. [5] Por tanto, los dos hijos que te han nacido en

la tierra de Egipto, antes que yo viniese acá, quiero que
sean míos [5]. Efraín y Manasés serán reputados tan míos
como Rubén y Simeón. [6] Los demás que después de éstos
tuvieres delante, serán tuyos; y las tierras que poseerán,
llevarán el nombre de sus hermanos. [7] Porque al venir yo
de Mesopotamia, se me murió Raquel [6] en la tierra de Ca-
naán en el mismo camino, y era tiempo de primavera; e
iba yo a entrar en Efrata, y así la enterré cerca del camino
de Efrata, que por otro nombre se llama Bethlehem o Be-
lén.

[8] Y viendo Jacob a los hijos de José, le dijo: ¿Quiénes son
ésos? [7] [9] Son mis hijos, respondió José, que Dios me ha
dado en este país. Acércamelos, dijo Jacob, que quiero
bendecirlos. [10] Porque los ojos de Israel se habían
oscurecido [8] a causa de su extremada vejez, y no podía ver
con claridad. Habiéndoselos, pues, acercado, los besó y
abrazó, [11] y dijo a su hijo: He logrado el gozo de verte; y
además de eso me ha hecho Dios la merced de dejarme ver
sucesión tuya [9]. [12] José, habiéndolos sacado del regazo de
su padre [10], se inclinó profundamente hasta el suelo.

Las manos cruzadas

[13] Puso después a Efraín a su derecha, esto es, a la izquierda
de Israel; y a Manasés a su siniestra, que corresponde a la
derecha del padre, y de esta suerte los arrimó ambos a Ja-
cob. [14] El cual extendiendo la mano derecha, la puso sobre

la cabeza del hermano menor Efraín, y la izquierda sobre la cabeza de Manasés, que era el mayor de edad, cruzando las manos de intento [11]. [15] Y bendijo Jacob a los hijos de José, diciendo: El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abrahán e Isaac, el Dios que me sustenta desde mi juventud [12] hasta el día de hoy, [16] el ángel que me ha librado de todos los males [13], bendiga estos niños; y sea sobre ellos invocado mi nombre, como también los nombres de mis padres Abrahán e Isaac, y multiplíquense más y más sobre la tierra.

[17] Pero, reparando José que su padre había puesto la mano derecha sobre la cabeza de Efraín, le sintió mucho [14], y tomando la mano de su padre, intentó alzarla de sobre la cabeza de Efraín, y trasladarla sobre la cabeza de Manasés, [18] diciendo a su padre: No están así bien las manos, padre; porque este otro es el primogénito: pon tu derecha sobre su cabeza. [19] Mas él, rehusándolo, dijo: Lo sé, hijo mío, lo sé [15]. Este será ciertamente padre de pueblos, y multiplicarse ha; mas su hermano menor será mayor que él, y su linaje se ha de dilatar en naciones. [20] Jacob, pues, los bendijo entonces, diciendo a Efraín: Tú serás modelo de bendición en Israel, y se dirá: Dios te bendiga como a Efraín y como a Manasés [16]. Y antepuso Efraín a Manasés.

[21] Dijo, en fin, a su hijo José: Bien ves que me voy a morir; Dios estará con vosotros, y os restituirá a la tierra de vues-

tros padres [17]. [22] Yo te doy de mejora sobre tus hermanos
aquella porción [18] que conquisté del amorreo con mi espada y mi arco.

¿Sabías que?

Rembrandt pintó en 1656 *Jacob bendice a los hijos de José*, hoy en el museo de Kassel, en Alemania. Jacob pone su mano derecha sobre Efraín mientras José, con suavidad, parece querer llevarla hacia Manasés, y el pintor añadió a una figura que el texto no nombra en la escena: Asenet, la madre de los muchachos.

PAUSA

1. Jacob cruzó las manos para bendecir al menor. ¿Qué «pequeños» de tu entorno necesitan tu bendición?
2. Jacob llamó a Dios «el que me ha pastoreado desde mi juventud». ¿Cómo te ha pastoreado Dios a ti?

Para orar. *Señor, pastor mío desde mi juventud, bendice a los míos y a todos los que me has confiado.*

49

Las bendiciones de Jacob

Antes de morir, Jacob reúne a sus doce hijos y pronuncia sobre cada uno una palabra poética que mira al futuro de su tribu: unas son elogios, otras reproches, otras enigmas. Es uno de los poemas más antiguos de la Biblia, lleno de juegos de palabras con los nombres de los hijos y de imágenes de animales. En el centro brilla la bendición de Judá, que la tradición judía y la cristiana han leído como una profecía del Mesías (ver «Para profundizar» al final del capítulo). Después, Jacob da instrucciones para su entierro, recoge los pies sobre la cama y muere.

Las palabras de Jacob a sus hijos

1 Llamó luego Jacob a sus hijos, y les dijo: Juntaos todos
aquí, a fin de que os anuncie las cosas que han de sucede-
ros en los días venideros [1]. 2 Reuníos y oíd, hijos de Jacob;
escuchad a Israel, vuestro padre:

3 Rubén, primogénito mío, tú, la fortaleza mía, y el princi-
pio de mi dolor [2], debías ser el más favorecido en los do-
nes y el más grande en autoridad, 4 pero te derramaste
como agua [3]; porque subiste al lecho de tu padre y profa-
naste su tálamo.

5 Simeón y Leví, hermanos en el crimen [4], instrumentos
belicosos de iniquidad. 6 No permita Dios que tenga yo
parte en sus designios, ni empañe mi gloria uniéndome
con ellos; porque en los homicidios demostraron su furor,
y en la destrucción de una ciudad su venganza [5]. 7 Maldito
su furor, porque es pertinaz; y su saña, porque es inflexi-
ble; yo los dividiré en Jacob, y los esparciré por las tribus
de Israel.

8 ¡Oh Judá! A ti te alabarán tus hermanos [6]; tu mano pon-
drá bajo el yugo a tus enemigos; adorarte han los hijos de
tu padre. 9 Tú, Judá, eres un joven y robusto león [7]; tras la
presa corriste, hijo mío; después para descansar, te has
echado cual león y a manera de leona. ¿Quién osará
despertarle? [8] 10 EL CETRO NO SERÁ QUITADO DE
JUDÁ [9], ni de su posteridad el caudillo [10], hasta que ven-
ga el que ha de ser enviado [11], y éste será la esperanza de
las naciones. 11 El Mesías o Enviado [12] ligará a la viña su
pollino, y a la cepa, ¡oh, hijo mío!, su asna. Lavará en vino
su vestido, y en sangre de las uvas su manto. 12 Sus ojos son
más hermosos que el vino, y sus dientes más blancos que
la leche.

13 Zabulón habitará en la ribera del mar [13]; y donde apor-
tan las naves extendiéndose hasta Sidón.

14 Isacar será para el trabajo, como asno robusto [14]; se
mantendrá en sus términos. 15 Consideró que el reposo o

sosiego era una cosa buena: y que su terreno es excelente;
y ha arrimado su hombro al trabajo, y sujetándose a pagar
tributos.

16 Dan será juez de su pueblo [15], a la manera de cualquier
otra tribu de Israel. 17 Venga a ser Dan como una culebra
en el camino, como un ceraste o áspid en la senda, que
muerde la uña o pie del caballo, para que caiga de espaldas
el jinete.

18 Yo, Señor, aguardaré TU SALUD [16].

19 Gad, armado de todo punto [17], irá peleando a la van-
guardia de Israel; y él mismo se dispondrá para volver ha-
cia atrás.

20 El pan de Aser es mantecoso [18] o excelente, y servirá de
regalo a los reyes.

21 Neftalí será como un ciervo que se ve suelto [19], y la gra-
cia se derramará sobre sus labios.

22 Hijo que va en auge José [20]; hijo que siempre va en auge,
y de hermoso aspecto; las doncellas corrieron sobre los
muros para mirarle. 23 Pero antes le causaron amarguras y
le armaron pendencias, y le miraron con mortal envidia
sus hermanos armados de flechas. 24 Apoyó su arco o su
confianza en el fuerte Dios, y fueron desatadas las cadenas
de sus brazos y manos por la mano del todopoderoso Dios
de Jacob, de donde salió para pastor y piedra fundamental

de Israel [21]. [25] ¡Oh hijo mío! El Dios de tu padre será tu auxiliador, y el Omnipotente te llenará de bendiciones de lo alto del cielo, de bendiciones de los manantiales de aguas abundantes de acá abajo, de bendiciones de leche y de fecundidad [22]. [26] Las bendiciones que te da tu padre Jacob sobrepujan las bendiciones de sus progenitores, hasta que venga el DESEADO de los collados eternos [23]. Recaigan estas bendiciones sobre la cabeza de José, sobre la cabeza del Nazareno o escogido entre sus hermanos [24].

[27] Benjamín, lobo rapaz [25], por la mañana devorará la presa, y por la tarde repartirá los despojos.

La muerte de Jacob

[28] Todos éstos son los caudillos de las doce tribus de Israel [26]. Estas cosas les anunció su padre, bendiciendo a cada uno con su bendición peculiar. [29] Finalmente les dio este mandamiento: Yo voy a reunirme con los antepasados míos; enterradme con mis padres en la cueva doble, que está situada en el campo de Efrón heteo, [30] enfrente de Mambre, en la tierra de Canaán; la cual compró Abrahán con el campo de Efrón heteo, para tener allí su sepultura. [31] Allí le sepultaron a él y a su esposa Sara; allí fue sepultado Isaac con Rebeca, su esposa; allí también yace enterrada Lía [27].

33 Concluidos estos encargos [28] e instrucciones a sus hijos,
recogió sus pies sobre la cama, y expiró; y fue a reunirse
con su pueblo.

¿Sabías que?

Marc Chagall realizó en 1960-1961 doce grandes vidrieras para la sinagoga del hospital Hadassah, en Jerusalén, inauguradas en 1962. Cada una representa una de las doce tribus de Israel con colores, animales y símbolos inspirados en las bendiciones de Jacob (Gn 49) y de Moisés (Dt 33), con palabras en hebreo: el león de Judá, la cierva de Neftalí, el lobo de Benjamín.

Las bendiciones de Jacob

Hijo	Imagen	La tribu después
Rubén	Agua desbordada	Al este del mar Muerto; pierde pronto importancia
Simeón y Leví	Espadas, furor	Simeón, absorbido por Judá; Leví, tribu sacerdotal sin territorio
Judá	León; cetro	La tribu de David y de Jesús; de su nombre viene «judío»
Zabulón	Puerto, naves	Baja Galilea (Jos 19,10-16)
Isacar	Asno robusto	Llanura de Jezrael
Dan	Juez; serpiente	Sansón; la tribu emigra al extremo norte (Jue 18)
Gad	Guerrero	Galaad, al este del Jordán
Aser	Pan sabroso	Costa fértil de Galilea; la profetisa Ana
Neftalí	Cierva suelta	Galilea, al oeste del lago
José	Rama fecunda	Efraín y Manasés, en el centro del país
Benjamín	Lobo	El rey Saúl y el apóstol Pablo

Moisés pronunciará otra bendición sobre las tribus antes de morir (Dt 33), que conviene comparar con esta. Allí Leví, condenado aquí por su violencia, recibe la bendición del sacerdocio.

PARA PROFUNDIZAR

El Mesías en el Génesis

Los cristianos leemos el Génesis a la luz de Cristo. Jesús mismo, el día de la resurrección, «comenzando por Moisés y por todos los profetas», explicó a los discípulos de Emaús lo que las Escritu-

ras decían de él (Lc 24,27). ¿Qué hay en el Génesis que mire hacia el Mesías? La tradición señala un hilo que recorre todo el libro.

El primer eslabón es el llamado Protoevangelio (3,15): después del pecado, Dios anuncia que un descendiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente, el primer anuncio del Mesías redentor (Catecismo, n. 410). Luego vienen las promesas a Abrahán: «en ti serán benditas todas las familias de la tierra» (12,3), repetida tras el sacrificio de Isaac, «en tu descendencia serán benditas todas las naciones» (22,18), y renovada a Isaac (26,4) y a Jacob (28,14). San Pablo ve en esa «descendencia», en singular, a Cristo (Gál 3,16). Finalmente, la bendición de Judá anuncia un rey: «el cetro no será quitado de Judá… hasta que venga» aquel a quien pertenece (49,10).

No es solo una lectura cristiana. Los traductores judíos antiguos ya leían 49,10 en clave mesiánica: el Targum de Onquelos, la traducción aramea que se leía en las sinagogas, dice «hasta que venga el Mesías, de quien es el reino», y otros targumim dicen algo parecido. Entre los manuscritos del mar Muerto, un comentario al Génesis hallado en Qumrán (4Q252) habla en este pasaje de la venida del «Mesías de justicia, el vástago de David». Los Padres de la Iglesia recogieron esta lectura: san Justino la usó en el siglo II, en su Diálogo con el judío Trifón y en su Apología, y san Hipólito de Roma y san Ambrosio escribieron comentarios enteros sobre las bendiciones de Jacob.

Torres Amat, como muchos traductores de su tiempo, quiso que el lector no pasara por alto estos textos: los escribe en MAYÚSCULAS (12,3; 18,18; 22,18; 26,4; 28,14; 49,10; 49,18; 49,26), e incluso

añade glosas como «el Mesías o Enviado» (49,11). Las traducciones actuales son más sobrias, porque distinguen entre lo que dice el texto en su sentido literal y la plenitud de sentido que le da la fe. Esa distinción no rebaja la lectura cristiana; la hace más honesta y, por eso, más sólida.

¿Cómo leer entonces estas profecías? El concilio Vaticano II enseña que la economía del Antiguo Testamento estaba ordenada sobre todo a preparar la venida de Cristo, y que sus libros, aunque contienen también cosas imperfectas y pasajeras, muestran la verdadera pedagogía de Dios (Dei Verbum, n. 15). Y recoge una frase de san Agustín: el Nuevo Testamento está latente en el Antiguo, y el Antiguo se hace patente en el Nuevo (Dei Verbum, n. 16; Catecismo, n. 129). El Catecismo explica que la lectura tipológica descubre en las obras de Dios en la Antigua Alianza prefiguraciones de lo que realizó en Cristo, sin que el Antiguo Testamento pierda por ello su valor propio (nn. 128-130).

Leídas así, las promesas del Génesis no son adivinanzas que se cumplen al pie de la letra, sino una esperanza que crece: de una victoria sobre el mal (3,15) a una bendición para todos los pueblos (12,3), y de ahí a un rey de la tribu de Judá (49,10). Jesús, «el León de la tribu de Judá» (Ap 5,5), descendiente de Abrahán y de David (Mt 1,1), recoge entera esa esperanza. Por eso Simeón, con el niño en brazos, pudo decir lo que Jacob solo esperaba: «mis ojos han visto tu salvación» (Lc 2,30; ver Gn 49,18).

PAUSA

1. ¿Qué palabra crees que diría Dios sobre tu vida, como Jacob sobre cada uno de sus hijos?
2. «Yo, Señor, aguardaré tu salvación». ¿Qué salvación esperas tú de Dios en este momento?

Para orar. *Señor, en ti espero tu salvación: ven, Deseado de las naciones.*

50

La muerte de José

El Génesis termina con dos funerales. Jacob es embalsamado como un príncipe egipcio y llevado a Canaán por un cortejo inmenso, para ser enterrado en la cueva de Macpelá. De vuelta en Egipto, los hermanos, temiendo una venganza tardía, piden perdón, y José responde con la frase que resume toda su historia: «vosotros pensasteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien». Al morir, José pide que sus huesos vuelvan algún día a la tierra prometida. El libro de los comienzos se cierra con una promesa abierta: «os visitará Dios».

El entierro de Jacob

1 Lo cual, mirando José, se arrojó sobre el rostro de su
padre [1], bañándole en lágrimas y besándole. 2 Y mandó
después a los médicos que tenía a su servicio, embalsamar
el cuerpo [2]; 3 los cuales en ejecución de lo mandado, gasta-
ron cuarenta días, que tal era la costumbre en embalsamar
los cadáveres; y le lloró Egipto setenta días [3].

4 Terminado el tiempo de luto, habló José así a la familia
principal del faraón [4]: Si he hallado gracia delante de vo-
sotros, insinuad al faraón, 5 que mi padre al morir me ju-
ramentó diciendo: Yo me muero; en la sepultura que abrí

para mí en la tierra de Canaán, allí enterrarás mi cuerpo. Iré, pues, a sepultar a mi padre, y volveré luego. 6 A lo que dijo el faraón: Anda enhorabuena y sepulta a tu padre como se lo prometiste con juramento.

7 El cual emprendió su viaje, acompañado de todos los ancianos o primeros señores del palacio del faraón, y todos los principales de la tierra de Egipto, 8 y de su propia familia y de sus hermanos, menos los niños y los ganados mayores y menores, que dejaron en la tierra de Gesén. 9 Fueron asimismo en la comitiva carros y gente de a caballo; y se juntó un gran acompañamiento. 10 De esta suerte llegaron a la Era de Atad, situada en la otra parte del Jordán [5], donde emplearon siete días en celebrar las exequias [6] con gran y acerbo llanto. 11 Lo que habiendo visto los habitantes de la tierra de Canaán, dijeron: Gran duelo es éste para los egipcios; y a consecuencia de esto se llamó aquel sitio, Llanto de Egipto.

12 Hicieron, pues, los hijos de Jacob, lo que éste les dejó encomendado; 13 y transportándolo a la tierra de Canaán, lo sepultaron en la cueva doble [7] que había comprado Abrahán junto con el campo de Efrón el heteo, enfrente de Mambre, para sepultura suya. 14 Se volvió después José a Egipto, con sus hermanos y todo el acompañamiento, luego que hubo sepultado a su padre.

José perdona a sus hermanos

15 Y como después de su muerte anduviesen temerosos los
hermanos [8] y diciéndose unos a otros: ¿Quién sabe si se
acordará José de la injuria que padeció, y nos retornará
todo el mal que le hicimos? 16 Le enviaron a decir: Tu pa-
dre antes de morir nos encargó [9], 17 que te dijésemos estas
palabras en su nombre: Te ruego que te olvides de la mal-
dad de tus hermanos, y del pecado, y de la malicia que
contra ti usaron. Nosotros también te suplicamos que per-
dones esta maldad a los siervos del Dios de tu padre. Oyen-
do José estas razones, prorrumpió en llanto. 18 Y vinieron
a él sus hermanos, y adorándole postrados en tierra, le di-
jeron: Esclavos tuyos somos [10]; aquí nos tienes.

19 A los cuales él respondió: No tenéis que temer; ¿pode-
mos acaso nosotros resistir a la voluntad de Dios? [11]
20 Vosotros pensasteis hacerme un mal; pero Dios lo con-
virtió en bien [12] para ensalzarme, como al presente lo es-
táis viendo; y para salvar a muchos pueblos [13]. 21 No te-
máis, pues; yo os mantendré a vosotros y a vuestros hijos.
Y los consoló y habló con expresiones blandas y
amorosas [14].

La muerte de José

22 Y habitó José en Egipto, con toda la familia de su padre;
y vivió ciento diez años [15], 23 y vio a los hijos de Efraín has-

ta la tercera generación. Tuvo también y acarició sobre sus rodillas [16] a los hijos de Maquir, hijo de Manasés.
[24] Pasadas todas estas cosas, habló José a sus hermanos en estos términos: Después de mi muerte os visitará Dios [17], y os sacará de esta tierra para la tierra que tiene prometida con juramento a Abrahán, a Isaac y a Jacob. [25] Y habiéndolos juramentado y dicho: Cuando Dios os visitará, transportad de este lugar mis huesos con vosotros [18]. [26] Vino a morir, cumplidos ciento diez años de su vida. Y embalsamado, fue depositado en Egipto dentro de una caja [19].

¿Sabías que?

Cuando en la sinagoga se termina de leer en público uno de los cinco libros de la Torá, como el Génesis, toda la comunidad se pone en pie y exclama en hebreo: *Jazak, jazak, venitjazek*, «¡Sé fuerte, sé fuerte, y fortalezcámonos!». Es una buena despedida para quien acaba de recorrer el libro de los comienzos.

José, figura de Cristo

José	Jesús
Hijo amado de su padre (37,3)	«Este es mi Hijo amado» (Mt 3,17)
Enviado por su padre a sus hermanos, que traman matarlo (37,13-20)	Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron (Jn 1,11)
Despojado de su túnica (37,23)	Los soldados echan a suertes su túnica (Jn 19,23-24)
Vendido por veinte siclos de plata, por consejo de Judá (37,28)	Vendido por treinta monedas de plata por Judas (Mt 26,15)
Tentado, no consiente en el pecado (39,9)	Probado en todo, menos en el pecado (Heb 4,15)
Inocente, entre dos condenados: uno vive y otro muere (40)	Crucificado entre dos malhechores (Lc 23,39-43)
Comienza su misión a los treinta años (41,46)	Comienza su vida pública hacia los treinta (Lc 3,23)
«Acudid a José, y haced cuanto él os dijere» (41,55)	«Haced lo que él os diga» (Jn 2,5)
Da pan a un mundo hambriento (41,57)	«Yo soy el pan de la vida» (Jn 6,35)
Perdona y llama «hermanos» a los que lo vendieron (45,4)	Resucitado, llama «hermanos» a sus discípulos (Jn 20,17)
Dios convierte el mal en bien para salvar a muchos (50,20)	Por la cruz, Dios trae la salvación (Hch 2,23-24)

Los Padres de la Iglesia vieron en José una de las figuras más claras de Cristo; san Ambrosio le dedicó un libro entero, *Sobre José* (hacia el año 388). La figura no borra la historia: José es un hombre real, con sus límites, en quien Dios dejó entrever lo que haría en su Hijo.

PARA PROFUNDIZAR

La providencia: Dios escribe derecho con renglones torcidos

«Vosotros pensasteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien» (50,20). Con esta frase José resume toda su vida, y el Génesis nos entrega una de sus grandes enseñanzas: Dios guía la historia, también a través de las decisiones libres, e incluso de los pecados, de los hombres. La Iglesia llama a esto providencia.

El Catecismo explica que la creación no salió de las manos de Dios plenamente acabada, y llama providencia a las disposiciones por las que Dios la conduce hacia su perfección última (n. 302). Dios no creó el mundo para abandonarlo: lo sostiene y lo guía con un cuidado concreto, que llega hasta lo más pequeño (n. 303; Mt 6,26-30; 10,29-31). Y lo hace de un modo que respeta la libertad: Dios concede a sus criaturas la dignidad de ser causas, de colaborar con Él en su plan (nn. 306-308). José no es una marioneta, ni lo son sus hermanos. Ellos eligieron vender a su hermano, y son responsables; José eligió ser fiel; y Dios tejió con todo eso la salvación de muchos.

Entonces, ¿por qué el mal? El Catecismo reconoce con humildad que a esta pregunta no se puede dar una respuesta simple: solo el conjunto de la fe cristiana la responde (n. 309). Pero afirma dos cosas. Dios no es nunca causa del mal moral; lo permite, respetando la libertad de su criatura, y sabe sacar de él el bien. Y cita a san Agustín: Dios, por ser sumamente bueno, no permitiría ningún mal en sus obras si no fuera tan poderoso y tan bueno que pudiera hacer surgir el bien del mismo mal (n. 311; Enquiridion

3,11). Inmediatamente después pone el ejemplo de José, y el caso supremo: del mayor mal moral jamás cometido, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, Dios sacó el mayor de los bienes, la glorificación de Cristo y nuestra redención; y aun así, añade, el mal no se convierte por eso en un bien (n. 312).

Muchas veces solo lo vemos después. José tardó más de veinte años en comprender. El Catecismo recoge el testimonio de santos que vivieron esta confianza en medio de la prueba: santa Catalina de Siena, que enseñaba que todo procede del amor y todo está ordenado a la salvación del hombre; santo Tomás Moro, que poco antes de su martirio consolaba a su hija en la Torre de Londres diciéndole que nada podía sucederle que Dios no quisiera; y la mística inglesa Juliana de Norwich, que oyó en la oración que todo acabaría bien (n. 313). Y concluye que solo al final, cuando termine nuestro conocimiento parcial, veremos plenamente los caminos por los que Dios ha conducido la historia (n. 314).

San Pablo lo dijo con una frase que muchos han tenido por lema: «sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les sirven para el bien» (Rom 8,28). Y la sabiduría popular de España y Portugal acuñó un refrán que expresa lo mismo: «Dios escribe derecho con renglones torcidos». No es un versículo de la Biblia, sino un proverbio; el escritor francés Paul Claudel lo puso como epígrafe de su drama *El zapato de raso* (1929), citándolo como proverbio portugués. La historia de José es quizá su mejor comentario bíblico.

Creer en la providencia no es fatalismo, como si «todo estuviera escrito», ni pasividad. José actuó con inteligencia y trabajó sin

descanso: almacenó trigo, organizó, decidió. Confiar en Dios no lo eximió de actuar; le dio libertad para hacerlo sin angustia y para perdonar sin rencor. Es la actitud que Jesús enseña: buscar primero el Reino de Dios y no agobiarse por el mañana (Mt 6,33-34). El Génesis termina así, con una familia reconciliada y un ataúd que espera en Egipto: no todo está resuelto, pero todo está en buenas manos.

PAUSA

1. José dijo: «vosotros pensasteis hacerme un mal; pero Dios lo convirtió en bien». ¿Qué mal de tu vida ves hoy, o esperas ver, transformado por Dios?
2. Los hermanos seguían temiendo años después del perdón. ¿Crees de verdad que Dios te ha perdonado?

Para orar. *Señor, que conviertes el mal en bien, enséñame a perdonar como José y a esperar tu visita como él.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulos 1 a 10

1. ¿Qué creó Dios el cuarto día? 1
2. ¿Qué significa el verbo hebreo del que viene la palabra «sábado»? 2
3. ¿Cómo se llaman los cuatro ríos del Edén? 3
4. ¿Por qué se llama «Protoevangelio» a Gn 3,15? 4
5. ¿Qué significa el nombre de Abel? 5
6. ¿Quién no muere en la genealogía del capítulo 5? 6
7. ¿Qué medidas tenía el arca? 7
8. ¿Qué traía la paloma la segunda vez que volvió? 8
9. ¿Cuál es la señal de la alianza con Noé, y qué significa su nombre en hebreo? 9
10. ¿De qué personajes vienen las palabras «hebreo» y «semita»? 10

Capítulos 11 a 25

1. ¿Qué significa «Babel» según el juego de palabras hebreo? [1]
2. ¿De qué ciudad salió Abram con su padre Taré? [2]
3. ¿Qué ofreció Melquisedec a Abram? [3]
4. ¿Qué versículo cita san Pablo al hablar de la justificación por la fe? [4]
5. ¿Qué nombre dio Agar a Dios? [5]
6. ¿Qué significa el nombre de Isaac? [6]
7. ¿Hasta cuántos justos llegó Abrahán en su intercesión por Sodoma? [7]
8. ¿Qué cargó Isaac al subir al monte, y a quién anuncia ese gesto? [8]
9. ¿Qué fue lo primero que Abrahán poseyó en la tierra prometida? [9]
10. ¿Por qué vendió Esaú su primogenitura? [10]

Capítulos 26 a 36

1. ¿Qué nombres dio Isaac a los pozos que cavó junto al torrente de Gerara? 1
2. ¿Cómo se hizo pasar Jacob por Esaú ante su padre ciego? 2
3. ¿Qué vio Jacob en sueños en Betel, y qué significa «Betel»? 3
4. ¿Cuántos años sirvió Jacob a Labán en total? 4
5. ¿Qué planta pidió Raquel a Lía a cambio de una noche con Jacob? 5
6. ¿Qué robó Raquel a su padre, y dónde lo escondió? 6
7. ¿Qué nombre nuevo recibió Jacob después de luchar toda la noche, y cómo llamó a aquel lugar? 7
8. ¿Cómo recibió Esaú a Jacob después de veinte años? 8
9. ¿Qué pidió Jacob a su familia antes de subir a Betel? 9
10. ¿Dónde murió Raquel, y qué dos nombres recibió su último hijo? 10

Capítulos 37 a 50

1. ¿Qué soñó José en sus dos primeros sueños? [1]
2. ¿Por cuánto vendieron a José, y quién lo propuso? [2]
3. ¿Qué prendas dejó Judá a Tamar? [3]
4. ¿Por qué José terminó en la cárcel? [4]
5. ¿Qué significaban las siete vacas gordas y las siete flacas? [5]
6. ¿Qué nombre egipcio dio el faraón a José, según la traducción de san Jerónimo? [6]
7. ¿Qué mandó esconder José en el costal de Benjamín? [7]
8. ¿Qué ofreció Judá para salvar a Benjamín? [8]
9. ¿Cuántas personas de la casa de Jacob entraron en Egipto? [9]
10. ¿Qué dijo José a sus hermanos después de la muerte de su padre? [10]

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y una cifra en 5,27, ajustada a la Vulgata). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración habitual en español; el 49,32, que no está en la Vulgata, falta también aquí (ver la nota a 49,33). Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.